

IDAD AUTÓNOMA DE NUEVA  
CCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

MORATORI  
FILOSOFIA  
MORA



B01664

MB

V. 2

RALD

1834

*José Angel Benavides.*



1080042653



8#42#98

111



111

Núm. Clas \_\_\_\_\_  
 Núm. Aut. M972  
 Núm. Adq. 37251  
 Procedencia 5  
 Precio \_\_\_\_\_  
 Fecha \_\_\_\_\_  
 Clasificación \_\_\_\_\_  
 Catálogo 111

**LA FILOSOFIA MORAL**  
**DECLARADA, Y PROPUESTA**  
**A LA JUVENTUD**

110128

**POR LUIS ANTONIO MURATORI,**

*Bibliotecario del Serenísimo Sr. Duque de Módena.*

TRADUCIALA DEL TOSCANO

EL P. M. FR. ANTONIO MORENO MURALES,  
*Trinitario de la Provincia de Castilla, Teólogo de la  
 Real Junta de la Inmaculada Concepción.*

*Añádense las Adverencias Morales de Molitor  
 Cesar Spiziano, Obispo de Cremona.*



BIBLIOTECA PUBLICA  
 DEL ESTADO DE NUEVO LEON

**TOMO II.**

SEGUNDA IMPRESION.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
 BIBLIOTECA URBE DE TARRA  
 "ALFONSO REYES"  
 Calle. 1205 MONTERREY, MEXICO



**MADRID MDCCLXXXI.**  
**POR LA VIUDA DE DON JOACHIN IBARRA.**  
*SE HALLARA EN SU IMPRENTA.*  
 CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

37251

# TABLA

## DE LOS CAPITULOS DE ESTE SEGUNDO TOMO.

CAP. XXVI. <b>D</b> e la caridad civil, ó del amor que debemos tener á los otros hombres, como tambien de la amistad, beneficencia, y liberalidad.	Pág. 1.
CAP. XXVII. Del órden que debe observar el hombre consigo mismo.	20
CAP. XXVIII. Del buen régimen del amor propio.	35
CAP. XXIX. De la Prudencia.	52
CAP. XXX. Del buen régimen del deseo de los bienes.	74
CAP. XXXI. Del buen régimen en aborrecer los males, y de la fortaleza.	88
CAP. XXXII. Del ánimo grande, ó pequeño de los hombres, y qual sea la verdadera virtud de la magnanimidad.	110
CAP. XXXIII. Del buen régimen del apetito de la conservación del individuo, de la especie, y de la templanza.	121
CAP. XXXIV. De la mortificación, virtud muy importante al hombre, especialmente para regular bien el apetito de los placeres.	143
CAP. XXXV. Utilidad, y necesidad de reprimir nuestros deseos, y pasiones.	158
CAP. XXXVI. Del buen régimen del apetito de la libertad, y del mandar.	192
CAP. XXXVII. Del buen régimen del apetito de lo verdadero, de lo hermoso, y de los placeres.	204
CAP. XXXVIII. Del buen régimen del apetito de la alabanza, de la estimacion, y de la amabilidad.	217
CAP. XXXIX. De la humildad.	229
CAP. XL. Del buen régimen del apetito de la hacienda.	259
CAP. XLI. De la policia de las costumbres.	275
CAP. XLII. De la educacion, y del exemplo.	283
	CAP.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA  
 DIRECCION GENERAL DE LIBROS  
 SEGUNDO TOMO

CAP. XLIII. *Del Honor.*

293

CAP. XLIV. *Propónense á los jóvenes otros motivos para seguir el camino de la virtud: quan necesaria es la de la fortaleza, y medios para perseverar en ella.*

308



## DE LA FILOSOFIA MORAL

### CAPITULO XXVI.

*De la caridad civil, ó del amor que debemos tener á los otros hombres, como tambien de la amistad, beneficencia, y liberalidad.*

#### §. I.



O se explicaría mal quien llamase monstruo al que en este mundo amase solamente á una persona, esto es, á sí propio. La naturaleza, la razon, y la religion nos enseñan que debemos amar á nuestros iguales, esto es, á los otros hombres. Este amor puede considerarse de dos modos: podemos amar á los otros hombres por un fin sobrenatural; esto es, por amor de Dios, y porque así lo quiere, y manda este Señor, y entónces este amor se llama *caridad christiana*: podemos tambien amarlos por fines, y motivos naturales, y humanos puramente; y á esta aficion, á este amar podemos llamar *caridad civil*. De aquella primera, que es una de las virtudes mas importantes, y necesarias, á que está obligado todo hombre que profesa la ley de Jesu Christo, no hablo yo ahora, habiéndolo hecho con bastante extension en el tratado, que sobre

CAP. XLIII. *Del Honor.*

293

CAP. XLIV. *Propónense á los jóvenes otros motivos para seguir el camino de la virtud: quan necesaria es la de la fortaleza, y medios para perseverar en ella.*

308



## DE LA FILOSOFIA MORAL

### CAPITULO XXVI.

*De la caridad civil, ó del amor que debemos tener á los otros hombres, como tambien de la amistad, beneficencia, y liberalidad.*

#### §. I.



O se explicaría mal quien llamase monstruo al que en este mundo amase solamente á una persona, esto es, á sí propio. La naturaleza, la razon, y la religion nos enseñan que debemos amar á nuestros iguales, esto es, á los otros hombres. Este amor puede considerarse de dos modos: podemos amar á los otros hombres por un fin sobrenatural; esto es, por amor de Dios, y porque así lo quiere, y manda este Señor, y entónces este amor se llama *caridad christiana*: podemos tambien amarlos por fines, y motivos naturales, y humanos puramente; y á esta aficion, á este amar podemos llamar *caridad civil*. De aquella primera, que es una de las virtudes mas importantes, y necesarias, á que está obligado todo hombre que profesa la ley de Jesu Christo, no hablo yo ahora, habiéndolo hecho con bastante extension en el tratado, que sobre

esta importantísima materia tengo dado á la estampa. Hablo solamente de la otra caridad, que puede tambien ser virtud en el hombre, y virtud muy laudable; pero quando se exercite sin intencion de agradar á Dios, queda en la clase de virtud civil, ó natural. El hombre que no carece de juicio, y que entiende los sacrosantos documentos de la ley christiana, ha de elevar esta virtud, y santificarla, amando á los otros por complacer aquel buen Dios, que tanto nos amó, y ama á estas pobres criaturas suyas. Debemos decir entre tanto, que la naturaleza, y la razon, no solamente nos prohiben el aborrecer, y dañar á los otros hombres; pero algunas obligaciones nos mandan, y otras nos aconsejan, que debemos manifestarles con las obras nuestro amor. Quando nos mandan, entónces la caridad viene á ser parte de la virtud de la justicia; quando nos aconsejan, entónces es esta misma virtud una virtud singular, y distinta de la otra. Quando nos consideramos como conciudadanos de este baxo mundo, esto es, como parte del género humano, á quien Dios ha señalado la tierra para habitarla, pide la razon que un hombre ame al otro hombre, porque todos somos hermanos, todos de la misma especie, y todos colocados en este mundo para vivir juntos en él. Y siendo el hombre un animal sociable, la misma sociedad pide, y no puede estar sin amor. Puede llamarse una bestia el que aborrece la compañía de los otros hombres, y ama únicamente á la soledad, quando á esto no le impide otra mayor virtud, como la de entregarse á la contemplacion de Dios, y á la reforma de sí mismo, guardándose no obstante de los malos humores que suele causar el retirarse de la compañía de los hombres. Tenemos licencia para llamar inhumano al que se ama á sí propio con tanto ahinco, que no tiene amor á otro de su misma especie; y será peor si este mismo desease, y pudiese hacer que una gran parte de su misma especie le sirva forzadamente, y le procure á él solo todo bien, y la satisfaccion de qualquier gusto, y capricho suyo, sin que

que él procure, ni se afane poco, ni mucho por el bien, y felicidad de los otros. Puede conocerse mas conveniente la union de afectos entre los que son de una misma Ciudad, y patria, y mucho mas si son de una misma familia; porque debiendo todos desear, y procurar, no solamente la felicidad propia, mas tambien la de la patria, y familia, no puede lograrse esta si no concurre un vínculo de amor entre los parientes, y conciudadanos; y sería sin duda una pretension abominable la de quien pudiese, ó desease que todos los otros le quisiesen, y le hiciesen bien á él solo, sin que se dignase jamas de amar, ó hacer bien sino es á sí propio.

## §. II.

**P**OR tanto, en todo hombre debe haber un amor general á otro hombre; y ademas otro mas particular, y estrecho á proporcion de la mayor union de los intereses entre los mismos hombres. De consiguiente debemos desear el bien á los de nuestra misma naturaleza, y despues que lo hayan conseguido no envidiárselo, ayudarlos en las necesidades graves, y mucho mas en las extremas, mantener la paz, y concordia con todos, quanto sea posible, siguiendo el dictamen de los antiguos, que nos dexaron escrito: *Pacem cum hominibus habebis, bellum cum vitiiis*: hemos de tener guerra no con los hombres, sino con los vicios. En suma, debemos tratar con todos honradamente, acordándonos siempre, que aun el hombre mas baxo, y vil es criatura semejante á nosotros, y nuestro pariente en cierta manera; y que es misericordia de Dios, y no mérito nuestro, el que nos hallemos superiores á los otros, y no en aquel lugar que acaso nos parece tan baxo, y despreciable. Ademas de esto, hemos de perdonar, y compadecernos de las miserias de los otros, y condolerlos de sus desgracias; y aun quando el hombre por su culpa merezca un justo castigo, no por eso debemos dexar de compadecernos, le-



yendo siempre en sus desgraciadas caídas lo que tantas veces podría, y todavía puede suceder á nosotros mismos, pues somos formados de la misma greda, y sujetos á las mismas pasiones, y flaquezas. Es muy oportuna á este propósito la observacion de Publio Mimos: *el que se mueve á compasion, dice este Autor, al ver las calamidades de los otros, se acuerda de sí mismo. Qui in homine calamitoso est misericon, memor est sui.* Todo este orden de un hombre para con otro, es obligacion que nos ha impuesto la naturaleza, y el practicarle puede tambien ser virtud. Y ciertamente debe llamarse virtud, quando este amor tiene manos, y pasa á las obras; esto es, á hacer bien á los otros, ó sea á la patria en comua, ó sea á los particulares, segun lo piden las ocasiones, y circunstancias, y les ayuda en sus necesidades, esparciendo sobre ellos el rocío de sus beneficios de un modo, ó de otro; porque son muchas las maneras de hacer conocer á los demas hombres el buen corazon, y afecto, sufriendo con paciencia las injurias, y perdonando generosamente las ofensas; en una palabra, haciendo con los otros lo que quisiera que hicieran los otros consigo mismo. De aquí, como de su fuente, nacen las hermosas virtudes de la magnanimidad, afabilidad, liberalidad, misericordia, clemencia, y otras no menos nobles, que todos alaban. Es facil de conocer aquí (aun sin producir los admirables, y claros documentos de la ley de Christo), que el Supremo Artífice, poniéndonos sobre la tierra para vivir con tantos de un mismo género, ó de una misma naturaleza, y especie, ha deseado, y desea que ademas del orden esencial de la justicia, se conserve entre todos nosotros aquel otro orden hermoso del amor. Y quando estos dos órdenes se conserven unidos, es cosa clara, que así el comun, como qualquier persona particular podría esperar una gran parte de aquella felicidad que continuamente andamos buscando, y tan difícilmente se logra, no por otra causa, que por la falta de caridad, y justicia.

§. III.

el amor y el odio, como en el capítulo anterior, y en el presente, y en el siguiente, §. III.

Podría preguntarse aquí ¿si acaso hay escasez de amor en el mundo? No por cierto, ántes hay en él una abundantísima cosecha; pero de aquel amor que causa entre los hombres un sin fin de disgustos, y desconciertos: de aquel amor bestial opuesto á toda razon. Hablo del amor entre personas de diverso sexo, que es una de las pasiones mas peligrosas, á que está sujeto el barro de que está formado el hombre. No me detendré aquí á examinar determinadamente alguna de las locas extravagancias á que por sus pasos contados conduce, y lleva este afecto brutal, porque este es un pais de una grande extension: bastará el insinuar, que son infinitas las tempestades que se encuentran en él. Ni las experimentan únicamente aquellos que por fines brutales se atascan en este lodo: tienen tambien su parte los que entran llevados de un legitimo afecto. ¿Qué no sucede á muchos, que, ó tienen zelos, ó un afecto demasiado tierno, y dulce á sus propias mugeres? ¿Y tendría fin el catálogo de las aventuras de que abunda la historia de aquellos, y aquellas que quieren agradar á todos, y á todas? Qualquiera que es sabio, al mirar tantos naufragios como padecen otros en este mar borrascoso, no quiere entrar en él, teniendo siempre delante de los ojos aquel proverbio verdadero: *que el amar por pura sensualidad, y el ser sabio, son dos cosas incompatibles al mismo tiempo.* O de otra manera: amor, y juicio no caben en un cortijo. Pero si el sabio determina unirse con el lazo del santo matrimonio, es la razon, y no la pasion la que toma por consejera, y guia para elegirse una compañera. Mas atiende á la belleza del ánimo, que á la del cuerpo, mas á la abundancia de las virtudes, que á la quantiosa y rica dote; porque las personas que llevan á su casa un complexo de virtudes, llevan la dote mas rica, y mas envidiable. Asimismo quando el hombre sabio determina tomar otro

Tom. II.

A 3

es-

estado, recurre á quantas armas puede ministrarle la Religion, la Filosofia, y la prudencia, para defenderse con ellas de los asaltos de la feroz concupiscencia. Pero este es un argumento muy dilatado, y no menos delicado, de modo, que de buena gana me vuelvo al primer asunto, esto es, al amor civil, y general del hombre para con los otros hombres, el qual, como hemos visto ya, puede llegar á ser una estimable virtud. Pasemos, pues, á observar el modo con que se regulan los mas de los hombres en el exercicio de este amor, cuyo nombre es tan ruidoso en el mundo, halláremos que por lo comun se mezcla, é interviene con este amor el baxo interes, y pocas veces la virtud.

## S. IV.

CON efecto, el ardiente, y demasiado amor que tenemos á nosotros mismos, va buscando continuamente placeres, comodidades, dignidades, protecciones, y auxilios: en una palabra, va buscando quanto nos figuramos, y juzgamos que pueda cooperar poco, ó mucho á nuestra felicidad. Muévese, pues, nuestra alma con los deseos á aquellas criaturas racionales, que nos parecen capaces de hacernos bien, y que verisimilmente querrán hacernoslo; y á medida de aquel bien, utilidad, ó delectacion, que esperamos, ó comenzamos á conseguir, comienza tambien en nuestro corazon, ó por mejor decir en nuestro entendimiento á formarse el amor, y quanto mas crece la cosecha del bien, tanto mayor es el afecto de nuestro corazon al objeto fructuoso, y útil para nosotros; esto es, tanto mas se aumenta en nosotros aquel afecto que llamamos amor. El deseo, y la estimacion de alguna persona, ú otra qualquier cosa, puede hallarse en nosotros sin amor; pero el amor no suele nacer, ni durar en nosotros, criaturas interesadissimas, sin la posesion, ó gozo de algun bien, que proceda realmente, ó á lo menos lo concibamos como asequi-

quible, de aquel objeto que amamos. Preguntad á los que pasmados, y atónitos siguen, y persiguen alguna de las beldades animadas, pero que esta sea fria, desdeñosa, ó como dicen los Poetas: cruel. Hállanse estos bien lejos sin duda de lograr la posesion de aquel objeto amado, y con todo jurarán ellos que están perdidos de amor; y si no pueden llamar suya aquella persona, con todo, sienten una grande alegría, y gozo en mirarla, y contemplarla, y en oirla hablar; y lo que es mas, levantan en su interior mil esperanzas, é imagines ácia aquella tal criatura, y ácia el dichoso momento en que hubieren logrado conquistarla. Todo esto puede á veces ser para ellos una rica mina de gustos, consolaciones, y deleytes; pero mezclados con mil amarguras, y afanes, que unos á otros se siguen mutuamente. Pero córtenseles á estos pretendientes todas sus esperanzas, y ved ahí truncado todo su gusto, y entonces el amor, cortadas las alas, huye, y se esconde. Lo mismo que digo del amor puede decirse poco mas, ó menos de la amistad, con cuyo nombre significamos el correspondido, y mutuo amor entre dos personas. De dos maneras puede ser esta: la una, que se funda sobre la virtud, la otra sobre el interes. Por lo que mira á esta última, séame lícito el decir aquí, sin andar en muchos cumplimientos, que la amistad entre los hombres por lo comun no es otra cosa que un tráfico, en que el amor propio se propone alguna ganancia, ó provecho. Por tanto, no nace, ni se conserva esta amistad, quando un amigo no saea del otro mutuamente algun bien, y provecho: consista este, ó en consejos, ó en auxilios, y asistencias, ó bien en el gusto que tienen de razonar, y conversar entre sí, ó de confiarse mutuamente sus secretos, ó de tener unidos sus designios particulares, sus divertimientos, ó intereses, de manera, que el bien, y el mal del uno sea comun al otro. Donde falte este cebo, ó yesca, la amistad, que solamente tiene por objeto el interes, presto caerá, y se desvanecerá como humo.

TAL suele ser por lo comun el origen, y fundamento de los amores que frecuentemente usamos, y de nuestras amistades mas comunes. Nos parece que amamos á los otros, ó que somos amados de ellos, y se decantan, y ensalzan estos afectos; pero al ajustar las cuentas se hallará, que nosotros propriamente, ó á lo menos mas principalmente nos amamos á nosotros mismos amando á los otros; esto es, amamos, y apreciamos aquel deleyte, aquella utilidad, y ventaja que resulta en nosotros, ó creemos que resultará de aquella persona que decimos amar; y en tanto podrá decirse que tenemos amor á tal persona, en quanto en ella reconocemos la fuente, y origen de aquella utilidad, ó deleyte, y quitada esta persona, nos faltaria aquel bien que sacamos de ella. Del mismo modo amamos tambien las ciencias, los libros, las virtudes, las dignidades, y otros semejantes objetos que se hallan, ó en uno, ó en muchos sujetos; porque de cada uno se refunde, ó nos figuramos que pueda refundirse en nosotros algun bien de que goce, y con que se alegre nuestra alma. Este documento del interes, podemos decir que nos lo dicta la misma naturaleza. Observemos á los niños, que apenas destetados, y capaces de hacer uso de la razon, aman tan estrechamente á su madre, ó á su ama; y por qué es esto? No por otra cosa sino porque ya empiezan á conocer que de aquella tal persona, y no de otra, reciben el alimento, las caricias, auxilio, y proteccion en sus necesidades. Ved aquí la razon por que los niños se rien mirando á sus madres, por que se acogen á ellas al punto que temen algun peligro, y se enojan, y lloran, quando se les apartan de su lado. A la verdad no podemos disimular, que en los amores entre un hombre, y otro hombre, entre una, y otra muger, y mucho mas en los del uno al otro sexó, tiene no poca parte aquello

que llamamos instinto, el qual creemos que solamente es propio de los brutos. He dicho ya en otra parte que llamo instinto á todo aquello que naturalmente, y sin reflexion obramos solo con oír, ó ver ciertos objetos que engendran en nosotros mismos un movimiento, ó de amor, ó de odio. Prueban este movimiento los niños á la vista de alguna serpiente, ó bestia montaraz; y el Boca-cio explica con gentileza el efecto natural que causa en el sexó humano el mirar al otro, con la novela de aquel jovencito que crió su padre en el desierto, el qual la primera vez que se encontró con aquellos animales que se llaman mugeres, al punto deseó de tener uno á sus órdenes. Ciertamente que hallamos en los brutos una que podemos llamar ciencia, la qual les enseña la naturaleza misma, que bien considerada, y comparada con la total ignorancia en que nace el hombre, y en la que viviria si no practicase con otros, es digna de maravilla; como lo es una araña, que apenas ha nacido, y salido de su agujero, quando ya sabe texer artificiosas telas, y mostrar tanta industria para cazar las moscas. Aun mayor admiracion deberá causar el artificioso magisterio que emplean las golondrinas en las fábricas de sus nidos, como tambien la de las abejas, las abispas, y otros varios paxarillos de nuestra Europa; y mucho mas lo que nos dicen de los castores de la América Septentrional, si fuese verdad todo lo que de ellos se cuenta; pero acaso muchísimas acciones, artificios, y movimientos de los brutos, y especialmente el canto sonoro de muchos páxaros, proceden no ya de la enseñanza de la naturaleza, pero si de una escuela diversa, qual es el exemplo de otros iguales suyos, de los quales solamente al primero enseñó aquel Divino Artífice que le formó. Como quiera que sea, en el amar, ó dexar de amar á otros debemos confesar que la reflexion del entendimiento, y alguna razon justa, ó en la realidad, ó en la apariencia, es por lo comun el principio que despierta, ó mueve nuestro afecto; pero no puede negarse que no sea

capaz la fantasia sola de producir tal vez el mismo movimiento sin que sepa dar razon de él, así como sucede de los gustos, y sabores agradables, y desagradables. Toda madre suele ser amante; si no ya idólatra de su hijo pequeño; ni yo tengo dificultad en llamar á esto un bello instinto, oportunamente impreso en ellas por el Divino Artífice, para que tengan solicitud, y paciencia en alimentar, y criar su partos para la conservacion de la especie. La misma urgencia ha impreso Dios en muchos de los animales para con sus hijos. Todavía concurre tambien la fantasia materna á la produccion, y conservacion de este tierno amor para con sus hijos, pareciéndole á la madre que mira en aquel niño una parte de su mismo individuo, y una bella hechura, que cree ser suya propia. Ademas de esto puede concurrir tambien al mencionado amor aquella razon secreta, por la que muchos padres miran en sus hijos aquella esperanza de que algun dia, y especialmente en su vejez, será recompensado este amor con diversos socorros, y auxilios de aquellos mismos hijos, y el gozo de verse como nuevamente criados en ellos, y mantenida por su medio, y acaso elevada á mejor fortuna su propia casa.

## §. VI.

**D**EL mismo modo interviene alguna vez en las amistades un instinto secreto, que con otro nombre se llama genio, y tiene su asiento en la fantasia, tomándose facilmente afecto á una persona de semejante trato: al modesto, alegre, ó liberal aspecto de su rostro; al garbo de su risa, al dulce sonido de su voz, y conversacion: á sus ingeniosas respuestas, á sus graciosidades, y reflexiones, y á otros movimientos de su cuerpo; como tambien se prende facilmente aborrecimiento contra genio, y antipatia por aquellos mismos objetos muy opuestos, y diversos. Es verdad con todo eso, que en el primer caso en tanto nos aficionamos á aquel su-  
ge-

geto, en quanto aun sin reflexionar aprehendemos aquella voz, aquella fisonomia, y demas modos externos, como por señales de un interior que creemos bien ordenado, y de un alma, que puede hacernos bien, si logramos el ganarla por amor. Pero entre tanto séame permitido el decir, que quando un hombre se determina á amar á otro hombre, buscando en él la correspondencia, ordinariamente hace oficio de mercader; esto es, va buscando alguna ganancia, ó útil, ó deleytable. Puede muy bien quedar defraudado, ó engañado en la consecucion de este fin; pero no nos engañaríamos jamas, creyendo que este sea el fin que él intentaba con su amor; porque á la verdad no dexa de ser traficante tambien aquel que es desafortunado en su tráfico. Ni yo aquí intento desacreditar en la menor cosa el sagrado nombre de la amistad, que se halla en tantos sujetos, con hacerla comparecer, solamente como un vil interes, cubierto con el hermoso, y venerable nombre de amistad. Porque debe observarse, que todo el que obra segun la razon, y virtuosamente, aunque no pierda de vista el interes, ó el apetito de su propio bien, obra como sabio, y su interes es noble, aprobado por Dios, y alabado justamente por los hombres. Y si hay tráficos honestísimos, y laudables, puede este llamarse uno de los mas bellos, y nobles; y si ana pareciese llamarlo mercantil, acordémonos que hay mercantes dentro de su esfera mas honrados; esto es, mas dignos de honor que otros muchos, los quales siempre tienen en la boca el honor, y se glorian de sus puntillos vanos.

## §. VII.

**P**Asemos ahora á la otra especie de amistad, esto es, á la que está fundada en la virtud, la qual por causa de su noble fundamento, puede llegar á ser nobilísima, y merecer sin dnda el nombre de virtud. Se verifica esta en nosotros, quando amamos á otro sugeto  
por-

porque es virtuoso, sabio, verídico, y tiene otras semejantes qualidades, que son fundamento de una durable amistad; porque solamente la virtud del ánimo es la que puede formar las verdaderas amistades, que solo divide la muerte. Por tanto decimos que el hombre sabio debe procurar en quanto pueda lograr tales amistades, y ganarse no pocos amigos de estos, reduciendo no obstante su confianza á algunos pocos, y escogidos en que él descubra mayor mérito, mayor candor, y mas permanente fé. No puede explicarse cuánta delectacion, consuelo, auxilio, y ventajas, quanto bien, para decirlo en breve, pueda redundar en el hombre de la provisión de los buenos amigos; esto es, de amigos adornados con las mas bellas virtudes morales, así en la próspera, como en la adversa fortuna. Gran remedio para las opresiones del corazón el tener un fiel amigo á quien poder confiar tus gozos, tus melancolias, tus esperanzas, sospechas, y temores, y que pueda advertirte, y corregir tus errores, y defectos. Aquel recrearse despues de las fatigas con la compañía de una persona amada, aquel depositar sus secretos en el corazón del amigo, el escuchar sus consejos fieles, y desapasionados, aquel obrar mutuamente el uno por el otro, el sosteerse en sus diversas necesidades, aquella ansia que tiene el uno por la felicidad del otro; además del honesto placer que resulta de tratar, y conversar con personas de buena ley, que aman solamente las buenas obras, y procuran el verdadero honor: todo esto, decía, nos hace conocer la importancia, y utilidad de tener, y conservar buenas amistades. En suma, la verdadera, y laudable amistad es aquella que empeña dos personas á trabajar mutuamente la una por el bien de la otra, y tiene su fundamento en las virtudes del ánimo. Juzga Cicerón que el primer paso para procurarse uno el amor del otro, sea la consideracion de la utilidad, y placer que puede sacar de esto; pero luego que se ha establecido la familiaridad por el dilatado uso de tiempo, entónces no

se

se necesita de otra cosa que del amor, el qual obra entónces de tal manera, que aun sin que intervenga utilidad, no dexen los amigos de amarse mutuamente. Así debería ser, y ciertamente puede ser así, donde se trate de amistades establecidas, y entabladas por medio de la virtud; pues por lo comun vemos que tanto dura el mutuo amor entre los amigos, en quanto sigue á producir siempre algun placer, ó ventaja presente, la qual sin duda suele ser la conversacion, y la comunicacion de pensamientos, proyectos, y negocios; ó tambien se espera esta ventaja de qualquiera ocasion que ocurra, pensando el amigo que sucediendo desgracias, empeños, ó otras necesidades, se esforzará, y hará todo lo posible el otro amigo para ayudarlo, y defenderlo. Ni tengo dificultad en decir, que aun en aquellas amistades, que se forman de las virtudes del ánimo: se mezcla tambien algun interes; porque el ingenioso amor propio no dexa de ser un traficante sabio, y un mercader solícito siempre que se emplea en adquirir amistades honestas, y procura conservarlas. No es una pequeña ganancia el adquirir un amigo. Aun los grandes señores, no obstante que su poder parezca no tener necesidad del amor, y amistad de otros, con todo, tanto mas se dan á conocer atentos á aquello que les es útil, quanto mas se hacen amar, no diré solamente de sus súbditos, mas tambien de los extraños: no solamente de los mas altos, mas tambien de los humildes, y baxos. El principio, ó el complemento de una gran fortuna, ó desgracia no viene siempre de la inmediata operacion, y evolucion de alguna grande rueda de esta máquina, para explicarme así: trae tambien alguna vez su origen de algun pequeño muelle, que á las veces se desprecia, y á las veces se practica, y pone por obra.

## §. VIII.

Tanto menos me arrepiento de haber llamado un tráfico la amistad ordinaria de los hombres, quanto

ten-

UNIVERSITATIS  
 BIBLIOTHECA  
 1711. 12. 2. 11. 11  
 P. 125  
 P. 126

tengo necesidad de este nombre para dar á conocer el orden, y las obligaciones del un amigo para con el otro. Las leyes bien fundadas del negocio honesto consisten en que de la venta, compra, ó cambio, qualquiera de los dos contrayentes ha de sacar un conveniente provecho: otro tanto piden tambien las amistades. El que quiere ser amigo de otro solamente por chupar de él lo que le tiene cuenta, como son favores, auxilios, placeres, y otros frutos útiles, ó deleytables, sin querer él contracambiar á las ocurrencias del otro, no merece el nombre de amigo, y casi puedo decir, que le conviene el nombre de engañador, y de ladrón. Tambien hay algunos que se llaman amigos de estornudo, de los quales lo mas que se puede esperar es un *Dios te ayude*. Solo es verdadero amigo el que mira al otro como á sí mismo. Y si nosotros quando podemos no cesamos de hacernos bien á nosotros mismos, es cosa razonable que quando pudiéremos hagamos bien al amigo, con tal que hablemos verdad, quando le llamamos *otro yo*, ó una parte de nosotros mismos. De otra manera no será nuestra amistad union de corazones, sino una cruel sociedad leonina. Yo no determino aquí hasta donde se extiende esta obligacion, siendo cierto que no todas las amistades son de un mismo calibre; y por tanto no pueden tasarse todas las obligaciones del un amigo para con el otro. Basta decir que debe haber alguna proporcion entre el dar, y el recibir, interviniendo en esto las leyes de la justicia. Quando alguno te se presenta entrañable amigo en el contexto de una carta, y en pomposas frases te manifiesta su cariño, puede rezelarse que todo su amor se reduzca á sola su lengua; y si acaso pasase á su corazón, puede dudarse si te busca á tí, ó alguna cosa tuya, haciendo en este caso lo mismo que practican aquellos mozelvos enamorados, quando intentan combatir la plaza mal fortificada de alguna beldad. En estos casos no hay obligacion de corresponder á un amor que consiste todo en buenas palabras, sino es con pa-

palabras buenas; ó si tú no sabes, ni entiendes aquella xerga, ó no quieres perder el tiempo en aquellos cumplimientos excusados, te daís por libre aun de la obligacion ya insinuada de la escuela de los mejores sabios. Para conocer el amor verdadero (hablemos francamente) es necesario tiempo, y repetidas pruebas. Las adversidades son la piedra de toque mas segura. Pero supongamos que el amor sea verdadero, esto es, amor con obras, ó faltando estas por lo menos no falte el buen afecto: en este caso sería una indigna superchería, un tráfico injusto, si tú, aceptando al amigo, y sus beneficios, no hicieses cosa alguna de tu parte para manifestarle con obras tu correspondencia. Sería tambien una vileza el esperar solamente los efectos del amor en tu amigo para corresponderle despues. Los mejores amigos se adelantán, y se hacen acreedores, no porque deba entre los amigos usarse continuamente de la pluma, y el papel para poner las partidas de recibo, y data con aquella puntualidad, y rigor que se usa entre los mercaderes. La obligacion de contracambiar al amigo, solamente urge quando se presentan las ocasiones, y siempre ha de tener prouto el ánimo de hacerlo así, sin reparar en delicadezas. Por lo que, si es verdad que por tu bien propio te alegras, y gozas de que otro te ame, y te favorezca, del mismo modo debes suponer que los otros buscan, y desean tu amistad por su propia comodidad, y ventaja: de otro modo, si descubren que solamente te buscas, y amas á tí mismo, y por tanto eres un mal pagador, y un ingrato, por lo menos sabrán guardarse de ser en adelante demasiado fáciles en creer, y no cultivará un arbol tan escaso, ó estéril de frutos: *Non erit amicus, ipse si te amas nimis*. Esta es una verdadera sentencia de Publio Miuo: si te amas mucho á tí mismo, no llegarás á tener un solo amigo; por lo demas sé muy bien que en este comercio laudable, y honesto, que llamamos amistad, algunas veces interviene, y se mezcla el nombre de ingrato, y de injusto, á las ve-

veces no sin razon, pero muchas contra ella. Si algunos faltan á la correspondencia con sus amigos, otros tambien igualmente pecan, pretendiendo de ellos mas de lo justo; por lo que á un mediano, y ordinario amor no se le deben las finezas, y recompensa que á un amor extraordinario; rarísimas son las ocasiones en que un amigo pueda pedir á otro justamente que sacrifique por él, ó su fortuna, ó su hacienda, ó su vida. Y ciertamente jamas se dará caso que el uno se halle obligado á sacrificar su honor, ó á gravar su conciencia con malas obras en favor del otro. Preocupados están con las falsas ideas de honor, y de quimeras de una amistad fabulosa, y romancesca todos aquellos que no saben negarse á un amigo quando les busca para acompañarlos á un duelo, á una prepotencia, ó á un engaño. Célebre es el antiguo proverbio *amicus usque ad aras*.

## §. IX.

Todo lo que se ha dicho pertenece á las obligaciones de aquella amistad, que va junta con el interes, y que ordinariamente es la que se usa en el mundo. Añado ahora, que deberíamos desear otro mas excelente, y sublime fin, ó término de la caridad entre los hombres. Este consiste en el amar á los otros, y manifestarles con las obras este amor; no ciertamente por aquella vil ansiedad, y vulgar esperanza de cobrar de ellos otro tanto, ó mayor bien quando llegue la ocasion, sino para manifestar á todos, si fuese posible, ó por lo menos á los que mas lo merecen, el generoso corazón, y el genio benéfico que tenemos. Así lo practica el que tiene un ánimo grande, haciendo de este modo, que el amor civil, y la amistad pase á ser una heroyca virtud, quando muchas veces no es otra cosa que un lícito, y simple comercio, y alguna vez un utilísimo tráfico. Obrando como se ha dicho arriba, no puede impedirse que á uno, que tan singularmente ama á los otros hombres,

no

no les siga una gran recompensa, que consiste en aquel premio que se da á la virtud verdadera, aun quando esta no le busca; quiero decir, aquel consuelo interior, que siente en sí mismo el hombre sabio, quando obra virtuosamente; y aun ademas adquiere alabanza, y gloria, y un buen nombre entre la gente, lo qual en la vida civil suele servir muchas veces para aumentar la fortuna, y la felicidad de los mortales. Con efecto, la beneficencia, y la liberalidad, virtudes que solo se hallan en los grandes hombres; y la afabilidad, y la cortesia, que son virtudes mas someras, se conocen facilmente por medios muy proporcionados para traer, y comprar, digámoslo así, el corazón de los hombres. Reparád en un hombre, que imitando de alguna manera la naturaleza del Supremo Criador, derrama beneficios, en quanto puede, sobre qualquiera persona que á él recurra, y sin reparar en intereses da parte de sus bienes, y tesoros generosamente á los otros: este, quanto mas se manifiesta superior al interes, y al amor de la hacienda, tanto se hace mas digno de ella, y parece que mas ha nacido para el bien público que para sí propio; y aunque no todos gocen de sus amorosos influxos, todos, no obstante, esperan que en alguna ocasion podrán gozarlos. Lo que debe, pues, considerarse, y observar con cuidado el que es liberal, y benéfico, es el tener siempre al lado de estas hermosas virtudes la otra no menos importante, que es la prudencia, para no caer en excesos, ó en defectos. No es de hombre sabio, y prudente el desperdiciar las gracias, y favores: es necesario la prudente eleccion, y acordarse de aquella utilísima observacion de Publio Mimo: *Beneficium dignis ubi des, omnes obligas*. Al que hace beneficios á personas dignas, todos le quedan obligados; porque quando se hacen beneficios á hombres viciosos, bufones, aduladores, y otros semejantes, dexando á los mas dignos; esto es, al que es virtuoso, y al que especialmente cuenta muchos años de fiel servidumbre en comparacion de otros mas mo-

dermos, ó el que despreciando á los miserables, y necesitados, aplicase su beneficencia para acrecentar únicamente los bienes del que tiene demasiadas comodidades, esto sería acusar su poca discrecion, ó ingratitud, ó por lo menos hacer un gran gasto para comprarse el indecoroso título de protector, y fomentador de los perversos.

Finalmente, la virtud de la liberalidad está reservada para pocos, pues solamente pueden practicarla los grandes señores, y los muy ricos: además de esto, la liberalidad, por no poderse exercitar sino con pocos, está sujeta á la envidia, y chismes de otros muchos que quisieran, pero no pueden lograr de sus preciosos efectos. No sucede así á la beneficencia: esta tiene campo mas anchuroso, porque puede comunicar á otros sus recomendables frutos, no solamente con dádivas, mas tambien con buenos consejos, con poderosas, y eficaces recomendaciones, y de otros muchos modos muy útiles, y de esta manera debe portarse el que aspira, quanto le sea posible, á conquistar el amor universal de los hombres, y elegir entre todas aquella virtud que hace mas semeiante al hombre al mismo Dios. Ni yo me detendré ahora en hablar de la prodigalidad, y de la avaricia, que son vicios opuestos á las virtudes mencionados, una por defecto, y la otra por exceso. Poco discurso es necesario para conocer la imprudencia de los prodigos, y las dañosas consecuencias de su demasiada facilidad en desperdiciar; pero mucho menos se necesita para entender quan vil, y abominable sea el vicio de los avarientos, á quienes falta todo lo que no tienen, y aun lo que tienen, y después que de mil modos, ya soeces, ya injustos, han juntado riquezas, y tesoros, jamas aclaran con el camino de hacer bien á los otros, ni aun á si mismos. El pobre carece de muchas cosas; pero al avariento le faltan todas. La Sabiduría Divina nos

nos enseña esta verdad, y manifiesta el bestial modo con que obran los avarientos: ni es necesario el que yo gaste muchas palabras en describir, ó despreciar este monstruo de la avaricia, cuya fealdad, sin que yo la dibuxe, es notoria á quien se halla libre de ella; y aunque yo grite, no se conseguirá el que la conozca, y aparte de sí aquel que por su desgracia la posee. Últimamente puede sernos de gran provecho el ganarnos muchos amigos; pero aun nos será mas importante negocio el no adquirirmos enemigos. Muchas veces no bastan un centenar de amigos para hacernos tanto bien, como el mal que puede hacernos un enemigo solo. No hay cabello que no haga sombra, ni está siempre en la mano del hombre la felicidad de no tener enemigos, ó quien le quiera mal: basta la malignidad, y la envidia que reynan en el mundo, para que estas malas yerbas nazcan, y crezcan en su terreno, además de ciertos contratiempos á que está sujeto cada uno de los hombres, y mas aquellos que por su oficio se hallan precisados á defender la verdad, y la justicia, los cuales sin culpa suya, y solo por la malignidad ajena, suelen ser el blanco del odio, de la indignacion, y de la maldiciencia. Basta á cada uno el no comprarse los enemigos con sus malos procedimientos; esto es, con su indiscreta, y maldiciente lengua, con la injusticia, con el desprecio, con la soberbia, con la estupidez, con la rusticidad, con la fastidiosa alteracion, y otros excesos semejantes, que no dexan de ser comunes. *Obra de tal manera, nos dice discretamente el ya citado Publio Mmio, que ninguno te aborrezca por tu culpa. Id agas tuque merito ne quis oderit.*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"EL FONDO" REYES  
444-1424 MONTERREY, MEXICO



## CAPITULO XXVII.

## Del orden que debe observar el hombre consigo mismo.

**E**l hombre, por fin, está obligado á conocer, y conservar el orden en sí mismo, así en la una, como en la otra de las dos substancias de que resulta este todo, esto es, no menos del cuerpo que del alma: de aquí nace la necesidad que hay en el hombre de aquellas dos virtudes fortaleza, y templanza; que son como la raíz de que brotan otras muchas de las que hablaremos en su lugar. Por lo que mira al cuerpo, no es necesario mucho discurso para conocer quando está bien regulado, y ordenado; porque entonces lo está quando goza de una perfecta sanidad, careciendo de toda enfermedad, y dolor. Quando le sobreviene un dolor de cabeza, ya está desconcertada esta máquina, que formó el Criador con tanto cuidado, y diligencia. Será leve el desconcerto, pero será verdadero, y propio, como lo es quando una sola cuerda está destemplada en una harpa, ó un solo cañon en un órgano. Aumentase el desconcerto, y desorden, quando al dolor de cabeza se junta la calentura, ó alguno de tantos males, y dolores á que están sujetos los mortales. Por tanto, aunque se considera, y reflexiona muy poco en esto, entre todos los bienes temporales, viene á ser la salud el mas apreciable: sin ella aun la misma vida, que es mas amable, y deseada, puede llegar á ser fastidiosa; porque el que vive optimado de enfermedades, en continuos trabajos, y dolores, sin esperanza de verse libre de tantos males, comienza á mirar la muerte como un bien, con que se acaban sus afanes, dolores, y miserias. Conviene, por tanto, que confesemos, que el introducir en nuestro cuerpo este

orden de la salud, ó sanidad, depende muy poco de nosotros mismos; así como una vez que la salud se perdió, no está en nuestra mano el recuperarla. De aquellas leyes de la naturaleza, que Dios estableció en la union, y movimiento de los cuerpos, proviene el que nazcamos santos, ó enfermizos; y de las estaciones de los tiempos, del ayre, y de otros muchos accidentes, proviene el conservar, el perder, ó el recuperar la salud, ó finalmente el que sea despojo de la inexcusable muerte. Por tanto, la salud del cuerpo no es, hablando con toda propiedad, y rigor, objeto de la Filosofia Moral; y si alguna ciencia puede pretender jurisdiccion sobre ella, parece que debe ser solamente la Medicina, la qual tiene mas de pomposa, que de operativa; tiene una buena voluntad, pues promete mucho, pero da muy poco. Con todo, debemos advertir, que el buen regulamento, y la virtud del hombre sabio, pueden influir bastante para mantener sano su cuerpo, y ahorrarle muchos dolores, y trabajos; conservándolo en calma por aquel tiempo que la Providencia le ha señalado de vida. Por este motivo, atendiendo á los documentos de la mencionada Filosofia, es muy puesto en razon que el hombre aspire á conseguir á que ha parte de felicidad, que consiste en tener sano el cuerpo, y sin accidente achacoso; pero de esto hablaremos con mas extension en el capítulo XXXIII.

**E**N segundo lugar se sigue el orden de nuestra alma, y este es el que precisamente se tiene por objeto de la Filosofia Moral, por lo que mira á las costumbres, y operaciones de las criaturas racionales. Por tanto digo, que así como en el cuerpo, quando se halla libre de toda enfermedad, y dolor, se halla aquel orden, y sistema conveniente; así el alma puede decirse bien ordenada en sí misma, quando se halla libre de todo pe-

cado, del error, y del delito (que son propiamente sus desórdenes, y por tanto males morales); ó por lo menos quando siente en sí un verdadero aborrecimiento á estos desórdenes, y hace lo posible para guardarse, ó librarse de ellos. Quando digo *delito*, quiero significar aquella operacion que es contra las leyes del propio pais, á cuya transgresion está impuesta pena por la ley. Quando hablo de *pecado*, entiendo la desobediencia á la santa ley de Dios, el qual, como nuestro Supremo Legislador, nos amenaza, y tiene preparados dignos castigos para los que atrevidos y temerarios desprecian, y tiepen en poco sus santos preceptos. Llamo despues *error*, no á todos aquellos engaños en que puede caer un hombre, que son casi infinitos, y que no puede evitar, ni de que está libre aun el mas docto, y advertido, sino solamente á los que pertenecen á las costumbres, y acciones morales del hombre. Puede darse el caso que un buen Filósofo se engañe en asignar los verdaderos principios de un cuerpo, ó compuesto, las verdaderas causas de tantas, y tan diversas producciones, que la naturaleza le presenta cada dia á su vista: puede suceder que el erudito se equivoque, y engañe en algun suceso perteneciente á la Historia, en un punto de Cronologia, ó situacion de Geografía: puede acaecer tambien que un diestro Matemático trastorne sus cálculos, y números, y discurriendo del mismo modo de otros muchos: todos estos serán errores; pero no pertenecen á las costumbres del hombre, ni por ellos se reputará el hombre por mas bueno, ó mas malo, quando al error del entendimiento no agregase con demasiada soberbia, y porfiada obstinacion la perversa voluntad, queriendo sostener, y defender como verdadero lo que se le demuestra falso. Quando mas, los mencionados errores indican lo limitado de nuestro entendimiento, ó debilidad de la memoria; pero ni manchan el honor, ni manifiestan defecto de virtud moral. Serán, al contrario, notados, incurriendo facilmente en semejantes

defectos; todos aquellos que impiamente se burlan, des-acreditando á sus próximos, que inocentemente han incurrido en los defectos ya mencionados; pero sin haber causado el menor daño, ni á la República, ni á particular sugeto, ni aun á sí propios: olvidándose estos acusadores de que ellos mismos están sujetos á semejantes desgracias, y accidentes. Los Gramáticos con especialidad son los que mas frecuentemente caen en este feo defecto. Pero quando el error, ó los errores pueden ser, y de hecho son dañosos al público, entónces deben ser tratados con mayor rigor los autores de ellos, bien que siempre será laudable la moderacion en impugnarlos, y mas provechoso para sanar los enfermos de esta casta el uso de la caridad christiana.

## §. III.

Ahora, pues, para tener lejos de sí, ó para desalojar de nuestra alma los tres desórdenes ya mencionados, es necesario que el hombre haga aquel buen uso de su razon, y de su voluntad, el qual mas principalmente consiste en el sincero, y zelante amor de lo verdadero, y de lo bueno, en todo aquello que mira las operaciones del hombre. Estas deben en primer lugar dirigirse, como hemos dicho ya, á la mayor honra, y gloria de Dios, y no al desprecio de su Magestad; que es nuestro primero, y último fin; por tanto, debemos guardarnos de todo pecado, como cosa tan contraria á la Magestad Divina, y á sus leyes sacrosantas: asimismo deben nuestras operaciones dirigirse á la pública felicidad, y de consiguiente conformarse con las leyes de la justicia, y de aquella república de que somos parte qualquiera de nosotros, no dañando injustamente á los demas, precaviendo de este modo el cometer qualquier üelito. Ultimamente, nuestras acciones han de mirarse á la felicidad, y bien estar de nuestro individuo, no dañándonos á nosotros mismos, ni dando voluntaria-

mente motivos á que nos atormenten el cuerpo, y el ánimo doleros, y afanes trabajosos. Qualquiera, pues, que sin prudencia, ni consejo quiera dañarse á sí propio, despreciando aquéllos auxilios que le suministra la naturaleza, y los tiene en su mano, para impedir que su individuo no padezca aquellas angustias, y trabajosos males, ó morales, ó físicos, que se pueden evitar: este tal obrará como persona atormentada, y sin juicio, y contra la inclinación de la naturaleza, y por tanto incurrirá en un deplorable error, con que perjudica á su propia felicidad. Cierto es que no faltan, ni faltarán jamás en este mundo males físicos, que nos acometen, y afligen involuntariamente; pero en este caso no habrá error alguno de nuestra parte, y de consiguiente, no seremos culpables. Pero por lo que toca á los males morales, no puede dudarse, que habiéndonos dado Dios el libre albedrío, ninguno de estos males podrá forzar la plaza de nuestra alma, ni entrarse en ella, si el consentimiento de nuestra voluntad no le abre la puerta. Nos ha dado también nuestro buen Dios la luz de la razón, que nos sirve de guia, y escolta en la elección de todo aquello que es conveniente á cada uno, y á su propia felicidad, y para evitar todo aquello que le sea contrario, y dependa de nosotros: por tanto lo primero que debemos atribuir al buen uso de la razón, debe ser el orden tan necesario al hombre para su gobierno; y por el contrario, el desorden, quando obdando, ó no queriendo prevaleerse de la razón, ó por malicia pura, ó por accidiosa floxedad, cargan sobre él desgracias, y trabajos, ó por mejor decir, los hacen venir sobre sí por el mal uso de la razón.

**A** Esta razón, que es la dote esencial del entendimiento, debe agregarse, y unirse la voluntad, constantemente resuelta á elegir, y querer aquello que la razón

zon

zon le propone, como bueno para seguirlo, ó como malo para evitarlo. Y aunque comunmente la voluntad sea reputada por una potencia ciega, y sea cierto que no se determina á querer sin que el entendimiento, que es el ojo del alma, le represente los objetos amables, ó aborrecibles, gratos, ó ingratos; con todo, como ya dexamos dicho, enseñados de la experiencia, puede la voluntad tener alguna fuerza, y dominio sobre el entendimiento; y si la voluntad está desordenada, podrá también desordenar la otra potencia. Pongamos, y observemos una voluntad habituada en el mal, v. g. en la demasiada afición al vino, al juego, á la luxuria, al interés; bien que la razón, ó la mente conozca la deformidad de estas acciones, y el grave daño que causan, ó pueden causar al hombre; con todo, no quiere ceder la voluntad, y se determina, y quiere proseguir en la elección de aquellos objetos, verificándose entonces la celebrada sentencia de Ovidio: *Atiunque cupido, mens aliud suadet. Video meliora, proboque, deteriora sequor.* Ved aquí la batalla entre la razón, y el apetito, y como queda vencida aquella por el impetuoso desenfrenamiento de este otro. Sucede no pocas veces, que la voluntad acostumbrada ya al desorden, trastorne, y ofusque la luz de la razón, ó del entendimiento, de tal modo, que el bien le parezca, y lo tenga por mal, y al mal por bien. Ponéme una persona preocupada toda del espíritu de la venganza, y hallaremos que su voluntad está en continuo movimiento hacia aquel objeto, y que el entendimiento arrebataado, y como forzado por ella, anda siempre meditando los modos, y medios de satisfacer aquel deseo. Presentase despues una buena ocasión de vengarse, y queda trastornada la potencia cognoscitiva, pareciéndole que es muy justo, y debido en aquella ocasion lo que no lo es en la realidad; y por que sucede así? Porque la voluntad arrastrará al entendimiento á que medite, halle, ó invente aquellas solas razones, que parece que justifican la acción de vengarse,

sion

sin

sin que le permita reflexionar sobre las otras mas poderosas que militan por la parte contraria. En semejante engaño, y abuso incurrimos muchas veces en otros casos; ni debemos maravillarnos de esto, si atendemos á que á un tiempo mismo, y aun ántes que la razon, y el entendimiento, nacen, y despuntan en el hombre, brotando de la raíz de nuestra naturaleza los varios apetitos sensitivos, de que ya hemos hablado; y de consiguiente nacen tambien las pasiones, como hijas de aquellos padres: unos, y otras tienen dentro del hombre un gran poder, y fuerza; y quanto son mas orgullosos los apetitos, y mas poderosas las pasiones, tanto menos brio tiene la razon para contenerlos, de manera que algunas veces queda la voluntad determinada, no por la razon, ó entendimiento, sino por la pasión dominante, ó por el apetito desenfrenado demasíadamente. En el Capítulo XVI. hemos hablado del apetito del placer, y referido allí la sentencia del Loke, sutilísimo Filósofo Ingles, el qual es de sentir, que siempre que la voluntad se determina á obrar, proviene su operación del *unea zinetz*; esto es, de aquella desazon, ó inquietud que se forma en el alma, la qual, segun él mismo se explica, no es propiamente diversa de lo que llamamos deseo, siendo esta, y no ya el mayor bien, la que mueve al alma á elegir, ó desecharlo á este, ó al otro objeto. Me parece haber demostrado allí bastantemente, que no puede sostenerse esta sentencia tan generalmente pronunciada, porque la recta razon, reconociendo por sí sola el bien que nos puede provenir de esta, ó aquella accion, puede placidamente mover la voluntad á que la execute, sin que preceda esta desazon, y sin la menor inquietud. Propone la razon, que es tiempo de caminar, tiempo de orar, de leer, de trabajar, de servir al amo, de estudiar, &c. al punto se hace lo que la razon propone, sin que se advierta en esto algun impulso de inquietud, ni desasosiego, ántes suele suceder al contrario; esto es, que el desasosiego, y la inquietud se opongan á la ra-

zon,

zon, y viniéndolos esta, hace que la voluntad no quiera otra cosa que lo que la razon le aconseja. Con todo, no dexa de ser verdad, que en el corazon del hombre excitan un gran tumulto muchas veces aquellos pensamientos que llamamos tentaciones, quando proponen á la voluntad como asequible el placer de algun bien util, ó deleytable, pero ilícito, y prohibido; y estas tentaciones tambien acometen, y afligen á los buenos. El desasosiego, y agitacion en que se balla el alma quando en ella se descubre alguna vehemente pasión de amor, odio, temor, indignacion, ó dolor, son pocos los hombres que por la experiencia no lo sepan. Entónces aquel fantasma, ó deleytable, ó desapacible, se fija en la fantasía profundamente, y esta lo aumenta, y engrandece, presentándolo de quando en quando al alma con mayor viveza, conmoviendo al mismo tiempo el cuerpo, y sus espíritus para seguirlo, ó para desecharlo, con tal ímpetu, y esfuerzo, que si no enloquece entónces, queda por lo menos obnubilada la mente del hombre, y tan confusa, que se disminuye su libertad considerablemente, y no tiene aquel reposo, y quietud necesaria para pesar despacio las razones del uno, y del otro extremo, aprobando solamente durante aquel tumultuoso desconcierto las razones que estan de parte de la eleccion, ó de la fuga del objeto propuesto. No debe, pues, causarnos maravilla el ver que el alma, no pudiendo sufrir la inquietud que experimenta dentro de sí misma, se determina muchas veces á sosegarla, practicando, ó poniendo por obra lo que la pasión le dicta; y esto no por otra causa, que por librarse de tan pesada molestia, como un mal contrario á la felicidad propia. Sucede esto por lo comun quando el alma está profundamente sumergida en algun vicio, agoviada de una mala costumbre, ó arrastrada por el desarreglado amor, ó odio de algun objeto. Hará muchos propósitos en su corazon un aficionado con exceso al vino, ó al juego, ó uno que se halle enredado en un peligroso, y pecaminoso amance-

ba-



ha enriquecido nuestro Criador, y Bienhechor con la facultad intelectual, que es un medio el mas eficaz para descubrir las preciosas minas de la verdad; siendo un consejo muy sano el que cada uno se aplique atentamente á tan provechoso trabajo, segun la capacidad de su ingenio, y la proporcion de su estado. Con esto se logrará seguramente (aunque no siempre) el buen orden del entendimiento del hombre. Y aunque por los motivos ya insinuados en otra parte, no puedan lograr todos los hombres (siendo pocos los que pueden) este orden por medio de las artes, y ciencias, aún nos queda otro orden, de que son capaces todos los racionales, por estar en su mano el conseguirlo: este es el sincero, y zeloso amor de lo verdadero, y de lo bueno, á quien debe acompañar el aborrecimiento de lo malo, y de lo falso, y de toda acción moralmente desordenada; esto es, reprobada por la ley de Dios, ó de la naturaleza, ó por los decretos de los superiores, ó finalmente por el comun sentir de los sabios, y prudentes. Plántado, y bien arraigado en el corazón del hombre, y en su voluntad este amor precioso, acompañado del mencionado aborrecimiento, aseguro que se halla en él la prerogativa principal para que su ánimo pueda llamarse bien ordenado. Entónces se dexa ver en las acciones humanas un orden recto: aparece entónces la elección de un fin qual conviene á una criatura dotada de razon, y se ponen en execucion los medios proporcionados para conseguir este fin. Entónces la verdad, y bondad moral son el fin secundario mas noble que puede el hombre proponerse; porque con ellas se consigue el fin primario, y último, que es el de servir, y agradar á Dios, y lograr para sí la mayor felicidad; pues el que con verdadero amor suspira por conseguir este fin dichoso, facilmente conoce, y pone los medios para alcanzarlo. Propóngase á un amante del bien, obrar (sea docto, ó sea idiota) una acción pecaminosa, ó injusta: apenas llega á divisar su malicia, quando todo tiembla, se horroriza, se inmuta,

ta, y con todas sus fuerzas procura apartarse, y resistir, desechando aquel objeto que le causa horror. Sabiamante se dixo: *Que el fuego prueba el oro, y que este metal prueba á la muger.* Grande hechizo, orador eloquente, y poderoso es el oro, aun quando solamente se presenta á nuestra fantasia, cuyos dañosos efectos cada dia se ponen delante de nuestros ojos. Pero resplandezca, y brille quanto quiera, represente con su muda poderosa eloquencia los bienes, y conveniencias que puede causar en esta vida, con todo, una muger amante de la honestidad (digamos lo mismo de un hombre de bien) lo mira, y reputa por un ladrón asesino, que intenta robarle la preciosa joya de la honestidad, y de la virtud. Por el contrario, preséntese á un verdadero virtuoso la ocasion de honrar, y glorificar á Dios, de hacer justicia, ó beneficio á su próximo, ó de exercitarse en otras obras buenas, proporcionadas á sus fuerzas, y á su estado; al punto las pone en execucion, ó si acaso no puede por entónces practicarlas, por lo menos lo desea con todas veras. En suma, el que dentro de sí mismo reconoce este buen afecto, obra siempre, ó desea obrar segun le dicta la buena razon. Asi para decir que en un alma se encuentra este buen orden, y bella armonia, nada mas se requiere que el ver su modo de obrar, conforme siempre, y ajustado á la recta razon.

## §. VI.

Quando hablo de este modo, no es porque yo no advierta alguna, ó mas desgracias á que está sujeto aun el que ama de todas veras lo bueno, y lo verdadero. Puede suceder que nuestro entendimiento aprenda alguna vez lo que es falso como verdadero: puede acaecer tambien que ponga en la lista de lo bueno lo que realmente es malo. Los ignorantes suelen padecer estos fatales errores. Quando el error ocupa, ó preocupa el entendimiento, le sigue por lo comun la voluntad, y ved aqui lo que yo he llama-

mado desorden del alma. Pueden además de esto los apetitos aun no bien domados, las pasiones feroces, y mas las repentinas, producir fieras revoluciones aun en aquellos sujetos que aman de corazón la verdad, y la honestidad. Por lo que podría inferir alguno contra lo que dexamos dicho, que no basta el amor á lo verdadero, y á lo bueno para poder atribuir á nuestra alma aquel buen orden que queda ya establecido. A esto respondo, que yo no hablo aquí de los Espíritus Angélicos, cuyo entendimiento, y voluntad por hallarse siempre fixos en Dios, y participar de su luz, ni se engañan, ni se pueden engañar, y de consiguiente jamás puedan caer en este desorden. Yo hablo aquí de almas unidas con su cuerpo, viadoras en este mundo, hablo de hombres, que son vasos de tierra quebradiza, capaces de errar por malicia, ó ignorancia, y no libres de cometer muchas culpas: de estos hablo, y en estos bien puede desearse aquel orden perfecto de que gozan en el Cielo los Bienaventurados; pero no debemos esperarlo sino en aquellos á quienes la Divina Misericordia favorece singularmente con su santa, y poderosa gracia. Por lo demas es cierto que los errores involuntarios del hombre no desconciertan el buen orden, y armonía de su alma, con tal que no los cause la demasiada negligencia, ó los fomente la soberbia, ó finalmente los conserve, y defienda la obstinación, y pertinacia. Aunque entónces se engañe el entendimiento, aun se conserva el alma unida con Dios, con la virtud, y con la razón, porque se persuade, que solamente quiere, y sigue lo que quiere Dios, la razón, y la virtud. El justo, y Clementísimo Dios no nos imputa á culpa lo que ignorantemente creemos que está bien hecho, juzgándolo nosotros por honesto, y justo; porque no exige de nosotros el que sobre las fuerzas de nuestra capacidad atendamos en todos los casos, y accidentes á la verdad, y bondad que puede hallarse en nuestras acciones. Para formar una culpa es necesario el conocimiento de la causa del mal, y el concurso de la voluntad, mediante el

ya

ya insinuado conocimiento. En suma, el involuntario excusa de culpa por lo común; y donde no hay culpa, allí hay orden en el alma. Mas para no engañarnos en esto, conviene saber, que yo no he fixado el orden conveniente al alma racional precisamente en el amor de lo verdadero, y de lo bueno; he añadido que este amor ha de ser zeloso, y sincero. No suele tener muchas veces estas precisas qualidades, como ya dexamos advertido en el Capítulo XI. El que con sinceridad, y buen zelo camina en busca de la verdad, y del bien obrar, con dificultad se engaña, ó se desengaña facilmente; y por esto, y con esto á lo menos queda asegurado en el hombre el buen orden que le conviene.

## §. VII.

**P**OR lo que pertenece á los deslices, y caídas á que estan expuestos aun los que con mayor sinceridad, y zelo aman, y desean lo verdadero, y lo bueno, causadas por la impensada impetuosa fuerza de los apetitos, y pasiones violentas, y mal refrenadas: caídas, que por ser voluntarias, ó en sí, ó en su causa, no excusan de culpa, siendo cierta esta miseria de la naturaleza humana, conviene confesar, que semejantes deslices, y caídas causan el desorden en nuestras almas. Pero tambien es verdad, que el que tuviese bien arraygado en su corazón el aborrecimiento al mal, y á todo lo que es contrario á la recta razón, apenas advertirá su deslíz, y caída, quando se levantará como la palma con vigor, y presteza. Al punto le dá en rostro con el error cometido su misma conciencia, y por tanto, el disgusto, y arrepentimiento de haber incurrido en aquella culpa corren á restablecer el buen orden en su alma; siendo muchas veces estas mismas caídas, y flaquezas causa impulsiva para que se acrecienten con mejoras aquel buen orden que antes tenia; porque descubriéndose la flaqueza que antes no se conocia quando la soberbia del corazón la ocultaba, en-

Tom. II.

C

tra

tra en su lugar la humildad verdadera, que es el medio mas eficaz, y seguro para restablecer, y conservar el buen orden en las potencias del alma. El que quando obra mal no siente dentro de sí mismo semejante aborrecimiento, este puede decirse que duerme en sus pecados; no sucede esto al bueno, el qual no halla quietud, ni reposo hasta que vuelve á entrar en el buen camino. Y pluguiese á Dios, que quando el hombre piensa seriamente en reformarse á sí mismo, sintiese en su corazón un sincero, y cordial amor de la verdad, y de las acciones moralmente buenas, con una aversion, y aborrecimiento al pecado: debería regocijarse por hallarse en él el principal constitutivo de la sabiduría, y buen orden, qual conviene que tenga la racional criatura. Lo mas prodigioso acerca de esto es, que muchas veces se halla este buen orden, ó disposicion de ánimo para tenerle (por lo menos en lo que toca á la voluntad) en gente idiota de ambos sexos, en jóvenes de perspicaz, y claro entendimiento, y aun en tontos, y rudos villanos. Gran vergüenza debería causar á los que se tienen por sabios, y han leído en muchos libros, y que pretenden ser tenidos por grandes ingenios, el verse excedidos en bondad por los que acabamos de referir; y mucha mayor confusion debe causar á estos sabios del mundo el obrar las mas veces contra la razon, dexándose llevar del bien útil, ó deleytable, sin atender al bien honesto, mas apreciable, y conveniente. Mucho conviene el saber para llegar á ser sabio; esto es, para adquirir altísimos conocimientos de las verdades, y demas cosas pertenecientes al buen gobierno del hombre; pero el saber mucho, y el obrar mal comunmente, esto no merece otro nombre que el de ignorante, ó de perverso, é ingrato, quando no se le aplique el título de loco. Ya es tiempo de poner á la vista nuestros principales apetitos para buscar el modo de regularlos bien para que no nos arrastren á obrar cosas indignas de quien está dotado de razon. Nuestros apetitos, y pasiones son en sí movimientos natu-

turales, que no tienen término, ni límite, y pueden malearse, y pecar, ó por defecto, ó por exceso, necesitando por tanto, asi como muchos caballos, unas veces de espuela, y otras de freno, como ahora veremos.

## CAPITULO XXVIII.

## Del buen régimen del amor propio.

## §. I.

EL Apostol S. Pablo escribió muy á nuestro propósito, diciendo en su Epistola segunda á Timoteo, cap. 3. "Habrà hombres amantes de sí propios, condiciosos, engreidos, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, ingratos, perversos, sin amor, sin paz, &c." Prosigue el Santo repitiendo casi lo mismo; "Vendrán, y habrá hombres amadores de sí mismos, llenos de codicia, altaneros, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, ingratos, malvados, sin amor á los otros, y sin paz consigo mismos." Todos estos vicios se hallarán en ellos por el demasiado amor propio. El intenso amor que nos tenemos, mientras escucha la voz de la razon, va regulado segun la ley, y se acomoda á las máximas del Evangelio; este es propio de hombres sabios, y puede ser un promotor de buenas obras, y una guia, ó conductor á todo género de virtud; pero dividiéndose este por nuestra desgracia en tantos, y tan diversos apetitos, de los quales cada uno quiere quedar satisfecho, y apagado, agitan, y conmueven de quando en quando nuestra alma de tal manera, que la razon, destinada para reprimir, y contener este impetuoso torrente, muchas veces no puede contenerlo, y le dexa libre toda la campaña, para que corra, y se extienda á sus anchuras. Sucede esto de dos modos, como ya hemos dicho; el uno sin que lo advirtamos, ó reflexionemos; el otro quando aun con los



tra en su lugar la humildad verdadera, que es el medio mas eficaz, y seguro para restablecer, y conservar el buen orden en las potencias del alma. El que quando obra mal no siente dentro de sí mismo semejante aborrecimiento, este puede decirse que duerme en sus pecados; no sucede esto al bueno, el qual no halla quietud, ni reposo hasta que vuelve á entrar en el buen camino. Y pluguiese á Dios, que quando el hombre piensa seriamente en reformarse á sí mismo, sintiese en su corazón un sincero, y cordial amor de la verdad, y de las acciones moralmente buenas, con una aversion, y aborrecimiento al pecado: debería regocijarse por hallarse en él el principal constitutivo de la sabiduría, y buen orden, qual conviene que tenga la racional criatura. Lo mas prodigioso acerca de esto es, que muchas veces se halla este buen orden, ó disposicion de ánimo para tenerle (por lo menos en lo que toca á la voluntad) en gente idiota de ambos sexos, en jóvenes de perspicaz, y claro entendimiento, y aun en tostos, y rudos villanos. Gran vergüenza debería causar á los que se tienen por sabios, y han leído en muchos libros, y que pretenden ser tenidos por grandes ingenios, el verse excedidos en bondad por los que acabamos de referir; y mucha mayor confusion debe causar á estos sabios del mundo el obrar las mas veces contra la razon, dexándose llevar del bien útil, ó deleytable, sin atender al bien honesto, mas apreciable, y conveniente. Mucho conviene el saber para llegar á ser sabio; esto es, para adquirir altísimos conocimientos de las verdades, y demas cosas pertenecientes al buen gobierno del hombre; pero el saber mucho, y el obrar mal comunmente, esto no merece otro nombre que el de ignorante, ó de perverso, é iniquo, quando no se le aplique el titulo de loco. Ya es tiempo de poner á la vista nuestros principales apetitos para buscar el modo de regularlos bien para que no nos arrastren á obrar cosas indignas de quien está dotado de razon. Nuestros apetitos, y pasiones son en sí movimientos natu-

turales, que no tienen término, ni límite, y pueden malearse, y pecar, ó por defecto, ó por exceso, necesitando por tanto, asi como muchos caballos, unas veces de espuela, y otras de freno, como ahora veremos.

## CAPITULO XXVIII.

## Del buen régimen del amor propio.

## §. I.

EL Apostol S. Pablo escribió muy á nuestro propósito, diciendo en su Epistola segunda á Timoteo, cap. 3. "Habrà hombres amantes de sí propios, condiciosos, engreidos, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, ingratos, perversos, sin amor, sin paz, &c." Prosigue el Santo repitiendo casi lo mismo; "Vendrán, y habrá hombres amadores de sí mismos, llenos de codicia, altaneros, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, ingratos, malvados, sin amor á los otros, y sin paz consigo mismos." Todos estos vicios se hallarán en ellos por el demasiado amor propio. El intenso amor que nos tenemos, mientras escucha la voz de la razon, va regulado segun la ley, y se acomoda á las máximas del Evangelio; este es propio de hombres sabios, y puede ser un promotor de buenas obras, y una guia, ó conductor á todo género de virtud; pero dividiéndose este por nuestra desgracia en tantos, y tan diversos apetitos, de los quales cada uno quiere quedar satisfecho, y apagado, agitan, y conmueven de quando en quando nuestra alma de tal manera, que la razon, destinada para reprimir, y contener este impetuoso torrente, muchas veces no puede contenerlo, y le dexa libre toda la campaña, para que corra, y se extienda á sus anchuras. Sucede esto de dos modos, como ya hemos dicho; el uno sin que lo advirtamos, ó reflexionemos; el otro quando aun con los

ojos abiertos nos hace perder el camino. En el primer caso nos representa nuestro amor propio tan al vivo el semblante de la razón, y justicia, alegando motivos, y proponiendo argumentos tan favorables al apetito, añadiendo excusas, y buscando tantas disculpas, que nos parece ser la recta razón la que nos habla, quando en la realidad no escuchamos otra voz que la de aquel grande artífice de engaños nuestro amor propio, que nos hace parecer lícito, y justo todo aquello que con intension deseamos, y apetecemos. Razon sería que fuese muy fiel aquel sugeto que administra la hacienda de otro, quando el administrador tiene por esto un competente salario. Pero qué sucede así? La demasiada experiencia de lo contrario ha dado motivo á dos refranes, ó proverbios; el uno, *al arca abierta el justo peca*; el otro, *al que la miel maneja algo se le pega*. De hecho, al que administra la hacienda ajena, y maneja los bienes de un amo, de una comunidad, de un pupilo, jamas cesa el amor propio de utilizar para encontrar razones, ya de compensacion, ya de fatiga demastada, de corto salario; de algunos inciertos débitos, fundando todo esto en el exemplo, en la costumbre, interpretando en favor suyo la intencion de los amos, y una, ú otra palabra que le han dicho; de modo, que con toda paz, y serenidad, y sin pensar que agravia la justicia, este tal administrador acrecienta su bolsa con la hacienda ajena, y vive persuadido, que es muy justo un tal acrecentamiento. Ni es menor la burla que hace el amor propio, como latino consejero de los que exercitan el oficio de Jueces en este mundo. Si el Juez gustase de regalos, y viese de buena gana, que entran en su casa antes de dar la sentencia, ó los esperase mayores de uno de los litigantes que del otro, aun despues de sentenciado el pleyto, tened por seguro, que su voto será favorable á la parte que mas diere; porque no se hallará en su corazon aquella indiferencia, que es tan necesaria, y esencial en el recto Juez; y con un secreto poderoso influxo se

verá inclinado á buscar, y encontrar, y últimamente á tener por mas fuertes, y convincentes las razones que favorecen al dadivoso, que las de su contrario. Y quando este mismo Juez, que ama, y apetece los regalos, fuese tan señor de sí mismo, que mirando solamente la justicia de la causa, diese la sententia contra el mismo que le ha regalado; cómo podrá excusarse de un engaño manifiesto, ó de un hurto paliado, habiendo recibido de la otra parte lo que debe suponer que le dió como por regalo, ó por precio de su voto? Por tanto, está justísimamente prohibido por la razón, y por las leyes á los Jueces el recibir regalos de las partes antes que el pleyto se sentencie, ó el esperarlos, y pedirlos despues de sentenciado. Finalmente, tanto se ingenia, y con tanta precaucion sabe insinuarse este poderoso amor de la hacienda, ó nuestro amor propio, que es lo mismo, que no solo induce, y persuade á la gente popular, y plebeya á las viles, é ilícitas ganancias, y contratos, mas tambien como astuto ladrón puede llegar á esconderse en el corazon de aquellos que se juzgan, y reputan por mejores que los otros; y disfrazándose con capa del zelo de la Religion, puede, sin que lo adviertan (porque el título, y motivo es bueno), causar en estos los efectos mismos, que ellos tanto aborrecen en los otros.

## §. II.

NI es menos malo, y dañoso, antes bien es mucho peor el apetito de mandar. O! si, por desgracia nuestra, aquel que Dios ha colocado para gobernar los Pueblos, se sirviese de los consejos de sugetos inficionados de este vicio pestilente, y diese oídos á los aduladores, no puede facilmente explicarse con pocas palabras la grande avenida de desgracias, é infortunios, que amenazan, y se experimentarán dentro, y fuera del Reyno mismo. Cierto es que en nuestros tiempos vemos, y hemos visto Conquistadores justos; pero si extendemos la

vista á los tiempos pasados, no ha faltado alguno, que á diestro, y siniestro ha practicado todos los medios para extender los confines de su territorio, y propio dominio, juzgando por una misma cosa el ser vencedor glorioso, y Conquistador justificado. Era necesario un razonable pretexto para acometer, y ocupar los dominios de otros. Pues este motivo se encontraba con facilidad en una mente agitada, é impedida fuertemente de la ambicion; y mucho mas porque en estos lances no estan ordinariamente muy lejos los socorros de aquella jurisprudencia embrolladora, que está pronta á sostener qualquier partido, sea tuerto ó sea derecho. Son necesarias para mantener la guerra grandes sumas de dinero? Pues al punto parecerá lícito el exprimir hasta la última gota de la sangre del pobre Pueblo; y despojando los habitantes del propio pais, introducir en él la miseria, y la desolacion. Pero descendiendo ahora desde los altos tronos al baxo estado de otros muchos, hallaremos tambien excesos, no tan ruidosos, pero casi los mismos, causados por el amor propio, como íntimo consejero del hombre, que intenta enriquecerse, entronizarse, ó engrandecerse, ó satisfacer otros apetitos semejantes. Aun los mas rústicos ignorantes encuentran dentro de sí mismos en estos lances un doctor grande, que les sugiere razones, no solamente para poder obrar de aquella manera, mas tambien para hacerles creer, que es justo todo quanto les trayga utilidad. Un vehemente deseo no tiene muchas veces ojos, ni oídos para ver, ni oír otra cosa, que lo que le acomoda para el logro de sus ansias. Pero esta accion, me direis, es claramente contraria á la razon; con todo, aunque se reconozca como tal, se pondrá en execucion. No se recurre entonces, como debería practicarse, ni se da entrada á quien podría manifestar el engaño, antes bien se tiene por sospechoso á quien se atreviese á persuadir, ó aconsejar lo contrario; y supuesto que entonces solamente tiene cuenta el dar crédito á sí propio, la passion dominante representa como

flaco, y endeble qualquier dictamen, que no concuerde, y convenga con el apetito, y afecto que predomina; pero entoces mas particularmente es difícil el impedir, que nuestro amor propio no trastorne, y mande á la razon; quando hace liga, y va unido con la fuerza, y el poder. Conventrá, pues, en gran manera el que registremos con cuidado los efectos, y el semblante de esta fuerza.

**HAY** en el mundo una fuerza, que es laudable, y buena en sí, porque obra de acuerdo, y va unida con la razon, y es muy necesaria para el buen gobierno del mismo mundo. Tal es aquella fuerza que tiene el que con justo título es señor de un Reyno, y la que logran los que gobiernan Repúblicas, sobre sus súbditos, el padre sobre sus hijos, el amo sobre sus criados, y los maestros, y superiores sobre sus respectivos dependientes: fuerza que impide, y contiene para que no se cometan desórdenes, y para castigar al que los cometiese, para conservar la quietud, y paz, tanto pública, como privada, dar á cada uno lo que es suyo, exigir los tributos justos, y la debida obediencia, segun la diversa calidad de personas. Hasta aquí es la fuerza santa, y justa, y aprobada por la razon, como que es necesaria, y se dirige al público bien. Sin este poderoso subsidio, tanto la República, como las casas particulares, no serian otra cosa que confusión, y desorden, y un quartel perenne de maldades. Pero no se detiene aquí la fuerza muchas veces, Luego que nuestra alma comienza á desear con ansia algun objeto, y reconoce en sí misma tanto vigor, y pujanza, que puede vencer qualquier obstáculo, que intente impedirle la posesion, ó término de sus deseos, queda difícil es entonces que el alma se reporte, y contenga, apartándose de aquel camino que la conduce al término deseado. En este caso aquella misma fuerza da mayor impulso para proseguir el

camino comenzado, añadiendo un movimiento á otro movimiento, hasta que muchas veces encuentra el precipicio. Por esto en los Sagrados Libros de la Sabiduría Divina se nos presenta colmado de alabanzas aquel que libremente puede quebrantar la ley, y la observa, que puede obrar mal sin temor de ser castigado, y no hace mal alguno; por lo que á mí me parecen otros tantos Santos, ó por lo menos nobilísimos héroes, que habitan la tierra, aquellos Monarcas, que éntre otras muchas apreciables virtudes, poseen tambien aquella de contenerse dentro de sus propios estados, sin inquietar, ni dañar á los otros, aun quando tienen fuerzas, y poder para hacerlo, no faltando jamas á quien los busca pretextos para mover una guerra. Es verdad tambien, que algunos, y no pocos se abstienen de hacer semejantes insultos, porque les pone freno el rezel, y la aprehension de una fuerza, y resistencia mas poderosa que la suya; pues aunque de presente no la adviertan, porque no la hay en la realidad en su contrario menos poderoso, pero puede haberla, mediante alguna negociacion, ó liga en favor de la potencia, que es mas flaca por sí sola. Con todo, tenemos vivos exemplares de esta rara moderacion; y pluguiese á Dios, que dexasen en toda la tierra imitadores de esta moderacion gloriosa. Ni merecen ser menos alabados aquellos otros Soberanos, que podrian dexar correr á rienda suelta toda su fuerza sobre sus propios Pueblos, y súbditos; esto es, sobre sus haciendas, y sobre la libertad, y privilegios que gozan las Naciones Christianas, que no han nacido esclavas, como algunos infelices Pueblos del Oriente, pero que sin embargo, cuidadosamente, y por un efecto de virtud christiana, se abstienen de tales violencias. Bien saben estos Potentados, que su prepotencia no hallaria impedimento por parte de sus súbditos, á quienes tiene mandado el mismo Dios, que no resistan, ni dexen de obedecer á sus propios Señores, aun quando estos sean discolos, y malos, sino es en el caso que manden cosas contra-

rias, y que no se avienen con lo que tiene mandado el Señor de los Señores, y Rey de los Reyes: hace tambien frente, y resiste á la persuasiva de sus apetitos aquella virtud propia suya, que jamas consiente que se vulnere, ni atropelle la razon, y la justicia con daño considerable de aquellos, que aunque los miran, y tienen por súbditos, los estiman, ó deben estimar, y querer como á hijos propios. No necesitan por cierto estos gloriosos Príncipes que se les acuerde frecuentemente lo que acordaron, y dexaron escrito aquellos Venerables Obispos Franceses, que juntos en Turs, compusieron el tercer Concilio Turonense en el año de 913, donde se leen estas palabras al capítulo 49. *Admonendi sunt Domini subditorum, ut circa eos pié, & misericorditer agant, nec eos qualibet injusta occasione condemnent, nec vi opprimant, nec illorum substantias injuste tollant, nec ipsa debita, quæ á subditis tradenda sunt, impie, ac crudeliter exigantur.* Deben ser amonestados los que tienen vasallos, á fin de que los traten piadosa, y caritativamente: que no los condenen por qualquier leve delito: que no los opriman con violencia, ni les quiten indebidamente sus pobres haciendas, ni les pidan con crueldad aun aquellos tributos, que deben pagar por obligacion.

## §. IV.

**P**ero qué hablo yo ahora de los Príncipes de la tierra? Bastará que en qualquiera de los particulares se junten el apetito desordenado de mandar, con el poder, para que veamos en un dibujo pequeño todo lo que aquellos Soberanos son capaces de hacer en otro mayor. Ni aun aquí debemos parar: extendamos la vista por la dilatada feria del mundo, en la qual la mayor parte de los hombres se mueven ligeros, como tantos negociantes: unos para adquirir hacienda, otros para conservar la adquirida: estos para lograr honores, y dignidades; aquellos para entrar en la gracia, y amistad de grandes

37251

des Príncipes, y Señores: aquel para no minorar sus ganancias: este otro para adquirir reputacion, y gloria: en una palabra, cada qual para satisfacer aquel apetito que domina su corazon, mediante el amor propio. Si bien lo considerásemos, hallaríamos que la razon debia ser la que dispensase, y manejase todo esto, como Señora, y Emperatriz del Reyno racional, y la que dirigiese todo este tráfico, y comercio; pero muchas veces es la fuerza la que mueve todas las ruedas de esta máquina, y la que domina la mayor parte de la tierra: fuerza que proviene del poder de las armas: fuerza que procede del favorable viento del mando, ó del mayor número de amigos poderosos: fuerza que nace del dinero aplicado, y distribuido en lugar, y tiempo oportuno, y de que resulta aquella especie de encantamiento, que cada dia podemos tener delante de los ojos. ¿De dónde, pues, sino de este principio, proviene el que la justicia sea tan diligente contra los pobres desamparados, y no tenga manos para obrar contra los ricos, y poderosos? Vemos algunas veces que los altos puestos, los grandes favores, los ocupan, y dispensan, no ciertamente á los que tienen mas méritos, sino á los que logran protectores mas poderosos. Vemos tambien que no solo los mas ineptos, sino aun los mas ímpios, y facinorosos llegan á conseguir los primeros ministerios, con dolor, y aflicion de todo el Pueblo, que llora sin consuelo los daños que experimenta en tales gobiernos. Proviene asimismo esta fuerza del saber manejar la cavilacion, la charlatanería, la adulacion, y bufonería, y de saber formar, y disponer combinaciones, y amistades ocultas para sostenerse á sí, y á los que siguen su partido, y para abatir, y desacreditar á quien presume que le es contrario, ó que algun dia pueda serlo; porque ahora, ó no quiere, ó no logra la fortuna de ser su amigo. Finalmente es muy poderoso, y muy dilatado el imperio de esta fuerza en este mundo; y si no vemos otras mayores mutaciones en el teatro humano, es porque á

mú-

muchos les falta esta misma fuerza; de manera, que el que intentase señalar, y describir uno por uno sus efectos, no hallaria tan presto el fin, y acaso incurriria en aquella misma fuerza, ó en aquellos defectos mismos causados por ella, que le enseñarian á no proseguir con la historia comenzada; porque no es la última proeza de quien tiene poder, y fuerza el procurar lo primero abatir, ó ridiculizar al que sabria decir la verdad, que no quisiera oír, ó porque no decauya, y se minore su autoridad, ó porque de algun modo seria contraria á su mismo provecho, y detendria el curso al torrente de sus gustos. ¡O, sea Dios bendito, y que usufructuarios tan perversos somos los hombres de vuestros benéficos dones, y mercedes! Luego que liberalmente gracioso nos regalais, ó con un buen ingenio, ó con abundantes riquezas, ó con grados eminentes en la república, esta misma benéfica parcialidad vuestra nos sirve, no solamente para saciar nuestros animales, y baxos apetitos, mas tambien para que se dilaten, é irriten, hasta llegar á menospreciar abiertamente á los que no han recibido de Vos (ó Señor) tan colmada medida de estas gracias terrenas, y hasta menospreciar con mayor descaoro vuestra santa Ley, adquiriendo al mismo tiempo un daño eterno para nosotros.

## §. V.

Después que el hombre bueno, y sabio ha observado atentamente el camino errado, y torcido por donde caminan otros muchos hombres, debe con grande animosidad determinar dentro de su corazon no apartarse un punto del camino real de la razon, y de la virtud. Amase tambien á sí propio con un fuerte amor el hombre sabio: prueba tambien, y siente en sí mismo los efectos de sus apetitos vigorosos, y su impetuoso torrente: no dexa de presentir los tumultuosos asaltos de sus pasiones; pero nada executa de quanto estos internos des-

ar-

arreglados consejeros le sugieren, si antes no consulta con la razón, y no conoce que esta aprueba por honesto, justo, y laudable aquello que el corazón le persuade, aun quando se halla agitado tan fuertemente; y para mayor seguridad se abstiene (quando puede) de obrar, quando es agitado de alguna indiscreta pasión. Mas porque no todos, ni en todas las ocasiones saben leer en este hermoso libro de la recta razón, ó por lo dificultoso, y intrincado de las materias que ocurren, y sus circunstancias, ó por ignorancia propia; este ignorante, sabio entonces, corre presuroso á buscar un consejero, á quien juzga mas inteligente, y docto, y por esto capaz de darle un buen parecer con toda honradez, y fidelidad. Pero quando se trata de pesar nuestras acciones, no ya con el delicado pesillo del oro, si bien con el mayor, ó mas grueso; en este caso cada uno puede facilmente ser maestro de sí mismo, practicando el secreto de que usan comunamente los prudentes Abogados, y Jurisconsultos, quando son llamados, y buscados para defender, y patrocinar la causa de alguno. No se detienen estos únicamente en amontonar, y fortificar las razones que asisten á su parte; antes bien, con igual atención, y cuidado miden, y pesan las del contrario, que se figuran ser ellos mismos, substituyendo por la persona de la parte contraria, haciendo ver con esto á su cliente de parte de quien está la razón, y quien espera vencer. Del mismo modo debemos practicarlos nosotros, luego que nos determinemos á decir, ó hacer: debemos despojarnos de nuestros vestidos; esto es, de nuestros afectos, y vestirnos los de los otros, y de esta manera no nos costará mucho trabajo el rastrear, y descubrir si aquel apetito, aquel afecto quiere incinarnos, y traerlos á una acción, que en sí misma es mala, porque envuelve alguna culpa. Si nos parece mal, y reprobáramos en otro aquel modo de hablar tan acalorado, aquel desfogo injurioso, aquel minorar los méritos de nuestro próximo, para ponderar, y aumentar los nuestros; aquella obstinacion de jamas per-

perdonar á los enemigos, y de buscar modos, y trazas para vengar las propias injurias; aquella conciencia nada escrupulosa, quando se trata de la hacienda agena; aquel juzgar, y echar á mala parte las acciones dudosas, y aun las indiferentes de los otros hombres; aquella adulacion vil, é infame; y discurriendo de esta suerte en otras muchas acciones; ¿cómo no advertiémos que estas mismas, quando las practicamos nosotros, son perversas, y viciosas? La Sagrada Escritura, que tan bellas cosas nos enseña, no ha dexado de ponernos á la vista esta transformacion tan provechosa, para que con su luz descubramos los engaños de nuestro amor propio. La ira, que contra su hijo Absalon concibió el Rey David, no le permitió que descubriese por entonces todos los malos efectos de su rigor, quando una pobre muger, representándole esta misma tragedia, baxo el sobrescrito de otra persona, le hace ver sus malas consecuencias, y reprime los ímpetus de aquella cólera. Aun mucho peor fué lo que acaeció á este mismo Principe, quando no advertia los excesos de su concupiscencia; pero tuvo la suerte dichosa de que un santo Profeta, representándole aquel grave delito en persona distinta, le obligó á dar la sentencia contra el Rey mismo, y á que se arrepintiese cordialmente de aquel pecado. Del mismo modo se encuentran admirables documentos en aquellas Parábolas de los Santos Evangelios, de que tan frecuentemente usaba nuestro Divino Redentor, y Maestro; acomodándose al estilo de los Syrios, y de otros Pueblos del Oriente, que las usaban en sus conversaciones. Y si es lícito, despues de estos exemplares tan grandes, y santos, proponer otros profanos, y plebeyos, se puede decir que para hacernos ver los engañosos devaneos de nuestras pasiones, y apetitos, convedrá algunas veces el tener á mano, y á la vista los documentos que el antiquísimo Esopo da en sus fábulas, siendo muchas de ellas deleytables, y muy vivas, encontrándose baxo el velo con que las encubre, representadas ingeniosamente

nues-

nuestras buenas, ó malas costumbres. Sabemos que uno de estos Apólogos fué el medio único, y muy saludable para sosegar, y aquietar un fiero tumulto de la plebe Romana contra la nobleza. Sabemos también que los Griegos se sirvieron con utilidad, y buen suceso de semejantes Apólogos. Asimismo nos servirán de un gran socorro los apotegmas, ó sentencias de los antiguos sabios, y Filósofos, con tal que se estudien los mas selectos, pues en muchos de ellos podemos hallar utilísimos avisos para vivir bien.

## §. VI.

CON todo, el método mas comun, y ordinario para conocer los engañosos, falsos, y nocivos consejos de nuestro desordenado amor propio, es el de recurrir á las buenas historias sagradas, y profanas, escritas juiciosamente por aquellos que hicieron su papel en la farsa, y teatro del mundo antes que nosotros. Al observar en ellas tantos infelices, que cayeron en este, ó aquel vicio, miserablemente impelidos por sus pasiones, y como arrastrados por sus dominantes apetitos, acaso hallaremos nuestros retratos vivamente coloridos, y delineados; y si los defectos de aquellos se nos representan ridiculos, feos, y detestables, podrá suceder que al descubrir en nosotros mismos iguales, ó mayores excesos, no los reputemos en adelante por graciosos adornos, y preciosos joyeles de nuestra vida, de nuestra conversacion, y de nuestras operaciones. Al contrario, encontrando con acciones illustres, y gloriosas de otros muchos que supieron sujetar, y vencer sus pasiones, que fueron magnánimos, pacientes, reportados, fieles en sus palabras, fáciles, y prontos en perdonar sus ofensas, agradecidos á los beneficios que recibieron, esforzados en los peligros, desinteresados, justos en sus contrarios en una palabra, de tantos que siguieron la luz de la recta razon, y las banderas de la virtud, hallándonos á no-

nosotros mismos tan diversos de aquellos, deberíamos avergonzarnos, y sufriendo las justas reconvençiones que por lo pasado debe hacernos nuestro corazon, cuidar de obrar mas arreglados en lo sucesivo. Aun mucho mas nos aprovechará el leer las vidas particulares de aquellos hombres insignes, y famosos por la práctica de las virtudes morales; adoptando lo mas bello, y lo mejor de sus acciones, y de sus sentencias, dexando aquellas que acaso nos parecen fantásticas, defectuosas, ó viciosas, de las que se encuentran algunas nada imitables en las vidas de los Filósofos Gentiles. También pueden servirnos de modelo para obrar bien las vidas de aquellos grandes Principes, que mas bien por su sabiduría, y prudencia; que por sus guerras, y conquistas, se han merecido el renombre de hombres insignes sobre la tierra. Pero sobre todo esto, é incomparablemente mas que otra qualquiera leccion, nos servirá para ser sabios, y para aprender á refrenar, y contener nuestras pasiones, y apetitos; el leer, y meditar las vidas de aquellos Santos, y grandes hombres, que en varios tiempos ha producido la Religion de Jesu Christo, y que habiendo sido eminentes en la práctica de todas las virtudes, lo fueron en las de la vida activa con mayor particularidad. Diversos exemplares son estos ciertamente de los otros, que admiramos en los Filósofos, y Héroes Gentiles, cuyas virtudes se aventan, y unian en ellos con los mas detestables vicios. Bien se que muchos Christianos se avergonzarían de emplear el tiempo en la leccion de estos libros santos: porque juzgan ser esta una cosa reservada para los que son Religiosos de profesion, y caminan á la cumbre de aquella perfeccion, que ellos, bien lejos de conseguirla, ni aun han comenzado á desearla. Pero se engañan sin duda alguna; porque si no tienen ánimo para imitar aquellos héroes de santidad en los ayunos tan continuados, y rigurosos, en los silicios, y en otras mortificaciones del cuerpo; ¿por qué no podrán aprender de ellos el vivir, y obrar como buenos Christianos, sabios,

bios, y virtuosos? Las virtudes no son ciertamente un patrimonio, ó mayorazgo privativo, para los que huyendo del mundo, y sus vanas pompas, se alistan en la milicia eclesiástica; deberían ser de todo hombre Cristiano, aunque viva en medio del mundo. Si alabamos, y áun estamos dispuestos á seguir, y tomar por nuestros maestros á los Filósofos del Paganismo: ¿con cuánta mas razón debemos aprender en la escuela de otros Filósofos incomparablemente mas sabios, quales son los buenos siervos de Dios, y discípulos de Jesu Christo?

## §. VII.

**H**E dicho ya bastante sobre este punto, aunque nó me arrepiento. No son pocos (y especialmente jóvenes) los que se causan, y atedian quando leen algun libro preceptivo, ó instructivo; porque faltos de consideracion, les parece tener delante á un viejo mal acondicionado, que les está predicando, y quiere hacerlos viejos antes de tiempo. No me lisonjeo de que logre mejor fortuna esta obrilla mia. No suele suceder esta desgracia á los libros de historia, en que se hallan las vidas de hombres ilustres; porque la variedad de sucesos, y accidentes suele cebar la sabia curiosidad de los jóvenes, que leen con gusto aquellos pasages. Ellos mientras los leen estan como en una escuela, sin reflexionar donde se hallan; y pueden aprender prácticamente lo que un maestro, acaso con poco gusto del discípulo, pretenderia, y querria enseñarle. Y si un maestro tomase por su cuenta el hacer que sus discipulos reflexionasen atentamente, ya la fealdad, ya la hermosura de los retratos que representa la historia, quando está juiciosamente compuesta, y bien ordenada; y si sobre esto mismo les propusiese diversos temas, y distintos asuntos para examinar su parecer, y juicio, sin duda que un tal exercicio les seria muy provechoso, y sacarian aquella grande utilidad, que suelen lograr los discipulos de un

ayo

Ayo advertido, y que penetra mas allá de la superficie de los objetos; esto es, aprender bien á conocer, y discernir todo lo que es laudable, ó vituperable en diversos países perteneciente á las costumbres, al gobierno, á la conversacion, á las artes, y varias maneras de las personas, que sucesivamente se van presentando á quien gira por la feria del mundo. Encuentra muchas veces el hombre, y principalmente el que no ha caminado áun largas jornadas en el viage de su vida, y con la desgracia de no conocer sus propios defectos, ó por ignorarlos, ó por no advertirlos. Por tanto pueden los libros servirnos como otros tantos espejos en que con utilidad grande veamos las costumbres, y acciones ajenas para aprender á conocer las propias. El perfecto cumplimiento de esta importante empresa jamas lo conseguiremos bien, sino con la propia y atenta observacion de lo que se practica en el mundo, ó teniendo al lado, si la suerte nos lo depara, un buen Anatómico de genios, de prendas, y de las prerogativas de otras personas, de sus defectos abominables; ó de sus ridiculoses. Mirad aquel tal sugeto, qué afectacion en el hablar, en sus gestos, en el andar, y en el vestir. Reparad en aquel otro un vivo retrato de la vanidad, y un desarregrado amor de sí propio (ó de sí propia), si atendeis á su charlatanería, que siempre gira sobre su nobleza, y la de su familia, de sus propias aventuras, de sus riquezas, y fanfarronadas, haciendo alarde de la confianza con grandes personas, de sus prendas personales, lisonjeándose, y creyendo que está interesado todo el mundo en favorecerlo. ¿Quién no ve en este un retrato fiel de la misma vanidad? Al contrario, ¿qué tiento en el motejar, y chabacearse advertimos en esta otra persona? ¿Qué modestia en su gran fortuna? ¿Qué respeto no solo á sus iguales, pero aun á sus inferiores? ¿Con qué prudencia mide sus palabras, sus alabanzas, sus censuras? ¿cómo sabe callar prudentemente, sin obstinarse en sus opiniones, sin

Tom. II.

D

ha-



hacer de Maestro y Catedrático sobre los otros, y sin querer perder un buen amigo, por no desaprovechar un dicho agudo? Si un joven que no sea presuntuoso, ni seducido por malos compañeros, sino guiado de los buenos, y libre de la preocupación de una opinión favorable á sí mismo, contempláre, y consideráre estas, y otras infinitas figuras, que se encuentran, y vea á cada paso en este teatro del mundo, acaso hallará muchas cosas que corregir en sus acciones, y no pocas que reformar en sus costumbres.

## S. VIII.

Finalmente, no quiero dexar de decir que á los jóvenes se les debería desde luego hacer que aprendiesen de memoria ciertos proverbios sentenciosos, de que usa tambien el vulgo, que contienen algunas bellas advertencias, comprobadas por la experiencia misma. Hay muchos de estos en cada país, en cada idioma. Como los Aforismos de Hippócrates, tan celebrados justamente, sirven de subsidio á los Médicos, siendo tan incierta su arte, así los proverbios (hablo solamente de los morales) pueden servir al hombre maravillosamente para juzgar de las cosas rectamente, y para dirigir bien sus acciones. Una buena coleccion de estos proverbios, ó sentencias, escogidas de varios idiomas, suficientemente explicadas, y bien estampadas en la memoria de los jóvenes, repitiéndoselas, y enseñándoles el modo, y uso de componerlas, sería sin duda una quinta esencia, ó un compendio facilísimo de quanto la experiencia ha enseñado á los hombres sabios. Pero sobre todo, conviene atenerse á las jugosas sentencias, que Dios para nuestro mayor bien ha dictado en sus celestiales Libros, y particularmente en el de los Proverbios, de la Sabiduría, del Eclesiastés, y del Eclesiástico: O, y que mina tan rica, y preciosa es esta, y que abundante de utilísimos documentos para el que desea vivir como sabio.

bio! Ayudará tambien á este intento el leer los caracteres de Teofrasto con las adiciones del Bruyer, y otros libros como estos; bien que debo advertir una desgracia, que acompaña por lo comun á estas obras. Siempre que estas sentencias, ó reflexiones se hallen, ó esten seguidas, ó como amontonadas una sobre otra, sin orden, ni método, y lo que es mas, sin algun comentario, podrá su lectura ser de gusto; pero será de poco provechó. *Arana sin cal, no hace buena pared.* Entran presto en la memoria porque son breves; pero con la misma presteza vuelan, y desaparecen: ni la memoria se enriquece con ellas; por que corriendo el entendimiento, y saltando de una en otra, ó dexando escapar la que tiene presente por ver la que se sigue, no hay tiempo para que todas, ó muchas de ellas se impriman bien en la cabeza. En suma, serán unos bellos relámpagos, pero como tales desaparecerán en un punto. Por tanto, el verdadero aprovechamiento se debe buscar, y esperar de los libros metódicos, que se dilatan, y declaren los puntos mas importantes de la Filosofía de las costumbres. Y porque el mundo quiere alegrarse, y divertirse, y sería tenido por un Misanthropo, enemigo de los hombres, el que no admitiese públicas, y privadas diversiones, no tengo dificultad en decir, que aun las comedias podrían concurrir, y coadyuvar á lo poco para el fin ya expresado. No hablo de aquellas comedias bufonescas, ó rapsodias mal concertadas, que se oyen no pocas veces en los teatros de Italia; ni menos de aquellas que empedradas de sucios equivocós, de amores obscenos, de lances maliciosos, y de triunfantes vicios, logran en algunos países libre, pero ilícito pasaporte. Hablo solamente de aquellas comedias doctrinales, y morales, que hacen reir sin decir cosas feas, é infames que discretamente ridiculizan los defectos mas visibiles del hombre: que no enseñan máximas viciosas, ni dan á beber el veneno de la malicia en delicadas vistosas copas de sutilezas: de aquellas hablo que descubren, y

representan toda la maldad del vicio; pero al punto ponen delante el castigo, que no tarda en seguirle. De estas, quando estan texidas de juiciosos lances, y con trama de hilo precioso de utilísimos documentos, que ensalcen, y alaben la virtud, y desacrediten los vicios: de estas, decía, deberían estar bien provistos nuestros teatros, que en otro tiempo solamente admitían las de Plauto, y Terencio, y aun mas licenciosas en algun caso. Tambien se puede esperar buena fruta de las tragedias, quando sean esforzados ingenios los que las compongan; pero acaso no serán tan provechosas como las comedias; porque estas (ademas de lo jocoso, y ridiculo que se insinúa, y agrada mas bien que lo serio) tienen la ventaja de ser mas geniales á los que las oyen, y las entienden mejor, no solo á los sabios, mas tambien á la gente ignorante, y rústica, lo que no sucede muchas veces con la tragedia.

## CAPITULO XXIX.

## De la Prudencia.

## §. I.

Para que el hombre gobierne, y regule bien su propio amor, y para entrar seguramente en el exercicio de las virtudes, necesita mas que de otra cosa, de una virtud general, que se llama prudencial. En orden á este nombre prudencia, á sus exercicios, ó empleos, y cómo se distinga de la sabiduría, si sea virtud, ó solamente directora de las otras virtudes, si puede llamarse virtud moral, no obstante que sea virtud intelectual, &c. hay entre los Filósofos grandes disputas. Pero finalmente puede tambien disputarse, si acaso todas estas cuestiones sirven de otra cosa que de malgastar palabras sin fruto alguno, del que solamente pretende, no el aprender á disputar, sino á bien vivir. El punto de la dificultad

tad está precisamente en conocer bien esto que llamamos prudencia, lograrla, y poseerla dentro de sí (y esto es lo mas principal), y exercerla en las ocasiones que ocurren, que son infinitas. En pocas palabras: la prudencia es aquella virtud, que en los casos, y acciones particulares nos enseña, y dirige á distinguir, y elegir aquello que es conforme á la razon, y puede honestamente redundar en nuestro bien, y á evitar, y desechar todo aquello que reprueba la misma razon, y puede dañar á otros, y á nosotros mismos, debiendo saber elegir los medios proporcionados, y conducentes para conseguir los expresados fines. Todas las otras virtudes necesitan de esta para que las guie, y sirva como de escolta; porque de otro modo pueden facilmente tropezar con los extremos, y dexar de ser virtudes, ó por falta de consideracion, y reflexion, ó por motivo de los desarreglos, dos movimientos de nuestro amor propio; de manera que la prudencia puede merecer el glorioso título, y renombre de Reyna, Maestra, y Gobernadora de las otras virtudes. Pero quanto esta virtud es mas bella, quanto es mas necesaria al hombre sobre todas las otras virtudes, otro tanto (debo decirlo con gran dolor) es mas dificultosa de conseguir; y por mas que el hombre estudie toda su vida para alcanzarla, siempre le resta mas, y mas que aprender para lograrla, y poseerla con perfeccion, estando los mortales sujetos continuamente á incurrir en varios errores por ser imprudentes, ó poco prudentes. Yo quisiera que en este punto hablasen clara, y sinceramente todos aquellos que se reputan por sabios, y prudentes del primer orden, y que tomarian el gobierno, no diré de una sola Ciudad, ó Reyno, pero aun de una de las quatro partes del mundo. Yo me lisonjeo de que sobre este asunto no me sabrian decir que mento. Vista muy perspicaz, y atencion grande necesita el hombre prudente, porque son infinitos los objetos á que debe atender, y que necesita considerar; y aunque tenga su acopio de reglas para obrar como <sup>se debe</sup>, con todo,

variando como varían las circunstancias en cada caso, y entrando muchas veces en el manejo, y expedición de los negocios que ocurren, la voluntad de otro, ú otros sujetos, y otros muchos accidentes que sobrevienen, no debe causar marabilla, si aun los mas sabios tienen muchas veces que reprehenderse á sí propios por no haber mirado con atención, y haber caído en errores alguna vez irremediables. Aun Aristóteles (si acaso no fué otro Filósofo) decía, que de tres cosas se habia arrepentido en su vida; esto es, "de haber confiado á muger cosa que se debía callar: de haber hecho á caballo un viage que pudo hacer á pie: y de haber dexado pasar un dia solo sin haber hecho testamento." Con todo esto no me parece que será cosa inútil el tocar aquí algun punto de doctrina, que si no alcanzase para hacernos prudentes, por lo menos en algunas ocasiones nos harán menos imprudentes en quanto sea posible.

## §. II.

Para que se conozca de algun modo la grandeza, y anchurosa playa que tiene el mar, por donde ha de navegar el prudente, debe observarse, que necesita saber lo ya pasado, conocer lo presente, y prever lo futuro quanto le sea posible. No puede dudarse que lo pasado es un gran maestro de lo futuro: advirtió esto mismo Publio Mimo, quando dixo que un dia enseña al otro: *Discipulus est prioris posterior dicit*. El observar, y tener prontos en la mente una gran copia de los sucesos ya pasados, puede servir maravillosamente para dirigir el entendimiento, y las acciones de los hombres en otros casos, y ocasiones, que si no son aquellas idéoticamente, por lo menos no son muy semejantes. Casi no es posible que el hombre llegue á conseguir el ser prudente, si antes no ha hecho un atento, y continuado estudio sobre las costumbres, inclinaciones, y acciones de los otros hombres, para poder regular, y nivelar sus pro-

propias acciones. Para esto pueden ayudar, y servir mucho los libros; pero sabe Dios lo que sucedería al que se contentase con esto solo. No es por cierto una cosa extraña el ver muchos hombres reputados por doctos, que son simples, é imprudentes al mismo tiempo. El gran libro del mundo bien estudiado, juntamente con un noviciado de mucho tiempo pasado en tratar con los otros hombres, son los medios mas comunes; pero los mas eficaces para aprovechar en esta virtud, el que ha de vivir en el mundo, y no retirado en un claustro. Para un estudio, y exercicio semejante, mucho tiempo se requiere. Por esta causa no se hace injuria á los jovencitos, y mancebos, quando se les dice, que merecerian el titulo de imprudentes, si acaso quisiesen ser prudentes en poco tiempo, y de pocos años, y juzgasen que por sí solos pueden embarcarse, emprendiendo negocios, y resoluciones de alguna consecuencia, lisonjeándose de que no se engañan, y de que no necesitan direccion, ni consejo de otros mas ancianos, y prudentes que ellos. Cosa muy facil será, que no teniendo quien los sostenga, y sostrene, no solamente como potros bizzaros, y sin experiencia, hagan daño á otros, mas tambien á sí propios, como acontece á muchos en muchos casos. La prudencia, pues, de un joven, consiste en aprender desde luego rectas máximas; en reflexionar atentamente lo que ha sucedido á otros en casos semejantes; en aconsejarse, y especialmente quando se trata de regular, y entablar bien su vida propia, practicar esta importantísima diligencia con quien pueda darle buena luz, con afecto, y sinceridad; y finalmente consiste en abrazar con docilidad los consejos de aquel que siendo sabio, y honrado, se puede creer que se los dará útiles, y buenos. Uno de los mas comunes, y fervorosos deseos de la juventud, viene á ser el de verse libre de los Ayo, Maestros, y Directores: de salir del Colegio, para llegar al dia dichoso de gozar de la libertad del mundo, y obrar en todo por sí solos. Mas por ventura han hecho, jun-

tamente con las ciencias, y honestas artes, que suponen han aprendido allí, una buena provision de prudencia tambien? Si así ha sucedido, debemos alegrarnos con ellos, y debemos esperar que sabrán caminar con rectitud en la nueva, y larga carrera en que entran ahora. Pero si por desgracia no llevan consigo esta virtud de la prudencia, no tardarán mucho á perderse en la ociosidad, en fruslerías impertinentes; y lo que es peor, en vanos, y locos amores; y en el juego destructor de los caudales; en riñas, y quimeras, y en otras muchas desgracias, que puntualmente estan preparadas para quien ni tiene piedad, ni prudencia.

## §. III.

Ni solamente el gran libro del mundo es el que con sus varios sucesos, y con atender á los errores, y desórdenes de los otros, como tambien á la acertada conducta de muchos, puede ser utilísima escuela de prudencia para el que tenga el juicio recto; pero aun es necesaria tambien la propia experiencia. Por lo comun los mas de los hombres son de tal genio, y condicion, que jamas aprenden bien, ni se les queda impreso en la mente lo que les es dañoso para huirlo, hasta que lo han experimentado. *No se conoce el bien si antes no se prueba el mal*, es proverbio comun. Ordinariamente no estimamos la salud, ó la tenemos en poco, hasta despues que se ha perdido; y por ésta razon, por mas que se diga á un muchacho, que puede venirle, y le vendrá mal manejando las armas de fuego, no dexará de hacerlo por esto: quando le ha sucedido una desgracia con ellas, y se ha verificado el pronóstico; entonces no se le olvidará la leccion tan presto. Otros oñen repetidas veces, pero sin hacer caso, quan facilmente cogerán un dolor de costado, quando acalorado el cuerpo, ó con el fuego, ó con un violento exercicio; no se guarda, ó reserva del ambiente demasiado fresco, ó del

del temporal demasiado frio: entonces lo creen, quando sienten, y experimentan el dolor, si es que este les permite el recobrar su salud. De la misma manera, hasta que el joven no haya probado muy á costa suya, quan caro le cuesta el hablar de los hechos ajenos, sin reporte, ni miramiento alguno; y principalmente quando prorrumpe en censuras, y palabras picantes, delante de algunos poco confidentes, que aun sin malicia, y por solo su genio llevan chismes de un lugar al otro, refiriendo, y muchas veces con sus añadiduras, y repulgos, quanto han oido de unos, y de otros; no aprenderá verdaderamente la circunspeccion, y prudencia que se requiere, y es necesaria en las conversaciones donde se habla, y hace juicio de las acciones de algun otro sugeto. *El cometer un yerro, es causa de no cometer otro*. En vano se le avisará al otro mocito recien salido de las escuelas, hinchado de su sabiduria, que el contradecir á los otros en la conversacion con ayre entonado, y magistral, es el buscarse el indecoroso título de pedante, y al mismo tiempo hacer saber á quien lo ignoraba, que no cabe en sí mismo de puro lleno, y que con todo su saber aun no ha aprendido la buena crianza, y urbanidad. Aun quando en las disputas esté la razon de nuestra parte, la misma razon enseña, y pide que nuestro dictamen debe exponerse con toda quietud, y modestia, y que el contrario se ha de impugnar con garbo, y gracia. Este modo delicado de combatir suele ganar el amor, y benevolencia, si no del contrario, por lo menos del auditorio. Y á la verdad en demasiada opinion se tiene á sí propio el que se enoja, y enfurece porque los demás no abrazan la opinion que él sigue. Pero acaso para contra este espíritu de contradiccion, no aprovecharán tanto las amonestaciones, quanto la consideracion de que finalmente se acaloró el sugeto, no sin nota de necesidad importuna, por querer sostener una opinion falsa, ó una proposicion ridicula, ó que adquirió, y compro un fastidioso empeño con un compañero suyo, y el odio

odio de otros muchos, que huyen de la desapacible, y fastidiosa conversacion de tal sugeto. Quando haya experimentado esto, puede suceder que este tal engreido, y soberbio opositor, aprenda á hacer semejante guerra con mayor cortesía, por medio de una parte pequeña de aquella prudencia, que es necesaria á todos en el trato, y conversacion comun, cuyo defecto debe ser vergonzoso á quien presume saber mas que los otros. Pudiéranse traer infinitos casos para demostrar los ventajosos adelantamientos, que se logran en la escuela del desengaño, y que ordinariamente no se aprenden en los libros; pero baste por ahora lo insinuado para llegar á conocer quantos golpes del escoplo de la experiencia se necesitan para formar un hombre que merezca el raro, y apreciable titulo de prudente.

## §. IV.

**E**L conocimiento de lo presente se requiere tambien para que sea prudente un hombre. Este es un mar dilatadísimo, cuyo fin, ó no se halla, ó son muy pocos los que lo encuentran. Quando el hombre, que es animal sociable, no determina, y quiera retirarse á un desierto, ó ser ermitaño, es forzoso que poco á poco haya de conversar, y tratar con una multitud de personas, todas de diferente humor, y diversos genios. Si antes no advierte con atencion la delicadeza de unos, la impaciencia de otros, el doblez, y socarronería de este, la veledad de aquel, la vanidad, la hipocondría envidiosa de este otro, con las demas buenas, ó malas qualidades que se hallan en los hombres; es muy facil el tropezar, y quedar engañado, y en suma, que vayan mal los negocios; porque para obrar prudentemente es necesario elegir, y poner en execucion los medios convenientes, y proporcionados al fin; y estos no se conocerán tan presto, si antes no se penetran las circunstancias de las cosas, y el natural, la costumbre, y á

lo

lo menos la pasión dominante de las personas. Con sola una llave cierto es que no se suelen abrir todas las casas, y puertas de toda la venciudad. Por tanto, el hombre prudente mide con aguda destreza los corazones de los otros, para saberse gobernar tratando con ellos; y antes de conocerlos bien, camina con cautela, usando diestramente de aquellos preliminares, que pueden conciliarle la benevolencia, sin desagradar en la menor cosa, guardándose al mismo tiempo de no hallarse engañado, seducido, ni encantado de las buenas palabras, esperanzas, exhibiciones, y promesas del sugeto con quien trata. Y si llegase á tanto, que sepa descubrir las segundas intenciones, las malicias, los embustes, y otras picarescas supercherías, de que hay tan abundante cosecha en este mal mundo; y si ademas supiese librarse de que le engañe, y burle qualquiera, entonces pasa su prudencia á ser circunspeccion, y advertencia, virtud muy necesaria para el que trafica en el mundo, y especialmente para el que tiene negocios interesantes con otros: con todo, para que esta sea verdadera virtud, y no una mera sombra de ella, conviene apartarse, y estar lejos de los extremos. Cierto que no es laudable, ni se debe apeteecer aquella especie de simplicidad, é insensatez de quien cree á todos, y lo cree todo, y especialmente del que se dexa llevar de charlatanes, y de los que francamente prometen mucho, pareciéndole que los agravia si no se fía de ellos. Tan lejos está de ser recomendable, que antes es reprehensible el demasiado maliciar de algunos, que son fieros fiscales de las palabras de los otros, y de sus acciones, encontrando siempre en ellas artificio, y malicia, y rezelosos siempre de que todos los engañan; llegando finalmente su desconfianza á no encontrar de quien fiarse, y casi ni aun de sí mismos, porque alguna vez se han fiado demasiado. De aquella simplicidad excesiva, y de esta malicia inmoderada, se hace una bella mezcla, pues podrá resultar aquella mediocridad de que se compone la verdadera virtud. Una

las mas principales atenciones de un hombre prudente, es la de no engañarse en quanto le sea posible, ni dexarse engañar de otros; pero aun mucho mas la de no engañarlos. El Divino Maestro nos dió este apreciable documento, quando dixo á sus Discipulos, que *á la simplicidad de las palomas, habían de juntar la prudencia de las serpientes; esto es, deben ser simples, desterrando de su trato y comunicacion todo engaño, todo artificio, y doblez; pero al mismo tiempo deben ser advertidos para que no los burlen, y engañen otros. Las mugeres principalmente, en las quales se encuentra rara vez esta virtud de la sagacidad, deberian buscarla con cuidado, ya que la moda las introduce en la conversacion, y trato del gran mundo. Aunque sientan en su corazon, y dentro de sí una buena intencion, deben saber que esta les faltará facilmente, luego que comiencen á dar benigna audiencia á las dulces palabras de los que dicen que las adoran, y permiten que su corazon se empape en esta dulce conserva. Si no en el presente dia, acaso dará al través su constancia en el de mañana. *La muger, y el vaso siempre estan en peligro*, dice un antiguo proverbio. Tanto incienso, no es otra cosa que vapores de un ánimo, que fragua, y medita su vergüenza, y su infamia. Con la espada del rigor, ó con la fuga de las ocasiones debe combatirse en estos lances, contra quien hace del fino, y angustiado cortejante para ver si logra engañar á una simple, ó poco prudente, y mas quando para lograr sus intentos depravados prorrumpe en exécraciones, y juramentos. Otros van por otro rumbo, que continuamente se emplean en dar á entender á todos los que tratan con ellos quanto estiman su amistad, y quanto desean la ocasion de poderlos servir, y obsequiar, fingiendo con protestas, y frases ambiguas las urgentes obligaciones que les profesan. A las obras, y no á las palabras de estos tales deben atender los sagaces, y prudentes, para ver si los géneros de la flaqueza corresponden á la insignia, y muestra que se vé por*

por defuera. Las cartas familiares, las conversaciones, y los negocios abundan hoy de este lenguaje afectado; embustes que vuelan por el ayre, simulaciones, y disimulaciones, que vienen á ser lo mismo que un cero, y otro cero. Entre tanto, todos estos que despachan esta vanísima, y endeble mercancia, y envían de su presencia contenta, y alegre toda la gente crédula, quanto son mas diestros en el arte de engañar á otros, otro tanto se imaginan mas prudentes, mas sabios, mas sagaces, y advertidos. La cortesía parece bien en qualquiera, pero no la ficción, ni la impostura, ni menos el persuadirse de poder engañar con tan vistosas apariencias á los demás, y ganarse para con todos el título de cortesés, y de que son de oro fino sus corazones. Poco se tarda en descubrir lo que es falso brillo, y diamante verdadero; ni se necesita mucho tiempo para conocer claramente, que se trataba con nobles charlatanes, pero infieles, siendo el fruto que estos sacan finalmente el que se les pague en la moneda misma que á otros embusteros de profesion; esto es, que no se les crea aun quando digan verdad. El verdadero prudente sabe disimular (y esto es licito alguna vez); pero nunca simular, ó fingir. Trata cortesemente con todos; pero no para engañar á alguno, ni jamas piensa el vender incienigas por linternas. La cortesía siempre fué, y siempre será virtud; y quando se escribe á otros sugetos, es soportable una medida discreta de incienso, pues al fin cada uno sabrá darle su justo valor, acomodándose á la usanza de los tiempos; pero no es tolerable un corazon enmascarado, que discorda de lo que dice su lengua, y que va con intencion, y pleno conocimiento de engañar traizoramente á su próximo. Por tanto el sabio, el prudente jamas pierde de vista la sinceridad, que es una bella virtud, con todo que sepa que acaso no es del genio de algunos villanos; pero sabe al mismo tiempo, que regularmente agrada á qualquier persona discreta; y tanto mas quando sepa sazonar, y endulzar el no

suyo con tan afectuosas palabras, y tan bello garbo, que aun en la misma negativa le queda muy agradecido, y obligado el mismo que se le presentó, y le buscó para conseguir un sí. Por lo demás la sinceridad, que justamente se ha elevado al alto grado de ser virtud, si en todo no tiene por guía, y conductora la prudencia, puede ser á nosotros, y á otros muy dañosas: conviene, pues, andar con cautela. No debemos hablar contra la verdad; pero tampoco deben decirse todas las verdades; y atendidas todas las circunstancias, suele ser virtud algunas veces el saber callar las verdades. Por lo que toca á los males de corazón doblado, traficantes de embustes, y que solo tratan de engañar á sus próximos, si pensasen alguna vez, que son mas prudentes, y sagaces que los demás, se engañan, y no piensan bien. La sagacidad debe consistir en saberse guardar de la malicia de otros, no ya en saber engañarlos. La liebre cree que tiene buenos pies; pero los tiene mejores el galgo que la coje. Así decía yo: por astuto que un hombre sea, no puede pasar mucho tiempo que no se le coja el fallo; y quando se ha descubierto la zorra, y la gente ha conocido sus picardías, ninguno se fia mas en ella. Qualquiera que puede huye de sujetos semejantes; y estos son los que se reputan, y tienen por prudentes?

## S. V.

**L**O tercero que el hombre prudente, quanto le sea posible, debe proveer, es lo por venir. No hablo de aquello futuro, cuyo conocimiento está reservado al Señor que lo hizo todo de la nada, y lo gobierna con admirable providencia, cuyos arcanos en vano se lisonjean de poderlos penetrar los Almanaquistas, y Astrólogos. Hablo, pues, solamente de aquello futuro, ó porvenir que el hombre sabio, y juicioso puede con fundamento conjeturar que ha de suceder, reflexionando atentamente á los pasados exemplares, y al comun modo de obrar de

de los hombres; observando con delicadeza todas las presentes circunstancias, y las costumbres, las inclinaciones, y pasiones de los sujetos con quienes ha de hablar, y tratar sus negocios. No basta el mirar solamente si estará bien hecha ó agradaará la presente acción; es necesario ademas de esto considerar la consecuencia, que verisimilmente suele salir, ó seguirse de aquellas premisas. Balanzado todo esto, se determina el hombre prudente á obrar, ó dexar de obrar, diciendo dentro de sí si hablo de esta manera, si pongo en execucion estos medios, sucederá esto, se seguirá lo otro; y de esta manera previene, en quanto puede, las dificultades, los desórdenes, y daños que pueden ocurrir, y sucesivamente pasa á prevenir, y disponer aquellos medios, que segun su juicio le parecen mas propios, y oportunos para conseguir el fin deseado. No podemos dudar que la prudencia en el que obra así es un arte meramente conjetural, siendo como son muchos los accidentes que ocurren en la vida de un hombre, varios sus deseos, y ocultos sus pensamientos. Puede sin duda, y se engaña de hecho el prudente en lo que concibe, y juicios que hace; pero no por eso dexa de lograr tres ventajas muy apreciables sobre el imprudente. La primera, que aunque muchas veces no acierte en sus negocios, intereses, y contratos; pero alguna vez acierta con ello, y esto en virtud de los medios prudentemente premeditados, y oportunamente aplicados; pero el imprudente acierta rara vez, y esto por una casualidad. La segunda ventaja consiste en que el prudente conociendo la incertidumbre de los sucesos humanos, jamas echa la cuenta de que un efecto contingente, que puede suceder, y puede no suceder, haya de venir indubitablemente, y sin fallos, segun lo quiere, y desea: este conocimiento sirve de freno á sus esperanzas, y se halla preparado con igualdad de ánimo á un suceso favorable, ó diverso. Las imprudentes, luego que ven la mas mínima señal de que un negocio está bien encaminado, no pueden contener el

el gozo, y ya tienen por seguro el buen efecto; pero el hombre sabio, que conoce muy bien la inestabilidad de las cosas del mundo, jamás se lisonjea á sí mismo, ni á otros, de que todo el día será propicio y favorable, porque no sabe que tal será la noche. La tercera ventaja que tiene el hombre prudente sobre el imprudente es, que el primero, aun quando no le salgan las cosas como las ha pensado, no tiene motivo para reprehenderse, ni debe por esto contristarse; porque qué culpa tiene, quando ha puesto todos los medios, y hecho quanto debía de su parte, si algun accidente, u otro impedimento irreparable descompone todas aquellas medidas que habia tomado con madurez, y prudencia? Aquí se debe ahora hacer mención de una injusticia, que es comun en el mundo, y tiene en él un gran crédito; esta es, el medir por solo el feliz, ó infeliz suceso el mérito, ó demérito de quien ha manejado el negocio. Advertieron esto mismo los antiguos, que nos dexaron escrita esta sentencia: *Extrema semper de auctuactis iudicant*; esto es, que las cosas sucedidas, siempre dan juicios, para que juzguemos las diligencias que para conseguirias se practicaron. En muchos casos es muy justa esta regla; pero en otros muchos es injustísima, y no querria ciertamente que por ella le juzgasen el que para juzgar á otros la usa tan frecuentemente. Estos toman la fortuna por prudencia; esto es, una totalmente ciega, por otra que tiene muy clara la vista, lo que es un error, y una ignorancia manifiesta. Y aunque deba desearse que el prudente sea tambien afortunado; pero no puede tampoco dudarse que el afortunado sin prudencia, si hoy se rie, y esté contento, porque le ha salido un negocio á medida de sus deseos, llorará en la pérdida de otros muchos; porque él obra regulado por el acaso, quando el prudente obra con razonable fundamento; y si un asunto no le sale bien, concluirá otros muchos con felicidad. Tambien nuestra vanidad suele llevarnos á ser agentes de los negocios ya pasados, y que han mancha-

do

do otros sugetos, y solemos decir muy satisfechos, é hinchados: *De este modo debia haberse hecho esta cosa: este negocio se habria girado mejor de esta manera.* O! que despues del hecho sabe ser maestro el asno mas necio. Si esta casta de hombres, que así discurren, se hubieran visto en aquellas circunstancias tan repentinas, en aquellos enredos no pensados, sin la menor luz para poder descubrir el fin, acaso, acaso lo hubieran hecho peor.

## S. VI.

Finalmente no puede explicarse con pocas palabras la importancia, y estimacion de la prudencia, y quanto deba apreciarse el verdadero prudente. Pero conviene observar, que esta excelente virtud, así como puede faltar, ó no hallarse en alguno por parte, ó extremo del defecto (pues abundan los hombres poco prudentes); así tambien puede faltar por el otro extremo, que es el ser demasiado prudente. Parecerá una paradoxa el decir que sea defecto en un hombre el ser demasiado prudente, y es una verdad tan clara, que cada dia nos la demuestra la experiencia. De hecho, se encuentran personas de gran talento, las cuales, porque en toda empresa ardua, aunque justa, y á las veces aun en las cosas de poca monta, encuentran montes de insuperables dificultades, considerándolas, no solo como posibles, pero aun como ya existentes, y que pueden trastornar todo su intento, desagradando en su imaginacion á alguno, ó temiéndose la enemistad, u odio de este, ó del otro, se detienen luego al punto, sin atreverse á entrar en el empeño, ó si entran, decaen de ánimo, y se retiran. Los asusta, y pone miedo la aprehension de que suceda algun mal, la de quedar desayrados con una negativa, mortificados con una áspera respuesta, la de contraer un mar de obligaciones, la de empeñarse demasiado, con otras muchas reflexiones, pesadas todas con el peso de pesar oro, y diamantes; de manera, que

Tom. II.

E

qui-



quisieran hacer mucho; pero cautelosos, cobardes, sospechosos, nada hacen al fin, ni para sí, ni para otros. Les parece que son prudentísimos obrando de este modo; pero no consideran que un prudente que nada hace, se reputa por nada entre los prudentes; y que la demasiada prudencia es madre entonces de la irresolución, que es un perjuicio muy dañoso para todo el público, en quien está á la frente del gobierno. Por tanto, la verdadera prudencia, con tal que conozca preventivamente que la cosa que emprende es decente, y justa, y tiene además un conveniente fundamento para esperar que le ha de salir bien, debe emprenderla con esfuerzo, sin que le acobarden los obstáculos que encuentre, ni otros accidentes que intenten detenerla, sin dexar de la mano el negocio, ni descansar hasta que no haya visto el fin. A este propósito es célebre el consejo de un antiguo Filósofo. *Maduramente piensa antes de entrar en qualquier empresa; pero entrado que seas, obra con constancia, y franqueza. Aggredere tarde agendo, sed aggressus, age constant.* No se debe temer, ni rezelar de todo. Debe hacerse lo posible para no disgustar á nadie; pero quando ocurra, no se debe por esto dexar de hacer lo que sea justo, y menos quando hay obligacion de hacerlo. No es culpa del prudente el que el otro indebidamente se entristezca, ó enoje. Conviene siempre ser paciendado, astuto, y diestro en el manejo de los negocios, no contentarse con los primeros asaltos; y sobre todo, apoyado en aquella confianza que trae consigo una causa buena, no debe quedar su Patrono con la palabra en la boca, aunque siempre debe acompañarla el respeto, y la alegría: ni esto perjudica á otra máxima justa, muy practicada, y estimada de la prudencia, esta es: *Mas vale doblar, ó plegar que romper.* Pobre de aquel que gobierna, y trata muchos negocios, si no se encuentra en ellos alguna flexibilidad, y se obstinan en llevar á efecto siempre su pretension, aun quando sea justa; pues entonces suele salir con la

su-

suya el que tiene mas dura cabeza. Seria yo mas imprudente de lo que soy si quisiera en este asunto decir mas de lo que ya he insinuado; pues aun lo poco que he dicho en orden á esto, consiste en reflexiones muy generales, que son fáciles de proponer, pero difíciles de executar. Esta práctica debe ciertamente procurarla qualquiera por sí mismo, sin esperar á que se la enseñen los libros, y menos de quien se ha propuesto solamente el escribir sobre esto pocos renglones. Por esta misma causa reuso el entrar á discurrir sobre la diversidad de clases, ó especies de la prudencia; esto es, de la privativa, que debe regular las acciones, y costumbres particulares de cada persona: de la económica, que mira precisamente al gobierno de la casa, y de la hacienda: de la militar, que se dice buen regulamento de la guerra, y buena disposicion de una armada: de la Real, y Política, que se dirige toda al gobierno, y buena administracion del negocio público. Otras muchas clases de prudencia pueden añadirse, como ya lo insinuamos en otra parte: conviene á saber, la paterna, y la conyugal, la padronal, la magistral, para gobernar bien los hijos, la muger, los criados, los súbditos, y los discípulos: la mercantil, para saberse manejar en el comercio, la cortesana, &c. ¿Qué mas? Quantas clases hay de gentes, quantos empleos para toda clase, todos piden una particular prudencia para saber gobernarse. Solamente el mirar un asunto tan dilatado bastaria para intimidar á qualquiera; por tanto vamos adelante con el nuestro.

## §. VII.

**P**ERO antes de poner mano á la obra, pido licencia para volver á hablar con la juventud, á la que mas particularmente he pretendido dirigir esta obrilla, tal qual ella sea. Una mala noticia es la que les he dado ya con haberles insinuado que la prudencia no es aquella virtud que les es mas familiar; porque faltándoles por

E a

10

lo comun aquel discernimiento necesario, y la sabiduría, que es la gran maestra de todos; si quieren fiarse de sí mismos, intentando el hacer cosas fuera del ordinario, es muy fácil que lo yerren todo, y se hallen burlados. Aun será mucho peor, si perdido el norte de la Religión, y de la piedad, cayesen en horribles excesos, y detestables vicios; porque entonces les faltará la prudencia para levantarse, ó acaso para cubrir aquellos despropósitos tan grandes, cometerán otros mayores. Al fin de todo los hallará el justo castigo, y entre tanto no les faltará el de quedar avergonzados, confusos, y desacreditados en el tiempo que deberían formarse aquel patrimonio apreciable de reputación, y buen nombre, que por toda su vida era justo que los acompañase. Este es el motivo de que reciban ahora benignamente las advertencias que añado á las que ya quedan hechas arriba. Por mí puedo decir, que al punto que veo un joven prudente, sabio, temeroso de Dios, que aborrece la ociosidad, y mucho mas toda accion pecaminosa, que sabe unir la modestia con la alegría, que sin dexarse enredar en las redes de los buxos, é infames amores, habla, y obra de tal manera que todos le amen, me parece que veo una de las mas bellas, y preciosas joyas de la república; porque un joven de estas prendas es en su género la cosa mas estimada, y merece mas alabanzas que cien viejos que posean la virtud de la prudencia. Para llegar á un grado tan excelente de esta virtud, no es necesario un ingenio muy agudo, y elevado, basta que tenga un mediano entendimiento, y sepa discernir, y reflexionar sobre aquello que puede aprovecharle, ó dañarle, desagradarle, ó complacerle: pero es necesaria, sin que esta se pueda suplir, una buena voluntad. Las cabezas ardientes, los ingenios fogosos, poéticos, y sutiles, son pocos, poquíssimos los que á la pobre prudencia no le den hoy un cachete, y mañana con un garrote. Las cabezas ligeras, vanas, inconstantes, aprehensivas, fantásticas, nada reflexivas, no solamente no buscan,

can, ni encuentran á la prudencia, mas como que se declaran enemigos jurados de ella; y por lo que mira á estas últimas personas, lo peor del caso viene á ser que no hay que buscar botica, ni droguería donde se venda medicina para curarlas. Mas para el que tiene un ingenio ardiente, y fogoso, podrá ciertamente el estudio, y la aplicación, juntamente con acostumbrarse á vencerse á sí propio, y hacerse fuerza para contenerse, y reportarse: podrán, digo, todas estas cosas cooperar, y ayudarle maravillosamente á fin de adquirir una buena porcion de prudencia, si no en todas sus acciones, por lo menos en gran parte.

## §. VIII.

Ni hasta el tener una mente sosegada, y quieta naturalmente, ó que se adquiere con el estudio, y aplicación continua, para conseguir con seguridad la virtud de la prudencia. Requiere además de esto la mortificación, de cuya virtud hablaremos despues. Si la prudencia ha de señorear, y adornar al hombre, es necesario que los deseos se contengan, y refrenen, y que sean esclavas las pasiones: de otra manera, si alguna, ó muchas de estas rompen los diques, y dominan al hombre, ya está dada la sentepcia nada favorable: serán desconcertadas sus acciones, incurrirá en extravagantes ridiculeces, y no podrá impedir el que se le señale un quarto en el hospital de los imprudentes. Es propio de las pasiones el ofuscar el entendimiento, no dar lugar á la consideración, y reflexion, el sugerir, y hacer que se tomen resoluciones contrarias á la razon, al decoro, y á la ley santa que se profesa: en una palabra, oponerse á la prudencia, de la qual mas que de otra qualquiera cosa debe estar enamorado todo aquel que no tiene escasez de cerebro. Todas las pasiones vehementes tienen esto de malo efectivamente, que hacen parecer grandes las cosas pequeñas, todo lo ve trocado el alma con estos anteojos; y si la prudencia no disipa estas da-

cosas nieblas, reflexionando bien sobre la interña disposición en que se halla, contad con gravísimos errores, y engaños, tanto en el juzgar, como en el obrar. Preguntad quien es aquel noble caballero, que tan frecuentemente maltrata á sus criados: que se enardece, y pone furioso, por la menor contradicción de un igual suyo, ó de los que con él tienen conversacion: que riñe á todas horas con su muger, siendo esta una buena, y prudente Señora: os responderán que aquel es una persona á quien predomina la pasión de la ira; y que para encender el nítro de su cólera es bastante la menor chispa. Acaso algun otro añadirá algo diciendo, que no es sola la mencionada pasión la que aloja dentro de sí; pues también tiene grande estimación de sí propio aquel caballero, y de consiguiente es la pasión de la soberbia la que le inflama, y da movimiento á los excesos de su cólera. Bien tendría que hacer el que quisiese notar, y escribir todas las ridículas puerilidades, y acciones desatinadas del que está posido fuertemente de la pasión del amor, ó lo que es lo mismo, del temor, de los zelos, del odio, y así de otros turbulentos afectos. Si estos llegan á dominar, debe andar junta con ellos la imprudencia, y con algunos aun la iniquidad, y la injusticia; por lo que es necesaria, ó la precaucion para que estos enredadores sediciosos no se hagan dueños de nuestra casa, ó una firme, y constante resolución para echarlos fuera. Decia Aristóteles, que uno de sus principales cuidados, y deseos era el de enseñar á los jóvenes el silencio. Habíalo él estudiado, y aprendido de Pitágoras, en cuya escuela por espicio de cinco años no abrian los discípulos su boca. Pero si la naturaleza ha provisto á los jóvenes de lengua para que hablen; ¿por que motivo tenerlos sin hablar tanto tiempo? ¡Oh! que esto no debe entenderse con tanto rigor, que no puedan los jóvenes tener sus conversaciones privadas, pertenecientes á sus negocios, y estudios juveniles: quiere darse á entender con esto, que donde hablan personas graves, y doc-

doctas, donde se trate de cosas serias, entonces será la elocuencia mas bella de los mancebos el saber escuchar atentos, y silenciosos. Dios nos ha dado dos orejas, y una lengua sola; señal que debemos oír mas que hablar. Nunca fué caracter propio de hombre prudente el que acompaña á los habladores, y charlatanes, sean de la edad que fuesen: la Escritura Sagrada así nos lo dice. Por lo que toca particularmente á los jóvenes, bastará el que hablen en ciertas ocasiones, para que se les despahe el título de tontuelos, é imprudentes. ¡Cómo pretenderán entrar en corro, y hacer de hombrécitos en materias á que no alcanzan su entendimiento, y que piden reflexion, y experiencia del mundo? Es muy fácil que sus preguntas, y discursos en semejantes circunstancias (bien sean alabanzas, ó censuras) provoquen á los oyentes á risa, ó enojo con sus insulsos despropósitos. Deben, pues, aprender primero á callar para saber hablar despues. Deben atordarse de aquella sentencia que dice: *Mucho sabe el que no sabe, si sabe callar*; y que por ellos se dixo la otra sentencia: *en boca cerrada no entran moscas*. Aun para los experimentados, y veteranos del mundo es difícil el acertar siempre con aquel *tempus loquendi*, & *tempus tacendi* del Eclesiástico; esto es, el saber quando se ha de hablar, y quando se ha de callar en ocurrencias, y circunstancias tan diferentes como concurren en nuestras conversaciones. Entre tanto, hasta que se forme, y se asiente el juicio, tendrá todo el ayre de prudente aquel joven, que á las conversaciones solamente concurre aplicando sus orejas. Mas juicioso será sin duda aquel mancebo, quando mas adelante sepa aplicarlas, elegir, y aun buscar aquellas conversaciones, de las quales está desterrada toda burlasca chocarrera, y solo tiene lugar decoroso la sabiduría, y el ingenio; y si se alegra, y rie la asamblea en alguna ocasión, aun riendo se puede aprender. Será, pues, para los jóvenes escuela de prudencia, y escuela de aquel mundo en que han de vivir el practicar con hombres prudentes que los puedan dirigir, y enseñar.

## S. IX.

Finalmente, volviendo á mi asunto, se debe inculcar continuamente á los jóvenes, que si quieren ser prudentes, deben mirar siempre el fin de sus operaciones, y lo que les podrá suceder, así de bien, como de mal. Lo por venir es lo que mas que todo se debe considerar, y reflexionar para regular, y gobernar bien lo presente. Esto nunca puede repetirse suficientemente: el hombre por lo comun yerra, se engaña, y peca, caminando por sí mismo al arrepentimiento, y miseria en esta, ó en la otra vida, solo porque mira á lo presente en esta. No sabiendo, ó no queriendo tender los ojos á lo sucesivo; esto es, no reflexionando si lo que ahora le parece bueno, útil, y dulce, le podrá ser dañoso, desagradable, y vergonzoso en lo futuro: ahora va dando anchurosas satisfacciones á sus caprichos, y gustos: abraza ciegamente todo quanto le agrada: se venga de sus enemigos siempre que puede hacerlo: busca exorbitantes ganancias por medio de tratos lícitos: habla mal de todos sin respeto alguno, y así se puede discurrir de otros excesos. Al contrario, el sabio, y prudente siempre tiene el peso en la mano para balancear sus acciones. Si yo hago esto, dice, ¿que podrá sucederme despues, ó dentro de dos meses, un año, ó dos? ¿y que podrá sucederme despues de muerto, cosa que puede acaecer en este dia, en esta hora en que estoy? Vemos mucha pobre gente popular, é ignorante, que aunque no hayan estudiado cosa alguna, con todo saben manejar bien esta balanza, y se portan con juicio en sus costumbres, y negocios. Si yo hurto, dicen estos en su corazón, si hago ahora lo que me aconseja la ira, la luxuria, el interés, &c. puede venir me mal, ó en este mundo, ó en el otro. Puede venir sobre mí un proceso criminal, un pleyto ruidoso, una enfermedad grave, y otros muchos, y trabajosos afanes. Permitirá Dios que se descubra, y ha-

haga público lo que yo hice con tanto secreto; como ha sucedido á otros muchos: no solamente las casas, mas tambien tienen ojos las campiñas: hasta los bosques tienen orejas. Mas pesado me sería el mal que puede venirme, que gustoso el placer presente; con que yo (concluye) ni puedo, ni debo hacer esto; porque ni lo permite la prudencia, ni lo consiente el amor de mí mismo bien ordenado. Al contrario, otros muchos que se creen ser los primeros hombres, se pierden en lo presente sin reflexionar en lo por venir, incurriendo por esta causa en muchas desgracias, enfermedades, y miserias. Considerad, por exemplo, tantos, y tantos que llamamos poco afortunados, ó desgraciados; pues el que atentamente considerase su vida, y sus operaciones, hallará muchas veces que ellos mismos son los autores de su poca fortuna, y penosas aflicciones. No basta el tener mérito en qualquiera gerarquía, es necesaria tambien la prudencia. El Cardenal de Richelieu solia decir, que *Imprudente, y desafortunado*, son dos términos synónimos, que tienen un mismo significado. Pero esta regla puede fallar en mucho, quando se trata de cortesanos, de Generales de Armada, de Políticos, y otros, que sin culpa propia están sujetos á varios reveses de la fortuna. La prudencia mas consumada, la mas despierta, y la mas lince, no alcanza muchas veces á preveer lo todo, y en todos los lances. Pero con todo, el ordinario curso de las cosas del mundo lleva consigo, que el prudente camina siempre adelante, y el imprudente aun elevado á la mayor altura, desgraciadamente se precipita. Por lo menos es una especie de prudencia sumamente apreciable, el obrar siempre recta, y honradamente, con horror, y aborrecimiento á lo malo. Pero al que obra mal se le podrá facilmente probar que es imprudente; y si no lo conoce en el dia, tardará poco en conocer, y confesar este defecto. Entre tanto, para facilitar, y allanar mas bien á los jóvenes el camino de la prudencia, me reservo el añadir á estos discursos una

selecta recopilación de advertencias, que aun no han salido á la luz pública hasta ahora, escritas por un veterano profesor de esta importante virtud, qual es Monseñor Speciano, persuadido á que su lectura ha de agradar á los sabios, y en muchos casos podrá servir sin desagradar á los menos doctos.

## CAPITULO XXX.

*Del buen régimen del deseo de los bienes.*

## S. I.

EL amar, y desear el bien, como ya dexamos insinuado arriba, es una ley que estampó el mismo Dios en nuestra naturaleza. Y aunque yo vaya representando aquí como cosas diversas el amor de la felicidad, el de nosotros mismos, y el deseo de los bienes; con todo, apuradas las cuentas, podemos decir que son tres nombres diversos, que en substancia significan una misma cosa. Parece á primera vista que qualquiera cosa que se nos presente baxo el nombre, y sobrescrito de bien, la podamos elegir, y abrazar sin dificultad alguna, siguiendo en esto la inclinacion de nuestra misma naturaleza. Pues con todo no es esta una verdad sentada; por lo que conviene aquí reflexionar, que los sabios han distinguido con razon tres clases de bienes, honestos, útiles, y deleytables, ó para decirlo así, los han vestido de tres diversas qualidades, las quales pueden concurrir en todo quanto se llama bien. Cierto es que hay muchas acciones, á las quales convienen los nombres de los ya mencionados bienes, como es la de amar, y alabar á Dios, lo qual por su naturaleza es una acción honesta, buena, y justa, siendo muy conveniente al hombre dar el obsequioso tributo de su corazón á quien es el Autor de todo su bien. Es asimismo acción muy útil por causa de los bienes que de su liberalidad recibimos en esta

vi-

vida, y de los incomparablemente mayores que esperamos recibir en la otra, y todos nos viene de aquel benéfico Monarca, que puede, y quiere premiar como quien es á qualquiera que le ame de corazón. Finalmente es acción muy deleytable; porque el amar en sí, y por sí es un afecto que contiene delectacion, y especialmente quando mira á un objeto que no puede, ni dignarnos encontrarse, pero ni aun imaginarse mas amable, y mas hermoso. Al contrario, puede ser útil una acción, sin que se halle en ella delectacion, ni honestidad, ó puede tambien ser deleytable, sin que sea honesta, ni útil, y así discutiendo por las demas: ni son necesarios exemplos, porque á cada uno es muy fácil el encontrarlos. Ahora veremos advertir que por bien honesto entendemos aquí todo aquello que de la manera posible intenta la imitacion de Dios, y es conforme al orden que Dios ha querido, y quiere para la universal felicidad de los hombres. Por bien útil entendemos, y significamos aquello que es medio, ó instrumento para conseguir alguna alegría, y placer, ó para librarnos de algun mal, y dolor. Tales son los bienes permanentes, el dinero, los grados, ó empleos honoríficos, el tener hijos, criados, &c. Últimamente llamamos bien deleytable todo aquello que puede causarnos algun gozo, placer, y contento, como comunmente lo causa el comer, el beber, el aprender buenas noticias, &c. Ademas de esto debemos considerar que entre los bienes honestos hay algunos tan recomendables, y bellos, que poseídos traen á sus dueños muchas alabanzas, y elogios, y les hacen esperar un gran premio del mismo Dios: estos consisten precisamente en los actos, y exercicio de las virtudes, que el mismo Dios nos prescribe, y señala, y en buena parte nos enseña la Filosofía que tratamos ahora. Hallanse tambien otros bienes honestos, que no tienen parentesco con la virtud, pero son hijos de la misma naturaleza humana, y tales que no se oponen á la Ley Divina, ni á la humana; y bien que estos, ni merezcan alabanza, ni premio,

selecta recopilación de advertencias, que aun no han salido á la luz pública hasta ahora, escritas por un veterano profesor de esta importante virtud, qual es Monseñor Speciano, persuadido á que su lectura ha de agradar á los sabios, y en muchos casos podrá servir sin desagradar á los menos doctos.

## CAPITULO XXX.

*Del buen régimen del deseo de los bienes.*

## S. I.

EL amar, y desear el bien, como ya dexamos insinuado arriba, es una ley que estampó el mismo Dios en nuestra naturaleza. Y aunque yo vaya representando aquí como cosas diversas el amor de la felicidad, el de nosotros mismos, y el deseo de los bienes; con todo, apuradas las cuentas, podemos decir que son tres nombres diversos, que en substancia significan una misma cosa. Parece á primera vista que qualquiera cosa que se nos presente baxo el nombre, y sobrescrito de bien, la podamos elegir, y abrazar sin dificultad alguna, siguiendo en esto la inclinacion de nuestra misma naturaleza. Pues con todo no es esta una verdad sentada; por lo que conviene aquí reflexionar, que los sabios han distinguido con razon tres clases de bienes, honestos, útiles, y deleytables, ó para decirlo así, los han vestido de tres diversas qualidades, las quales pueden concurrir en todo quanto se llama bien. Cierto es que hay muchas acciones, á las quales convienen los nombres de los ya mencionados bienes, como es la de amar, y alabar á Dios, lo qual por su naturaleza es una acción honesta, buena, y justa, siendo muy conveniente al hombre dar el obsequioso tributo de su corazón á quien es el Autor de todo su bien. Es asimismo acción muy útil por causa de los bienes que de su liberalidad recibimos en esta

vi-

vida, y de los incomparablemente mayores que esperamos recibir en la otra, y todos nos viene de aquel benéfico Monarca, que puede, y quiere premiar como quien es á qualquiera que le ame de corazón. Finalmente es acción muy deleytable; porque el amar en sí, y por sí es un afecto que contiene delectacion, y especialmente quando mira á un objeto que no puede, no digámos encontrarre, pero ni aun imaginarse mas amable, y mas hermoso. Al contrario, puede ser útil una acción, sin que se halle en ella delectacion, ni honestidad, ó puede tambien ser deleytable, sin que sea honesta, ni útil, y así discurrendo por las demas: ni son necesarios exemplos, porque á cada uno es muy fácil el encontrarlos. Ahora veremos advertir que por bien honesto entendemos aquí todo aquello que de la manera posible intenta la imitacion de Dios, y es conforme al orden que Dios ha querido, y quiere para la universal felicidad de los hombres. Por bien útil entendemos, y significamos aquello que es medio, ó instrumento para conseguir alguna alegría, y placer, ó para librarnos de algun mal, y dolor. Tales son los bienes permanentes, el dinero, los grados, ó empleos honoríficos, el tener hijos, criados, &c. Últimamente llamamos bien deleytable todo aquello que puede causarnos algun gozo, placer, y contento, como comunmente lo causa el comer, el beber, el aprender buenas noticias, &c. Ademas de esto debemos considerar que entre los bienes honestos hay algunos tan recomendables, y bellos, que poseídos traen á sus dueños muchas alabanzas, y elogios, y les hacen esperar un gran premio del mismo Dios: estos consisten precisamente en los actos, y exercicio de las virtudes, que el mismo Dios nos prescribe, y señala, y en buena parte nos enseña la Filosofía que tratamos ahora. Hallanse tambien otros bienes honestos, que no tienen parentesco con la virtud, pero son hijos de la misma naturaleza humana, y tales que no se oponen á la Ley Divina, ni á la humana; y bien que estos, ni merezcan alabanza, ni premio,

mio , tampoco deben ser vituperados : estos consisten en aquellas acciones que se llaman *indiferentes*, como el dormir , el cantar , el estudiar , pasear , trabajar , &c.

## §. II.

**P**ásemos ahora á la eleccion de estos bienes: ¡O! aquí sí que el sabio debe abrir los ojos cuidadosamente para no engañarse! Pero con todo encontramos muy frecuentes estos engaños en nosotros mismos , aun mejor que en los otros , que provienen por lo común , ó de nuestra ignorancia , ó de nuestro descuido , ó negligencia. Lo que no puede negarse es , que en todo quanto obramos , y deseamos , buscamos únicamente aquel grande , ó pequeño trozo de felicidad , que es el primer móvil , ó primera rueda de la voluntad humana: y este mi dictámen sobre este punto es el que tienen los hombres todos , sean ignorantes , ó sean sabios. Pero al mismo tiempo es cierto , que el bien honesto es el que consiste en la virtud , y acciones virtuosas , y en otras indiferentes tambien buenas : los demas bienes , ó sean útiles , ó deleytables , pueden no solamente privarnos de la buena armonia , y amistad de Dios , mas tambien ser males muy perniciosos para nosotros , á causa de las malas consecuencias que trae consigo. Asimismo es igualmente cierto que nosotros muchas veces por no pesar con exactitud estos bienes , dexándonos arrastrar de nuestras fogosas pasiones , perdemos la felicidad , y aun llegamos á ser infelices , que es el término , y camino opuesto á nuestros quotidianos deseos. Estos engaños los reduzco á pocas clases , bien que son muchas las que pudieran referirse. La primera es de aquellos que aprecian mas un gusto presente , y nuevo , aunque sea pequeño , que otros mayores , ó deseados , ó actualmente poseidos. Este es uno de los yerros mas comunes en que incurrimos los hombres : basta que nos acomode el gozar de un bien deleytable , ó provechoso , aunque sea pequeño , con tal que lo tengamos á

la mano , y que podamos lograrle sin mucha fatiga , para que corramos á él con ansia , sin reflexionar si por lograr este bien , perderemos acaso otro mayor , mas apetecible , mas seguro , y permanente , del qual , ó nos hallamos en posesion , ó deseamos con ansia conseguir. La presencia de aquel objeto , y la felicidad de gozarlo , unidos al desasosiego , é inquietud , que en nosotros mueven el apetito , y la passion , en la hora que queremos abstenernos de aquel placer , hacen tal esfuerzo en nuestro interior , y especialmente en nuestra fantasia , que venimos á determinar resueltamente el obrar en aquel caso , y satisfacer nuestro apetito. No dexa de gritarnos la razon , diciéndonos con voz penetrante , aunque muda : Esta resolucion te costará bien cara , porque abrazando ahora este pequeño bien , aunque deleytable , perderás otro mayor , que , ó ya posees , ó aunque te parezca que está distante , merece sin embargo mas que este el ser deseado , y que le busques con todo esfuerzo. Así habla interiormente la razon ; pero no importa , porque en aquel bien mayor no se piensa , ó si se piensa en él , lo achica , y disminuye mucho la passion : dúdase si es tal , y tan grande como se nos propone ; ó finalmente se imagina el hombre de poder hallar modo de conservar , ó conseguir aquel grande bien , despues de haber gozado este otro menor. El buen nombre , ó de persona sabia , y prudente , ó de caballero de honor , de fiel mercader , ó de hombre de conciencia delicada , ó de Religioso observante , &c. cierto que es un bien de grande importancia entre los bienes de la tierra : poco juicio tiene el que no los desease , y el que los despreciase puede llamarse loco absolutamente. Pero quantas veces por no perder un interes pequeño , ó un actual gusto , aunque breve , y pasajero , por satisfacer un capricho ridículo , por no saber dar á los apetitos una negativa , se expone el hombre á peligro de perder todo el precioso capital de su reputacion , que cuesta tanto el adquirirlo , y tan poco el perderlo?

## §. III.

EL segundo engaño consiste en aficionarse, y enamorarse tan ciegamente de algun bien presente, util, ó deleytable, y querer gozarle, y poseerle, sin reflexionar, ni considerar las conseqüencias que de aquí se pueden seguir; esto es, á los males, y dolores que puede causar. Sucede cada día á todos aquellos que caen en manos de la justicia por sus graves delitos: si antes que estos hombres se determinasen á hacer suya la hacienda agona sin gasto, ni fatiga, ó á desfogar su luxuria en escandalosos amancebamientos, y con notable injuria de otros, ó á juntarse á todas horas á solazarse en el brutal convite de hosteñas, y tabernas: si antes de todo esto, como lo pide la razon, hubieran dado una ligera ojeada, para ver los frutos abominables que podian cogerse de aquel bien util, y deleytable; acaso no blasfemarian ahora de la justicia, ni llorarían su pobreza, y desgracia. No se engañan ciertamente los grandes comedores, y bebedores en creer que experimentan algun placer presente, quando han satisfecho sus apetitos brutales; pero se engañan miserablemente en no considerar, y reflexionar los perniciosos efectos, no solo como posibles, pero casi inevitables, que causan aquellos momentaneos placeres. Vendrán despues los dolores, y enfermedades, que estan preparados para estos cazadores de bestiales gustos, y vendrán ciertamente, no como de paso, si bien para mucho tiempo; vendrá la pobreza, las enfermedades, las prisiones, el concurso de acreedores, y vendrán otros muchos trabajos, y arrepentimientos; y entonces se verá claramente que es mucho mayor el mal que dura, y permanece por tanto tiempo, que aquel bien deleytable que pasó como relámpago. El hombre sabio en todas sus obras, y antes de emprenderlas, hace un diligente exámen del placer que le ofrece la concupiscencia, y del disgusto excesivo, que por

lo

lo comun suele acompañar á las obras que reprueba la misma razon. No necesita mas para que viendo aquel bien tan fecundo de males, se abstenga de ilícitas acciones; si esto no obstante quisieren los locos hacer semejante contrato, en su mano está el hacerlo. Consiste el tercer engaño en que los hombres quieren muchas veces sufrir, y padecer grandes males por conseguir un pequeño bien, ó un gusto muy breve; ¿Qué no trabajan algunos, sin cesar día, ni noche, para dar un asalto, y rendir una honestidad, que justamente se quiere defender? ¿Qué de inquietudes, y sobresaltos no se advierten en otros, que ni reparan en peligros, ni en excesivos gastos por sostener un puntillo, ó un pique, por efectuar una venganza, por satisfacer un capricho de la fantasia? Que los mortales quando aprenden un gran bien verdadero, y asequible, y aprobado por la recta razon se expongan á padecer dilatados, y penosos trabajos para conseguirlo, es muy bien hecho, y muchas veces será su trabajo digno de alabanza, y tienen una justa excusa; porque en este tráfico interviene la prudencia, y serán bien empleadas, y aun recompensadas sus fatigas, quando logren lo que deseaban; ¿Pero que alguno se quiebre la cabeza desgraciadamente, y quiera malograr su hacienda, su salud, la quietud de su ánimo, cargando con tantos trabajos, por un bien soñado, ligero, y transitorio! ¿Donde está el juicio? Mas con todo, ¿qué no hace, y sabe hacer la fantasia, quando una fuerte pasión la mueve, y excita? Ella engrandece los objetos y pone en movimiento todo el hombre interior ácia la parte donde se inclina; porque si le da crédito, quando se ha logrado el bien que ella representa, se tiene en poco la bienaventuranza; y aunque el anteojo por donde se registra el bien sea tan falso, con todo caminan ácia allí vientos en popa nuestros deseos; y tanto mas empuntan, y se empuñan algunas duras cabezas, quanto son mayores los obstáculos, y dificultades que encuentran. O! si quieta, y pausadamente se exáminasen



sen antes de executarse muchas de nuestras dañosas, y ridículas acciones, ó por lo menos quando nuestra razon está dormida, se consultase, y escuchase la de los prudentes, y sabios amigos; ¿quántos engaños evitaríamos, de quántos arrepentimientos nos excusaríamos mientras vivimos en este mundo.

## §. IV.

**A**UN mas extraño que los referidos parecerá el quarto engaño. Este es de aquellos, que dexándose dominar de la passion, obran sin deleyte alguno, ántes bien con afán, y trabajo por conseguir un fin, del qual ningun gusto se puede sacar, y solamente puede producir un grave daño y dolor. Contemplad en la passion de los zelos, que es una de las mas turbulentas, y crueles á que está sujeto el hombre. No porque el zeloso no busque tambien en sus dolores movimientos algun bien imaginado. El objeto por quien tiene los zelos es su objeto amado: este es un bien que él quiere para sí solo, y no quisiera que otro se lo arrebatara. En los casados entra tambien el punto del honor. Aun diré algo mas: no será alguna vez vituperable en los casados prudentes una tal qual, pero discreta dosis de esta passion; ántes podrá ser una virtud civil, no ciertamente para que du- de de la fidelidad de su consorte, si bien para evitar el peligro de poder dudar en adelante. Si á esta, que no es otra cosa que una discreta vigilancia, que ni trae consigo afán, ni perturba el espíritu, y solamente se dirige al bien, y á la defensa de quien por su debilidad puede necesitarla, se le quisiese llamar zelosía, ó zelos, esto me importa poco. Lo que no tiene duda es, que por lo comun no para aquí esta maligna passion, ántes ocupa de tal modo la fantasia, que viene á ser como una lima sorda, y un terrible azote para el que la tiene. No conoce el zeloso que con las dudas, sombras, y sospechas que rodean su corazon como tantas espinas, y le ha-

hacen muchas veces prorumpir en locuras, él va buscando siempre un secreto, que si lo llega á descubrir, arruinaría tal vez su imaginada felicidad. Es tambien esta una passion sorda, cuya polilla puede llegar á desconcertar la razon, y la cabeza. Pobre de aquel en quien se halla bien arraygada: no bastan las mas vivas, y afectuosas protecciones de fidelidad la mas constante, para que se desengañe, y aquiete: siempre se teme que le engañen. Una mirada, una palabra, un gesto, bastan para atormentarlo. Si la persona á quien ama se le presenta de buen humor, y contenta, piensa este verdugo de sí propio, que aquella no piensa en él, sino en otro: si está melancólica, juzga que es el otro la causa. ¿Y qué fruto al fin se saca de todo esto? Que el zeloso, no buscando otra cosa que el ser amado de aquella persona por quien tanto teme, y de quien tanto se rezela, hace incautamente quanto puede para no ser amado, ó por mejor decir, para ser aborrecido. Lo que dexamos dicho de la passion de los zelos, se debe con proporcion aplicar al envidioso. Sin que este logre fruto alguno, puede la envidia lastimar, y maltratar su corazon cruelissimamente; y puede tambien inducirle, y aconsejarle para que haga malas, y viles acciones. El indignarse contra los malos, perversos, é indignos, quando estos se hallan colmados de felicidades, y se hallan exáltados, imperando á los buenos, y dignos, puede ser una passion laudable, y justa; pero si esta indignacion pueda llamarse envidia pura, y nada venenosa, es una duda que no me atrevo á desatlarla. Asimismo, el que haya una emulacion; esto es, un movimiento impulsivo para desear los bienes que se miran en otro, ú otros, y enriquecerse á sí propio, sin que este deseo pase á querer despojar al próximo de sus propios bienes, tambien esta podrá ser una passion honesta, y racional, con tal que la emulacion sea de bienes honestos, y no de acciones malas, contrarias á la razon, y justicia. Si esta emulacion, así entendida, y explicada pueda, ó no llamarse una envidia templada, y moderada

por la razón, tampoco lo decidiré; porque así de la indignación tocada arriba, como de esta emulación de que hablamos ahora, tenemos ideas diversas de la de la envidia, que siempre es una maligna pasión; porque siempre es enemiga de la agena felicidad, ó por decirlo mejor, de la caridad civil. Cierito que el dolerse, y enristecerse porque sea feliz el próximo, y como que nos ha robado aquel bien que posee, es clara señal de un ánimo baxo, y vil, y de un maligno corazón. Y á la verdad; qué fruto, ó qué provecho saca de esto el envidioso? Solamente descubre un gran deseo de ser mas, y mas infeliz, quando no contento con sus males propios, busca verdagos que le atormenten en los bienes agenos. Entre tanto el que es feliz, y dichoso, oye con gusto que le cantan aquel proverbio: *Mas vale ser envidiado, que compadecido*. Bien tendria que hacer el que se tomase el trabajo de registrar todos los casos en que los hombres hacemos los mayores esfuerzos para conseguir un bien imaginado, que al fin viene á ser un mal verdadero. Pero el mayor de todos los engaños, puede, y debe decirse el de un christiano, que tanto afana, y trabaja, y tanto bate aun los caminos de la iniquidad para lograr aqui en la tierra una felicidad breve, y á las veces soñada, sin que le merezca el menor cuidado, ni atención la suima, y eterna felicidad que esperamos despues de un puñado de dias, que incluye la mas dilatada vida; antes bien grangea con su mala vida la infelicidad eterna. Si estamos persuadidos, segun nos lo enseña nuestra Santa Religión, infalible, y Divina, que Dios, para dar mayor fuerza á sus Leyes Santas, intimadas, y propuestas á los hombres que viven sobre la tierra, tiene preparados, y dispuestos premios eternos, y eternos castigos, aquellos para los buenos, estos para los malos: si estamos persuadidos de esta verdad, debemos estarlo tambien de que este negocio es de tanta importancia, que escogiendo nosotros el mal camino de una vida desarreglada, y perversa, y anteponiéndola á la

vi-

vida honesta, y christiana, vendremos á caer en el abismo de la eterna miseria, privándonos para siempre jamas de aquel bienaventurado Reyno de Dios: siendo esto así, como lo es en la realidad, es forzoso confesar una de estas dos cosas, ó que somos locos rematados, ó que verdaderamente no creemos lo que profesamos que creemos. El peligro remoto solamente de poder incurrir en el abismo de los mayores males, y de perder los mayores bienes, debería bastar para contenernos, y no apartarnos un punto del camino recto. Uno de los mas visibles despropósitos del humano entendimiento es sin duda el no conocer desde luego, y á la primera ojeada el partido que debe tomar el que suspira, y anhela por ser feliz, y no infeliz. Puede suceder, y sucede por lo comun, que los buenos aun en esta vida logren un estado envidiable; porque de ordinario suele ser aqui en este triste valle mucho mejor la suerte del que justamente vive; y no les faltará por cierto, no les faltará una recompensa incomparablemente mejor en el pais de la eterna felicidad. Nuestro Dios no puede mentir: al contrario, el que camina por las extraviadas sendas del pecado, rara vez goza paz, y contento en este mundo; y si por su desgracia puede llegar tambien, y llega á probar los horribles castigos, é inmensos males que estan preparados á los que desprecian los preceptos de Dios, y sus santas Leyes; cómo hay quien se atreva á preferir una mala vida acompañada del riesgo de incurrir en tan terribles penas, á la vida santa, y bienaventurada, seguida de la dulce esperanza de conseguir la felicidad eterna?

EN estos, y otros mil engaños caen los mal aconsejados mortales, por no querer aplicarse á estudiar con afición verdadera los caminos derechos de la sabiduría, y por dexarse llevar á ojos cerrados de la mala

F 2

cos-

costumbre de las villanas pasiones, del mal exemplo, y de los falsos juicios. Una de nuestras mas familiares, e importantes aplicaciones, debe ser el regular bien nuestro amor propio, y no permitirle que á ciegas elija qualquier bien que se le proponga, sin que primero examine con todo cuidado, y atención la calidad, y consecuencias de aquel bien. Así lo practican los mercaderes diestros, y sabios en la elección, y tráfico de sus géneros: con mucha mas razon lo debemos practicar así en lo que mira á nuestra verdadera, ó falsa felicidad. Por esto es muy necesario elegir, y prefixarse algunas máximas, y concertar nuestras acciones, y elecciones con ellas. Primeramente se ha de tener por cierto, que todos aque los placeres, y gustos, que pueden enflaquecer, obscurecer, y abatir el uso de nuestra razon, ni son bienes verdaderos, ni verdaderos placeres, y gustos. Son ciertamente males con apariencia, y máscara de bien. En segundo lugar, todos los placeres, y bienes que tiran á disminuir, ó á destruir del todo la salud del cuerpo, no son placeres, ni gustos verdaderos, deben llamarse positivos males; porque son causa de muchos arrepentimientos, y dolores. Lo tercero, todos aquellos gustos, y complacencias, que nos hacen caer en desgracia, de quien nos puede hacer felices eternamente, ni son bienes, ni son placeres, sino verdaderos males. Finalmente, sea una accion útil, y deleytable quanto quiera, y pueda, no podrá ser un verdadero bien para el hombre, quando no sea honesta juntamente; es decir quando no tenga aquel justo valor que nos la haga ver aprobada, ó por lo menos no desaprobada por Dios, y por los sabios en comun: si esto no tiene, podrá causarnos el mal tarde, ó temprano, y su amargura jamas podrá compensarse por aquel escaso dulce que probamos antes. Nosotros no podemos ciertamente dexar de buscar lo que nos causa placer, y gusto, ó pueda servirnos de instrumento, y medio para causárnoslo; pero es necesario cautelarnos, y caminar con re-

celo, quando se trata de todos los bienes deleytables, y sensitivos, porque acaso acaso no serán honestos, y esto basta para que huya de ellos el hombre sabio: acaso no serán útiles, antes bien podrán causarnos un daño grave: con que vendrán á ser una mercancía, de que debemos huir; y principalmente debemos andar con cuidado con los placeres de la gula, y el tacto. Estos, con tal que sean licitos, y se tomen con la debida moderacion, no dañarán por lo comun; pero todo exceso en estos placeres, tarde, ó temprano, traerán tras de sí males muy fastidiosos, y mucho mas quando sean contrarios á la Ley de Dios. El que ama de veras á este Señor se ama como debe á sí propio, á su sanidad, y quietud, y no ha perdido el juicio; presto vuelve en sí, y reflexiona diciendo en su interior: este no es buen camino para llegar á ser feliz, podré alegrarme, y gozarme por un poco de tiempo; pero este gozo me costará despues muy caro. Asimismo es necesario volver los ojos á los graves desconciertos de la ira, del odio, y de la venganza, y de las obstinadas contiendas, hijas legítimas de nuestra soberbia, como tambien de la fastidiosa vanidad, del juego, en que se consumen los patrimonios. El que tiene un poco de juicio, dice luego al punto: esto no es útil para mí, no me acarrea algun bien: este es el camino que conduce derechamente á la infelicidad. En suma, no basta el decir yo tendré gusto en esto, utilidad en estotro; porque hay muchos bienes, que lo son únicamente en la apariencia, pero son males en la substancia; y quando no sean males inmediatamente, lo son con el tiempo, pero insoportables. Santo es el matrimonio, laudable el desseo del que quiere elegir este estado, y de él proviene una bella serie de mutuos gozos, y comodidades, quando la concordia, la caridad, y la prudencia hacen, para explicarme así, de dos almas una alma sola. Pero no sucede así en ciertos matrimonios, en que á primera vista pareció haber sido la fortuna la casamentera, y que podia causar envidia. Buscad aho-

ra la causa. Juzgó aquel desgraciado esposo, antes de embarcarse, si aquel idolo, que adoraba entonces, traia consigo en dote las buenas costumbres, un juicio bien sentado, y buenas inclinaciones? Se le olvidó sin duda esta partida tan buena como necesaria, y le pareció que lo suplía todo su rara hermosura, ó su nobleza, ó la esperanza de una herencia quantiosa; pues acaso este bien, solamente imaginado, vendrá á ser un mal verdadero. Y aquella tal señorita, que al ver la gala, y bizarría, y las amorosas ardientes ojeadas de aquel otro joven, se encaprichó tan tenazmente, que determinó no admitir otro para su esposo, y compañero: si antes de esta determinacion hubiese considerado, como debía hacerlo, el fruto que podia esperar de una cabezuela vana, orgullosa, y veletera, no estaria ahora haciendo una larga, y penosa penitencia, por no haber antes considerado lo que entonces hizo. Por esto se debe mirar lo presente con mucho cuidado; pero aun con mucho mas lo sucesivo. Siempre que se prevea que lo que al presente es util, ó deleytable, puede en lo por venir causar daño, y dolor, como sucede por lo comun á quien obra solo aconsejado de la passion, llevado de alguna exterior brillantez que le presenta su fantasia, y no la recta razon; en tal caso será la eleccion de aquel bien poco juiciosa, y desgraciada; y á la verdad ¿quién, que no sea un loco, escogerá de presente un bien, que en breve tiempo se convertirá en un mal, y le ha de causar arrepentimiento, y dolor? Pero los enamorados (es forzoso decirlo) no lo conocen, porque están ciegos. Puede ser que obrando así encuentren algun bien; pero mas facilmente tropezarán con el mal. Muy debil ha puesto su juicio, si es que no los ha privado de él absolutamente la passion dominante. Antes de dar lugar á esta, se ha de pensar seria, y pausadamente el genio, y mérito de las personas, y sus costumbres buenas, ó malas. Practicado esto, si tiene cuenta, podrá pasarse al trato, y comunicacion mas estrecha, y podrán disculparse algu-

nas amorosas expresiones, pero siempre dentro de los límites de lo justo, y honesto, á un sugeto, que prudentemente se cree que podrá contribuir á formar, ó aumentar nuestra felicidad.

## S. VI.

ES necesario finalmente hacer bien las cuentas, como los prácticos, y diestros Mercaderes, considerando no solamente el bien presente, mas tambien el que está por venir, para en su vista escoger el que trae mayores ventajas. El que tiene poco juicio solamente piensa al dia de hoy; y con tal que no se le escape un placer, ó una ganancia, que hoy tiene, poco le importa el perder otras mayores, que le podrian venir con el tiempo, y que va á perder por decaotado. Al contrario, el hombre sabio desecha de sí toda ganancia, y placer presente, quando este le impida, ó pueda impedir el logro de una fortuna, no digo cierta, pero aun probablemente mas ventajosa; por tanto dice este: *Bien perdido es un anzuelo por coger un buen salmon: bueno es lo bueno; pero lo mejor se ha de llevar el triunfo*; lo que se entiende quando lo mejor es esquivo; por lo que conviene tambien guardarse del vano consejo de algunos, que no se cuidan de conseguir lo bueno, quando no pueden lograr lo mejor, verificándose en este caso otro proverbio, que dice: *Alguna vez lo mejor, es un grande enemigo de lo bueno*. Es cierto, que para adquirir el bien honesto, y especialmente si es de aquellos mas relevantes para pasar esta vida, se han de sufrir trabajos, tolerar afanes, y padecer fatigosas penas. Pero acaso no se hallan recompensados estas sudores con la posesion de otros mayores placeres, y mas quando sean puros, y permanentes? Y esto ¿con cuánta mas razon se podrá decir á los que padecen, y se fatigan para conseguir la felicidad eterna? Por esto el Apostol proponia á los Christianos el exemplo de los que corren, y luchan en público tea-

tro, los quales se abstienen cuidadosamente de ciertos placeres por el deseo, y la esperanza de conseguir una corruptible corona: ¡tanto estimaban ellos aquel honor! ¿pues cuánto mayores esfuerzos deberán hacer los discípulos de Jesu-Christo para conseguir una corona, ó un Reyno felicísimo, y de tanta duracion, que jamas se acabará?

## CAPITULO XXXI.

*Del buen régimen en aborrecer los males,  
y de la fortaleza.*

## §. I.

**S**EA, pues, el hombre á toda prueba sabio, y prudente: procure con quanta diligencia le es posible satisfacer, y aquietar los deseos de su corazon: trabaje con todo su esfuerzo para conseguir en este mundo la quietud, y tranquilidad de su ánimo: derrame sobre él la Divina Providencia abundantísimos bienes, y terrenas comodidades; con todo no llegará en este triste valle á ser feliz perfectamente. Poco he dicho. Deberá mas bien esperar de quando en quando trabajos, afanes, disgustos, y peligros. Estos son los regalos que tiene mas á mano para sus moradores este mundo miserable: este es el caliz que ha de beber tarde, ó temprano, qualquiera que habitase en él mucho tiempo. Venga uno de los mortales, que hasta aquí haya vivido, y gozado de la exención de esta ley, que yo le prometo de manifestarlo á todo el mundo, como un prodigio muy raro. Sea, pues; bendito el Sapientísimo Autor de todo lo criado; el qual, para que no nos enamorásemos demasiado de este destierro, antes bien suspirásemos, y deseásemos con ansia aquella Celestial Jerusalem, verdadera patria nuestra, en cuyo hermoso recinto, y no en otra parte alguna, está nuestra felicidad mas dichosa, ha mezclado con los terrenos bie-

nes,

nes, algunos males, capaces de tenernos alerta, y llevarnos con su aspereza á buscar, y amar solamente aquel Señor, que es el sumo bien, y nuestro último fin. A cuántos trabajos, y dolores esté sujeto nuestro cuerpo, ninguno hay que lo ignore, ó por haberlo experimentado en sí mismo, ó por verlo cada dia en otros. Interminable puede llamarse la lista de los otros males, que sin cebarse, ni tocar al cuerpo, pueden angustiar, y afligir el ánimo. Parecerá acaso que toda la amargura de las tribulaciones se reduce, y recopila precisamente en el que se halla acosado, y maltratado de una suma pobreza, afligido de enfermedades largas, y penosas, encerrado en obscuras cárceles, brumado con injurias calumnias, y persecuciones; y finalmente oprimido de otros muchos, y graves males; y que entre tanto se alegran, y solazan otros, á quienes nada les falta en esta vida, porque tienen salud robusta, honores, hacienda, y todo con abundancia: todo es falso, todo es falso. Tambien en esta clase de gentes, que á primera vista parece la mas favorecida de la fortuna, si lo observásemos atentamente, hallareis que sabe entrarse la polilla de los disgustos, y aflicciones, ó bien sea porque la mucha hacienda jamas se encuentra separada de afanes, cuidados, y fatigas, ó porque alguna discordia doméstica, algun hijo inquieto, y revoltoso, algun pariente loco, y desatinado, unos zelos mal fundados, un ruidoso, y costoso pleyto, ó otros accidentes de esta casta, todo lo inquietan, todo lo perturban. Lo que mas debe extrañarse es, que á la mayor parte de aquella gente, que se juzga por lo comun la mas afortunada, y feliz, por contemplarla mas separada de los afanes, y vavanes del mundo, recogida en el recinto de un claustro, entregada á los ejercicios de la devoción, y piedad christiana, á esta clase de gentes, decia, no se necesita alguna vez mucha dosis de axenjos para convertir su imaginada dulzura en amargos disgustos, y cubrir su corazon de melancólicos tristes afectos. Basta para esto una

res-

respuesta incivil, y desabrida, una leve injuria, una correccion algo alterada, un cuentecillo, una desatencion, una fatulla que haya hecho él mismo: cada cosa de estas suele ser suficiente para llenar de amargura sus corazones, y excitar en ellos una tempestad de ira, de humores biliosos, de acedos disgustos, nada inferior á la que padece los mas infelices, y desdichados. Finalmente nosotros llamamos valle de lágrimas á este mundo, pues todos lo hemos de probar, y confesarlo tarde, ó temprano.

## §. II.

**A**hora bien, el hombre sabio necesita aquí de antidoto, y de remedio, y por tanto, contra qualquier asalto de las desgracias humanas, se arma, y previene de dos maneras: ó se presenta á ellas con valor, y animosidad, para en quanto sea posible, apartarlas de sí, ó quando no puede evitarlas, las sufre, y soporta con resignacion esforzada; de manera, que aunque su ánimo, y espíritu sienta el dolor de las espinas, que le punzan, como puede sentir las otro qualquiera; con todo, no se encoge, no se acobarda, como suelen hacer las almas baxas, y tímidas, que solo saben contraponer lágrimas, suspiros, y sollozos á los males, que las acometen, y alligen; antes bien miran los males, y trabajos con ojos alentados, é intrépidos, y en cierta manera, como que los desafian, y endurecen con ellos, y contra ellos, guardando siempre su tranquilidad, dignidad, y grandeza de ánimo en su debido punto. Los Filósofos llaman fortaleza á esta virtud, virtud principalísima, y muy necesaria para quien ha de morar en el pais de los trabajos, y miserias: las virtudes que nosotros llamamos paciencia, y constancia no son otra cosa que diversos modos de obrar de la fortaleza, la qual échala fuera el temor, y la pusilanimidad, quando vienen los peligros, y resiste á los males para evitarlos, inspirando valor, y ánimo, quando se trata de sufrir los que han

han venido. Y siendo el mas terrible de los males la muerte, nunca resplandee, y campea mas esta virtud, que quando se encuentra con los peligros de este mayor mal, ó quando sufre el fatal inevitable golpe de este mal inexorable, si la necesidad lo requiere. Quántos, y quán magníficos elogios haya dado la antigüedad, y aun se dan el día de hoy, á quien en la guerra se señala, y distingue en el valor, ó fortaleza militar, con tal que no sea temerario, ni se roze con lo brutal, é injusto, no hay necesidad de que yo lo refiera aquí. La defensa de su Rey, y de su patria es cosa muy importante, y verdaderamente honesta. El exponerse por ella á los peligros, á las heridas, y si fuera menester el dar la vida por ella, puede consiguientemente llegar á ser un acto de generosa virtud. Es ciertamente interés comun del público el colmar de alabanzas por lo menos (ya que no se usan las coronas de los antiguos) á todos aquellos que con mayor valor, y esfuerzo resisten á los enemigos públicos, é injustos, ó se presentan, si así lo pide la razon, en el campo, ó en una brecha para dar el asalto. No pasan de aquí mis reflexiones sobre esta materia, considerando que podrá tropezar en varias dificultades en orden á las guerras de los tiempos pasados, y presentes; y que pueden saltar diversas condiciones, sin las cuales no les está prometida una verdadera gloria á profesores de la milicia. Juzgo tambien que no me tiene cuenta el entrar con los guerreros en batalla, porque no gusto de tener que hacer con enemigos, que en vez de la pluma, menean las manos, y la espada.

## §. III.

**U**NA otra especie de heroica fortaleza es la de aquellos Santos, y esforzados christianos, que en varios tiempos, pero principalmente en aquellos tres siglos primeros de la Iglesia santa con admirable intrepidez, y constancia sacrificaron su propia vida á la violencia de muchos,

chos, y crueles tormentos, antes que abandonar la immaculada Fe de Jesu-Christo. O! esta si que fué perfecta virtud, digna de aquellos continuados honores, y pañegricos, que la misma Iglesia paga todos los años á estos campeones gloriosos. El sufrir tormentos los mas crueles, y despues la muerte misma con tanto valor, y constancia, por una causa tan justa, con mansedumbre tan admirable, sin que la ira, ó el espíritu de venganza se dexase ver aun en la menor seña, ó accion: esta es ciertamente la idea mas noble de un ánimo el mas esforzado, y generoso que pueda imaginarse. Y qualquiera que aun el día de hoy sufriese semejantes penas, y diese francamente su vida, antes que cometer una culpa, ó practicar una accion contraria, y reprobada por nuestra santa ley, sería tenido (¿quién lo duda?) como un héroe de excelente fortaleza en el mundo, y mucho mas en el Reyno glorioso de los Cielos. Pero nosotros no somos dignos de la suerte dichosa de aquellos primeros, siendo muy rara hoy la de los segundos. Por tanto, será mejor que pasemos sin tardanza á tratar de aquella especie de fortaleza, que dexamos dicho arriba llamarse paciencia, puesto que hay tantas ocasiones de exercitarla, y ninguno habrá que pueda lisonjearse de no tener necesidad de ella mientras vive entre mortales. Si yo quisiera aquí poner por extenso el catálogo de tantos dolores, y enfermedades, que pueden atormentar nuestro cuerpo: si intentase referir otras muchas causas que pueden atormentar, inquietar, y lastimar nuestro espíritu, molestaria á mí mismo, y á quien quisiese leerlo. Bien notorio es el recibimiento que solemos hacer todos á estos males indiscretos, y sin crianza, los quales, uno despues de otro, ó muchos á un tiempo se nos entran por nuestra casa, y no aciertan con la puerta para salir de ella. Unas veces, atemorizados con su vista, perdemos toda nuestra alegría, y aun el habla, y nuestro corazon cae desmayado en tierra: otras, transportados de la ira, y enojo, prorumpimos en ímpetus furio-

riosos: otras soltando nuestra lengua, llenamos el ayre de quejas, y lamentos, y rebosando por los ojos un copioso llanto, queremos informar á todos de nuestras desgracias, y trabajos, y de la gran repugnancia con que sufrimos aquellas penas, quejándonos amargamente de la injuria que nos hace, ó la naturaleza, ó los mismos hombres.

## §. IV.

DE estas tres suertes de personas, que se hallan afligidas, y atribuladas, la peor, y mas peligrosa es la primera. Sucederá que alguno, cayendo del alto al baxo estado, ó de la gracia de su Soberano, que le concediaba tanto respeto, y no menos regalo, y acaso era por ella temido de muchos, ó bien se vea lleno de ignominia, é infamia, y encerrado en una cárcel obscura, y hedionda: sucederá, decia, que este, abandonándose al dolor, y tristeza, y quedando como mudo, y absorto, ni le hagan fuerza las razones, ni escuche á quien procura consolarle. Puede costarle la vida este abandono de sí propio, por la opresion, ó compresion de los espíritus animales, que sucede entonces, y por la fuerza que la fantasia tiene sobre las funciones vitales. Al contrario (es necesario atender á esto), quando se mueve, y levanta la ira en las atroces desgracias, estan los espíritus en movimiento vigoroso; y no hay que temer que por causa de esta fatalidad funesta pierda el hombre su vida. Pero pregunto ahora: ¿se ahuyentarán los males, ó se haran menos molestos, y pesados con los extremos de abandonarse al dolor, y á la afliccion, ó con los lamentos continuados? No por cierto. ¿Pues de qué sirve el martirizarse tanto sin algun provecho? Por esto el hombre sabio en estas ocasiones tan desgraciadas, ó de tanta desgracia, pide auxilio á la Filosofía; pero con mayor conato á la que profesan los Christianos verdaderos. La razon grita al punto, diciendo á voces, que el no saber sufrir el mal es el mayor de los ma-

les; y que siempre que se pueda conservar la vida, que es el don mas precioso que nos ha dado Dios en este mundo, sería la mayor de las locuras el querer perderla por el demasiado afán, ó por dexarse oprimir de la tristeza, y dolor: perder en fin el mayor de los bienes, porque se ha perdido alguno de los menores, y mucho menor si es bien de los que llaman de fortuna comunmente. Quando se salva la vida, lo mejor de todo se salva. Estilpon, uno de los antiguos Filósofos, arrojado de su patria, perdida la muger, y los hijos, y despojado de toda su hacienda, se despedía con gran serenidad de todos, y decia: *todos mis bienes van conmigo*. Séneca alaba justamente á este Filósofo. Puede sin duda alguna el pesadísimo reciente golpe de una fiera desgracia aturdir, y aterrar el ánimo del hombre mas juicioso, y esforzado, de tal manera, que le cause fastidio la vida en aquel lance, y tendría por un regalo la muerte. Para reducir, pues, á su equilibrio, y sosiego quanto sea posible aquel ánimo perturbado, conviene considerar, y tener presentes dos remedios, que pueden ser, y son eficacisimos. El primero es el divertir, ó apartar el pensamiento á otra parte, si se puede. Muchos en vez de contemplar, y reflexionar mas, y mas en la desgracia que les ha sucedido, piensan, y piensan bien, que podia, y aun podrá sucederles peor. Se perdió una parte de la hacienda, pues podia haberse perdido toda. En aquella caída tocó la desgracia de romperse un solo brazo; pero quedó sin lesion la cabeza, y lo demas del cuerpo. Bella consolacion, dirá alguno, torciendo el hocico; pero no lo dirá así el hombre juicioso. Siempre fué, y siempre será prudencia el mirar las cosas humanas, que tienen dos caras, por aquella que puede causarnos consolacion, y alegría. El que no las mira sino es por la otra parte que solamente es capaz de mantener, ó aumentar en nosotros la pena, y el dolor, tiene vivos deseos de ser infeliz. Quando sucede la muerte de nuestros amados parientes, ó amigos, ó que por un pleyto, una quiebra

en

en el comercio se vea una dilatada familia pobre, y desolada, ó despojado aquel otro de un rico, y decoroso estado, ó quando una fiera calumnia entra á saquear el crédito de una persona honrada: en estos casos se imprime fuertemente en la fantasia esta triste desgracia; y queriendo ocupar toda el alma aquel fantasma melancólico, se ve esta como forzada, y obligada á pensar solo en él, dándole vueltas, y mas vueltas; y esto es lo que la atormenta, añadiendo llagas á llagas. El que en estos lances pudiese mudar de pais, haciendo un largo viage: ó bien divirtiéndose con buenos, é ingeniosos amigos, lograse con su conversacion, ó de otro modo, distraer, y apartar su pensamiento de aquellos objetos desagradables, conseguirá sin duda quitar las puntas á las espinas que tanto hieren, y lastiman su alma.

## §. V.

EN estos casos mas que nunca se debe tener cuenta con los efectos de nuestra fantasia, y de curar las opiniones que hay en ella; porque ademas de los males físicos, y reales, hay otros que causan, y dependen de las opiniones, á quienes nuestra imaginacion los hace mucho mayores. Hoy, por exemplo, no halla consuelo un afligido, por la injusta pérdida de una dignidad decorosa, ó de un empleo de mucha ganancia, ó por una iniqua prepotencia, y superchería, ó porque la justicia ha castigado á un hijo con muerte afrentosa. ¿ En qué consiste que pasados algunos meses, ó un año, aquella desgracia, que nunca dexa de ser la misma, dexa de ser tan cruelmente atormentadora, y el que antes se juzgaba inconsolable por su causa, goza ya de una serenidad maravillosa? No es otro el motivo, sino que con el tiempo aquel fantasma igualmente triste que vivo, perdió aquel vigor primero, y succediéndole otros nuevos fantasmas no se presenta al alma con tanta frecuencia. An dando el tiempo se va dando audiencia á la razon, po

co



co á poco, y por ella se viene á conocer que aquella desgracia no merecía tantos llantos, tantas quejas, ni lamentos; y que aquel infortunio tan estrepitoso, y cruel, era una máquina fabricada principalmente sobre la imaginacion. Entonces se ve claramente, que sin el esplendor de aquella malograda dignidad, sin criados, ni vasallos á quien mandar, sin las arcas llenas de moneda, sin una mesa opulenta, y regalada, puede el hombre pasar alegre, y contento su vida; pues la naturaleza por sí, con poco se contenta para vestir, y comer. También los pobres se alegran, y rien, comiendo muchas veces su escaso mantenimiento, sazonado por su apetito, con mas gusto que los ricos ahitos, tantos, y tan regalados manjares, dispuestos, y compuestos tan delicadamente; fuera de que el estado baxo, y humilde está libre de infinitos cuidados que traen consigo siempre las muchas riquezas, y altas dignidades. ¿Cuántos sabios vemos todos los días, que abandonando con desprecio la opulencia, y comodidad de sus casas, pisando, y no haciendo caso de los honores con que les brinda el mundo, eligen con grandeza de ánimo, y tienen por apetecible, y deliciosa aquella pobreza, y desprecio, que espanta, y pone miedo á otros muchos? Restablecida, y perfectamente curada la opinion, abatido aquel disforme fantasma, como que ya no se tiene, ni reputa por desgracia la que antes se lloraba como una inconsolable tragedia. Pero si la razon, acompañada del tiempo, es tan poderosa para sosegar el ánimo, y echar por tierra aquellos trágicos cadabalsos, que la imaginativa habia levantado; ¿cómo no podrá la razon sola, sin esperar á que el tiempo la añada fuerzas, dar á semejantes atribulados este mismo remedio? Sin duda que podría hacerlo. Pero es necesario, que pasados aquellos primeros ímpetus del dolor, que difícilmente se pueden evitar, el alma con resolucion, con quietud, y animosidad, escuche, ó busque las razones que pueden consolarla: basta querer buscarlas, que no dexar de haberlas.

las. Es necesario tambien el considerar que entonces se trata de un mal, que en tanto se rebela, y fortifica en nuestro interior, en quanto huye de las medicinas propias, y eficaces para curarle, quales son las ya mencionadas consideraciones. Pida, pues, el alma, ó intime una tregua al dolor, mientras piensa, y reflexiona si le tiene cuenta aquel tanto quejarse tan amargamente. Ni es esto solo lo que puede hacer el alma en estos casos, que por lo comun tienen su principio, y progresos en nuestra imaginacion: mas tambien puede intimar á su corazon una semejante intrepidez, y animosidad, diciéndole con imperiosa resolucion: *No quiero quejarme por aborra.* Si lo han practicado de este modo tantos otros que tenían juicio; ¿por qué ahora yo tambien no podré hacerlo? Si está en nuestra mano el mandar á nuestro corazon que tenga ánimo, y firmeza para dexar que nos arranquen una muela dañada, ó que nos corten una mano, ó un pie quando lo pide la necesidad; ¿quanto mas valdrá esta buena resolucion, quando se trata solamente de un mal, que todo está en nuestra aprehension: *Corazon fuerte, rompe la mala suerte.* Lo peor de las desgracias es el perder en ellas la voz de la razon, y los espíritus de nuestro corazon, de los que entonces tenemos mayor necesidad, y el perderlos por nuestra vileza, ó desatencion. Otras muchas razones nos han de dar socorro en otros muchos casos. Desterrado que se vea alguno de su amada patria, privado del trato, y conversacion de sus amigos, despojado de las comodidades de su casa, le parecerá acaso que se le cae acuestas una gran montaña. ¡Ah espíritu apocado, y mezquino, opinion falsa, y engañadora! ¿Se acabó ya el mundo por ventura? Todo pais puede ser patria nuestra. *Todo pais es patria para el hombre virtuoso*, dice un proverbio antiguo. El destierro mismo ha sido para muchas personas el principio de su fortuna: con que así no hay cosa como esforzarse, y ensanchar el ánimo, figurándose que en aquel tiempo del destierro fué destruida, ó por la guerra, ó por la peste,

ó por violentos terremotos, toda su hacienda, sus casas de campo, sus parientes, y amigos, y darle muchas gracias á Dios, porque habiéndonos dexado en libertad, nos concede con ella un retiro, y refugio para poder vivir, y habitar sobre la tierra. La privación de la misma libertad, quando un hombre es encerrado en una obscura prision, ó en una penosa, y bárbara esclavitud, no obstante ser un mal de mucha importancia, y no menor miseria; con todo, jamas abate, y contrista al hombre sabio de tal manera, que le induzca á aborrecer su propia vida, ó á rendirse á las baterías de la melancolia, y desesperacion. Cierto que en estos casos no tiene libertad su cuerpo, pero no se le quita la del ánimo; por tanto, acordándose de lo que en semejantes lances padecieron otros, acaso mayores, y mejores que él, y tal vez inocentes, y que aquel es el tiempo, y ocasion mas oportuna de exercitar la virtud de la fortaleza, y de adorar la siempre justa voluntad de aquel Señor, que gobierna, y rige la suerte de los mortales, se esfuerza, y anima á sufrir, y padecer, y hace que renazca, y conserve en su corazón la esperanza de salir tarde, ó temprano de aquel estado infeliz, y trabajoso. ¿Pues que diré quando la muerte inexorable nos quita los amigos, y parientes, ó despoja á una rica familia del único heredero, bien criado ya, y gracioso? Aquí son los pasmos, aquí los lamentos. ¿Pero acaso no los hemos de seguir nosotros? ¿Y quien sabe si dentro de breve tiempo? Nacieron con esa triste pensión, y de esta ni tampoco nosotros podemos eximirnos. Ciertamente que nuestros llantos no les servirán de algun alivio; ántes bien habiendo ellos llegado á puerto seguro, como debemos esperar; ¿por que nos hemos de doler de su felicidad? ¿Faltarán por ventura herederos de sus riquezas, porque ha faltado aquel que era el fundamento de nuestras esperanzas? Despues que el hombre ha pasado de este mundo al otro, ¿creemos acaso, que le importará mucho que se acabe aquí su familia, ó pa-

ren-

rentela, y que sean estos, ó los otros los que entren á gozar de sus bienes, de sus Estados, de sus Reynos? Cada uno sabe lo que á esto se responde; ¿pues para que es el permitir que por esto se quebrante, y aflija el corazón? En estos casos el hombre sabio se mantiene quieto, y tranquilo, y si tiene deseos de tener un hijo á quien dexar por heredero, ya que la naturaleza no se lo da, puede muy bien tomárselo por la adopción; pues los antiguos Romanos lo practicaron así, y acertaron muchas veces en su elección. Ni es necesario mucho para conocer quan vana sea la imaginación de aquellos padres, que se creen sobrevivir en sus hijos. Con que no hay sino atender cuidadosamente lo que es opinión, é imaginación, para prevenir, ó corregir los malos efectos que pueden causar. Y de hecho el hombre sabio no hace como los ignorantes, y necios, á quienes no se les cae de la boca el *no pensaba, no creía, no sabía*; ántes bien se acostumbra á considerar los males que pueden sobrevénir, trayendo á la memoria los miserables exemplos de los otros, y reflexionando los contratiempos, y desgracias á que está expuesta toda República, y qualquier particular de ella, y que á él mismo amenazan no menos que á los otros. Por tanto, nada le coge de nuevo, y á todo está dispuesto, y preparado. Grande ventaja es la de preveer los golpes, porque así se prepara, y defiende el hombre lo mejor que puede.

## §. VI.

**R**Estan ahora aquellos males físicos, reales, y verdaderos, que ni dependen, ni tienen que ver con nuestra opinion. Así debemos llamar á los dolores que afligen nuestro cuerpo, y por fin la muerte del cuerpo mismo. Puede muy bien mandar el alma, como, y quando quiera, que no se sientan los fieros insultos de la gota, los que causa la piedra, la calentura, y otros de esta casta; pero se reirá aquel dolor de que lo mande el alma,

G 2

ma,

ma, y será forzoso el sentir aquellos crueles latidos, ó queriendo, ó no queriendo. Pero ya que este carnicero cruel no escucha proposiciones de paz; pide la prudencia que por lo menos en quanto sea posible se mitigue aquel dolor con el pensamiento, y la virtud puede mandar que se sufra con valerosa constancia, ó con humilde paciencia. Lo sé yo muy bien á qué gran prueba está puesta el alma, quando el cuerpo está metido en el crisol de la calamidad, y tormentos. Confieso tambien con Publio Mimo, que es cosa dificultosa el unir, y enlazar el dolor con la sabiduría. *Difficile est dolori convenire cum sapientia*. Con todo, el hombre sabio debe decirse muchas veces á sí mismo: Si este dolor es intolerable, despatcháremos presto, porque será breve; pero si se puede sufrir, ¿por qué no lo he de aguantar yo? El gemir, y gritar puede entonces ser licito tambien; pero el alterarse demasiado, solo puede servir para que se irrite mas el dolor. Sobre este punto hacían los Estoicos elegantes verbosos discursos, y daban excelentes magníficos consejos para adiestrar las almas á sufrir los dolores, y aun la muerte misma. Por lo que á mí toca, tengo por seguro, que el mejor confortativo, y el mejor alivio debe esperarse de la única escuela de Jesu-Christo crucificado, de su doctrina, y exemplos, como tambien de los de sus Santos, y Mártires gloriosos, que pueden obrar con admirable energia en el corazon de un christiano, no solamente en estas, mas tambien en las otras calamidades, ó desgracias arriba mencionadas. Ya que no sabemos desengañarnos de lo que es propiamente el mundo, ni acertamos á poner, y fixar los ojos de nuestro corazon en solo Dios, que es nuestro último fin: ya que ninguna cosa es bastante para humillar nuestra soberbia arrogante, y rebelde, no se puede negar, que nuestro Padre Celestial nos hace mucho bien en enviarnos desengañados, y hacernos ver, y conocer lo que es nuestro cuerpo, á quien tan ciegameamente amamos, y para el que buscamos con ansia tantos gustos, y delicias; lo que es esta

ta baja morada, que nos lleva toda la atención, y á la que se dirigen nuestros cuidados, y afectos, sin levantar jamas la vista de nuestra alma ácia el Cielo, que es nuestra patria verdadera; y al fin para que conozcamos el flaco cimiento en que se funda nuestra orgullosa soberbia, y toda la fábrica de nuestras terrenas esperanzas. No solamente no habemos aun aprendido, pero ni estudiado la verdadera Filosofía. Sea, pues, bendito el Señor que nos la enseña. Por tanto, considerando que el azote con que nos castiga viene de la mano de quien nos ama, y que solo intenta hacer á los malos buenos, y á los buenos mejores, entendamos que entonces nos excita mas particularmente para reconocer, y adorar la mano poderosa de quien nos gobierna, que nos parece áspera, y dura, siendo en la realidad muy suave, y piadosa; y que el Señor observa por estos medios si estamos, ó no dispuestos á conformar nuestro querer con su santísima voluntad: quando esto suceda así, ved aquí que la fortaleza, y la santa paciencia toman posesion perfecta de las buenas almas, debiendo nosotros practicar, y amar estas virtudes, tanto mas afectuosamente, si ponemos los ojos de la consideracion en aquel Capitan Divino, que abrió el camino con su exemplo á los que se precian de ser sus discípulos, para sufrir con paciencia los trabajos. Si muchos de los Paganos con solo el auxilio de su defectuosa Filosofía supieron dar en sus males, y desventuras tantos exemplos de valor, y constancia, ¿quanto mayores, y mas excelentes deben esperarse de quien está bien instruido en la celestial Filosofía de los Christianos? La esperanza de las cosas eternas debe ser el único confortante de las acciones humanas, y debe tambien ser el fin de ellas. Y si acaso siguiese el dolor aumentando su acerbidad, pónganse al punto fixos los ojos en aquel inmenso premio, que está destinado á quien con Christo, y por amor suyo llevase con paciencia las aflicciones, y trabajos de esta vida, y con esto vendrá un admirable lenitivo á nuestros tormentos, y penas, y

aun iremos á encontrar animosos la muerte misma. Por lo que toca á esta muerte, como que siento ahora una reprehension interna, por haber dicho así en general que la muerte es un mal verdadero, y real, en que no tiene parte alguna la opinion. Ello por decontado no es así en aquellos lances en que no la preceden angustias, y dolores; pues observamos, que la mayor parte de los hombres pasan aquel golfo con tranquilidad, y sosiego, y aun muchos sin que sientan que lo pasan. La demasiada exágeracion de algunos, y el representar vivamente otros la separation del cuerpo, y el alma, como una batalla insufrible, y penosa, y como el tiempo mas peligroso, y terrible, por serlo entonces de las tentaciones mas fuertes, todo esto conspira á representarnos, y á que miremos con espantoso temor el teatro, y fantasma de la muerte natural; pero á la prueba no es así. Se sale de este mundo sin sentirlo por lo comun, así como sucedió al entrar en él. Mucho menos horrible es el ceño de la muerte para aquel que sabiamente abrió el camino, y dispuso sus cosas para lograr una muerte buena; pues afianzado en las promesas infalibles del que no puede engañarnos, ni engañarse, espera (¡ó que esperanza tan dulce!) que la muerte pondrá fin á tantos trabajos, locuras, y congojas, y será principio de infinitos júbiles, y eternas alegrías. Por esto sin duda el hombre sabio se toma tiempo para corregir aquí aquella opinion, que nos representa tan espantoso, y terrible el mal de la muerte. En nuestra mano está, si queremos, el hacer que mude el rostro, y aspecto: contemplándola, y meditando la frecuentemente, lograremos este provecho tan grande; pero aun será mas ventajoso, y seguro, si con toda diligencia, y cuidado nos preparásemos con las buenas obras, imitando á los Santos para lograr la muerte de los Justos, la qual ha sido, y será suave, dulce, y en todo tiempo envidiable. Hasta un Paganó Filósofo observó, que la Filosofía verdadera no es otra cosa que una meditacion de la muerte; pues con quénta mas razón

deben decir esto mismo los verdaderos christianos? Pero de esto ya no hablemos mas, siendo mejor que el lector busque este argumento en los escritos de los Santos Padres, y otros piadosos, y modernos Escritores, que lo han tratado difusamente; pues el hablar mucho de esto aquí no convendría, y el hablar poco de poco serviría.

## §. VII.

**R**Esta, pues, el que ahora digamos dos palabras sobre la fortaleza que es necesaria en las ignominias, y afrentas, y en todo quanto puede vulnerar el honor, y la buena fama. Que el patrimonio de la buena fama, y nombre deba apreciarse por el hombre sabio, y prudente mas que la hacienda toda, aunque no en mas que la vida, no necesita de prueba. Está muy persuadido á esto el mundo todo; y plinguiese á Dios que no lo estuviese tanto, pues vemos que tantos hombres de la mas alta, y mas baxa gerarquía, casi embriagados de este nombre *honor*, no guardan medida, ni modo, y saltando los vallados de las leyes, y los documentos de los hombres sabios, por la mas minima injuria, ¿y que digo injuria? por una palabra dudosa, por un leve indicio de poca estimacion, ó aprecio, á manera de bestias fieras, levantan, y mueven riñas crueles, é implacables enemistades, estimando como punto de honor el morir, y el matar. Esta es nuestra conclusion: O el hombre hace tales acciones que traigan la infamia consigo, y le hagan perder el buen concepto; y en este caso debe quejarse solamente de sí propio, quando á su mal obrar sigue aquel castigo que el público tiene establecido, y dispuesto para el que deliberada, y públicamente comete semejantes iniquidades. Una vez que voluntariamente quisó obrar mal, es necesario que sabiamente, y con pacífica resignacion quiera tambien la penitencia, la pena. La executoria de no haber sido jamas vituperado, ni escarnecido, si la tiene alguno, la tiene el hombre hon-

rado, que obrando siempre con rectitud, y guardándose de qualesquiera acción mala por mínima que sea, imprime en el corazón de quien le conoce un justo aprecio, una justa estimación de sí mismo: con que aquí una de dos, ó siempre obrar según lo piden la justicia, y la razón, ó si por desgracia se ha incurrido en algún exceso, por el qual la buena fama ha padecido naufragio, de allí en adelante se ha de manifestar el arrepentimiento, y la enmienda, con tantas acciones buenas, y honradas, que hagan ver el arrepentimiento, y la enmienda, y de este modo se vuelva á adquirir quanto sea posible la buena fama, y buen nombre; de manera, que no pudiéndose ya conservar el crédito de inocente, sea el de penitente el que le ilustre, y abone.

## §. VIII.

NI son únicamente los malos los que padecen la pena de ser desestimados, y despreciados del pueblo. También están los buenos expuestos, y sujetos á semejante tratamiento, no por título de pena, que suponga en estos algún demérito, ó culpa, sino por malignidad, y envidia de otros, ó por algún accidente, violencia, ó engaño: todo es cosecha del mundo perverso, que es lo mismo que un Juez no pocas veces ciego, que juzga de las intenciones, y operaciones de los hombres, y muy inclinado á encontrar defectos que publicar, donde no los hay. El que se halla puesto sobre el candelero, y tiene mas méritos que los otros, como asimismo el que es mas envidiado, y se halla en boca de muchos; estos, decía, están siempre en peligro de experimentar esta injusticia: ninguno está mas expuesto al tiro de los maldicientes, que los Príncipes, y hombres grandes. Por esto dixo no sin razón el Grande Alexandro: *Que un haciendo beneficios, y obrando bien los Reyes, dan ocasion á que los censuren. Regium est quum benefeceris male audire.* Basta muchas veces el defecto de pocos para envolver

volver en él una dilatada comunidad de personas, muy dignas de todo aprecio, y estimación, y para desacreditar en quanto pueda ser á toda una entera nación. Lo peor de todo es, que luego se echa mano de las calumnias, y se inventan atroces delitos, que solamente tienen su apoyo, ó no tienen otro fundamento, que la perversidad de un corazón maligno. Por tanto, no faltan entre los hombres buenos algunos que se impacientan, y quejan amargamente, quando llegan á saber que con libertad, y franqueza se esparcen contra ellos algunos cuentecillos, y falsas charlatanerías, no solamente entre la gente vulgar, pero aun entre los de otra mas alta clase tambien. Les parece insufrible esta indigna retribución, que se da á su buen modo de obrar, y por tanto se acongojan en gran manera, viendo su reputación tan ultrajada, y que no tiene remedio esta desdicha, porque la infamia, y la maledicencia encuentran mil correos dispuestos para extenderla, y llevarla velozmente á todas partes, pero la justificación nadie la busca, ni procura entenderla, y no tiene, ni tantos pies, ni tantas alas como la censura. Los documentos de los hombres sabios aconsejan en estos lances mas que en otros, el uso de la virtud de la fortaleza, no para despreciar absolutamente las malignas intenciones, y perversas obras de los envidiosos, murmuradores, y maldicientes, y aun de otros injustos censores; pero sí para sufrirlas con animosidad, valentía, y fortaleza. Se debe tener por cosa imposible el que no se encuentre quien diga mal de tí, ó que todos te quieran bien. Se habla mal, no solo de los buenos, pero aun de los Santos. La señal mas cierta de un ánimo grande es el no turbarse, ni alterarse por estas tonterías de la imprudencia, y malignidad humana. El defenderse, y justificarse en estas ocasiones, si se puede prudentemente, no está prohibido, y aun alguna vez será necesario. Pero prescindiendo de todo esto siempre ha sido, y será siempre la buena conciencia un específico, y precioso confortativo para los buenos.

Testigos de su inocencia, y honradez son el mismo Dios, y todas aquellas personas que sepan por la práctica sus máximas laudables, sus acciones, y costumbres. Por lo demás, no se tardará mucho en que por sí mismas se desvanezcan las acusaciones mal fundadas, y las falsas calumnias. No, no quiere permitir nuestro Dios, que durea mucho tiempo. Por lo menos la gente sabia, y prudente sabe muy bien que no son ladrones todos aquellos á quienes ladran los perros; pero entre tanto es esta una lección utilísima para aprender á humillarnos, y para conocer bien el terreno en que vivimos, y en el que fabricamos tantos castillos de esperanzas, y deseos; y si otra cosa no conseguimos, por lo menos deben servir estos dolorosos latigazos para desalojar de nuestra cabeza, y corazon aquellos cascabeles, y vanos humos de la detestable soberbia que nos domina, ó acaso nos preservarán de ciertos precipicios, á que nos expone el contento, y gozo de reputarnos por afortunados, y felices. *La prospera fortuna nos hace viciosos, la adversa virtuosos.* Cierto es que los Santos en vez de dolerse, y quejarse, se holgaban, y alegraban en estos sucesos tristes; porque de los desengaños, y motivos de humillarse sacaban mayor provecho que de sus alabanzas, y aplausos; pero si es de pocos el tener tanto valor, y generosidad, y el caminar tan adelante en la perfeccion, puede, y debe ser de todos el hacer ánimo, y mandarse cada uno con valor á sí propio, para no desistir, y descaecer por esto de aquellas empresas que van dirigidas á la mayor honra, y gloria de Dios, ó al aumento del bien comun. Es sin duda una gran flaqueza el hacer tanto caso, y aprecio del que habiendo nacido con la lengua para hablar, jamas sabe hacerla que calle. Preguntado un Filósofo por un discípulo suyo en que manera debería portarse en su vida para evitar las dentelladas de la gente envidiosa, le respondió: «Vete, y no hagas cosa alguna na bien, ni valerosa, ni prudentemente; y obrando de esta manera, no temas que te haga guerra la gente

» te

»te envidiosa: obra como un loco desatinado, y ningún envidioso tendrá que hacer contigo; ó si esto no »te agrada, obra como prudente, sufre, y aguanta; sin »que te dé pena alguna la envidia.» Ni se hallará acaso algun personage ilustre, así entre los antiguos, como entre los modernos, que dexo de haber pagado á la maledicencia algun tributo. Habiéndole dicho á Platon que alguno hablaba mal de él, respondió: *Esto importa poco, porque yo procuraré vivir de tal modo, que ninguno le dé crédito.* Aristóteles en otro caso semejante respondió: *Me contento con que me den de palos, como yo esté lejos.*

## §. IX.

**D**Ebese aquí advertir, que nuestro cuerpo influye no poco en que seamos tímidos, y pusilánimes, ó constantes, y esforzados, y aun temerarios, y presuntuosos en los peligros. A medida, y proporcion de los espíritus, pocos, ó muchos, vigorosos, ó endebles, que corren por los nervios, y la sangre del hombre, viene á ser su corazon medroso, y cobarde, ó intrépido, y valiente. Cierto es que la naturaleza ha dado la timidez á las mugeres, como por herencia, y dote, sin duda por ser el sexo más debil; y aunque se hallen muchos hombres, que ni aun en esto ceden á las mugeres, y de pusilanimidad, y timidez tan extraña, que para armarlos no bastaria toda Barcelona; con todo, por lo comun los hombres son más esforzados, y animosos que las mugeres: algunos ni aun saben que cosa sea el miedo: otros sin que les cueste trabajo alguno tienen estómago para digerir, no solamente las burlas de la gente popular, pero aun las injurias, y las censuras. El hombre sabio, aunque del vientre de su madre haya sacado un apocado espíritu, y se ven correr por sus venas la timidez, y cobardía, con todo hace que la razon, y sin duda bien regulada, puedan en esta parte suplir el defecto de la naturaleza; esto es, por lo tocante á la fantasia, pue-

do

de servile de mucho el corregir mil opiniones necias, que causan terror, y espanto, y que tienen gran crédito, y apoyo entre mugerzuelas, las cuales están expuestas por esto á una inquietud casi continuada, y algunas veces á que contra su voluntad las sangren; pero de estas hablaremos en el Capítulo XXXV. Conviene tambien acostumbrarse á mirar con ánimo sereno, é imperturbable qualquier espectáculo atroz, ó donde se vea sangre derramada; pero sin dexarse transportar al extremo contrario, que es la crueldad, como lo hizo Neron, que á los principios de su gobierno fué tan escrupuloso, y delicado. El temor justo, y prudente debe reservarse para aquellos objetos, y lances, que pueden causar grave daño, ó la misma muerte al hombre, para aquellos fieros, y graves peligros, á los cuales pide la prudencia que el hombre no se exponga si no es en el caso que la defensa de la virtud, ó el bien de la República lo pidan así.

## S. X.

**L**A razon, pues (vuelvo á decir), tiene fuerza para infundir ánimo aun en el corazón de aquellos hombres, que son por su temperamento pusilánimes, quando la necesidad, la honestidad, y el decoro lo piden. Se han visto guapetones, y perdonavidas desmayarse, y quedar sin atiento á la vista de un cadahalso dispuesto, y destinado para castigo de sus delitos: parece que entonces nada oyen, á nada atienden mas que á los gritos mudos de su conciencia, que en aquel lance los acusa fuertemente, porque no la quisieron escuchar quando tantas veces les gritó. Al contrario, aun las delicadas doncellas, con ánimo invicto, y generoso, se presentaron á los tiranos para sufrir cruelmente la muerte por la fé de Jesu-Christo, su amado Esposo. Esta animosidad, este valor invicto es cierto que les venia del Cielo; pero la razon tambien concurría, animándolas la conciencia de una empresa gloriosa. Algunos otros, condenados just-

ta-

tamente al último suplicio, porque reflexionaban que las merecian, rindieron con intrepidez el cuello al golpe de la cuchilla. Quando un Soldado escuche la voz de la razon, se sentirá esforzado, y animado por su honor propio, por la fé que debe á su Príncipe, por la buena causa que defiende, y por otros motivos semejantes, para pelear valerosamente, sin que le acobarden los peligros á que se expone. Cierta es que el horrible ceño de un leon desatado, puede con razon poner miedo á toda una Ciudad, como sucedió en la de Florencia, donde habiéndose escapado una de estas fieras de su leonera, ó jaula, segun lo escribe Juan Villani en su Historia, como testigo de vista, una muger, viendo que el leon hizo presa de un chicuelo, hijo suyo, ella corrió intrépida, y animosa, y se le quitó de entre las garras con admiracion de quantos vieron este suceso, sin que la fiera hiciese despues demostracion alguna. El amor materno dió esfuerzos á esta muger para tan heroyca accion. ¿Pues por que no podrá hacer otro tanto la razon en otras ocurrencias, ó bien para obrar con valor, y constancia, ó bien para sufrir con resignacion, y paciencia? Pero jamas debe dar ánimo para que alguno sea temerario, y presuntuoso; porque la temeridad es una especie de locura, y toda virtud debe llevar á su lado la prudencia. Finalmente hemos dicho, que hay una especie de fortaleza, de la qual necesita todo aquel que toma alguna grande resolucion, ó en favor del público, ó en defensa de alguna justa causa, para que no le espanten, y hagan desistir los impedimentos que pueden ocurrir contra su determinacion. Pero aun aquí mas que nunca se necesita de la prudencia para medir sus fuerzas propias con lo difícil de la empresa. Se puede tambien en estos casos incurrir en la nota de temerario; pues la razon quiere que se ceda en ciertas ocasiones, y aun tal vez que se busquen, y admitan ciertas políticas tergiversaciones: de otra manera sucederá, que queriendo avanzar mas allá de lo que se puede, corre peligro de perder-

derlo todo. Las cabezas duras , y obstinadas , que jamas saben doblarse , ni rendirse , no son buenas para gobernar bien navios grandes. Los bancos , y los escollos están por lo comun preparados para estos.

## CAPITULO XXXII.

*Del ánimo grande , ó pequeño de los hombres , y qual sea la verdadera virtud de la magnanimidad.*

## §. I.

COMunmente se cree que la magnanimidad es una virtud , que nace , y depende de la fortaleza. Pero acaso con mas razon podria defenderse que la magnanimidad es el género , y la fortaleza una de sus especies; quiero decir , que la fortaleza es hija , y no madre de la magnanimidad ; porque el que tiene el ánimo grande , no solamente es fuerte , mas tambien es generoso , superior á todo interes , á los resentimientos , á la venganza , y puede producir sin duda muchos mas actos de virtud , que el que solamente es fuerte , y no mas. Pero ya he dicho repetidas veces , que no quiero meterme en estas cuestiones , que solo sirven de dar pábulo , y divertimento á los ingenios metafísicos , y de nada aprovechan para las operaciones , que es el fin de la Filosofía Moral. Por tanto , pasemos adelante , acordando de nuevo , que es una señal cierta de un ánimo grande el despreciar la hacienda por el amor de Dios , eligiendo el camino de la pobreza , para viajar menos cargado , y mas ligero por el del espíritu. Conviene despues manifestar con mas claridad qué cosa es esta grandeza de ánimo , como que entre las virtudes morales se reputa por una cosa de mucha importancia , y que no solamente mira al valor , ó á la hacienda , pero aun abraza , y se extien-

tiende á otros objetos , dignos de la vida de los sabios. Digo , pues , que así como las cabezas de los hombres no se vacian por un mismo molde , ni son uniformes interior , ni exteriormente , aunque consten todas substancialmente de las mismas partes , así los ánimos tampoco son uniformes. Podemos observar particularmente que hay ánimos chicos , y ánimos grandes , y esta diversidad parece que se debe atribuir únicamente á la misma naturaleza , pues ella es la que nos hace advertir , y ver claramente la gran diferencia que hay entre los hombres , y las mugeres ; y entre los hombres mismos , el que tiene grande ánimo , suele por lo comun tener mas espíritus , que el que tiene ánimo vil , y apocado. Aristóteles nos delinco al hombre magnánimo , diciendo serlo aquel , que conociendo su propio mérito , aspira á honores muy altos. Guarde para sí Aristóteles su hombre magnánimo , sea el que se fuere. La ambicion , que es una de las enfermedades morales del hombre , que consiste en el desordenado apetito de honras , y dignidades , se parece mucho á la magnanimidad de Aristóteles : por lo qual es mas seguro el atenerse á la magnanimidad christiana , la qual permitiendo al hombre que no omita diligencia alguna para merecer los honores , al mismo tiempo no se acongoja , no suspira , no se afana ni mucho , ni poco para conseguirlos ; y si los consigue , no por esto se envanece , ántes bien , como veremos despues , ni aun conseguirlos quiere en algunas ocasiones. No constituye la verdadera magnanimidad el aspirar á grandes honores , sino el intentar , y hacer honestas , y gloriosas acciones , y el aspirar á empresas ilustres. Por tanto digo , que puede llamarse hombre grande , y magnánimo aquel que por un fin mas noble , ó no busca , ó rehusa el tener las cosas mas estimadas , y deseadas del comun de los hombres , ó si las tiene , no las aprecia de tal modo , que presentándosele otro fin mas noble , y honesto , no esté resuelto , y pronto á privarse de ella , y renunciarlas al punto. La vida sin duda alguna



derlo todo. Las cabezas duras , y obstinadas , que jamas saben doblarse , ni rendirse , no son buenas para gobernar bien navios grandes. Los bancos , y los escollos están por lo comun preparados para estos.

## CAPITULO XXXII.

*Del ánimo grande , ó pequeño de los hombres , y qual sea la verdadera virtud de la magnanimidad.*

## §. I.

COMunmente se cree que la magnanimidad es una virtud , que nace , y depende de la fortaleza. Pero acaso con mas razon podria defenderse que la magnanimidad es el género , y la fortaleza una de sus especies; quiero decir , que la fortaleza es hija , y no madre de la magnanimidad ; porque el que tiene el ánimo grande , no solamente es fuerte , mas tambien es generoso , superior á todo interes , á los resentimientos , á la venganza , y puede producir sin duda muchos mas actos de virtud , que el que solamente es fuerte , y no mas. Pero ya he dicho repetidas veces , que no quiero meterme en estas cuestiones , que solo sirven de dar pábulo , y divertimento á los ingenios metafísicos , y de nada aprovechan para las operaciones , que es el fin de la Filosofía Moral. Por tanto , pasemos adelante , acordando de nuevo , que es una señal cierta de un ánimo grande el despreciar la hacienda por el amor de Dios , eligiendo el camino de la pobreza , para viajar menos cargado , y mas ligero por el del espíritu. Conviene despues manifestar con mas claridad qué cosa es esta grandeza de ánimo , como que entre las virtudes morales se reputa por una cosa de mucha importancia , y que no solamente mira al valor , ó á la hacienda , pero aun abraza , y se extien-

tiende á otros objetos , dignos de la vida de los sabios. Digo , pues , que así como las cabezas de los hombres no se vacian por un mismo molde , ni son uniformes interior , ni exteriormente , aunque consten todas substancialmente de las mismas partes , así los ánimos tampoco son uniformes. Podemos observar particularmente que hay ánimos chicos , y ánimos grandes , y esta diversidad parece que se debe atribuir únicamente á la misma naturaleza , pues ella es la que nos hace advertir , y ver claramente la gran diferencia que hay entre los hombres , y las mugeres ; y entre los hombres mismos , el que tiene grande ánimo , suele por lo comun tener mas espíritus , que el que tiene ánimo vil , y apocado. Aristóteles nos delinco al hombre magnánimo , diciendo serlo aquel , que conociendo su propio mérito , aspira á honores muy altos. Guarde para sí Aristóteles su hombre magnánimo , sea el que se fuere. La ambicion , que es una de las enfermedades morales del hombre , que consiste en el desordenado apetito de honras , y dignidades , se parece mucho á la magnanimidad de Aristóteles : por lo qual es mas seguro el atenerse á la magnanimidad christiana , la qual permitiendo al hombre que no omita diligencia alguna para merecer los honores , al mismo tiempo no se acongoja , no suspira , no se afana ni mucho , ni poco para conseguirlos ; y si los consigue , no por esto se envanece , ántes bien , como veremos despues , ni aun conseguirlos quiere en algunas ocasiones. No constituye la verdadera magnanimidad el aspirar á grandes honores , sino el intentar , y hacer honestas , y gloriosas acciones , y el aspirar á empresas ilustres. Por tanto digo , que puede llamarse hombre grande , y magnánimo aquel que por un fin mas noble , ó no busca , ó rehusa el tener las cosas mas estimadas , y deseadas del comun de los hombres , ó si las tiene , no las aprecia de tal modo , que presentándosele otro fin mas noble , y honesto , no esté resuelto , y pronto á privarse de ella , y renunciarlas al punto. La vida sin duda alguna

es cosa preciosísima, supuesto que la naturaleza misma nos impele á quererla, y conservarla, y la que nos infunde el gran temor, y aborrecimiento de perderla: la naturaleza misma nos intimá una grande, y estrecha obligacion de conservarla, y no abandonarla, como, y quando cada uno quiera: además debemos defenderla contra el que injustamente intente quitársela, siendo este un natural derecho que compete á todos. No obstante todo esto, si llegase el caso de defender la patria, esto es, el bien comun, que prepondera al particular; si el hombre por un motivo tan noble como este expusiese á peligro su propia vida, y llegase el caso de perderla, ved aquí un ánimo grande: este es sin duda un acto de magnanimidad heroyca. Lo mismo hemos de decir de aquel que elige ántes el morir que el quebrantar la Ley de Dios, ó hacer algo que sea abiertamente contrario á la razon. No ha habido en el mundo magnánimos mas ilustres que los Santos Mártires, gloriosos aun el día de hoy sobre la tierra; pero mas gloriosos en la eterna gloria.

## S. II.

Lo segundo, nadie ignora (porque todos lo ven) en quantá estimacion son tenidas entre los mortales las dignidades, las riquezas, los honores. Basta solamente el mirar las contiendas, los esfuerzos, y afanes de muchos, ó casi todos para conseguirlos, y conservarlos. No hablo ahora del honor en quanto significa la buena reputacion, y buen nombre, porque este es bien de diversa especie. Quando un hombre digno por otra parte de estos, y semejantes honores, no los desee, ántes bien huya de ellos, y no los acepte quando le son ofrecidos: si todo esto no nace precisamente de un ánimo vil, y apocado, y este desprecio tiene por origen, y principio otros fines mas altos, sin duda que se manifiesta en esto la grandeza de su ánimo. No pueden llenar un corazon tan grande ni Mitras, ni Capelos, ni Coronas, ni otros mu-

muchos útiles, y lucidos empleos, los cuales vemos que por lo comun son el objeto de las ansias, deseos, y afanes en que se emplean, y tanto trabajan los hombres. Aquel busca solamente á Dios, que es quien puede llenar los senos de su corazon, y saciar los deseos de su voluntad, estimando en poco todo aquello que siendo menos que su Dios, y Señor, puede ponerle algun día en peligro de hacerle perder el bien sumo que ama. Tenemos tantos exemplos de estos generosos menosprecios, que no es necesario el hacer mencion ni aun de uno tan solo; pero siempre que ocurran, quanto son raros, otro tanto son mas admirables, y estupendos. Por esto Publio Mimo nos dexó escrita aquella grave sentencia: *Nihil magnum est in rebus humanis, nisi animus magna despiciens.* Nada se encuentra grande en las cosas humanas, sino el ánimo que desprecia las grandes cosas. Ni por esto quiero decir que dexen de ser grandes ánimos tambien aquellos que por medios lícitos, y honestos, y por el camino derecho del mérito competente, se avanzan, y corten sosegadamente tras los honores, y dignidades; pero siempre será verdad que es mayor aquel ánimo que se muestra superior á todo honor, á toda dignidad; y ciertamente debemos confesar que la resolucion de estos está mas limpia de toda corrupcion del interes, de la ambicion, y de la vanidad.

## S. III.

Puede en tercer lugar manifestarse, y darse á conocer la grandeza del ánimo en perdonar á otros, y con especialidad quando el que perdona se halla en estado de poder vengarse, sin que nadie se lo estorbe, ó quando la justicia está dispuesta, y pronta á hacérsela el ofendido, quando no quiere perdonar al que le ha injuriado. El que es clemente, es tambien magnánimo; pues la clemencia no es otra cosa, que una generosa dádiva, y relaxacion de la pena que otro merecía, hecha por

quien pudiera obligar á que se pagase aquella pena. Luego que padecemos, ó nos han hecho alguna ofensa, ó en nuestro cuerpo, ó en nuestra reputación, ó de qualquier otro modo, que nos causa dolor, ó algun daño, no es fácil el explicar cómo nuestro amor propio se resiente, y enfurece, siendo lo menos que hace entonces el desear un digno castigo para el que nos ha ofendido, é injuriado. Aún pasa mas adelante, deseando que no se cuente entre los vivos el que tuvo tanto atrevimiento, y mas quando se presume que podrá hacer lo mismo en adelante. Creese entonces, que no solo es el interes particular, sino el público, el que este perturbador de la paz, y de la justicia, pague con su vida propia la pena merecida; y aun hay quienes dexándose transportar de su ira, intenten por sí mismos, y aun procuren dar á su ofensor aquella pena, que solo toca el decretarla, y darla, á la autoridad pública. Todos estos excesos son efectos de aquella molesta, y aborrecible imagen, que se fixa en la fantasia del ofendido, y jamas se presenta delante de su alma, que no despierte la memoria de aquel daño, ó injuria que se ha recibido de aquel sugeto, y acaso se teme el recibir otro de nuevo; pero este espíritu de venganza mas presto se aloja en corazones rabiosos, tímidos, y pusilánimes, quales son por lo comun los de las mugeres, que no en los generosos de los hombres: por esto se dixo sabiamente, *que la venganza es femenina*. Al contrario: grande, y generoso es el ánimo de aquel, que no por tema, ó cobardía, sino por solo el decoroso motivo de virtud, y por imitar al Señor, que es infinitamente bueno, y clemente, perdona; esto es, cede todo resentimiento, todo su crédito, y pretension á su enemigo, añadiendo mayor lustre á esta grande obra, quando no se acuerde mas de las ofensas recibidas, siendo tanto mayor, ó descubriéndose tanto mas glorioso este acto de heroica virtud, quanto la persona que lo practica es de superior gerarquía á la que le hizo la ofensa; porque entonces se manifiesta mas

cla-

claramente que no lo hace por vileza, ni temor, sino por puro amor á la virtud. Clemencia, y generosidad son los nombres que damos á estas virtudes, que son hijas de la magnanimidad, de la qual hablamos ahora. Dicese como por proverbio; *que el hombre sabio perdona á todos sino es á sí propio*. Lo que debe entenderse sin perjuicio del bien público, y sin que se extienda á las obligaciones, y derechos de la justicia. Extiéndese tambien la generosidad á otras acciones semejantes á las ya expresadas, como son el ceder á otro el jus, ó derecho que tiene el que la exercita á una dignidad decorosa, ó algun otro puesto útil, y ventajoso. De todo esto nos franquean muchos exemplos las Historias, y la experiencia del mundo, y por tanto dexo de reproducirlos.

## §. IV.

Finalmente hállase un ánimo grande, y aun se puede llamar heroico en qualquiera que se manifiesta, y mantiene imperturbable en los golpes sinistros de la fortuna, y sin acobardarse, ni entristecerse sobre, y recibe qualquiera desgracia con ánimo, y valentía. Esta es una prueba nada equívoca, y acaso el indicio mas cierto para conocer la grandeza de ánimo; porque se extiende hasta recibir los anuncios de la muerte, y aun la muerte misma con alegre serenidad, y sin la menor turbacion. Asimismo se dexa ver un ánimo de esta especie en aquel que posee hacienda, y dinero, en tal conformidad, y disposicion, que en presentándose una justa ocasion de privarse de estas cosas, se priva de ellas con facilidad, y alegría. Los bienes de fortuna deben justamente reputarse por los mas ínfimos de la tierra. Por esto se avergonzaria un corazon generoso de colocar su felicidad, y gozo en un objeto tan despreciable, y baxo. El corazon noble, y generoso quiere ser señor, y no esclavo de la hacienda, y del dinero. Por tanto, quando ocurre justo, y conveniente motivo para darlo, ó gas-

H 2

tar-

tarlo, no siente repugnancia, ni displicencia en uno, y otro; antes por el contrario, siente gran gozo, y alegría en hacer servir su dinero, ó á su razonable necesidad, ó en bien, y provecho de otros, exercitando al mismo tiempo la virtud de la caridad, pues el dinero se hizo para usarlo, no para amontonarlo, y esconderlo. De aquí nace la virtud de la munificencia, y liberalidad, quando se distribuye á personas de mérito, ó á las que padeciendo dura necesidad, esperan el socorro de manos piadosas, para salir de miserias; y de aquí nace tambien la virtud de la magnificencia, la qual en ciertos tiempos, y lugares, en las fábricas, en los muebles, y en otras muchas ocasiones, que miran al decoro, no perdona gasto alguno; pero siempre con proporcion á las propias fuerzas, y condicion de quien gasta. Puede llegar á ser esta virtud gloriosa, y aun meritoria para la otra vida, quando las obras magnificas se destinan al bien público, ó al servicio perene de la patria, ó de otros hombres. Bastará en estos casos guardarse de los excesos; esto es, de la prodigalidad, que es extremo vicioso, y contrario á la prudencia humana, que entre los mortales, y sus operaciones, debe acompañar, y moderar todas las virtudes. Todo esto sea dicho en alabanza del ánimo grande, por medio del qual se eleva el hombre, y se acerca mas, y mas á la imitación de nuestro buen Dios, que es infinitamente magnánimo en perdonar á quien le ha ofendido, liberal, y magnífico en sus obras, de las quales apenas conocemos la parte mas mínima. Pero antes que pasemos adelante, es forzoso decir, que despues de haber alabado la virtud de la magnificencia, y liberalidad, parece que la de la frugalidad, ó parsimonia no hace muy buena figura á la vista de aquella otra, y como que son de un genio opuesto, respecto de ser, segun parece, la parsimonia efecto de un corazon encogido, y apocado; pero no es así. Los vicios son los que combaten entre sí, y el uno puede, y suele destruir al otro; pero las virtudes con-

san,

san, y se mantienen unas con otras, pacíficamente; y bien que no todas por un mismo camino, todas concordemente llevan al hombre á un mismo término. Por tanto, no dexa de ser la parsimonia virtud propia del hombre civil, con la qual, y por ella se abstiene de los gastos superfluos, mide, y coteja el gasto, y recibo de sus rentas, y propias ganancias, inclinándose mas presto al ahorro, y á guardar, que al desarreglo, y profusion. Puede tambien agregarse á esto, que el no tener cuenta con la hacienda propia, el malgastarla en el día, sin pensar á mañana, puede nacer, no ya de alguna virtud, sino es de la gula, y de la vanidad, y de algunos otros malos principios. Por tanto, el hombre sabio no gusta de bizarrear, y gastar sin necesidad, en convites opulentos, ni en superfluos luxos, por no verse precisado algun dia á hacer la penitencia, y pagar la pena de sus excesos, con la pobreza, el hambre, y otros trabajos; antes bien, gastando cada dia con moderacion, provee, y prevee los contratiempos que pueden ocurrir; esto es, gasta con tal medida, y proporcion, que siempre pueda gastar. Haciéndolo de esta manera, se guarda de incurrir en el abominable vicio de la avaricia; porque quando lo pide la necesidad, no le duele, y está pronto á gastar liberalmente, y á exercitar esta virtud con los pobres, haciendo tambien que su propia familia tenga un tratamiento conveniente á su estado, y proporcionado á sus fuerzas, segun las quales debe ser el gasto de su casa, dexando á los locos pobres, ó de cortos caudales el andar en competencias con los ricos, ó con otros, que tienen mas que ellos.

## §. V.

CON estas noticias será facil á qualquiera el conocer en qué consiste el ánimo mezquino, y apocado, vicio que trae otros muchos consigo. En primer lugar se dexa ver en los cobardes, mugeres vestidas de hombres,

que al mas mínimo peligro temen, y se encogen, y si ven derramada alguna sangre, aunque poca, al punto se desmayan, y caen en tierra. Por qualquier desgracia que pase por ellos, míralos ya abatidos, y desanimados. Si deseais saber qual es la posada de la melancolía, la taciturnidad, y el deseo de la muerte, ved donde habitan estos tales, y llamad á su puerta, que allí hallaréis toda esta triste tropa; pero qué digo, deseo de la muerte? Sola su memoria basta para desterrar del corazon de algunos toda alegría, y contentamiento. Bien puede venir la muerte á quitarles el miedo, y libertarlos para siempre de esta enfermedad; pero ha de venir con disimulo, y á escondidas, como solemos decir: no hay que esperar que tales conejos salgan á buscarla á cara descubierta, aun en las mayores necesidades de su propia patria; y si acaso saliesen alguna vez, todo su valor se baxará á los pies para huir, no á las manos, ni á los brazos para pelear. Qual, pues, sea el ánimo de aquellos, que despues de muy rogados no saben determinarse á perdonar á los que los han ofendido de algun modo, ó bien en sus propios cuerpos, ó en su reputacion, ó en la de sus parientes, y deudos, se comprenderá luego al punto, si se reflexiona, que estos tales estan señoreados, y dominados de dos viles pasiones, la una el rencor, y odio que tienen á lo que ya ha sucedido, y la otra el temor de que no suceda otro tanto, si el ofensor quedase en este mundo, ó si el escarmiento no le enseña á que se porte de otro modo en lo sucesivo. Ocupado el ánimo con estas dos pasiones, no atiende á razones, no escucha súplicas corteses, y dulces, no admite fervorosas exhortaciones: pero todo al contrario los ánimos augustos, y grandes, los quales desprecian, ú olvidan facilmente las injurias, y ofensas, ó las perdonan generosamente, ó porque son superiores á todas las pasiones viles, y no temen nuevos insultos de sus ofensores, ó porque en los defectos que han incurrido los otros, consideran que pueden incur-

rir tambien ellos, si no para con los hombres, á lo menos para con Dios, que es mucho mas. Costariales mucho trabajo á estos ánimos apocados, y baxos aun el perdonar á un Cirujano, que por un descuido, al hacerlos una sangria, les cortase una arteria con peligro de su vida. El Cardenal Federico Borromeo, el mozo, no solamente perdonó (siendo Secretario de Estado del Papa) á un Cirujano, que le hizo esta buena obra, por la qual perdió la vida; mas le dexó renta para mientras viviese, considerando cuánto daño se causó á sí propio aquel miserable, desacreditándose para siempre con un descuido tan grave.

## S. VI.

PERO ninguna cosa manifesta mas claramente el ánimo grande, ó augusto, y el mezuino de los hombres, que un cierto apego, y afición á la hacienda, y al dinero, cuya posesion actual basta para llenar, y alegrar su corazon: entra tambien aqui el temor para cercarles el ánimo, y no permitirles aun aquellos gastos necesarios, y decorosos á la propia condicion, y estado, aun quando los bienes de fortuna sean muy copiosos; porque este mismo temor, hijo legitimo de aquella passion, les representa vivamente las necesidades, y peligros que pueden sobrevenir en adelante, y les hace creer que es un acto de prudencia el guardar, y desgracia el haber de gastar. No hablo ahora de aquellos avarientos, que como tales estan conocidos, y desacreditados, como verdaderos discípulos del Gran Tacaño: hablo de aquellos, que aunque gastan, pero siempre se dexa ver en los gastos que hacen una cierta ruindad, y mezuindad, que corresponde al poco ánimo que tienen. Sean ricos, y gasten en buen hora; pero siempre hallaréis en sus fábricas (si es que las emprenden) estropeada alguna parte, y esto solamente porque sea menos el coste. Atrévase algunas veces á disponer tal qual convite; pe-

ro hallaréis en la mesa el estrecho, y apocado genio de quien la prepara. Reparad tambien en la paga de los oficiales, quando los tienen: ¡quánto disgusto, y acaso tormento no les causa sacar el dinero de la bolsa? Mirad tambien quan facilmente, y con la mas leve causa, montan en cólera; no por otra cosa que por serles muy sensible la herida, y el divorcio que debe haber entre ellos, y su querida moneda. Si pudieran, partir el cero por quedarse con aquel pedacito. Carlos I. Rey de Nápoles, despues que hubo vencido al Rey Manfredo, hizo que traxesen á un salon del Palacio todo el oro, que el mismo Manfredo, ó el Emperador Federico II. su padre habian juntado: puesto todo en un monton, mandó el Rey á Beltran del Balzo, Caballero Provenzano, que hiciese tres partes de aquel oro, una para el Rey, la segunda para la Reyna, y la tercera para los Oficiales, que con tanto valor habian servido en la conquista de aquel Reyno; ¡qué debería esperarse en este lance critico de un ánimo mezquino, y apocado? Que se pesase con toda diligencia, y exáctitud cada pieza de por sí, y calculando el valor de cada una, con la pluma en la mano, fuese hecha la division exáctamente, sin que ninguno pudiera quejarse: de hecho hubo alguno, que con toda diligencia fué á buscar un peso para executar lo que el Rey habia ordenado; pero no esperó á tanto aquel magnánimo Caballero: al punto, sin inclinarse, comenzó con los pies á dividir en tres partes el monton, diciendo al Rey: *Para qué necesitamos del peso? Ved ahí partido vuestro tesoro.* Todos los circunstantes se maravillaron al ver accion tan heroica.

## CAPITULO XXXIII.

*Del buen régimen del apetito, de la conservacion del individuo, y de la especie, y de la templanza.*

## §. I.

Natural inclinacion tenemos los hombres á conservar la vida, y á quererla, y es muy puesto en razon que la queramos, y conservemos, porque este regalo, que nos ha hecho nuestro buen Dios, es entre los temporales el bien primario, y fundamental, del qual depende el usufruto, y goce de todos los otros bienes, que en la tierra pueden tener, y desear los mortales. Faltando la vida, desaparece toda esta visible máquina. Con todo se hallan muchas veces algunos hombres, que despreciando su vida, se exponen á peligro de perderla, sin que para esto haya alguna necesidad, ó suya propia particular, ó del bien comun. Tenemos licencia para llamar á estos hombres bestiales, y locos. Cierto es que todos los hombres llevan consigo desde la cuna un intenso, y continuo deseo de vivir, y aun de vivir muchos años; y aunque en alguno, cansado ya de mundo, salte el deseo de acabar sus dias (lo que particularmente sucede, ó en las grandes angustias del ánimo, ó en los acerbísimos, y prolongados dolores del cuerpo), con todo, no es aquel deseo sincero, y acaso acaso á la vista de la muerte se mudaría de language. La verdad es que en aquellos lances, deseamos con ansia que se acaben aquellos males, que nos atribujan, y acongojan; pero no deseamos de corazon el que se acaben tambien nuestros dias. Pues aun aquella pobre viejecita, que no podia cargarse sobre la cabeza el haccello de leña, que habia juntado en el monte, y angustiada, le vino la tentacion de querer morirse, y de hecho llamó la muerte: ha-

bién-

biéndosele presentado, que no estaba lejos, y preguntándole esta, qué era lo que la quería, pues estaba pronta á servirle, y obedecerle; la buena vieja á ver figura tan extraña, la dixo: Señora, os he llamado precisamente para que me ayudeis á cargar este bax de leña. En efecto, jamas llegamos á conocer bien lo que importa nuestra vida, sino es quando alguna desgracia, ó enfermedad peligrosa nos avisa que estamos próximos á perderla. O! entonces sí que se dexa ver, y se presenta todo el amor que tenemos á nuestra propia vida, y el grande horror que nos causa el partirnos, y dexar este mundo. Por esto hacemos al Cielo súplicas frecuentes, y humildes para evitar si es posible tan fiero golpe. De este apetito, y deseo de vivir nace el otro de gozar una perfecta, y dilatada salud; porque mientras esta dure, juzgamos que nada tiene que pretender de nosotros la triste muerte. Pero aquí conviene observar los engaños, y errores en que podemos incurrir, ya con el demasiado amor, ya con el demasiado poco deseo de nuestra vida, y salud. Parece que no puede encontrarse quien estime en poco su vida, ó la desprecie, por ser el tesoro mas precioso que tiene el hombre; con todo vemos cada dia este desorden en práctica; porque hay muchos que estiman muy poco su salud, ó por mejor decir, la maltratan, y desprecian, haciendo disparates, y locuras, para quedar sin ella. No lo hace así el hombre cuerdo, y prudente; antes bien con todo cuidado, y diligencia procura conocer aquel buen orden que enseñan la naturaleza, y la razon, para conservar quanto sea posible nuestra salud: á este fin sigue, y busca la virtud de la templanza, por cuyo medio, y con cuyo auxilio procura conservar sana, y libre de toda enfermedad peligrosa la habitacion terrena de su alma. Varios son los oficios de esta virtud, uno es, el de contener nuestros apetitos en todo lo que mira al gusto del paladar; y quando obra así, la damos el nombre de sobriedad, la qual es parte de la templanza, ó templan-

za parcial: en quanto refrena los apetitos que miran al tacto, la llamamos *continencia*; y en quanto reprime, y regula todos los demas apetitos, y todas nuestras pasiones en comun, la damos el nombre de *mortificacion*. Hablando de todos estos diferentes oficios de la templanza, vendremos en conocimiento de lo que es esta virtud en sí misma. Por lo que pertenece á su primer oficio es cierto que son pocas las veces que hacemos reflexion sobre la preciosidad de nuestra salud; y así no es maravilla, si tan facilmente venimos á perderla, y de consiguiente acertamos, y cortamos la tela de nuestra vida. Sobre este punto tienen los jóvenes mas necesidad que los demas de una importante leccion. Hállanse estos por lo comun robustos, espirituosos, libres de aquellas pensiones que se hallan comunmente en la edad declinante. La muerte para ellos está distante muchos millares de leguas, ó por lo menos estan persuadidos á que no se atreve á embestirlos, atendida su fuerte natural robustez, y los alientos de su florida juventud. Pero, como loquillos, no consideran que para lograr una perfecta, y permanente sanidad de cuerpo, conviene comenzar desde luego á cuidar del cuerpo mismo, no oprimiéndolo con repetidos desórdenes, ni enflaqueciéndolo con la destemplanza en la comida, en la bebida, y otros placeres.

## §. II.

UNA de las mas atentas consideraciones de un hombre juicioso, debe ser el conocimiento práctico de lo mucho que importa el conservar la salud para ir consiguiendo al deseo de vivir feliz, y mucho tiempo en este mundo. No se ha de esperar á la vejez para aprender esta verdad; porque no aprendiéndola en la primera juventud, puede darse el caso de no llegar á ser viejo, ó solamente se llegue cargado de achaques, que por antiguos tengan ya ningun remedio. Sabiamente observó Juvenal, que ante todas cosas debemos pedir á Dios

un sano juicio en un cuerpo tambien sano; *Mens sana in corpore sano*. Y la Santa Iglesia en muchas de sus bellas, y devotas Oraciones, nos enseña á pedir esto mismo al Señor oracientemente: *Salutem mentis, & corporis: mentis, & corporis sanitate gaudere*. Si por ciertos debemos esperar de nuestro buen Dios, como un don muy precioso, el tener sano nuestro cuerpo, y vigoroso nuestro entendimiento; esto es, con rectitud para juzgar, y elegir, que en esto consiste su sanidad; pero al mismo tiempo nos encarga el mismo Señor que no omitamos diligencia alguna de parte nuestra para apartar, y tener lejos de nosotros quanto nos sea posible la enfermedad, así de la parte terrena, que es el cuerpo, quanto de la espiritual, que es el ánimo. En este concierto, y armonia consiste la felicidad á que aspiramos, mientras vivimos en este mundo. Todos saben, y cada uno lo ve, y experimenta, que quando á esta maravillosa máquina del cuerpo humano se le desconciertan las ruedas, que son sin duda muchas mas, y mas delicadas que las del reloj mas ingenioso, y del mas primoroso artificio, al punto el alma, que está unida al cuerpo siente el dolor; y puede ser tal el desconcierto, que la misma alma se vea como precisada á dexar abandonada aquella casa donde posa, por verla tan maltratada, y que amenaza ruina, y de aquí seguirse aquello que llamamos muerte. Esto supuesto, el principal ingrediente de los que en esta vida entran á componer la humana felicidad, consiste en estar libre de dolor; y por tanto importa mucho el sostener nuestro cuerpo en tal armonia, y orden, que esté exento de los males, los quales, ni nacen, ni duran en él, sin que nuestra alma sienta dolor, y molestia. Quiero decir con esto, que debemos procurar que nuestro cuerpo, en quanto pueda ser, goce de una perfecta salud; y quando falte, ó se disminuya esta, cada uno debe procurar con todo esfuerzo recuperarla. La sanidad es el orden que conviene á nuestro cuerpo, segun la institucion del Señor, que

con

con tanta destreza, y sabiduria lo ha criado: de manera, que pecaría contra Dios el que por su culpa, aun con el pretexto de penitencia, desconcertase este noble compuesto de cuerpo, y alma; y sería reo de un gravísimo delito el que voluntariamente quitase á su propio cuerpo la vida (ó al de algun otro, si no es en el caso de una justa defensa). Si nosotros no tenemos autoridad para dar la muerte á otro hombre, tampoco la tenemos para abreviar los días de nuestra vida, como, y quando quisiéremos; porque no somos nosotros, sino Dios es solo el dueño absoluto de nuestros cuerpos, y de nuestra vida, y á este Señor toca el quitárnosla quando, y como quiera, pues él mismo nos la dió, sin que precediese mérito, ni súplica nuestra, quando lo determinó su voluntad santísima. Y si á nosotros, que no somos Príncipes, no nos es lícito el hacer daño á otro hombre, porque no tenemos para esto autoridad, ni jurisdiccion suficiente, del mismo modo no podemos dañar á nuestro propio cuerpo, cargándole de penas enfermedades, ocasionadas de varios desórdenes; porque esto sería usurpar los derechos del Criador, y contravenir al orden de la ley natural, y declararse al mismo tiempo por un hombre sin razon, desatinado, y loco.

## §. III.

**P**ero acaso (podrá preguntar alguno) se hallará hombre de sano juicio, que á posta, digamoslo así, ó de propósito quiera hacer daño á su mismo cuerpo; O Dios! casi innumerables se encuentran, que se acortan los días de la vida, buscando, y cazando enfermedades, que los llenan de achaques, y dolores por mucho tiempo, y acaso por toda su vida. Cierto es que los mas se hacen esta guerra á sí propios inadvertidamente; pero al fin la hacen, por lo qual, uno de los puntos mas esenciales, á que debe atender con tiempo el hombre sabio, es este. La naturaleza misma sin otro maes-

tro



tro que nos guie, nos enseñe desde luego á querer bien, y cuidar de nuestro cuerpo. Ni se puede justamente reprehender este amor, con tal que vaya bien regulado, y ordenado á buen fin; y esto es mas conforme á la razon, despues que sabemos que hay un precepto, que nos manda procurar, y conservar la salud; pero de tal manera que la del cuerpo no cause enfermedad al alma, ni la impida el caminar por las derechas sendas de la razon, y justicia. ¿Pues qué, hemos de estudiar todos la medicina? No por cierto, no hay necesidad de tanto, aunque á la verdad no se arrepentiria el sabio, si dedicase algun poco de tiempo á la leccion de aquellos pocos libros que tratan de *tuenda valetudine*, ó de la dieta, y del modo de conservarse sano, que escribieron entre otros Marsilio Ticino, el Ramazzini, y Luis Cornaro, cuyo tratado traduxo al Latin el Padre Lesio. Pero dexando esto por ahora, digo, que el hombre tiene necesidad de adquirir una cierta virtud determinada, si desea conservar en buena disposicion, y bien reparada la bella, ó fea casa en que habita su alma, mientras está sobre la tierra. Esta es la virtud de la templanza, virtud tan esencial, que los sabios la colocan inmediatamente despues de las virtudes primeras. Se llama sobriedad en quanto nos dirige, y encina para que no hagamos daño á la parte material de nosotros mismos, y esta no dañe á la otra, que es nuestra alma. Observad como luego que cae enferma una persona de qualquier estado, y condicion que sea, pero mas presto si fuese persona rica, noble, ó grande, se busca, y llama al punto uno, ó muchos Medicos; se desea, y espera con ansia que estos acierten á sacar de las vasijas de un Boticario un eficaz remedio para desalojar aquel enemigo del cuerpo del enfermo, afanándose este si tardan en venir los que cree conquistadores de su enfermedad, y toda la casa está inquieta, y puesta en triste consternacion. ¿Y por que, ó para qué tanta inquietud? Pues acaso, responderán todos, aun prescidiendo del peligro de

de la muerte, ¿no es la salud cosa muy apreciable? Sin duda que lo es; y entre los bienes de la tierra no hay cosa tan preciosa. Pero por desgracia, ó por locura de muchos, no se sabe estimar tan gran tesoro, hasta que se ha perdido, siendo aun mas extravagante la manía de algunos, que despues de haberla recuperado, se olvidan presto de la preciosidad de esta joya, y hacen quanto pueden por echarla nuevamente de su casa.

## §. IV.

Qualquier hombre de juicio, entre todos sus cuidados, ha de tener este delante de sus ojos; esto es, el de pasar aquellos años de vida, que el Señor ha querido concederle en este mundo, con el cuerpo sano, quando le sea posible, y ahorrarse de aquellas incomodidades, y dolores, que acompañan por lo comun á quien ha perdido la sanidad. Si tanto deseamos ser felices en este mundo, ciertamente que no es una pequeña porcion de felicidad la de tener un cuerpo sano, vigoroso, y tranquilo, ó por lo menos tenerlo libre de achaques, y dolores. ¿De qué sirven los Imperios, y Reynos, de qué las riquezas, y demas pompas del mundo, al que postrado en una cama, lucha con enfermedades penosas, y está hecho un retablo de dolores de los pies á la cabeza? Con que para mantener esta sanidad es necesario que tomemos por nuestra maestra, y directora la virtud de la templanza, y oigamos con atencion los consejos que nos da: *Todo lo que es gusto, y placer del cuerpo (dice continuamente esta virtud), si es ilícito, no se debe apetecer, ni buscar: si es lícito, se debe tomar con moderacion*; porque qualquier exceso que se cometa en los placeres corporeos del gusto, ó del tacto, debilita, y enflaquece al cuerpo mismo, y le va disponiendo una dura penitencia de calenturas, desazones, y graves enfermedades. Ha dispuesto el Supremo Hacedor nuestro que la sed, y el hambre de quando en quando nos punza,

y avisen que conviene comer, y beber, y que ademas en estos mismos actos de comer, y beber tenga el cuerpo su particular delectacion, para que aquel estímulo, y este sabor gustoso inciten al hombre á la conservación de su individuo, el qual brevemente faltaría, si no comiera, ni bebiera; pero esto de alimentar el cuerpo, si se ha de hacer con arreglo á lo que la naturaleza, y el mismo Dios han determinado, debe tener sus límites, y términos, huyendo siempre lo excesivo. Aquel *ne quid nimis*, documento preciosísimo de un antiguo Filósofo, debería no apartarse de nuestra vista en todas las cosas; pero con mayor particularidad en la presente materia, siendo cosa muy cierta, que el recargar el cuerpo con demasiada comida, y bebida, se ha de pagar en contante de enfermedades, tarde, ó temprano, y muchas veces con aquel mal que no tiene remedio. *Plures necat gula, quam gladius. Que mata mas gente la dulce gula, que la cortante espada*, dice una sentencia muy acreditada con la experiencia, y que con letras cubitales, ó mayúsculas debería fixarse en las puertas de todas las casas; pero particularmente en aquellas que por los continuados, y suntuosos convites, hacen mil perfumes, y exquisitas invenciones; y aun quando esto no cause por decontado la muerte, basta saber que los gustos, y placeres de los hombres sensuales vienen á ser las lacias de los Médicos, y que quando la intemperancia va adelante, el dolor la sigue. De hecho, tanta diversidad de viandas tan exquisitamente aderezadas, tantos licores espirituosos, tantas salsas, y pebres demasiadamente substanciosos, invenciones todas de los Apicios de estos tiempos, que se precian de haber adelantado el arte de cocina sobre todos los antiguos, y se burlan de la manera tan tosca, y ordinaria, con que en los tiempos pasados se servian, y cubrian las mesas: todo esto bien considerado, no es otra cosa que unos bien preparados, y sabrosos venenos, los quales poco á poco conducen muchos al miserable estado de la pobreza, y á muchos mas

mas á la hoya de la sepultura. La razon de esto es, porque todos se ven como precisados á comer, y beber mas de lo que es justo, y de lo que necesita el cuerpo para mantenerse: este es el motivo por el qual Diógenes se reía, y burlaba de todos aquellos que ofrecian sacrificios en el Templo con fervorosa devocion para lograr una perfecta salud, y saliendo del Templo se iban á comer, y beber hasta ponerse á reventar. Creiase tambien en tiempos antiguos, que los Grandes, y Príncipes, que morian de corta edad, todos salian de este mundo en fuerza de algun eficaz veneno, que alguna mano traidora les habia dado, ó en comida, ó en bebida. Pero lo cierto es, que en sus propias cocinas deberian buscar entre sus cocineros los artifices de estos venenos lentos, pues siempre buscan los mas diestros, y les pagan grandes salarios, para que inventando cada dia nuevos incentivos á la gula de sus amos, les quiten insensiblemente la salud, y la vida poco despues. Esta misma sospecha de haber muerto envenenado se tuvo en la muerte del Papa Leon X. sugeto de grandes prendas, por haberse muerto en la florida edad de quarenta y seis años. Pero es mas verisimil que al citado Príncipe hicieron mayor guerra sus espléndidos banquetes, y el cuidado particular de reclutar para su servicio los mas famosos cocineros, dándoles exorbitantes salarios. No le habia dado estos consejos el magnifico Lorenzo, su padre, quando lo envió á la Corte de Roma, siendo aun jóven; pues entre otros muchos avisos, y saludables consejos, que se hallan en una carta, que está impresa, le prevenia, que boyese de las viandas exquisitas, y que usase solamente de comestibles simples, y naturales: se le olvidaron los consejos de su padre, y pagó la pena con anticipada muerte.

## §. V.

**POR** esto, pues, debemos gritar, y decir que son imprudentes, y poco cuerdos todos aquellos, que por-  
Tom. II. I que

que se sienten de un temperamento robusto, y vigoroso, se entregan con gusto, y alegría á las deliciosas, y abundantes mesas, tragando, y engullendo de todo quanto se les presenta, sin pensar jamás que las enfermedades, ni la muerte misma han de atreverse á entrar en cuerpos de tan robustez. Estos, como ya lo dixo el Apóstol, *no tienen otro Dios que á su vientre mismo; y parece que siendo así que qualquiera se llena de horror á vista de quien intenta quitarnos la vida, estos al contrario se delectan en cortársela miserablemente.* Este mal es muy antiguo. Séneca en su Epístola XCv. que merece ser leída á este propósito, abominando los excesos de la gula de aquellos tiempos, que no la cedían á los de ahora, dice estas palabras: *Nunc quam longe processerunt mala valetudinibus! Has uturas voluptatum pendimus, ultra modum, fasque concupitarum. Innumerabiles esse morbos miraris? numeram coquos.* Ahora (dice Séneca) ¿quien podrá referir quanto se han aumentado, y extendido los enemigos de nuestra salud? *Pagamos este censo á los placeres, y deleytes que buscamos, y apetecemos con ansia, pero contra toda razon, y sin la justa medida. ¿Te maravillas acaso de que el número de las enfermedades sea tan excesivo? Pues no te admires, quando ves que los cocineros son ya innumerables.* Ni acaba aquí la mala raza de los perversos efectos, que causa la gula tan extendida, y arraigada. El cuerpo, que está demasíadamente mantenido, camina de trote hácia la luxuria, nos dexó dicho Tertuliano. *Tertul. cap. vii. de jejun. Appendix gulae, lascivia atque luxuria.* Si se pone tanta leña al fuego, no solamente calentará, pero aun quemará tambien. Y si la intemperancia del hombre llegase á los términos de la glotonería, y borrachera, pregunto yo ahora: ¿en que se distinguirán estos de las bestias? Bien puede observar cada uno la innumerable tropa de desórdenes, que brota de este desorden capital en el baxo Pueblo, cuyos excesos vemos adonde llegan en nuestros dias, sin que ninguno piense en poner freno á este caballo furioso, y desbocado. Bien

seguro está de que yo intente ponérselo aquí, sabiendo muy bien por una parte, que ninguno de esta clase de sujetos leerá jamás estos discursos, y documentos míos; constándome por otra, que son necesarios otros exorcismos, que los que solo consisten en palabras, y caritativas amonestaciones, para que aquella gentualla, que se ha entregado á los bodegones, y tabernas, se vea libre de aquel diablo que la posee, y que para ellos es tan amable, y dulce. Por lo que mira á las personas nobles, y bien criadas, si llegase el caso de que incurran en semejante exceso, quisiera persuadirles solamente á que mirasen atentamente á un hombre borracho; y sus bestiales acciones, juntamente con los peligros á que se expone: con esto solo que considerasen, como que estoy cierto de que habian de confesar, que no es hombre, ó que dexa de serlo el que se dexa tomar del demasido vino; y quando una persona, que sienta dentro de sí algun estímulo de honradez, y no sea una bestia, no se desengañe, y enmiende al mirar el espejo de un hombre borracho, y no aborreciese para siempre este vicio, su enfermedad no tiene remedio. Hay Naciones enteras, y especialmente los de la China, que no padecen ciertos males, que son frecuentes en la Europa, y no es otra la causa, sino es porque tienen parsimonia en la comida, y bebida; contentanse con simples viandas, y bebidas, mucho mas inocentes que los vinos de Europa. Poco ha que pregunté, que diferencia se halla entre las bestias, y aquellos que sepultan la razon que Dios les ha dado en las continuadas azumbres de vino; y cierto que me pesa el haber hecho esta pregunta. Deberíamos desear, que aquella noble criatura, que se llama hombre, imitase en esto á las bestias salvages. Casi todos los animales, como lo vemos, se sustentan de viandas simples, y naturales, ni apagan su sed con otra bebida que con el agua, elemento destinado por la naturaleza para quitar la sed á todo viviente, y tambien á los hombres. Despues que las bestias irracionales han satisfecho una,

y otra necesidad de comer, y beber, no se hallará entre ellas por lo comun alguna que desee, ni busque mas, sino que para volver á comer, y aguardan á que su estómago les pida nuevo socorro. Ved aquí, pues, que son mas irracionales que los mismos brutos todos aquellos para cuya boca no hay medida alguna; y olvidando las leyes de la naturaleza, se desenfrenan hasta perder la razon humana, y cometer despues mil indecencias: tanto es el desarreglo de su gula, y glotonería, ó bien en las tabernas, ó bien en las espléndidas mesas, que á las veces se incitan mutuamente para ver quien hace mayores bestialidades. Hasta un bárbaro (fué Anacarsis) nos dexó advertido, que la vida produce tres castas de uvas: la primera la del placer, la segunda la de la borrachera, y la tercera la del dolor, y locura.

## §. VI.

EL hombre sabio obra de otro modo, pues cuidando de su salud, ama, y venera á todos los Médicos; pero quanto le sea posible procura evitar sus visitas (las que hacen como Médicos, no como amigos). Por esto prefiere, y elige entre los manjares los mas fáciles á la digestion, y los mas simples. El vino, si es que lo usa, no aparece en su mesa, sino es con moderacion, y mezclado con agua. Y quanto repara en la calidad de las viandas, y bebidas, para que, ó por demasiado cálidas, ó por muy recargadas de condimentos artificiosos, no dañen á su estómago: otro tanto se guarda, y repara en la cantidad, y variedad para que no sea excesiva, queriendo siempre levantarse de la mesa con solo haber satisfecho el hambre, y desterrádola de su estómago, sin que este pueda quejarse, ni resentirse. Sabiamente decia S. Agustin, *D. Aug. lib. 10. Conf. cap. 31. Hoc docuisti me, Domine, ut quemadmodum medicamenta, sic alimenta sumpturus accedam.* Esto, Señor, me habeis enseñado, que yo vaya á tomar el alimento, como se ha-

hace con los medicamentos. Ni por esto debemos juzgar que la virtud de la templanza excluye todo placer del gusto en quien la practica, ni que sea tan escrupulosa en órden á la comida, que observe una medida en ella tan estrecha, y arreglada, que jamas sea lícito excederla: no por cierto: al que virtuosamente es templado, no se le prohíbe, ni priva del sentido del gusto, con tal que lo que come sea lícito el comerlo, y no le sea nocivo. Hállase alguna vez en un honesto convite, y excede los límites de aquello que ordinariamente come, pero sin olvidarse de sí propio; y quando ocurre el abstenerse voluntariamente algun tanto, vuelve á poner su estómago en su buen tono. Y si hay otros abstinentes, los cuales castigan, y mortifican sus cuerpos con ayunos continuados, para que la carne no haga guerra al espíritu, son laudables en esto, con tal que en ello no haya exceso demasiado. Pero de esto no debemos hablar ahora, porque pertenece á otra virtud, superior á esta de la templanza.

## §. VII.

MUCHOS hay que deseando una larga vida, y salud perfecta, hacen locamente todo lo contrario, y quanto pueden para abreviar aquella, y arruinar esta. Tambien hay otros, que en el demasiado amor á su propia vida pueden cometer algun exceso: hablo de aquellos que no quisieran morir jamas, y se enardecen, y enojan contra la ley de la naturaleza, ó por lo menos al acordarse de aquel duro paso de la muerte, padecen melancolías profundas, y tristes, y otros varios accidentes. Séame lícito por ahora el volver á tocar esta tecla. Encontramos á veces con algunos, que mas endebles, ó menos fuertes que otros, no pueden sufrir la vista de un difunto, de un funeral, de un atahud, y aun de las Misas de difuntos huyen tambien: otros se desmayan al ver correr la sangre humana, no á borbotones de una cruel

herida, sino de una vena abierta con delicada lanceta. No hay que hablar en su presencia de la muerte, porque al punto se quedan pálidos, y se les erizan los cabellos. Tocareis también una tecla muy disonante, y nada gustosa, si quereis preguntar á ciertos ancianos en que año vinieron al mundo. Todo esto por lo comun sucede, y se hace maquinalmente. El fantasma horrible de la muerte, pintado en la imaginativa de estos tales con vivos colores, despertando á la vista, ú ocurrencia de objetos semejantes, pone en movimiento toda el alma, y la incita á huir de tales fantasmas; y abatiendo los espíritus animales de la sangre, pueden causar deliquios, y otros accidentes en el hombre. Si alguno pudiese verlo, hallaría que los soldados bisoños en aquellos primeros lances de batalla están asustados, y les tiembla el corazón, y no dexa de sucederles esto mismo, hasta que en la repetición de los choques se acostumbran á ver correr la sangre, y muchas muertes. Por esto son mas estimados los soldados veteranos que los bisoños; y por la misma causa los Griegos en sus teatros querían siempre las tragedias, con el fin de acostumbrar al Pueblo á que no desmayase con la vista de casos funestos, y otras desgracias á que estamos sujetos todos. Podrían sanar fácilmente de tan molestas aprehensiones, aun los sujetos mas endebles, si tuviesen resolución para mandar á su fantasma, y á sus ojos, que mirasen de quando en quando aquellos objetos, que aunque en la realidad son terribles, ningún daño nos hacen. Deberían burlarse de sí mismos al ver que temen donde no hay que temer, y toman las puras sombras por cosas reales, y verdaderas.

## §. VIII.

EL número de estos pusilánimes, y espantadizos no es verdaderamente muy copioso; pero lo es ciertamente el de otros, que mirando á la muerte, no como quiera cercana, pero aun con anteojos de larga vista, no sola-

men-

mente la ponen mala cara, pero aun con el pensamiento huyen de ella, resistiendo con todos los esfuerzos de su voluntad el verla cerca de sí, luego que el Señor, que es el dueño de nuestra vida, intima la marcha de esta tierra. A este temor tan terrible añaden estos falsas opiniones. No os escucharán quando intenteis persuadirles, que con tiempo, y como prudentes dispongan sus cosas, y den curso á sus negocios, haciendo su testamento: acaso dirán que sí, que es mucha razon el practicar una diligencia tan importante, pero no llegará el caso de que la practiquen: poco tardaría, según su opinión, en venir la muerte, ó por lo menos no se pasaría el año sin que viniese; porque llamándola en el testamento, y siendo ella tan atenta, y cortés, al punto se presentaría allí. El conocimiento de este defecto, es causa de que ni los amigos, ni los Médicos se atreven á avisar á estos enfermos quando se hallan ya en peligro próximo de salir de este mundo; y lo peor es, que quanto mas nos acercamos al terrible pasage de la muerte, porque son ya muchos nuestros dias, otro tanto suele crecer el amor, y deseo de vivir en este mundo; ó bien sea porque entonces se reflexiona mejor, ó con mas atención la preciosidad de este bien, ó porque el espíritu se conmueve fuertemente al considerar lo que despues de la muerte próxima podrá sucederle. Hallaremos no raras veces, que muchos jóvenes abrazan con mayor ánimo, y resignacion que algunos ancianos la noticia de que van á salir de este mundo; y este en mi dictámen es uno de los excesos que causa el demasiado amor á la vida; bien que debemos confesar, hablando de este amor, que ningún exceso, ó enfermedad del ánimo es mas excusable que este; pero por ventura, ¿con todos los disgustos, y sin sabores, que experimenta, y siente nuestra voluntad, podrá esta retardar por algun instante el inexorable determinado golpe de nuestra muerte? Loco sería el que así lo juzgase, ó lo creyese. Por tanto el hombre sabio debe prevenirse para este punto con los documentos

de la Filosofia , y especialmente de la christiana ; y meditando en sus obligaciones , deberá con tiempo , y fácilmente acordar , y unir su propia voluntad con la voluntad de Dios. Con esta obligacion , y este pacto nos echó el Señor á este mundo : forzoso es pagar esta deuda quando nuestro amor nos la pida. Los malos , y perversos deben temer el pagar este tributo ; y acaso no serian tan malos si alguna vez pensasen seriamente en aquel terrible trance de la muerte , y reflexionasen con atencion sus conseqüencias fatales. Esto tiene de bueno el pensar en la muerte con frecuencia , que suele ser , y es un buen maestro para arreglar nuestra vida : por esto vuelvo á decir que está en manos del christiano el desarmar la muerte de aquellos temerosos horrores que causa su consideracion , y hacerla suave , y dulce por medio de aquella bienaventurada , y dulce esperanza , que á todos los buenos infunde , y da un Dios , que ni nos puede engañar , ni puede mentir. Finalmente , para este terrible lance es necesaria la virtud de la fortaleza , de la qual hemós hablado en el antecedente capítulo.

## §. IX.

**P**OR lo que mira á los deleytes , y placeres del tacto , tiene otro oficio la templanza , que con nombre distinto llamamos continencia ; y así como el apetito de los gustos , que pertenecen á este sentido , suele ser en algunos mas fuerte , y furioso , con mucha ventaja que el de la gula ; por tanto se necesita de virtud mas fuerte , y robusta para tener á raya , y hacer callar á este apetito del tacto , que para contener al otro ; con todo puede decirse , y decirse con verdad , que está en la potestad así del hombre , como de la muger , no solamente el guardar la castidad conyugal , contentándose con lo que aprueba la Ley Santa de Dios ; pero aun tambien la castidad perfecta , y absoluta , absteniéndose totalmente , no solo de los ilícitos gustos , mas tambien de los

lícitos placeres , ó por consagrarse totalmente al Señor , ó por otro fin honesto particular. Porque no está obligada persona alguna á casarse para conservar la especie , como lo están todas á comer , y beber de quando en quando para conservar el individuo ; y si la templanza es necesaria para este segundo estado , es incomparablemente mas indispensable en aquel primero. Aun quando yo no lo hubiera dicho tantas veces , la misma experiencia lo repite cada dia ; esto es , que rara , ó ninguna vez se unen , y andan juntas la continencia , y la espléndida mesa : ni aun esto basta. La fantasia del hombre (es preciso advertir bien esto) , como ya tengo insinuado en algunos pasages de esta obra , es la oficina principal de la fea , y detestable luxuria , recibiendo aquella muchas veces el impulso de los humores , y muchas mas comunicándolo á estos ella misma , é incitando el cuerpo á movimientos brutales por medio de aquellos nervios , y espíritus , que de la cabeza se reparten , y giran por toda la humana máquina. A muchos no les basta el huir del siglo , y entregarse á una vida retirada , y austera : llevan consigo encerradas en su fantasia las imágenes profanas que vieron en el siglo , y estas los persiguen , y atormentan demasiado , aun en su silencioso retiro. Quejábase de esto mismo el Gran Padre S. Gerónimo , no obstante su retiro , y soledad , acompañados del ayuno , y mortificacion. Un objeto inocente , que en el siglo , ni despertaria el pensamiento mas ligero , ni causaria movimiento alguno , es capaz de conmovér , y alterar al mayor Siervo de Dios , amotinando , y despertando todas aquellas ideas que dormian , pero no estaban muertas. Por tanto es necesario poner una fiel , y numerosa guardia á nuestra imaginacion , ó fantasia ; pues aun contra la voluntad de los buenos puede levantar en ellos mismos fantasmas impuros , y con ellos hacer guerra , y combatir la virtud angélica de la pureza , y castidad. De dos maneras puede , y debe la juventud bien inclinada , y prudente defenderse , para que la fantasia no

la confunda, y precipite en combates tan continuados, como crueles: la primera es de precaucion; y consiste en apartarse, y huir quanto sea posible las impuras conversaciones, y deshonestos razonamientos, y objetos peligrosos, cuyas imágenes, fixándose fuertemente en la fantasia, tienen (atendidas las leyes de la corrompida naturaleza) una fuerza terrible, y poderosa para presentarse al alma, aun quando esta no quiera, y excitarla incesantemente; ya que no á cosas peores, por lo menos á deseos carnales; pero tan importunos, y porfiados, que por mas que se esfuerce el para rebatirlas, y desecharlas, se vuelven á presentar con nueva fuerza, haciendo suspirar aun á los mas santos; y que elamen con el Apóstol: *Quis me liberavit, &c.* ¿Quien, Señor, me librará? &c. El mirar, el conversar, el oír, y el leer son aquellas puertas por las quales entran, y pasan al retrete de nuestra fantasia estas imágenes tan fastidiosas, y allí declaran la guerra, y movern su batalla mas, ó menos sangrienta á medida de sus fuerzas, mayores, ó menores, y segun la disposicion de quien las recibe. Muchas personas se encuentran, que por su edad juvenil, ó porque no han llegado aun á perder su bienaventurada ignorancia, y á conseguir aquella ciencia desgraciada de las cosas, que á los buenos causan empacho, y vergüenza, se hallan muchas veces con poca, y casi con ninguna alteracion, ó resentimiento á la presencia de aquellos mismos objetos, los quales trastornan la cabeza á los prácticos, y adelantados en la escuela de la malicia. Los ojos de estos últimos no son ciertamente diversos de los de aquellos; pero es muy diversa la disposicion interna de su fantasia, prevenida, y armada en unos de buenas máximas, pervertida, y viciada en los otros por los malos, y desarreglados hábitos. Así veremos que un objeto honesto, y virtuoso, ó no excitará malas ideas, ni movimientos en quien lo mira, ó quando los excite, será por lo comun muy ligeramente, ó por lo menos muy diferentes de los que se excitan, y des-

despiertan á la presencia de otro objeto en la realidad deshonesto, ó reputado por impúdico. Porque así como el conocer nosotros mismos que estamos muy distantes de conseguir un Principado, hace que sin envidia, ni deseo veamos que lo goza otro; del mismo modo, al mirar algun objeto honesto, y virtuoso, no se levanta ordinariamente en el hombre algun afecto maligno, porque faltando la esperanza de poder lograrlo no se excita el deseo; y si acaso se excitate, presto se desvanece. Esto debe entenderse de aquellos que conservan algo de probidad, y virtud; porque para ciertos ánimos bestiales sumergidos en el cieno de la sensualidad, no puede explicarse bien á quantos abominables despropósitos están sujetos.

**L**A hermosa inocencia, y la apetecible ignorancia de ciertas verdades peligrosas, quanto mas se trafica, y se conversa en el mundo, tanto mas fácilmente se despiden, y ausentan del hombre, siendo bien raros los que creciendo en edad, no beban al mismo tiempo lecciones muy dañosas, que con exemplos, é imágenes poseo honestas, respiran disolucion, y luxuria. Estas imágenes se fixan despues en la fantasia tan profundamente, que como ya tengo advertido, aunque se hallen muy distantes los objetos peligrosos; se ve el alma como precisada á mirarlos dentro de su casa, como si estuvieran vivos, y á tolerar, y sufrir sus fuertes importunos asaltos. Ahora bien; quanto mas perseguidos, y atribulados serán aquellos otros; en cuyos cerebros valubrados, y pegando su fantasia las imágenes ya antiguas con otras nuevas, que mediante la conversacion, los coloquios, y la familiar confianza se aumentan cada dia? Aun es mayor la violencia que experimenta el que sin la escuela de la razon, y con obras perversas se entregó totalmente al amor deshonesto, y á la luxuria, pudiéndose decir de este tal verdaderamente, que ya se ha convertido todo en

en carne. El que es un poco práctico en el mundo, no necesita que yo le manifieste aquí quanto desbarata, y afloxa la máquina del cuerpo este abominable vicio, y quantas enfermedades, miserias, locuras, y bestialidades causa en no pocos esta infame, pero poderosa pasión. Basta decir, que por este camino se llega fácilmente á la locura execrable, y lastimosa de desear con ansia que no haya la menor prohibición humana, ni divina; y aun camina mas adelante alguna vez, hasta el horrible atentado de no creer que haya Ley, ni Legislador. ¿O flaqueza de los hombres, y á quanto te extiendes! Como es posible que la mas noble de las criaturas, qual es el hombre, intente tan vilmente deshonorarse á sí propio, y pasar á la condicion, y gremio de un vil asno, en quien puntualmente fingieron los Poetas antiguos, y sabios, que se trasformaban los luxuriosos? Todo esto sucede por no querer desde los principios resistir, y valerse de aquellos socorros que franquea la razon misma, y que Dios á ninguno niega. Aun quando no se reputa por mortifera para los cuerpos la hedionda deshonestidad: con todo, no faltan á esta impetuosa pasión otros muchos sucesos, ya desagradables, ya ridiculos, de que huye el hombre sabio, que no quiere habitar en la casa de los locos. Y bien, para tantos males ¿que remedio hallaremos? Por lo que mira á aquellos que profunden, y habitualmente se hallan encenagados en este vicio brutal, como tambien para aquellos que lo están en el amor del vino, y del juego, digo la verdad, aunque con mucho dolor, casi jamas serán suficientes, ni los consejos de los amigos; ni las exhortaciones de los parientes, ni las amenazas de los superiores, ni todas las sentencias de los Filósofos Morales. Otro género de medicinas se necesitan para curar estas gangrenas. Solamente el fuego, y el hierro, quando puedan aplicarse oportunamente, podrán curar llagas semejantes. Una dura, y penosa cárcel, un gravísimo accidente, una enfermedad mortal, ó algun otro golpe dado por los hombres,

6 de la mano de Dios, podrán acaso detener el curso á esta locura tan furiosa, que con justa razon debe llamarse locura; pues los que de ella adolecen, tienen el entendimiento tan perturbado, que como desesperados se dan á sí propios.

## §. XL.

**P**OR lo que mira á los otros, que siempre desean, y no dexan de buscar el camino derecho de la virtud para caminar por él, aunque no por esto se vean libres de aquella continuada guerra, y sangrienta batalla, que despues de la caída de Adán hace á todos sus hijos la rebelde, y mala concupiscencia; con todo, no es difícil el conseguir la victoria. Es necesario, sí, un cierto esfuerzo interior del alma para contener, y refrenar todos los movimientos desordenados de vuestras pasiones, y apetitos. Ni es otra cosa la templanza, sino una fuerza, ó reparo, que la razon opone al curso de sus apetitos, y afectos, quando nos solicitan á los ilícitos, y desarreglados placeres del cuerpo. El acostumbrarse á no consentir, y dar siempre á nuestros deseos una negativa, conduce mucho para lograr la victoria. Con todo, en esta prueba, y combate, ademas de otras muchas armas, que los Filósofos Christianos, y entre estos los mas agueridos, y experimentados, quales son los Santos, nos enseñan que debemos manejar para vencer, la mas familiar, la mas limpia, y la mas encomendada es la fuga. Gritan todos, y nos aseguran que á este enemigo no se le debe esperar cara á cara como los otros, porque en huyendo de él, queda vencido. Sucede esto apartandonos, y huyendo de aquellas conversaciones, de aquellos objetos, y de aquellos lances, que por la experiencia sabemos ya que hacen guerra á la virtud, y mueven batallas fieras en nuestra fantasía, de la qual provienen los mas feroces asaltos á nuestra alma. Es cierto que quando aquella mueve la concupiscencia con alguna imagen deleytable, pero sucia, si allí mismo se presenta



algun objeto , que cause algun dolor agudo , ó un terrible miedo , vereis que el alma instantaneamente pone toda su atencion en esta otra imágen , y hallareis disipada aquella niebla , que intentaba obscurecer , y manchar la pureza : esta es una manifiesta señal de que en la fragua de la fantasia se formaba tempestad tan furiosa. Asi luego que alguna lisonjera imágen comienza á mover algun tumulto en el palacio del alma , es utilísima , y artificiosa destreza de la sabiduría el divertir , y apartar al alma para que no escuche , ni atienda aquel pernicioso fantasma , y aparte de sí aquel pensamiento , llevándola diestramente á otro objeto de mayor atencion , y cuidado ; esto es , que ó la deleyte mas , ó le cause melancolia , miedo , ó dolor. Cesará entonces la guerra sin dificultad. Para algunos acaso será bastante el pensar atentamente en la deformidad de este vicio , los peligros , los daños , y otras malas consecuencias que trae consigo , y especialmente quando este bestial afecto se dirigiese á alguna de aquellas personas , cuyo comercio tienen prohibido aun las leyes humanas. Para otros será un esugio tambien utilísimo , si vuelven á otras cosas el pensamiento , como á pensar en aquel pleyto , en aquel grave negocio , ó en la desgracia que atormenta su casa propia , &c. Será tambien eficazísimo remedio contra este vicio , y sus consecuencias la incertidumbre de nuestra inevitable muerte , y la brevedad de la vida del hombre ; si están prontas como deben estas consideraciones , á su vista encogerán las alas , y cederán todas las baterías de la carnal concupiscencia. Ni es necesario el que yo mencione aquí los perversos efectos del ocio , gran padrino , y despertador constante de feas , y torpes imagines , el qual lleva insensiblemente al precipicio á sus profesores , y del qual se debe guardar el que lo es de la verdadera virtud. A este proposito nos dexaron los Santos una bella sentençia , que siempre debemos tener en la memoria : *Obra , y haz de tal modo , que el diablo te encuentre siempre ocupado* ; ó esta , que viene á ser lo mismo:

mo : *Al que está ocupado tienta un demonio solo , al ocioso millares de ellos*. Por tanto , así la aplicacion al estudio , al trabajo de manos , y á otros negocios decentes , y lícitos , como tambien el dexar por un poco la soledad , y el retiro , quando este sea causa , ú ocasion de suscitar , y sustentar feas , y deshonestas imagines , será un eficaz antidoto , y remedio juntamente para curar la fantasia delirante por ociosa. Los jóvenes tienen necesidad de estos remedios mas particularmente , porque si aquella edad sin consejo , aturdida , y fogosa , se halla sin aplicacion á exercicios honestos , indispensablemente se aplicará á los viciosos , de que se formarán iguales habitos , que lo acompañarán hasta el sepulcro. Jóven holgazan , y jóven perdido , son una misma cosa en mi vocabulario. Basta de esto por ahora.

## CAPITULO XXXIV.

*De la mortificacion , virtud muy importante al hombre , especialmente para regular bien el apetito de los placeres.*

## §. I.

**S**iguese ahora otro importantísimo oficio de la templanza , que es el de la mortificacion , virtud nobilísima , y digna hija de tal madre. En esta virtud principalmente (es preciso decirlo) consiste todo el nervioso jugo de la Filosofia de que tratamos. *Sustine , & abstine* , es una famosísima sentençia de los antiguos sabios , la qual todos deberíamos tener bien impresa en nuestras almas , y memoria : en lo primero se significa la gran necesidad que tenemos de la paciencia : en lo segundo se nos manifiesta con claridad la que tenemos de la mortificacion. Despues que habemos delineado los inquietos orgullosos apetitos del hombre , no menos que sus impetuosas pa-

algun objeto , que cause algun dolor agudo , ó un terrible miedo , vereis que el alma instantaneamente pone toda su atencion en esta otra imágen , y hallareis disipada aquella niebla , que intentaba obscurecer , y manchar la pureza : esta es una manifiesta señal de que en la fragua de la fantasia se formaba tempestad tan furiosa. Asi luego que alguna lisonjera imágen comienza á mover algun tumulto en el palacio del alma , es utilísima , y artificiosa destreza de la sabiduría el divertir , y apartar al alma para que no escuche , ni atienda aquel pernicioso fantasma , y aparte de sí aquel pensamiento , llevándola diestramente á otro objeto de mayor atencion , y cuidado ; esto es , que ó la deleyte mas , ó le cause melancolia , miedo , ó dolor. Cesará entonces la guerra sin dificultad. Para algunos acaso será bastante el pensar atentamente en la deformidad de este vicio , los peligros , los daños , y otras malas consecuencias que trae consigo , y especialmente quando este bestial afecto se dirigiese á alguna de aquellas personas , cuyo comercio tienen prohibido aun las leyes humanas. Para otros será un esugio tambien utilísimo , si vuelven á otras cosas el pensamiento , como á pensar en aquel pleyto , en aquel grave negocio , ó en la desgracia que atormenta su casa propia , &c. Será tambien eficazísimo remedio contra este vicio , y sus consecuencias la incertidumbre de nuestra inevitable muerte , y la brevedad de la vida del hombre ; si están prontas como deben estas consideraciones , á su vista encogerán las alas , y cederán todas las baterías de la carnal concupiscencia. Ni es necesario el que yo mencione aquí los perversos efectos del ocio , gran padrino , y despertador constante de feas , y torpes imaginaciones , el qual lleva insensiblemente al precipicio á sus profesores , y del qual se debe guardar el que lo es de la verdadera virtud. A este proposito nos dexaron los Santos una bella sentençia , que siempre debemos tener en la memoria : *Obra , y haz de tal modo , que el diablo te encuentre siempre ocupado* ; ó esta , que viene á ser lo mismo:

mo : *Al que está ocupado tienta un demonio solo , al ocioso millares de ellos*. Por tanto , así la aplicacion al estudio , al trabajo de manos , y á otros negocios decentes , y lícitos , como tambien el dexar por un poco la soledad , y el retiro , quando este sea causa , ú ocasion de suscitar , y sustentar feas , y deshonestas imaginaciones , será un eficaz antidoto , y remedio juntamente para curar la fantasia delirante por ociosa. Los jóvenes tienen necesidad de estos remedios mas particularmente , porque si aquella edad sin consejo , aturdida , y fogosa , se halla sin aplicacion á exercicios honestos , indispensablemente se aplicará á los viciosos , de que se formarán iguales habitos , que lo acompañarán hasta el sepulcro. Jóven holgazán , y jóven perdido , son una misma cosa en mi vocabulario. Basta de esto por ahora.

## CAPITULO XXXIV.

*De la mortificacion , virtud muy importante al hombre , especialmente para regular bien el apetito de los placeres.*

## §. I.

Si guese ahora otro importantísimo oficio de la templanza , que es el de la mortificacion , virtud nobilísima , y digna hija de tal madre. En esta virtud principalmente (es preciso decirlo) consiste todo el nervioso jugo de la Filosofia de que tratamos. *Sustine , & abstine* , es una famosísima sentençia de los antiguos sabios , la qual todos deberíamos tener bien impresa en nuestras almas , y memoria : en lo primero se significa la gran necesidad que tenemos de la paciencia : en lo segundo se nos manifiesta con claridad la que tenemos de la mortificacion. Despues que habemos delineado los inquietos orgullosos apetitos del hombre , no menos que sus impetuosas pa-

siones, las quales pueden con facilidad extraviarlo del camino de la virtud, y hacer que se precipite en mil vicios abominables, naturalmente se sigue el preguntar la manera, y medios de contener tan desbocados caballos. La mortificacion, que con otro nombre se llama negacion de la propia voluntad, es la que necesitamos aquí, y consiste en que el hombre sepa vencer á un tiempo mismo á su voluntad, y á sí propio. Este imperio de nosotros sobre nosotros mismos, conocido, practicado, y elogiado por algunos Gentiles Filósofos, se nos intima particularmente por la Escuela de Jesu-Christo, que es la verdadera escuela de las virtudes perfectas, y en ella nos dexó el mismo Señor escritas estas palabras: *De ninguno es el Reyno de los Cielos, sino de aquellos que se hacen violencia á sí propios.* Así lo han practicado, y practican los Santos, que entre los mortales son los mas sabios, y juiciosos. Es necesario, pues, acostumbrarse con tiempo á resistir, y no dar gusto á todos los deseos, y placeres que del corazon humano brotan continuamente; y quando conocamos que nuestra voluntad se mueve con demasiada propension á este, ú el otro objeto, ó se inclina vehementemente á hacer alguna accion, de la qual espera alguna indecente delectacion, ó indecorosa utilidad, se ha de acostumbrar nuestra alma á mandarla detener en medio de la carrera, y con voluntad superior obligarla á que renuncie, y no quiera aquella cosa, á la qual tanto se inclinaba. Cierto que es oficio duro, difficilísimo, y muy amargo, es forzoso confesarlo; pero con todo, no es una cosa imposible, ántes bien es muy necesaria para el que desea gobernar sabiamente su vida, y evitar muchos errores en ella. Esta resolucion generosa es lo que llama S. Pablo escribiendo á los de Galacia: *Crucificar la propia carne con todos sus vicios, y concupiscencias.* Parecerá acaso á muchos que esta virtud es propia solamente de los Religiosos. Y á la verdad este es el método de que usan las Religiosas Comunidades para adiestrar, y enderezar sus alumnos jóvenes por el ca-

camino de todas las virtudes. El que sale diestro en este manejo, ya está en el camino real, y con el tiempo dará copiosos frutos de probidad, y virtud; pero no por esto es esta, ni otra qualquiera virtud privativa de solos los Religiosos, aunque es verdad que qualquiera que desea gobernar bien su vida, y aspira á lograr la eterna, necesita sofrenar fuertemente su voluntad propia. Aquí hablo ahora mas principalmente con los jóvenes, los quales sin este récipe están expuestos á cometer gravísimos errores. *Parce puer stimulis, & fortius utere loris.* Demos, pues, el caso de que los chicos, y mozaivetes desprecien, ó no hagan aprecio de este freno saludable, y que se acostumbren á lograr, y conseguir quanto desean, y á executar quanto les propone su fantasia: suceda esto, ó bien por descuido, ó por necedad, y demasiado amor de sus padres, ya podeis contar entre los perdidos á estos jóvenes. Hechos ya libbres, y dexados á las anchuras de su voluntad estragada, será un gran milagro si no se encenagan en todo género de vicios; y si no corren ligera, y velozmente por los anchos caminos de las iniquidades; porque desde niños están acostumbrados á seguir su gusto, y hacer su voluntad en todo. Por tanto, supuesto que los jovencitos no tienen por lo comun aquel juicio necesario para aprender por sí mismos, ni de practicar el importantísimo consejo de negar, y contener su propia voluntad, es necesario que otros los avisen, y los enseñen; y si ser puede con modos dulces, y suaves, y aun con premios, y galardones; porque los medios ásperos, y los castigos, aunque sean muy á propósito, y á las veces necesarios, pero no es igual el fruto que se saca de aquel que se modera, y contiene voluntariamente, y del otro que lo hace por temor del castigo. Todo lo hace ver despues el tiempo. Escribe el Tournefort, que los Turcos en el Serrallo Imperial crian con cuidado, y atencion muy particular los Pages del Gran Señor, los quales suelen luego ascender á los grados, y empleos mas eminentes de la Corte. Los acostumbran, pues, á comba-

tir con su propia voluntad: para esto hacen varias pruebas aquellos que los gobiernan, y mandan, experimentando si saben guardar un secreto: si callar quando lo pide la ocasion: si saben contener la gula, aun quando pueden regaladamente saciarla sin que nadie los vea: si saben sufrir el hambre, y la sed, y una injuria sin descomponerse, ni alterarse: si aguantan los zelos que ocasionan la parcialidad, y amor manifestado á sus compañeros; y así discurriendo de otros mil modos de probarlos, ¡Gran vergüenza, y descuido por cierto, si en esto hacen ventaja los Turcos á los Christianos!

## S. II.

Dichosos, y bienaventurados son aquellos, que ayudados de los buenos exemplos de otros, ó si estos faltan, estimulados de su buena inclinacion, aprenden desde luego á resistir, y quebrantar sus propios deseos, y desordenados apetitos. El que así lo practicase irá poco á poco tomando una permanente posesion de sí mismo, y hará callar la chusma de sus propios afectos, manteniéndolos en una bella paz, y quietud, siempre que quiera consultar, y acordar sus obras con la recta razon. Este, pues, debe, y puede gozarse, y complacerse de que tiene en su mano una segurísima brújula para evitar infinitos escollos en que puede peligrar la vida del hombre en el mar borrascoso de este mundo; y si alguna vez tropieza, como es muy posible, no le costará tanto trabajo el volver á tomar su rumbo derecho. Llegará también á conocer que no hay cosa mas gloriosa, é ilustre, que la victoria que de sí propio consigue el hombre; y que los famosos Capitanes, y gloriosos Conquistadores mayores alabanzas merecieron venciéndose á sí propios en muchas ocasiones, que en vencer exércitos, y rendir Ciudades. Por lo qual dixeron los antiguos sabiamente *Que el vencer la codicia, y concupiscencia viene á ser lo mismo que el conquistar un Reyno. Vincere cupiditatem,*

Reg-

*Regnum est vincere.* Al contrario, todos aquellos que están acostumbrados á hacer su voluntad en todo, y á no negar á su gusto la execucion de sus caprichosos deseos, quando está en su mano el conseguirlos: estos, decia, no siempre, ó muy pocas veces lograrán, aun quando la deseen la obediencia de sus pasiones. Cierto es que el libre albedrío no falta al hombre mientras vive; y siempre está en su mano, digámoslo así, el obrar, ó el dexar de obrar, bastando para uno, y otro la determinacion de su voluntad, y querer. Por tanto, el que desde luego quiere obrar como sabio, es necesario que se alarme, ya para cortar el curso á este apetito, ya para ahogar, ó sofocar al otro, para imponer silencio á su lengua, para abatir las alas á la ira, y al espíritu de venganza, para contener los impulsos vehementes de un amor desordenado, y loco; y lo mismo debe entenderse de qualquier otro, ú otros afectos, y deseos, que intentan mandar á baqueta en nuestra propia casa, y conducirnos al estado de la infelicidad, y miseria. Para adiestrarse mejor en este género de batalla es muy laudable, y muy del caso el acostumbrarse á negarse á sí propio, no solamente en las cosas menores, mas aun tambien en las indiferentes. Pero sobre todo tiene necesidad de esta excelente virtud el que se halla empapado en la prosperidad, que es la que mas fuertemente suele tentar al hombre, inclinándolo hácia el vicio, y desarrregladas acciones. Aquel á quien Dios tiene sujeto con afflictiones, y trabajos, aprende con facilidad á estar con la cabeza baxa, sin pensar en locuras caprichosas; pero el que se halla libre de trabajos, y angustias, rodeado de dignidades muy altas, lleno de comodidades, y riquezas, sin saber, ni haber probado jamas los disgustos utilísimos de la mortificación; tened por cierto, que será una especie de milagro el que no cometa algun exceso. Con todo, en qualquier estado que se hallase el hombre, debe creer firmemente que nuestras vehementes pasiones, y desenfrenados apetitos solamente nos aconsejan, é incli-

K2

nan

nan á obras perversas, y pecaminosas. El considerar, pues, que estas son reprobadas por Dios, despreciadas de los hombres, y únicamente capaces de causarnos vergüenza, y daño, ademas del arrepentimiento: esta consideracion, decia, debe hacer que el hombre sabio se determine á dar una absoluta repulsa á sus malos deseos, apetitos, y pasiones desenfrenadas con un *no quiero* en su propia cara. He dicho que es necesario poner delante de nuestro entendimiento los fuertes motivos que pueden mover nuestra alma para hacer esta heroica resistencia; y he dicho una cosa no solamente útil para nosotros, pero aun necesaria. Tenemos ciertamente autoridad dentro de nosotros, y fuerza suficiente para no dar asenso á todos nuestros deseos, y apetitos, porque puede muy bien nuestra alma suspender la execucion de quanto aquellos nos proponen, hasta que examinemos la justicia, ó injusticia que contienen, y el bien, ó el mal que nos pueden traer. Podemos tambien, aun sin este exámen, decir absolutamente: *No quiero executar esto, porque no quiero*, para exercer aquel dominio que tenemos sobre nosotros mismos, y de consiguiente sobre todos nuestros apetitos, y pasiones. Pero por lo comun para que nuestra voluntad se determine, ó no se determine á qualquiera accion, es necesario que el entendimiento le proponga los motivos, y razones mas fuertes, que la persuadan ser mejor el hacer, ó el omitir aquella determinada accion. El amor propio, quando está bien arreglado, es un traficante muy diestro, y siempre elige lo que ahora, ó con el tiempo le es, ó puede serle mas provechoso.

## §. III.

**L**AS almas bien inclinadas, y que tienen buena prevision de prudentes, y sabias máximas, presto conocen la deformidad de la accion que propone el desarreglado apetito, y comprehenden el daño que puede venir de practicar aquello, y las demas fatales consecuencias

cias del vicio; y este conocimiento basta para contener el orgullo impetuoso de la irascible, ó de la concupiscencia; pero aun lo contendrán mejor quando estas almas enamoradas de la virtud siguen, y meditan la Ley Santa de Dios; porque en este caso nada mas necesitan para destrozarse, y ahogar aquel afecto desordenado, y apetito recién nacido, que el dar una ojeada, ó solamente reflexionar á su amantísimo Dios, y Señor. El que ama de veras se conmueve, y horroriza en solo pensar que ha de hacer alguna cosa con que pueda causar disgusto á la persona amada: ¿pues quanto mas bien podrá decirse esto quando se trata de aquel buen Padre que tenemos en el Cielo, que nos ha amado, y nos ama tanto, y de quien desciende todo el bien que tenemos en este mundo, y de quien esperamos otro infinitamente mayor en su Reyno? Mas para los entendimientos menos delicados, y menos prácticos en la Escuela Santísima de Jesu-Christo (es necesario repetirlo muchas veces, y pido se me perdone) les servirá mucho el manejar otras armas para resistir aquel fantasma, que nos inclina hácia las malas acciones. Conventrá, quiero decir, el reparar dentro de sí, y traer á la memoria todos aquellos remedios que sirven de freno á nuestros malos deseos, y apetitos desarreglados, y de que hablaremos en el último capítulo, como por exemplo, el decirse á sí propio: Si yo ahora pongo esto por obra, si me dexo llevar de este mal deseo, hare una cosa indigna de un hombre prudente, y christiano. Puedo por ella perder mi reputacion, y buena fama: acreditarme de loco, y dar que decir á mis amigos, y compañeros: si este apetito sale con la suya, y consigue el vencerme en esta ocasion, hará un notable daño á mi bolsa, y á mi salud: acaso por esto perderé tambien aquel sosiego, y quietud que tanto apetece, y estima mi corazon: fuera de esto, por mas oculta que sea esta accion, tarde, ó temprano se ha de manifestar, y podrá venirme el castigo, ó el menosprecio. Finalmente, obrando de esta manera daré que sentir.

tir , y causará disgusto á esta , ó aquella persona : lo verán sobre mí reprehensiones de mis superiores : en vez de amigos ganaré muchos enemigos , habrá disensiones entre mis domésticos , pondré impedimentos al curso de mis negocios , y retardaré mis adelantamientos : estas , y otras reflexiones puede , y debe hacer á proporcion de las ocurrencias qualquier hombre que no sea un ignorante . Puesto en la balanza el bien , y el mal que puede resultar de hacer , ó no hacer esta , ó la otra accion , fácilmente encontrará nuestro amor propio lo que debe elegir entre los dos extremos . No se me oculta que el abstenerse de obrar mal por estos fines humanos , ni es virtud , ni meritorio para con Dios ; porque no entra como fin de este modo de obrar el amor , ni el respeto al mismo Señor ; y solamente parece que la humana sagacidad , y el interes son los que mueven la voluntad para omitir aquello , que si se hiciera desagradaría á Dios . Añado mas , que es lícito , y utilísimo al christiano sabio , y prudente el prevalerse de estas baxas ruedas , y comunes muelles , con tal que no se hagan cosas contrarias á la razon , y á la Ley , y se tenga un firme propósito de no cometer exceso pecaminoso : todo esto está bien , porque llamando en nuestro socorro , y defensa estos motivos , aunque puramente terrenos , para dexar de hacer lo que es malo , y pecado , podemos , y aun debemos al mismo tiempo santificarlos , y hacerlos meritorios , alegrándonos de que por ellos , y con ellos se evitan los pecados , que sabemos desagradan mucho á Dios , cuya mayor honra , y gloria buscan los buenos con toda su alma . Serán tambien los mencionados motivos tropas de refuerzo para nosotros , á fin de que podamos combatir contra nuestros enemigos ; y serán dignos de alabanza , con tal que se refiera á Dios toda la victoria .

## §. IV.

Debe , pues , la virtud de la mortificación negarse resueltamente á consentir el que se execute , y ponga por obra una accion , que por sí misma es mala ; ó por lo menos debe tirar del freno al appetito , dando tiempo á que se consulte con la razon , y se examine atentamente si lo que se propone entonces , y se va á executar , es por ventura , ó por desgracia efecto de alguna pasion desordenada ; sin que la razon tenga parte en aquella obra ; Pero que cosas tan extrañas , é irregulares no se encuentran en el mundo ? Hallaremos , si lo miramos atentamente , cierta clase de personas , que por lo comun no se moverán á hacer la menor cosa , quando no las impelle , y espolea alguna pasion . Podreis cansaros en exhortarles á que perdonen sus enemigos , que hagan algun favor , ó beneficio , á que sufran la menor afrenta , á que entablen una amistad honesta , y decorosa , á que no hagan daño á sus vecinos ; á que paguen lo que deben , á que no esperen el tiempo de su muerte para tratar sus negocios mas importantes , con otros muchos puntos que ocurren entre los hombres : añadiréis una razon , y otra razon ; ni aun por esto se moverá su voluntad . No se mueven estos relojes por el muelle de la razon , la sola pasion es la que los hace andar . Quizá se obstinarán mas , y mas en hacer su gusto , quando se les haga ver por demostracion que no deben obrar de aquel modo ; pero presentese la ocasion en que estos tales , ó se enojen , y piquen con otros , ó se dé algun motivo de emular á otro igual suyo , ó se dexen ver alguna vil ganancia , ó presente , ó futura , ó el accidente de poder hacer algun desayre al que no tiene por amigo , ó de vengarse del enemigo á quien aborrece , ó de complacer á la dama á quien sirve : venga la vanagloria , la soberbia , el temor , y qué sé yo que mas . Entonces sí que se rendirá , y hará todo aquello que ántes

no quiso hacer, estimulado, y aconsejado de la razon. Aun hay tambien de aquellos hombres, á quienes ni la eloqüencia mas elevada, ni la dialéctica mas fina podrán reducir á ciertas acciones, y resoluciones honestas, útiles, y aun necesarias. Este honor de hacerlos obrar bien está reservado á un vano agüero, á un bufon loco, ó á una mugercilla, por medio de sus chanzas graciosas, ó á otras causas semejantes á estas. Contemos tambien entre estos genios extravagantes algunas de las señoras mugeres. Preséntese, pues, á muchas de ellas (descosas sin duda de establecerse, y colocarse bien en el estado del matrimonio) un mancebo prudente, y sabio, el qual viste decentemente, habla con sencillez, y modestia, que no gusta. Antes bien abofrece toda afectacion, aduacion, y jactancia, será desgraciado para con aquella señora, y no la merecerá ni siquiera una cortés respuesta. Preséntese otro, que por el contrario es un jóven entremetido, desgarrado, que sabe al mismo tiempo hacer del enamorado derretido, que cubre su pobreza con una buena capa, su cabeza no menos pobre con una peluca peynada á la última moda, con un vestido galoneado de oro, cuya espada, segun lo publica él mismo, hace temblar á los mas valerosos de su tiempo; cuyas afectaciones en el andar, en el hablar, y demas acciones, son tan fastidiosas como continuas. ¡O! este sí que se lleva todas las atenciones de esta tal señora, hácia él se dirigen las ojeadas afectuosas, este es el objeto de toda su aficion: este es el dueño de su corazon amoroso, y finalmente, si es posible, logra el ser su esposo. Pregunto ahora, ¿es por ventura la razon la que maneja todo este negocio, ó es solamente una loca, y ciega pasion la que hace obrar así á esta muger? Sin duda que la pasion la trastorna el juicio, quando no sabe distinguir entre el oropel, y el oro verdadero.

§. V.

§. V.

ELLO es imposible el que no caygamos precipitados en mil errores, y desórdenes, quando nuestro ánimo no está acostumbrado á mortificarse, y no haya adquirido una disposicion habitual de saber contenerse, y reprimirse; de manera, que antes de determinarse á practicar esta, ó la otra accion, debe presentarla en el tribunal de la consideracion para exáminar si es, ó no lícita, si es, ó no útil, ó dañosa: especialmente tenemos necesidad de esta consideracion, quando hierve en nuestro corazon una pasion vehemente, capaz por sí de cegarnos, si no pedimos pronto socorro al entendimiento. Entonces sí que es dudosa la victoria, y puede verificarse aquella sentencia de Ovidio, que tantas veces hemos repetido: *video meliora; proboque, deterjora sequor*. En estos lances suele suceder una de dos cosas; esto es, ó que la pasion no dé tiempo al entendimiento para la mencionada consulta, como sucede en aquellos movimientos primeros de la cólera, ó que aun despues de reflexionar las dañanas, ó peligrosas consecuencias de aquella accion, que la misma cólera quiere que se haga, se practique, ni mas, ni menos, como la pasion aconseja: tal, y tan impetuosa es entonces la furia de la fantasia irritada, y de los espíritus, de la sangre, movidos, y agitados impetuosamente. Lo mismo puede suceder quando un hombre ha llegado á contraer un mal hábito en qualquier otro vicio: conocerá tal qual vez su malicia, y deformidad: algun amigo le hará ver sus malos efectos, pero esto servirá de poco, regularmente hablando: sucederá lo que ya hemos insinuado de Ovidio, verá, conocerá, y aprobará lo que es bueno; pero seguirá, y practicará lo que es malo. Esto es lo que vemos cada día en los habituados al juego, á la luxuria, á la taberna, y otros vicios de esta casta. Se les predica, se les exhorta, se les aconseja, pero nada basta: viéncelos un contratiempo,

una

una desgracia, ó de una gran pérdida de dinero, ó de una dura prisión, ó de una peligrosa enfermedad; entonces se atropellan los propósitos, se multiplican las buenas resoluciones; pero en presentándose aquellos objetos amados, las ocasiones, los cómplices, y compañeros, no hay resistencia, y volvemos á las antiguas locuras. O Santo Dios, y quantas miserias se hallan en el hombre! Mas por ventura? se pierde por un mal hábito la libertad del albedrio? No por cierto: aun queda la potestad de no caer, y tenerse firme, si el hombre quiere; pero fácilmente caerá el que está habituado á caer; porque agitada la fantasía por la repetida impresión de aquel amado fantasma, el qual revive, y despierta á la vista de aquella muger, ó de los amigos compañeros, que le convidan con la baraxa, y con la taberna, pone al alma en un impetuoso movimiento; y presentándosele aquellos mismos motivos, que por lo pasado la hicieron consentir en aquellos actos; esto es, la dulce esperanza de ganar en el juego, la certidumbre de esta ganancia en el latrocinio, la bestial felicidad de conuersar, y tratar con aquella muger, el gusto de envasar vino en la taberna, sazonado con las chanzas de sus camaradas: ved aquí que todo esto excita en el alma aquella grande inquietud, y desasosiego, de que ya hemos hablado, no obstante que conoce que le están prohibidos aquellos actos, y dulces objetos; y no pudiendo sufrir esta continua molestia interior, despreciando, y quebrantando todos los propósitos, consiente de nuevo, y vuelve á sus antiguos desórdenes, y pecados.

## §. VI.

**N**O puede creerse fácilmente el miserable estado á que están reducidos los que habitualmente se hallan encenagados en cierta especie de vicios; pero de que manera podrán estos vencer tan obstinados, y fieros enemigos? No de otra que con la valentía de los cor-

bar-

bares, de que ya hemos hablado algunas veces: esto es, debe, si la voluntad quiere conseguir la victoria, negarse absolutamente á poner delante de sí aquellos mismos objetos, que por lo pisado la inquietaron, y conmovieron tanto. No hay que lisonjearse de poder tenerlos presentes con la persuasión de que se les podrá resistir, y vencer, porque desmayado, y flaco el espíritu con la costumbre, y el hábito no saldrá con su intento. Toda la esperanza de la victoria se ha de fundar en la fuga; conviene, quiero decir, apartar la fantasía quanto sea posible de la vista, y presencia de aquellos objetos enemigos, que solían causarle aquella conmoción tan dañosa como terrible. Tambien el tiempo tiene gran virtud para desalojar de nuestra alma aquellos enemigos internos, disminuyendo, y aun borrando algunas veces los colores de sus imágenes. No puede negarse que este medio tan eficaz como prudente está en manos del hombre; y el no querer aprovecharse, y usar de él, será una culpa tan inexcusable, como lo es la de un enfermo que desea su salud, pero no quiere tomar las medicinas conducentes á este fin. Pero si el hombre llega á ser tan necio, é insensato, que no acierte por sí mismo á usar de algun remedio, y quiere proseguir obstinado en sus viciosos excesos, entonces debe esperarse alguna mano caritativa, que con autoridad superior, y mediante un justo castigo, le haga entrar en el camino recto; pues la fuerza tiene una virtud admirable para curar semejantes locos. Además de esto, qualquiera que desea conservarse sin el menor daño entre tantos peligrosos precipicios como rodean la vida moral del hombre aquí en la tierra, debe cuidadosamente tantear sus propias fuerzas. Aun sin haber llegado á formarse un hábito vicioso en alguna especie determinada, se necesitará muy poco para que algunos mas flacos caigan al primer tropiezo, y quando no se rindan á la primera vista, suelen caer miserablemente, familiarizándose un poco con algun objeto deyletable. Repetamos, pues, muchas veces que la fantasía tiene gran fuer-



fuerza en los hombres. Los ojos, y los oídos pueden llevar á ella imágenes tan placenteras, y deleytables, que entre el conocerlas, y el desear con ansia los originales, no medie casi un instante. Con que no hay sino estar muy lejos de objetos tan lisonjeros, y quando se presenten, huir de ellos con presteza, y valentía. No puede recetarse remedio mas específico: por lo demas ha sido, y es máxima universal de los sabios, y de los Santos, que quando se trata de placeres corporales es muy necesaria á cada uno la mortificación de su propia voluntad, ó de los apetitos, porque de otro modo la razon corre mucho riesgo. El entregarse á estos placeres (de los corporales hablo ahora, porque los intelectuales son de diversa naturaleza) es el camino mas cierto para no lograr placer alguno, y cargarse con una gran caterva de pesares, afañes, y disgustos. Al ver como algunos van alegremente saltando de convite en convite, ó cargan frequentemente de vino hasta embriagarse: al ver otros tan ambiciosos de otros placeres, aun mas bestiales, cada uno puede meterse á Profeta, y anunciarles una breve vida, y esta infeliz, y desastrada, sujeta á enfermedades continuas, tan dolorosas, como vergonzosas. Por esto, aun el mismo Epicuro no quiso aconsejar los deleytes de los sentidos; y si sus discipulos, y secuaces fueron de dictámen contrario, acaso acaso no fué del Maestro la culpa, sino de los discipulos, y su perversa concupiscencia. El hombre sabio, y prudente se contiene, y aun los placeres lícitos los toma sorbo á sorbo; porque aunque piensa en el tiempo presente, piensa con mayor estudio en lo sucesivo. Las pensiones penosas que se pagan á todo género de excesos, podemos verlas en otros cada día, y escarmentar en cabeza ajena; y si las vemos en otros, ¿por que no las tenemos en nosotros mismos? Además de esto se acostumbra tambien el hombre sabio á negarse á sí propio muchas satisfacciones, y cercenarse el goce aun de muchos lícitos placeres. Un gran secreto es este para vivir quieto,

y contento en varios lances, y accidentes, que en la carrera, y viage de esta vida ocurren á los hombres. Las desgracias, enfermedades, y contratiempos son muy frecuentes en el mundo. A ellos están sujetos chicos, y grandes, nobles, y plebeyos, ricos, y pobres. Quando se acostumbra alguno á las delicias, al regalo, á vivir delicadamente en el vestir, en el comer, en el beber, y alojarse: quando no piensa mas que en deleytes, y pasatiempos, y en hacer su gusto en todo, y por todo; al menor impedimento, que detenga el curso de tanto placer, y gozo, la menor desgracia, que llegue á perturbar, y alterar el plácido, y venturoso sistema en que se hallan estos que el mundo tiene por dichosos, los vereis tristes, angustiados, abatidos, en tanto extremo, que no pudiendo sufrir esta mutacion de teatro, todo es cólera, todo rabia, todo impaciencia; y á muchos, sin que quieran admitir el menor consuelo, les cuesta la vida. O! el hombre prudente, que ha sabido mortificarse, sufre estas, y otras tempestades sin afañ, sin pena, sin trabajo, ni susto, aguantando todos los reveses de la fortuna con una envidiable paciencia. Está acostumbrado á sufrir, y padecer para no tener que padecer, y sufrir. Parco, y continente en la abundancia, no siente los trabajos de la esterilidad, y miseria. Finalmente el que con valor sabe despreciar los placeres lícitos, y honestos, ¿quanto mas pronto se hallará para menospreciar los ilícitos?

## §. VII.

**E**Xercitándose, pues, los prudentes, y sabios en la mortificación de sus apetitos, y deseos, y continuando este exercicio por mucho tiempo (porque no se requiere menos), pueden llegar hasta el punto de no causarles maravilla qualquiera cosa que les suceda (esto encargaban mucho á sus discipulos los antiguos Filósofos). Pueden los mortificados del modo dicho no alterarse, ni encolerizarse, si no quieren: sufrir una furiosa tem-

peñad de injurias con alegría interior, y consolacion de sus almas: ofrecer con serenidad la mejilla siniestra al que atrevido les hirió en la diestra: comer solamente un platillo de legumbres viles, y comunes, hallándose en los mas opulentos banquetes: no somarse siquiera á ver un suntuosísimo espectáculo al mismo tiempo que desea verlo todo el pueblo: despreciar serenamente las dignidades mas altas á que aspiran los mundanos con sobrada ambicion, y codicia. Estas, y otras muchas proezas han hecho, y hacen los prudentes, y sabios para romper el curso rápido, y quebrar las alas á su voluntad, y apetitos. Los Estoicos nos dexaron muy buenos exemplos, y sentencias muy oportunas acerca de esta materia; pero nos servirán incomparablemente mejor las vidas, y doctrinas de los Santos, Filósofos, Sabios, y mas prudentes, que lo fueron los Gentiles, porque fueron discípulos del mejor Maestro; y habiendo vivido entre el bullicio del mundo, como ahora nosotros, pueden servirnos de norma, y modelo.

## CAPITULO XXXV.

*Utilidad, y necesidad de reprimir nuestros deseos, y pasiones.*

## §. I.

Para que mas, y mas nos esforcemos, y apetezcamos el caminar por la segura, aunque áspera senda de la mortificacion, nos ayudará no poco, y á veces mas que otra qualquiera cosa el conocer una importante verdad, sobre la qual no solemos hacer reflexion, aunque por otra parte los Filósofos sabios, y en particular Séneca la promueve, y encomienda, como cosa de mucha importancia. Nosotros en todo caso deseamos, y apeteccemos una vida feliz: queremos apartar de nuestro cora-

zon

zon las angustias, y trabajosos afanes quanto nos sea posible: buscamos con ansia aquella tranquilidad de ánimo, en que diximos consistir la verdadera felicidad de este mundo; y con todo experimentamos, si no siempre, por lo menos muchas veces, tantas, y tan pesadas turbaciones internas, mal satisfechos de este mundo, y mas descontentos de nosotros mismos. De donde, pues, provienen tantas, y tan frequentes borrascas, como experimentamos en este mar de nuestra vida? La mayor parte la levantan nuestros apetitos, y deseos, que continuamente nacen, y se apoderan de nuestros corazones, enderezándose unas veces hácia la hacienda, otras hácia los honores, las mas hácia los gustos, y placeres: en una palabra, corren unos detras de otros muchos objetos terrenos, ó para conseguirlos, ó para conservarlos, ó finalmente para disponer de ellos á nuestro arbitrio. Dificil cosa es, ó imposible, por mejor decir, pue puedan cumplirse tantos, y tan varios deseos, ni en todo, ni en parte, por las muchas contrariedades de que está lleno el mundo, ocasionadas de los deseos mismos que tienen los hombres. Véase, pues, ahora el modo con que estos nuestros deseos nos atormentan; y qual es la verdadera causa de nuestras interiores angustias: estos vehementes deseos de ser felices, y el no contentarnos jamas con nuestra suerte, esto mismo es lo que nos hace ser siempre infelices. Desde el punto en que comienza á bullir en nuestro corazon uno de estos deseos, se siente nuestra alma conmovida, agitada, y ansiosa; y quanto mas vehemente es el deseo, tanto mayor es la violencia con que se agita, y mueve nuestra alma, movimiento á la verdad despacible, y alguna vez insufrible; y especialmente aflige el alma mucho quando no pide conseguir lo que desea. Con el querer, y el desear crece el penar, decian nuestros viejos antiguos allá á su modo. Este es el camino por donde alguna vez se suele llegar al triste pais de la desesperacion; esto es, á una de las mas terribles, y peligrosas situaciones en que pue-

pue-

peñad de injurias con alegría interior, y consolacion de sus almas: ofrecer con serenidad la mejilla siniestra al que atrevido les hirió en la diestra: comer solamente un platillo de legumbres viles, y comunes, hallándose en los mas opulentos banquetes: no somarse siquiera á ver un suntuosísimo espectáculo al mismo tiempo que desea verlo todo el pueblo: despreciar serenamente las dignidades mas altas á que aspiran los mundanos con sobrada ambicion, y codicia. Estas, y otras muchas proezas han hecho, y hacen los prudentes, y sabios para romper el curso rápido, y quebrar las alas á su voluntad, y apetitos. Los Estoicos nos dexaron muy buenos exemplos, y sentencias muy oportunas acerca de esta materia; pero nos servirán incomparablemente mejor las vidas, y doctrinas de los Santos, Filósofos, Sabios, y mas prudentes, que lo fueron los Gentiles, porque fueron discípulos del mejor Maestro; y habiendo vivido entre el bullicio del mundo, como ahora nosotros, pueden servirnos de norma, y modelo.

## CAPITULO XXXV.

*Utilidad, y necesidad de reprimir nuestros deseos, y pasiones.*

## §. I.

Para que mas, y mas nos esforcemos, y apetezcamos el caminar por la segura, aunque áspera senda de la mortificacion, nos ayudará no poco, y á veces mas que otra qualquiera cosa el conocer una importante verdad, sobre la qual no solemos hacer reflexion, aunque por otra parte los Filósofos sabios, y en particular Séneca la promueve, y encomienda, como cosa de mucha importancia. Nosotros en todo caso deseamos, y apetezamos una vida feliz: queremos apartar de nuestro cora-

zon

zon las angustias, y trabajosos afanes quanto nos sea posible: buscamos con ansia aquella tranquilidad de ánimo, en que diximos consistir la verdadera felicidad de este mundo; y con todo experimentamos, si no siempre, por lo menos muchas veces, tantas, y tan pesadas turbaciones internas, mal satisfechos de este mundo, y mas descontentos de nosotros mismos. De donde, pues, provienen tantas, y tan frequentes borrascas, como experimentamos en este mar de nuestra vida? La mayor parte la levantan nuestros apetitos, y deseos, que continuamente nacen, y se apoderan de nuestros corazones, enderezándose unas veces hácia la hacienda, otras hácia los honores, las mas hácia los gustos, y placeres: en una palabra, corren unos detras de otros muchos objetos terrenos, ó para conseguirlos, ó para conservarlos, ó finalmente para disponer de ellos á nuestro arbitrio. Dificil cosa es, ó imposible, por mejor decir, pue puedan cumplirse tantos, y tan varios deseos, ni en todo, ni en parte, por las muchas contrariedades de que está lleno el mundo, ocasionadas de los deseos mismos que tienen los hombres. Véase, pues, ahora el modo con que estos nuestros deseos nos atormentan; y qual es la verdadera causa de nuestras interiores angustias: estos vehementes deseos de ser felices, y el no contentarnos jamas con nuestra suerte, esto mismo es lo que nos hace ser siempre infelices. Desde el punto en que comienza á bullir en nuestro corazon uno de estos deseos, se siente nuestra alma conmovida, agitada, y ansiosa; y quanto mas vehemente es el deseo, tanto mayor es la violencia con que se agita, y mueve nuestra alma, movimiento á la verdad despacible, y alguna vez insufrible; y especialmente aflige el alma mucho quando no pide conseguir lo que desea. Con el querer, y el desear crece el penar, decian nuestros viejos antiguos allá á su modo. Este es el camino por donde alguna vez se suele llegar al triste pais de la desesperacion; esto es, á una de las mas terribles, y peligrosas situaciones en que pue-

pue-

pueden hallarse las criaturas racionales. Aquellos Poetas enamorados, en cuyos versos se encuentran tantos entusiasmos, pintando con tan vivos colores el deplorable estado, y la triste agonía en que dicen hallarse sus almas, á la verdad que muchas veces mas que Poetas son Historiadores. Con todo aun suele quedarles algun poco de juicio para no admitir en su casa aquella muerte que en sus versos se publica inevitable; bien que no quedarán absolutamente libres de ella, si es verdadero aquel afecto fervoroso, que les hace sentir dentro de sí aquellas mortales ansias que expresan, y aquellas angustias ridiculas que en sus canciones manifiestan. Porque á la verdad, los vehementes deseos traen tras de sí las pasiones de la ira, del dolor, del temor, de los zelos, de la envidia, y otros mil afectos, hijos todos de aquellos mismos apetitos, furias que atormentan el ánimo en aquel miserable conflicto, aunque loca, y voluntariamente buscado. Lo mismo puede, y suele acontecer á quien acometen, y dominan fuertes deseos de tener hacienda, de lograr una excesiva ganancia, de alcanzar un alto puesto, de mandar á otros, de recuperar su propia salud, ó la de un hijo querido gravemente enfermo, de una premeditada venganza, de quedar victorioso en un puntillo de honra, ó en otras semejantes ocurrencias de la concupiscencia humana, sean justas, ó injustas. Aun quando sean discretos semejantes deseos, no dexan de causar en el hombre muchas, y penosas inquietudes, tomando de aquí principalmente su movimiento todas las pasiones, que agitan, y perturban al ánimo de los mortales, entrando tambien aquellas inquietudes secretas, que no se descubren á la primera vista. Quando una persona libre, y sana se siente con algun insulto de la melancolía, no tardará en descubrir la causa de ella, si con atencion registrase el interior gabinete de su alma; pues muchas veces no será otro el principio que algun deseo, cuyo cumplimiento retardan, impiden, ó imposibilitan algunas difíciles circunstancias.

§. II.

## §. II.

QUE hará, pues, el hombre prudente, y sabio, que dominando á todos sus deseos, únicamente suspira por vivir tranquila, y felizmente los pocos dias que ha de habitar en esta tierra? Pone todo su cuidado en reprimir qualquier molesto deseo, y hace quanto puede para contener aquella inquieta pasion, que intenta perturbar su tranquilidad. Yo no quiero enojarme, dice, vaya fuera este amor, que me hace suspirar, y padecer penosas ansias, vaya fuera: buen viage, señor odio, y rencor, que tanto me perturbais. De este mismo modo debe hacerse con qualquiera otra pasion, y apetito, que indiscretamente quiera inquietarnos, y confundirnos. Al punto que el hombre prudente, y sabio reconoce, y advierte que en el mar de su corazon quiere levantarse alguna borrasca, se opone, y hace una competente resistencia; y si acaso se ha levantado, procura divertir el pensamiento hácia otros objetos, reprehendiéndose á sí propio, y siempre con el ánimo constante, y determinado á no perder su quietud, y paz interior, la qual sin duda es un bien mas apetecible, y estimable, que quantos el apetito, y la pasion pueden proponerle. Si el apetito, ó el deseo miran á un bien honesto, y licito, manda como dueño de su ánimo que no se afane para conseguirlo, y que no se turbe, ni desazone si acaso no lo consigue. Este es todo el gran secreto de la Filosofía Moral para conducir á sus profesores al logro de la felicidad, ó felicidades que en esta vida pueden alcanzar los hombres. Calmarán ciertamente todas nuestras interiores tempestades, quando cesen los vientos que las mueven. Este es el camino real, por el qual se llega á conseguir la tranquilidad, y sosiego de nuestro ánimo: en órden á cuyo importantísimo negocio no se sacian de darnos reglas, y documentos los antiguos Filósofos, así Gentiles, como Christianos; y estando como está en nues-

Tom. II. L

tra mano el hacer callar, y a que no el desalojar totalmente de nuestra casa estós enemigos, que la perturban, e inquietan, los cuales están siempre dispuestos á conspirar contra nuestra felicidad, y quietud: será debilidad, y culpa nuestra si no nos imponemos un riguroso precepto á nosotros mismos, de no apetecer, y desear sino las cosas lícitas, y honestas: (pues para las que no lo son, debe contentarnos la Ley Santa de Dios): y aun el deseo de las cosas lícitas, y buenas, debe ser deseo pacífico, y con un ánimo preparado á recibir con paciencia, así el cumplimiento de lo que se desea, como el que no se cumples. Pero quien será el que llegue á tanto? Ciertamente que serán pocos; porque no es lo mismo el leer, y conocer por verdaderos, y bien fundados tantos, y tan bellos axiomas de los Filósofos, y especialmente quanto en esta materia nos dexaron Séneca, Epicteto, y otros muchos: la dificultad está en practicarlos, y ponerlas por obra, y aquí es donde todo el edificio de la especulativa fácilmente cae en tierra. Nuestro amor propio, señor tan vivo como poderoso de nuestra alma, en llegando la ocasión destruye, y desbarata todos los reparos de la Filosofía, y hace que con todo el aparato magnífico del saber, con toda la prevención de sentencias, y proverbios, que nos franquea esta ciencia tan apreciable, nos hallemos en el caso práctico con inquietísimos deseos, que nacen dentro de nosotros mismos: vemos que se encienden molestísimas, y vehementes pasiones, que atormentan, y despedazan nuestros corazones, furiosas rabias, sombríos, y melancólicos temores, dolores insufribles, odios implacables, viles intereses, deseos de venganza, ambición orgullosa, y otros muchos afectos inquietos, que roban al corazón humano toda su quietud, y sosiego.

**E**S cierto que para llegar á conseguir este raro, y sublime imperio de nosotros mismos, para alcanzar es-

te singularísimo dominio sobre nuestros apetitos, y deseos (es forzoso el confesarlo) se necesita un esfuerzo extraordinario, muchas pruebas, y experiencias muy continuadas, consistiendo en estas con especialidad el ser dueños de la virtud de la mortificación. Y aun quando parezca á alguno que ya tiene sujetos, y bien encadenados debaxo de sus pies todos los apetitos terrenos: quando juzga que ya tiene encerradas como en estrecha, y fuerte cárcel todas sus inquietas pasiones. Ah! que quando menos se lo piense hallará estos enemigos dentro de su propia casa (si es que ántes habian salido de ella). Se le presentará una ocasión nunca imaginada, ni prevista, y le hará prorumpir en un incendio de cólera, ó en una indecente impaciencia: retoñará, y crecerá en él, sin advertirlo, algun apetito de vanagloria, algun deseo de grados honoríficos, de exórbitanes ganancias, de comodidades, de riquezas; pero este deseo, este apetito no se presentará á cara descubierta, como solemos decir: vendrá cubierto, y disimulado con algun pretexto, y apariencia de lícito. Estos ingeniosos, y sutiles ladrones encuestran, y saben mil caminos para llegar quando menos se piensa adonde quieren ellos. Por tanto, no hay que fiarse mucho, ni confiar de haberse el hombre sujetado á sí propio, ni sus deseos, y apetitos, de tal manera, que no le quede que rezelar, y velar sobre sí por todo el tiempo de su vida. Habrémos cortado acaso las ramas, y las hojas del árbol, pero quedarán las raíces, y el tronco, de que brotarán retoños, y tallos nuevos de quando en quando: por lo que es necesario un estudio continuado, un perpetuo exercicio de mortificación, así para tener á raya los deseos, y apetitos que nos inquietan, como para reprimir las pasiones á que estamos sujetos todos los mortales. Adviértase, esto no obstante, que el hombre sabio nada se altera, ni descompona, guardando siempre aquella paz, y tranquilidad interior, en que ya dexamos establecida la felicidad que podemos adquirir en esta vida mortal. Nada le acusa, ni

remuerde su conciencia: sabe que Dios está pronto para ayudarle, y así resiste serenamente las tentaciones; y despues que con el divino socorro ha conseguido la victoria, crece en su alma la consolacion, y el gozo de haber vencido. Y si no conseguimos á las veces el que nuestro corazon se vea libre de molestas pasiones, á lo menos logramos ventajas en otro punto muy importante, esto es, conseguimos que estas no estén en nuestra casa, sin que seamos sabidores, y de consiguiente podemos considerar, y reflexionar el mal que pueden hacernos, y poner los medios para evitarlo. Porque á la verdad, ¿como se podrá mortificar, y refrenar, quando no se advierte que está en nuestro corazon? Ay de aquellos en quienes el odio contra alguna persona particular ha prendido secretamente el fuego en su corazon! Lo mismo se debe decir si el odio es contra alguna Comunidad, Pueblo, ó Nación. Era, por lo pasado, aquella persona digna de toda veneracion, y estima, por su elevado mérito, y bellas prendas: aparece despues otra cosa muy diversa, y quiera Dios que aun sus virtudes mas notorias, y relevantes no comparezcan en sus ojos otros tantos vicios: sin poner cuidado en ello, correrá su lengua á desacreditarlo, y burlarlo, ó si no pueden menos de alabar en él algunas cosas, irán las alabanzas tan bien guardadas de bufoneras ingeniosas, y pesadas chanzonetas, que el pobre objeto del panegirico en vez de ganar algo, saldrá maltratado, y mal herido. No es la razon la que habla por boca de estos panegiristas, la envenenada pasion es la que mueve su lengua; y el que sepa discernir qual es el maestro, é intérprete interior que les sugiere, y hace hablar, dexará de maravillarse al oirlos, y sin un exácto exámen no dará crédito á quanto irónicamente censuran, y dicen.

§. IV. **E**sto, que sucede á las personas de que hablamos arriba acerca de esta determinada materia, sucede tam-

tambien á otras muchas, poseídas de otros afectos, y pasiones diversas. ¿Que mas? Lo hallarémos dentro de nosotros mismos; porque se transforma en mil géneros de pasiones nuestro amor propio; pero con tal arte, y sutileza, que sin intentar nosotros tomar consejo de la pasion, lo tomamos muchas veces sin querer. Estoy persuadido, y aun creo que son pocos los Jueces Christianos, que tienen á su cargo el decidir, y sentenciar en el Foro, y en los Tribunales los pleytos criminales, y civiles, que lleven al Tribunal otro pensamiento, ó designio que el de juzgar con equidad, y hacer recta justicia, segun los méritos de la causa, y su capacidad, é inteligencia. Si por cierto, así lo creo; y pero muchos de ellos no repararán acaso en un rinconcillo de su fantasia está fixada la imagen de un agravio, que una de las partes hizo muchos años ha, ó al Juez mismo, ó á un pariente, y panaguado suyo; ó acaso no harán alto, ó no repararán que allá en los adentros de su corazon se reserva, y anima un cierto deseo, de que una de las partes mas bien que la otra quede victoriosa en esta causa; ó no advertirán que su genio es cortés, é indulgente hacia los regalos, á que ayuda no poco el saber que uno de los litigantes es poderoso; y suele picarse mucho de liberal, y bizarro. Ni será su último pensamiento la recomendacion de un tal fulano, ó de una tal fulana, ó una precision secreta de no disgustar á un poderoso; esto es, á qualquiera persona que en alguna ocasion pueda detener, ó adelantar los interesados ascendos del Juez. Ved aquí que insensiblemente se mueve este muelle, y hace que el Juez se incline mas con el afecto á la una que á la otra parte, y de consiguiente que las razones de aquella á que el Juez se inclina aparezcan mas fuertes, y eficaces que las de la otra. Se dará últimamente la sentenciamiento del pleyto; y pregunto, ¿quien la habrá dictado. Por lo comun (creámoslo así piadosamente) serán las pruebas mas convincentes; y la persuasion de ser mas eficaces las razones de esta parte; pe-

ro podrá tal vez haber inclinado la balanza el peso de aquel granito, añadido sin reflexión, por la mal conocida pasión del Juez. ¡O! y quien pudiera descubrir todas las ruedas que mueven los cerebros de los Jueces, quando se declaran en favor de esta parte mas bien que de la otra en las sentencias que ocurren cada día. Gritaría, y diría á voces: ¡Ah pobre justicia, y como te tratan los hombres, porque son hombres los Jueces! Además de la escabrosidad de ciertas materias, en que verdaderamente se confunde, y atolondra el humano juicio, pueden concurrir muchas, y varias cosas á formar, y declarar una sentencia: la ignorancia, y poco discernimiento de algunos: la desatención, y sofistería de otros: la obstinación, y soberbia de permanecer constante, y fixo en el dictámen, ó juicio que se formó el primero, sin admitir otras razones mas convincentes, y eficaces, acaso por no perder el concepto de hombre grande si se admiten, como si la docilidad no fuera una virtud apreciable: algunas veces el que se llama crédito, otras la amistad, el descredito, ó el desprecio de un Abogado, la demasiada solicitud, ó el descuido de un Procurador, la emulación de un Conjuez, y otras máquinas semejantes, que obran secreta, y malignamente en el corazón del que hace el oficio de Juez: todas, como arriba dexamos insinuado, ó juntas, ó separadas, pueden concurrir á formar, y declarar una sentencia, de manera, que á los litigantes puede decirseles oportunamente lo que decía aquel Médico, que tenía un gran manejo de recetas, y dexando al enfermo la primera que salía, añadía con gracia: *Dios te la depare buena*. Esto lo advertimos de hecho en la materia que tratamos, al ver que una misma causa, puesta en manos de Jueces diversos, sufre varias, y aun contrarias sentencias; y con todo eso, cada uno de los Jueces se cree que para sentenciarla, habrá tenido delante de sus ojos á Dios, y á su propia conciencia. Lo peor de todo viene á ser, que estos influxos, ó impulsos interiores, son tan delicados, y sutiles, que aunque se

manifiesten por los efectos, no suelen sentir sus golpes aun los mas diestros, y avisados: fuera de que la necesidad, y la precipitación son causa muchas veces de que se enganien en sus juicios los hombres. Con gran fundamento de verdad se suele decir: *Que el ausente no tiene la razón de su parte; y que es de peor condición el que está mas lejos*. Dándose á entender con estos modos de decir, y significándose claramente la injusta facilidad de los mortales en dar la razón al primero que llega á exponer sus quejas, sin esperar, suspendiendo el juicio, como se debía, ni reservar siquiera uno de los oídos para escuchar, y atender al que no ha podido reproducir, ni aun manifestar las razones para su justificación. Gran cuidado debería tenerse en los Tribunales de los Príncipes, y Señores, para no dar crédito sobre la marcha á las relaciones primeras en muchos, y diversos casos. Pero volviendo á las pasioncillas, de que no están libres ni los mas astutos, ni los mejores, si ellas tienen tanta fuerza, y poder para enturbiar, y obscurecer nuestros juicios, y sacarnos fuera del vallado, ¿quanto mayor será el de aquellas ardientes pasiones, que son señoras de nuestro corazón, y de nuestro ánimo sin rebozo alguno? Por este motivo dan todos los sabios un consejo, que deberíamos tener escrito en nuestros corazones con caracteres indelebles: este es, que el hombre encolerizado no debe tomar resolución en negocio alguno; porque como decía un sabio: *Los buenos consejos no son hijos de la ira, y de la prisa; y el que vence la cólera, logra victoria de un grande enemigo de su casa*. De otro modo sería cosa muy fácil, que esta pasión tan ciega, y turbulenta nos precipite, y haga incurrir en graves errores, y cause daños deplorables. *La ley* (decían nuestros antiguos) *ve al hombre quando está airado, y enjurescido, pero el hombre en esta disposición no ve la Ley*. Por tanto es cosa muy necesaria el tomarse tiempo, y no partir de carrera, dexando que desfogue aquel ardor del cuerpo, y del ánimo ántes de resolverse á poner en execucion al-

gna proyecto: cosa es muy útil, y aun necesaria el aprender á corregir, y contener las manos, y la lengua; y si para esto no bastase un solo día, esperar aunque sean muchas semanas; de manera, que nuestra alma con toda paz, y quietud medite la determinacion que quiere tomar, sin que en ella tenga parte la pasion desatreglada, y toda sea efecto de la razon honesta, y justa. A un esclavo, que merecia ser castigado, dixo su amo Sócrates: *Yo te castigaria al punto, si no estuviera enfadado.* Por tanto, el que no tuviese presente esta importante máxima, no se queje si al obrar alrudo impetuosamente se siguiesen castigos, afaes, y arrepentimientos inútiles. Ni solamente conviene portarse de esta manera con la pasion de la ira; debemos hacer lo mismo en qualquiera perturbacion del ánimo, diciéndonos á nosotros mismos ántes de emprender qualquiera accion: me resuelvo á hacer esto, porque me incita la envidia, porque los zelos me provocan, porque un grande miedo, un excesivo amor propio, ó un fiero apetito de venganza me espolean, ó porque un amor deshonesto, ó otros consejeros internos semejantes me lo persuaden. Y quando la accion por sí, y en sí misma nos parezca perversa, impropia, y de tal casta, que nosotros mismos, libres, y desapasionados, la tendríamos, y juzgaríamos por mala en otros: al punto conoceremos que no es la razon, sino la pasion dominante la que la propone, y sugiere: si la accion fuese indiferente, ó buena en sí misma, aun debe la razon pesar, y considerar sus circunstancias, y sus consequencias; pues aunque la accion sea buena en sí, puede dexar de serlo, ó por la circunstancia del tiempo en que se hace, ó de las personas que allí se encuentran, ó del lugar en que se executa. Es verdad que quando sucede algun impreviso, y quando hay necesidad de obrar apresuradamente, no puede nuestro entendimiento preverlo, y prevenirlo todo, y si entoaes yerra tiene alguna justa excusa. Pero aquí se habla de aquellas acciones que dan tiempo, y lugar á la reflexion, ó de aque-

aquellas que á la primera ojeada puede la razon calificarlas de malas, ó buenas. Ni debemos persuadirnos á que podemos desterrar de nosotros toda pasion, ó apeto. Lo que intento persuadir, y debemos desear es únicamente que la razon sea superior, y dé la ley á los apetitos, y pasiones, de modo, que ni el amor, ni el odio, ni el deseo de la hacienda, ni la ambicion de honras, y dignidades, ni otros apettos desordenados, y violentos pasiones, quieran señorearse de nosotros, y atropellando, y confundiendo la voz de la razon, nos arrastren, é inciten á executar acciones de donde se nos siga infamia, daños, y remordimientos de conciencia.

**P**ARA que logremos ser dueños de nuestras pasiones, y apettos, es un medio de los mas conducentes, y eficaces el sanar nuestras enfermizas opiniones. Si logramos esto, hemos adelantado mucho, y conseguido grandes ventajas en la ciencia de la verdadera Filosofia, y en el arte utilissimo de tranquilizar nuestros ánimos. Criamos, y alimentamos dentro de nuestro entendimiento muchas opiniones falsas, y muchas mas vanisimas. Si estas se desterrasen del cerebro de los hombres, si cesasen tantos deseos extravagantes, que nacen de estas opiniones, y tantas esperanzas fundadas sobre vanas ideas, que solo sirven de atormentar al hombre, muchos acaso quedarían melancólicos, y mal satisfechos de sí mismos. El hombre sabio busca, y ama esta medicina. Sobre este punto debemos observar atentamente, que hay tres diferencias; ó suertes de bienes, y de males. Los primeros son verdaderamente tales por su naturaleza, y no dependen de nuestra opinion en la menor cosa. La tranquilidad del ánimo, cuyo nombre hemos repetido tantas veces, una competente sanidad del cuerpo, y el espíritu, ó entendimiento, todo el hermoso batallon de las virtudes, una buena conciencia, libre de toda grave culpa,



un Príncipe recto, que sea padre de sus vasallos, un amigo fiel, y constante, una muger prudente, y otros muchos regalos, que nos franquea nuestro buen Dios, son bienes todos, y cada uno en su género verdaderos, y preciosísimos, sin que dependan de nuestra opinion para serlo. Al contrario todos los vicios, y pecados son males verdaderos: todos los dolores, y enfermedades del cuerpo, la pérdida de la salud, el carecer de lo necesario para vivir, las calumnias de alguna consecuencia, la opresion de los pobres inocentes, la infamia, y otras semejantes miserias, que vemos en el mundo cada dia. La segunda suerte de bienes, y de males es aquella que parte se funda en la verdad, y realidad, y parte en la opinion de los hombres, ó imaginacion de los mortales. No puede negarse que estos bienes concurren, ó contribuyen á darnos gusto, y placer, y aun á constituir aquella felicidad tan buscada como deseada; pero á esta verdad se junta la opinion, que es la que nos hace juzgar, ó imaginar que son necesarios para conseguir esta felicidad, y de consiguiente que tengamos por infelices á los que no tienen estos bienes. Entran á componer esta especie, ó suerte de bienes la abundancia de riquezas, las altas dignidades, el mandar á otros, la pomposa gloria, la nobleza, y otras muchas comodidades, y adornos de la vida humana, y civil, la hermosura, &c. Los males que corresponden á estos bienes vienen á ser lo mismo que la privacion de todos ellos. La tercera suerte se compone de bienes, y males, en los que nada influye la verdad, y solamente se fundan en la opinion, ó imaginacion. Quáles sean estos, lo diremos un poco mas abaxo. Ahora, por lo que pertenece á los bienes, y males verdaderos, que no dependen de nuestra opinion, es necesario saberlos distinguir, porque los bienes mencionados unos son necesarios, y de otros no tenemos necesidad en este mundo. Unos bienes, como tambien los males podemos conseguir, ó está en nuestra mano el tenerlos, ó dexarlos, y no tenemos

mos arbitrio para conseguir, ó dexar de tener otros. Quando el bien nos es necesario, y está en nuestra mano el conseguirlo, que deberemos hacer, sino afanarnos, y trabajar hasta lograr su posesion? La buena conciencia, y la práctica de las virtudes depende sin duda de nuestra voluntad, á la qual siempre socorre con sus auxilios aquel benignísimo, y poderoso Señor, que es el autor de todo el bien. Pero si podemos pasar esta vida pacíficamente sin alguno, ó algunos de estos bienes, ¿á que fin el afanarnos, y trabajar tanto para conseguirlos? Por lo que toca á los verdaderos males, podemos ciertamente librarnos, ó no dexándolos llegar á nosotros, ó sacudiéndolos despues que hayan llegado. A nuestra floxedad, y pereza debemos echar la culpa si alguno de estos males nos afligen, y atormentan. Pero quando son de aquellos males, que ni podemos impedir el que vengan sobre nosotros, ni despedirlos quando han venido, entonces el hombre sabio, y prudente se consuela con saber que no es culpable en padecer aquel mal, y al punto conoce que el Altísimo Dios envia, ó permite en el mundo semejantes males por los ocultos fines de su Providencia, é infinita Sabiduría, y con verdadera humildad, y obsequiosa veneracion adora rendido la determinacion de su santísima voluntad: así debe hacerlo todo siervo fiel, que quiere cumplir con su obligacion, y mucho mas quando sabe que su amo es infinitamente sabio, y bueno. La pobreza misma, las desgracias, las enfermedades del cuerpo, y las humillaciones, que muchas veces nos atribulan, y afligen, eran á nosotros muy útiles, y necesarias para apartarnos de los deleites, y gustos terrenos, y del demasiado amor de las cosas del mundo, para librarnos de tentaciones molestas, para quebrantar, y confundir nuestra soberbia orgullosa, y limpiar nuestro animo de pasiones rebeldes, y desordenadas. Y últimamente, considerando el sabio que todos estos males tolerados con christiana paciencia, dan fruto copioso para la eterna vida, hace muy bien en esforzarse, y consolarse

so en las aflicciones que causan estos males; y mas quando sabe que las desgracias no suelen durar siempre en esta vida, y que pueden durar poco, aun quando la acompañen hasta el sepulcro.

LIBRO VI.

**H**ablando ahora de los bienes de la segunda suerte, ó clase, aquí puede el sabio Filósofo, y el hombre prudente avizorar, y aguzar la vista intelectual para curar las opiniones de su imaginacion, ó las imaginaciones de su opinion. No puede negarse (y lo he confesado varias veces) que considerados en sí mismos los bienes que llamamos de fortuna, son bienes verdaderos, y reales, como lo son las honras, las dignidades, los altos empleos, las dilatadas posesiones, los muchos criados, los Palacios magníficos, &c. porque todos estos, y otros muchos pueden contribuir á nuestros deleytes, placeres, y comodidades, y á que logremos una vida descansada, y regalona. Pero debe advertirse al mismo tiempo, que el mayor valor, y precio de estos bienes se le da la opinion, ó imaginacion de los hombres. Ved aquí una que vale por todas: sin ese pomposo esplendor de bienes á que parece están vinculados los placeres, el descanso, y la comodidad, puede cada uno de los hombres ser feliz; porque careciendo de todos estos, puede conseguir la tranquilidad, y quietud de su ánimo, que es la felicidad verdadera del hombre mientras vive en este mundo. Será, pues, una grosera necesidad el afligirse, y entristecerse por la falta de estos bienes, y el consumir, y roar continuamente su corazón con los ardientes, pero inútiles deseos de conseguirlos. El hombre juicioso, y prudente, que busca la felicidad, no la busca, cierto, por el camino de afanosos deseos, de desasosiegos, é inquietudes; que mas bien hacen á los hombres que sean verdaderamente infelices. Aquí se debe tener en la memoria aquella máxima tan familiar, y repetida de los Fi-

lósofos antiguos: que la naturaleza se contenta con poco, y la respuesta que dió Sócrates, quando preguntado quien creía que entre los hombres era el mas rico, respondió: *el que se contenta con poco.* Y á la verdad no se necesita mucho para saciar nuestra hambre, y nuestra sed: lo demas es superfluo, es opinion, y acaso tambien gula. Un vestido competente, que cubra nuestra desnudez, y defienda de las injurias del tiempo, nos debe bastar; lo demas es vanidad, y opinion. En un estrecho aposento puede encontrarse alojamiento, y reposo, sin tener necesidad de grandes Palacios. Pero por lo comun encanta, y lleva tras sí á la fantasía humana el resplandor del oro, y las riquezas, los elevados empleos, y las dignidades honoríficas. El que nada de esto tiene, emplea todos sus deseos, y se desvive para lograrlos: el que se halla en posesion suspira, y anhela para tener mas, y mas. Grande impresion hace en la fantasía del hombre la pompa, y fausto que traen consigo las riquezas, y las altas dignidades. Nos parece que al que llegó á conseguirlas, nada le falte, y que desterrados los contentos, alegrías, y placeres de las casas de los pobres, solo se encuentran como en su centro en los Palacios, y casas de los ricos, y poderosos. Pero aquí es necesario manejar el peso mas justo, y fiel. Primeramente el hombre sabio no ignora que es forzoso el que siempre haya pobres en este mundo: esto es muy conveniente para el buen orden, al qual se acomoda el prudente con humildad, y fortaleza; y el que es piadoso conoce que no debemos oponernos, ni resistir á esta disposición por serlo de aquel Señor infinitamente poderoso, y sabio, que hizo, y gobierna el mundo. No habria en el oficio mecánicos, ni artes, si no hubiera pobres; y quien intentase desterrar la miseria, pobreza, y necesidad de este mundo, veria muy presto á todo el género humano apoltronado, ó loco. Además de esto considera el hombre sabio con atencion quanto afan, y trabajo cuesta el acumular riquezas, y juntar hacienda, quantos cuidados para mantenerla, y con-

conservarla, y á cuántos contratiempos, y desgracias está expuesto el que guarda tesoros, tiene grandes posesiones, y negocia en interesados comercios. En la casa de los ricos no tiene entrada la miseria; pero podrá tenerla en lo interior de sus corazones, siempre que á la riqueza no acompañen las virtudes. Será hermoso, y apacible todo quanto aparece por defuera, porque todo indica placeres, magnificencias, alegrías; pero si pudieses registrar lo que hay dentro de sus dueños, hallarías acaso todo lo contrario; esto es, ambiciosos, y malcontentos deseos, temores continuos, remordimientos rabiosos, crueles arrepentimientos. Aquellos empleos, y oficios tan honoríficos, y lucidos, aquellas dignidades tan respetables, y sublimes si quisieran confesar la verdad los que las gozan, dirían que se hallan empedradas de millares de impaciencias, y zozobras, y de agudas penetrantes espinas, que las hacen mas insufribles que todos los trabajos, y miserias que padecen los pobres. De hecho, si bien lo miramos, encontraremos que jamas tienen sosiego, ni descanso. Esclavos de los Soberanos, y siervos del público, han perdido su libertad, sufriendo trabajos, y penas en lo interior de sus almas: viven mas mortificados que el mas observante Religioso, temerosos siempre, siempre asustados; y aunque conozcan, y deseen la quietud, y paz que la vida privada trae consigo, con todo eso se reputarán por desgraciados, siempre que se vean depuestos. Aun hay mas en el asunto, porque no están libres de estas trabajosas pensiones los Tronos, y Coronas de los mismos Reyes. Quanto mas se eria el hombre entre delicias de sedas, y cambrayes, otro tanto mas delicado es quando crece; y por esto mismo le son mas sensibles, é insufribles los trabajos, y penalidades, aunque sean muy leves. Pero los hombres somos hechos de tal modo, que ni la práctica, y experiencia del mundo, ni las mas bien fundadas reflexiones, que nos hacen como de bulto estas verdades, bastarán para nuestro desengaño; y serán muy pocos lo que con todo es-

to

to dexen de mirar con envidia los altos puestos, las dignidades, y riquezas: ni acaso se hallará alguno que tal qual vez dexen de enviar algun deseo hácia estas apariencias de la grandeza humana, y acaso cargaria de muy buena gana con estos bienes, con la sobrecarga de sus molestas pensiones.

## §. VII.

NO incurrirá en este defecto un Filosofo sabio, porque sabe distinguir en estos magestuosos bienes lo que es substancia, y lo que es apariencia, lo que es verdad de lo que es opinion. Por tanto discurre, y concluye (como lo debe hacer qualquiera que no puede adquirir riquezas, y quiere juzgar rectamente de las cosas), que ni el poder, ni la fortuna, ni las altas dignidades son las cosas que contentan, y alegran el corazon del hombre. Aquel solamente puede llamarse rico riquísimo, que se contenta con lo que tiene, aunque sea poco. La manera mas segura para ser ricos es la de saber contener, y refrenar los propios deseos; esto es, el mas rico entre los poderosos es aquel que tiene libre, y desocupado de deseos su corazon, y usa de aquel remedio, y medicina admirable para tener sujetas, y domadas sus pasiones. *Quis dives? Qui nihil cupiat. Quis pauper? Avarus.* Aquel es rico que nada desea. Solo es pobre el avariento, dixo discretamente Ausonio. Con tal que no falte al hombre lo que pide, y es necesario para sustentar la naturaleza, que es bien poco, por lo demás, ni la pobreza, ni el estado humilde, y popular no hacen al hombre miserable, ni infeliz. Lo mejor de la vida, lo mas apreciable, y precioso consiste, sin duda, en la tranquilidad del ánimo. Puede ser, y suele ser así, que esté mas alegre, y contento un buen Religioso Capuchino, que quantos Reyes del mundo ocupan magnificos Palacios. Aquel, si algun deseo inquieto quiere perturbar su quietud interna, echa mano á las armas de la mejor Filosofía,

fia,

fia, y animosamente no le permite arrimarse á la puerta de su corazón; ó si por algun leve descuido se ha entrado, le hace salir á buen paso, y bien presto: si á su celda se llega, y quiere entrar alguna turbulenta pasión, tiene preparadas las armas para hacerla huir. Ni debemos creer que el privilegio de estar alegres, y contentos es privativo de solo los ricos, y poderosos, como ya nos lo dixo Horacio: *Nam neque divitibus contingunt gaudia solis*. Tambien el Pueblo mediano, y aun el baxo tienen sus horas de solaz, y alegría, y acaso mas completa, y gustosa que la que gozan los ricos, y poderosos Principes en sus ostentosas diversiones. Es verdad que el pobre no tiene jardines deliciosos, ni anchurosas casas en el campo; pero tiene al jardinero, y al mayoral, que las cultivan, y trabajan juntamente con él. El industrioso, y aplicado artesano tiene en su oficio una posesion, ó un término sin coto. Si los pobres carecen de viandas regaladas, y bien compuestas, tienen por lo comun un buen apetito, que es el condimento mas precioso, y sabe que para ninguna cosa tiene necesidad de salsa, y que á la hambre buena nunca faltó maestro de cocina. Bien está todo eso, me direis; pero á buena cuenta estos no pasean en carrozas doradas, no van cubiertos sus vestidos de ricas bordaduras, carecen de jardines deliciosos, de palacios magníficos, suntuosamente alhajados, no les acompaña una lucida tropa de pages, de camareros, y gentiles hombres; pero ni tampoco tienen necesidad de nada de esto, porque andan por su pie, donde, y como quieren, sin que los lleven, ni los acompañen á todas partes tantos criados, que algunas veces mas que de alivio suelen sentir de accharlo todo, que es un peso muy molesto. Va tambien el pobre al paseo, y ve, y contempla las soberbias carrozas, las doradas sillas, los anchos, y cómodos forlones, los elegantes, y ayrosos cupees: mira una, y muchas veces como giran los tesoros portátiles en los galoneados vestidos de los hombres, y en las galas, y joyas de las mugeres;

y

y despues que todo lo ha registrado á su gusto, dice dentro de su corazón. O! quantos gastos excesivos hacen estos para dar gusto, y placer á mis ojos! Ellos se fatigan, y sudan llevando acuestas aquellos vestidos bordados, y galoneados, que pesan tanto, y yo soy el que viéndolos me recreo. Diógenes Cimico, quando iba á comerse su pan al pórtico del Templo de Júpiter, como un pobre medicante, daba muchas gracias á los Atenienses, porque le habian fabricado un palacio tan suntuoso, donde pudiese él comer con quietud, y descanso. Algunos otros hombres, nacidos, y criados civilmente, pero que viven retirados en sus casas de campo, donde no tienen cosas superfluas, pero sí lo bastante para pasar la vida con decencia, manteniendo con ella su familia, y personas, pueden, si quieren, no enviar las magnificencias de las Ciudades mas populosas. Las tapicerías, y los regalos, se los franquea en la campaña la misma naturaleza, ya en los frondosos, y agigantados árboles, ya en los verdes prados, y huertas, ya finalmente en los esquilmos, y frutos de sus ganados, y domésticas aves, todo lo qual los satisface, y puede contener los deseos inútiles de tener lo que gozan los poderosos, y grandes. Hállanse aquellos (no se puede negar) en desierto, y despoblado; pero este retiro, esta vida solitaria es mucho mas apeteecible, por estar sazónada de una paz, y quietud envidiable, por estar libre de murmuraciones, que inquietan, noticias tristes, que desazonan, apartada de muchos peligros, vicios, y desórdenes, de que abundan los grandes Pueblos, y numerosas Ciudades. Así lo juzgaba Horacio, y así lo juzgan otros muchos. La dificultad mayor consiste en que nos acomodemos á este modo de pensar; porque en este caso llegaremos á conocer claramente, que es hombre de juicio el que se contenta con poco: es verdad que son pocos los que conocen, y gozan de este privilegio, porque comunmente concebimos los hombres una grande felicidad en la posesion de ciertos bienes, los quales, si

Tom. II.

M

bien

bien se consideran, no son tan apetecibles, y buenos en sí, que el no tenerlos deba tener inquieto nuestro corazón. Bien sé yo que es sermón perdido el que intenta persuadir á muchos, que se contenten con su propio estado, y que no deseen el amontonar riquezas, y guardar tesoros; porque estáis tan ciertamente el medio más seguro para conseguir gustos, satisfacciones, y comodidades, que no pueden alcanzarse, ni gozar los pobres. Pero siempre será verdad, que el hombre sabio, y prudente, aunque pobre, no siendo extremada su pobreza, si sabe aprovecharse de un bien fundado raciocinio, logrará el tener su ánimo quieto, y sosegado, y de consiguiente no deberá reputarse por infeliz, quando consigue tan apreciable felicidad. Finalmente, nunca he negado que no puedan apetecerse lícitamente las riquezas: solo digo, que el inquietarse, y afanarse para conseguir las, es una locura desatinada, porque uniéndose á la pobreza estos afanosos cuidados, y desvelos, hacen sin duda que sea mas molesta, y gravosa. No está en nuestra mano el ser ricos, pero lo está ciertamente el que las riquezas, que vanamente deseamos, y no conseguimos, no nos inquieten el ánimo con inútiles deseos.

## S. VIII.

AUN hay mas que decir: incurrimos frecuentemente en otra lastimosa necesidad, porque no sabemos estimar los bienes, que en este mundo nos ha dado la liberal mano de Dios; y el dominio, y posesion de ellos hace muy poca impresion en nuestros ánimos. Al contrario, nuestros ojos, nuestras reflexiones, y acaso nuestros deseos, todos corren, y se encaminan ácia los bienes que otros gozan: estos nos parece que son felices, y que los trata bien la Providencia que gobierna esta visible máquina. Publio Mimo hizo tambien esta observacion muchos siglos ha: con decir: *Aliena nobis, nostra plus aliis placet.*

Sien-

Siendo nuestro el bien mayor, reputamos por mas bueno, y mas grande el bien ageo, aun quando sea menor.

Todo lo contrario hace el hombre prudente. No se embaraza en pensar, ni considerar los bienes que otro goza, y que él no puede lograr en esta vida; solamente tiene su cuidado, y pensamiento en los pocos, ó muchos bienes que Dios le ha dado: de estos goza, y está contento con ellos, pareciéndole que no merecía tanto. Serian sin duda gravosos males para nosotros los bienes que otros gozan, quando la consideracion de que no son nuestros, sirviese únicamente para inquietarnos. Es necesario poner gran cuidado en esta loca costumbre, y refrenarla para que no pase adelante; porque nuestro desordenado amor propio, no solamente nos lleva á admirar, y considerar al que tiene mas abundancia de riquezas, de dignidades, y comodidades en el mundo que nosotros; y comparándonos con ellos, esta comparacion nos hace creer que somos miserables, y dignos de compasion: mas de aquí nos pasamos casi insensiblemente á la envidia, pasion de una naturaleza, y temple muy distinto del de las otras pasiones, porque estas, quando estan domadas, y arregladas suficientemente, pueden servir para conseguir, y sostener las otras virtudes; pero la envidia por su maligna naturaleza, siempre es contraria, y tiene declarada oposicion con todo género de virtud: es tambien sorda, y atormenta feramente á quien la sustenta. No quiero dexar de decir que este pestifero veneno se halla esparcido por todo el mundo con mayor extension de la que pensamos. Aquel tanto hablar mal, no solo de los iguales, pero aun de los mayores: aquel buscar en sus operaciones como con un microscopio los mas leves defectos, añadiendo muchos de su propia invencion: todo esto no procede, ni de buen zelo, ni de la virtud de la caridad: procede sin duda de una envidia venenosa, llevando nosotros muy á mal que aquel

M 2

6

ó aquellos tales gozcan, y posean muchas riquezas, y comodidades, aquellos empleos en que ganan tanto, aquellas dignidades que los distingue de los otros: nos pesa, y da pena el ver que todos los honran, y estiman, que los acompañe siempre la buena fama, y el buen nombre, que se hallen dotados de un singular ingenio, de una constante prudencia, de un modesto desembarazo, y de otras apetecibles gracias, concedidas liberalmente por la misma naturaleza, ó adquiridas, y aumentadas por su propia industria. Ofende, y hiere nuestra vista el bien que otros gozan, y que á nosotros falta, porque juzgamos que el que lo goza nos los ha robado, porque creemos que era debido á nuestro mérito. Siendo como somos soberbios, y altaneros, no quisiéramos que ninguno fuese delante de nosotros. ¿Por ventura (así nos habla interiormente el lisonjero afecto de la envidia) no seremos nosotros tanto, y aun mucho mas que ellos? ¿Quién lo duda? Pero no advertimos la loca malignidad de esta exécrable pasión, la qual aborrece el bien ajeno, sin sacar provecho alguno de este aborrecimiento; porque con él no se minoran, ni disminuye la felicidad ajena, y no se le aumenta al envidioso la suya propia, que, ó no la tiene en la realidad, ó juzga que no la tiene, cansándose en vano sus deseos en procurar quitársela á su próximo, no quedándole otra cosa á la envidia, que aquella polilla cruel, que incessantemente roe, y hace un grande estrago en el corazón del envidioso. Pero el que desea, y quiere obrar sabia, y prudentemente, en vez de perder los ojos, avizorando los bienes de los mas poderosos, y felices, los vuelve á tantos pobres, y miserables, á tantos enfermos, y afligidos, á tantos abatidos, y desventurados, que nos ofrece cada día este mundo, patria, y albergo de miserias, y trabajos; y con el compas mismo con que mide la trabajosa situación, y estado de estos desgraciados, mide también el suyo propio. Venga aquí ahora la señora envidia, que yo le doy licencia para que se asome á registrar esta

escena lastimosa: quejese, si puede hacerlo justamente, de su mala fortuna, y hallará, y admirará la bondad, y clemencia con que lo trata la Providencia Divina, mientras no le falta el precioso regalo de la salud, que es el mas apetecible, ni otros bienes necesarios, y útiles para pasar la vida presente. Ninguno (dice Séneca) es infeliz, y desdichado, si no se compara con otro. *Nemo miser, nisi comparatus*. Uno de los secretos mas específicos para hacer callar á nuestro amor propio, es el mortificarle discretamente en tales ocasiones, obligándole á que considere, y mire con atención, y cuidado á los que están mas baxos, y menos bien, ó mas mal que nosotros. Por esto decian nuestros antiguos, queriendo significar esto mismo: *Si quieres vivir contento, y triunfante, mírate por detrás, no por delante*.

## §. IX.

**E**N suma, para llegar al deseado término de la tranquilidad, y sosiego del ánimo, no se requiere otra cosa por lo comun, que el contener, y refrenar los deseos de nuestro corazón, curar las enfermedades de nuestras propias opiniones, acostumbrarse á estar contento con lo poco, á cortar de raíz aquellos ambiciosos deseos, y desarregladas pasiones, que arrastran el corazón del hombre á las riquezas, honores, y dignidades; teniendo presente entre otros muchos que ya quedan insinuados, aquel sabio consejo de Publio Mimo: *Eget minus mortalís, quo minus cupit*.

Quanto menos desees,  
tendrás en la realidad  
mas poca necesidad.

En una palabra, debe reputarse por dichoso, y favorecido de la Divina Providencia aquel que ademas de una conciencia pura, y libre de todo vicio, logra con buena salud una perfecta libertad, y tiene lo que le basta para cubrirse, y sustentar la vida. Todo lo demas por

lo que toca á estos bienes sensibles, ordinariamente consiste en opiniones; porque sin ellos podemos muy bien pasar esta breve vida; y llegar al término de la felicidad, que podemos lograr en este mundo, qual es la quietud, y tranquilidad del ánimo, como tantas veces dexamos dicho. Nos engañamos miserablemente creyendo que para ser felices en esta vida, es absolutamente necesario aquello que no lo es en la realidad; según la recta razon. Entre tanto si queremos hacer un atento exámen de nosotros mismos, halláremos, y aun tocarémos como con la mano, que el origen, y principio de todas las inquietudes, y tempestades que agitan, y conturban nuestro ánimo, todas, todas proceden de que no estamos contentos con el papel, y figura que por suerte nos ha tocado representan en la comedia de este mundo. Serános, pues, muy provechoso, si esta consideracion nos sirve para buscar con mayor ansia, y sollicitud el Reyno de los Cielos, donde algun día cesarán nuestras congojas, y tendrán dichoso fin nuestras ansias. Pero nosotros en vez de estimar en mucho el estado en que Dios nos ha puesto, en vez de reconocer la preciosidad de los bienes, que gozamos, y con los que el Señor ha querido enriquecernos; y distinguimos de otros hombres mas miserables que nosotros, anhelamos, y suspiramos angustiados; y afanosos para buscar otro mejor hospedage en este mundo; y despues de conseguido este, nos espolea la codicia de buscar otro mas adornado, y magnifico; y de esta manera, baxo el falso supuesto de buscar la paz, y quietud de nuestro corazon, nos hallamos en una guerra continuada, y cruel, que aumenta cada día mas, y mas nuestra congoja, y affliccion. Consejeros necios de nosotros mismos, é ingratisimos muchas veces á nuestro Dios, no reconociendo los beneficios que debemos á su Magestad; y acaso nos enojáremos contra el Señor, si despues que nos ha hecho noventa y nueve beneficios, nos negase el uno que falta para ciento, ¡Y quién nos librará de la nota de presuntuosos, y vanos, al ver que nos quejamos del

es-

estado, y situacion en que nos ha puesto Dios, y que deseamos con impaciencia otra mas de nuestro gozo, y mas ventajosa? ¡Por ventura toca al amo el hacer lo que quiere su siervo, ó á este el conformarse con lo que manda el amo? Registremos ahora las muchas súplicas que dirigimos al Tribunal de la Piedad Divina: todas, ó las mas de ellas se enderezan únicamente á pedir bienes temporales, que por lo comun son dañosos á quien los pide; Quando se oye jamas que alguno enderece su peticion á Dios, suplicándole le dé gracia para no quejarse, quando su Magestad disponga el quitarle los bienes que goza en esta vida? Quando se pide al Señor aquel auxilio para no desear aquello que tanto desean algunos, teniendo inquieto su corazon con estos deseos?

## S. X.

Enfiérese de todo esto, que el sabio emplea, ó debe emplear todo su esfuerzo en persuadir, y mandar á su ánimo, que se contente con lo que tiene, sin afanarse, ni martirizarse para lograr lo que no tiene. Ha hecho sin duda un grande progreso en el curso de la Filosofia Moral el que se halla quieto, y contento con su propio estado, desempeñando con quietud, y sosiego el papel, y personage, que en la farsa, ó comedia de esta vida le ha encargado la Divina Providencia. No se atreverá á ponerse delante, ni á causarle pena el semblante espantoso de la envidia. Bien es verdad, que en el corazon del hombre sabio anidan algunos deseos, aunque siempre lícitos de adelantarse, y lograr algunas ventajas en el territorio, y reyno, que llaman de la fortuna, y da aquellos pasos que dicta la prudencia ser necesarios para estos adelantamientos; pero sin permitir jamas que su corazon pierda el equilibrio de su paz, y quietud. Vale mas, y estimo yo mas este tesoro de la tranquilidad que yo gozo (dice el Sabio á sí propio); que todo el oro que hay en el mundo; y por tanto, quando

procura adelantar sus propios intereses, y fortuna (lo que no está prohibido, ni desdice á qualquiera persona), de tal modo entra en esta carrera, que ni lo procura con destemplo ardor, ni lo desea con ansia, ni se resiente con amargura si no consigue lo que desea. Aun quando las desgracias públicas, ó privadas le hagan perder parte de lo que tiene, manda á su corazón con imperio, que no se altere, ni se altere poco, ni mucho; métese dentro de sí propio, y se acomoda á lo que da de sí el tiempo que corre, esperando que el futuro sea mas favorable. Hay algunos de humor melancólico, que olvidándose presto del bien pasado, no gozan del presente, abstraídos, y pensativos en considerar las desgracias, y males que corren actualmente, y acaso extienden su consideracion á las que vendrán: flaqueza por cierto indigna de un hombre sabio. ¿No bastan los males, que nos rodean, y afligen, sin andar á buscar otros, que no han venido aun, y que acaso jamas vendrán? Efectos son estos de temperamentos saturninos, é hipocondríacos, no de hombres prudentes, y discretos. El mundo de muchos siglos á esta parte, ó por mejor decir desde sus primeros años anda coxeando. Gran juicio tiene el que no pudiendo remediarlo, le dexa andar del mismo modo, sin quejarse continuamente, y sin temer cada dia que se caiga, y le coja debaxo. No hay gobierno alguno en que no se hallen defectos. Pero pregunto ahora, ¿quien lo acierta mejor, el que va continuamente con su imaginacion como con un microscopio buscando, y exagerando los engaños del mundo, martirizándose al mismo tiempo á sí propio; ó aquel otro que placidamente mira, y sufre estos desórdenes, bien persuadido á que jamas faltarán defectos, ni pecados, mientras haya hombres en el mundo?

**P**ERO aquí es necesario repetir una leccion, que se ha dicho muchas veces, y que siempre es muy util: con-

viene á saber, que no basta el haber aprendido, y aun practicado una vez sola las verdaderas, y substanciales máximas de la Filosofía para lograr, y poseer la paz, y tranquilidad del corazón. Mucho menos deben persuadirse á esto los jóvenes, en quienes están mas bríosos, y fuertes los apetitos, y pasiones. Es necesario mucho tiempo, repetidas pruebas, y no poco trabajo para poder conseguir este imperio nobilísimo, y utilísimo sobre sí propios. Poco he dicho: es necesario traer de quando en quando á la memoria aquellos documentos, y máximas, que se han aprendido, y hacer cuenta que mientras durare la vida, ha de durar la guerra. Por mas que el cuidadoso Labrador siegue, y corte las malas yerbas, no dexan de brotar otras nuevas: de la misma manera, cortado un desco, sosegada que sea una pasion desordenada, al punto saca otra la cabeza, por lo que conviene limpiar el terreno de quando en quando. Por esto debe estar siempre con espada en mano la virtud de la mortificación, semejante en este cuidado, y vigilancia á la virtud de la prudencia, de cuyo auxilio, y socorro tenemos necesidad cada momento. A la virtud pertenece ordenar nuestro amor propio, que es el mineral de nuestras pasiones, y deseos. Lo primero con hacernos saber, y experimentar que lo mejor para nosotros, y lo que mas nos aprovecha es el poner nuestro corazón en perfecta calma (cosa que no hemos aprendido hasta ahora): despues hemos de acostumbrarnos á mandar absolutamente á nuestros porfiados deseos, é inquietos afectos que caullen, y se sosieguen, y quando no obedezcan, que desocupen la posada. Para salir despues con victoria en la batalla, nos hará mucho al caso el seguir el consejo de Publio Mimo: *Per facilia, ut & difficilia perferas.*

Un consejo tomarás,

que es muy bueno entre los buenos:

si quieres vencer lo mas

comienza á vencer lo menos.

VENDEDORA DE LIBROS  
BIBLIOTECA UNIV. Y  
"ALFONSO" CALZADA  
de la calle de San Mateo  
N.º XII.



## §. XII.

**P**ero si no sabemos vencernos ni aun en lo poco, ¿como esperaremos salir victoriosos en lo mucho? Con todo, quando se ha de combatir contra una inclinacion natural, y aun mucho mas contra un hábito, que por sus muchos actos ha llegado á ser vicioso, mayor será el provecho, si no se intenta el conseguir al primer choque la victoria: es necesario examinar poco á poco, y grado por grado. El que está dominado de la pasion de la ira, no espere vencerla, ni derrocarla al primer golpe. La primera diligencia para comenzar á vencer la cólera es cerrar bien las puertas á la lengua, para no exceder en las palabras, y de este modo serán prudentes, y sabias las respuestas. Atenodoro, que fué un Filósofo muy estimado de Augusto, aconsejó á este Príncipe, que antes que hablase, ó respondiese quando estaba encolerizado, recitase una por una todas las letras del alfabeto, y en lo demas discurriendo del mismo modo.

## §. XIII.

**F**inalmente es fácil, poniendo algun cuidado, el arrancar de nuestro corazon aquellas espinas que nacen de aquellos males, que dependen de nuestra opinion, ó imaginacion, y no de alguna verdad. Grande miseria del hombre es esta; pues como si le faltasen verdaderos males en el pais que habita, se va fabricando él mismo otros muchos con su fantasia, y opinion propia; y aunque estos sean propiamente insubsistentes, y fantásticos, con todo, tienen el mismo vigor que los verdaderos males para inquietar, y martirizar á los hombres. Las cabezas endebles, é ignorantes son las que en su territorio hacen hacer abundante cosecha de estas yerbas inútiles, y espinosas; y por ventura ¿hay en el mundo carestía de tales cabezas? Para agitar, y conmovier por algun

gun tiempo el corazon de alguno, bastará el hallarse presente á la muerte repentina, ó violenta de otro hombre: bastará alguna vez un sueño extraño, y pesado: el miedo de brujas, y hechiceras, y del mal que pueden hacer, ó la aprehension de haberlo hecho ya, ó el aprehender que las fantasmas, las almas de los difuntos, ó los mismos diablos andan de noche rondando por las calles, ó de que en alguna casa vive de asiento algun duende, ú otras fantasmas, y aprehensiones semejantes; Ved ahora qué raros caprichos, qué ridículas aprehensiones anidan en los cerebros de los mortales! No tienen fundamento alguno, y con todo pueden hacer, y hacen mucho daño; pues á la gente demasiado medrosa solo el oír estas cosas, hace estremecer el cuerpo, y temblar el alma. La noche particularmente es la que mas infunde estos temores; y ha sucedido alguna vez enfermar uno, y morir por haberle hecho una burla con una linterna mágica. El hombre sabio no necesita mucho discurso para librar su fantasia de imaginaciones vanas, ridículas, é insubsistentes; y será bueno el acostumbrar temprano á los jóvenes á conocerlas, y á despreciarlas. El prudente, y verdadero Christiano se rie, y no le dan cuidado estos coces de niños, despreciándolos como falsos, y vanos. Lo mismo hace con los agoreros, y con las profecias de los Astrologos, y especialmente las que tocan en las acciones del hombre, sabiendo que la ciencia de lo que está por venir es propia de la Divinidad, y que sin un milagro, ó revelacion de Dios, la ciencia humana no puede penetrar este abismo del corazon del hombre. Tampoco se turba el verdadero Christiano, quando en su edad encuentra el año que llaman climatérico, no aprendiendo en él, como ni en otros dias de la semana, y del mes, aquella gran malignidad, que en los tiempos antiguos pretendieron atribuirles los falsos adivinos, y verdaderos charlatanes. Y si la gloria de los Héroes, y de los Literatos no fuese, como lo es en la realidad, un bien lícito, verdadero, y no soñado mientras que viven en este mundo,

do se reduciría también dicha gloria á un nombre, que suena, y nada significa, porque muerto el sugeto, se acabó el gozo de ser alabado. Pero hablando ahora de la fama que el hombre apetece, y desea para despues de esta vida, no dexaré de llamarlo un fantasma honesto, y provechoso; porque aunque de nada, ó de muy poco sirva al que trabaja, y se fatiga por la fama póstuma; con todo no dexa de ser útil, y provechoso al público. Por tanto es muy propio del hombre sabio, y prudente el procurar exercitarse en tales obras, que sean para mayor honra, y gloria de Dios, honorífico obsequio de su patria, y si ser puede de todo el Orbe. No debe buscarse con ansia la gloria terrena; pero si ella viniere, no debe despreciarse, aunque el huirla es acto de virtud mas heroica. El fin primario, que en sus acciones tienen los buenos, es el de agradar al Señor que los crió; y también se agrada Dios en que el hombre, en quanto pueda, haga beneficios, ó perpetuos, ó de duración larga á su propia República. Al que muere, de nada servirá ciertamente la fama que dexará entre los hombres; pero el mérito de las buenas obras, que hizo viviendo, y mas las que hizo por agradar á Dios, se verá recompensado en el dichoso Reyno del mismo Señor por toda la eternidad. Ademas de esto, la fama que dexará de sí en el mundo, aunque á él no le sirva de algun provecho, podrá servir á otros, que emulando aquel buen nombre, se sentirán movidos á imitarle, trabajando con ardor noble en provecho del público para lograr algun dia igual aplauso.

## §. XIV.

EXAMINADOS ya los principales efectos de la mortificación, y vistas las provechosas lecciones, que debemos estudiar pertenecientes á esta virtud, á que debe aplicarse con toda la atención el verdadero Profesor de la Filosofía Moral, es necesario poner en ello todo nuestro esfuerzo; porque si todo esto con un estudio continua-

do

do se necesita para aprender, y perfeccionarse en qualquier arte, ó ciencia, quanto mas acreedora á esta aplicación, y trabajo debe ser aquel arte, ó ciencia preciosísima de saber hacer la guerra á nosotros propios, que es lo mismo que saber gobernarnos, y dirigirnos entre los frecuentes escollos, y borrascas de este mar peligroso del mundo? Arte mas necesaria que todas al hombre, que debe fatigarse, y trabajar incesantemente para conseguir un bien tan grande, de quien depende nuestra quietud, y tranquilidad en esta vida, y la eterna felicidad en la otra. De no practicar estos documentos saludables, provienen por lo comun la inquietud, y desasosiego de nuestros corazones. No juzgamos rectamente de las cosas, tenemos preocupaciones muy falsas, y vanas ideas. Juzgamos ventajosamente de lo que nos falta, y no podemos conseguir; esto es, damos á las riquezas, honores, y á otros bienes puramente terrenos mas valor de lo que tienen en sí, especialmente quando no los podemos conseguir, ó no los sabemos conservar: de aqui nace la impaciencia con que los deseamos, desuiciados al mismo tiempo de lo que tenemos entre manos, ó lo que facilmente podemos conseguir, y que bastaría para contentarnos en esta vida, si supiésemos gobernar bien nuestras ideas. A este propósito dixo sabiamente el Poeta Horacio:

*Rare ego viventem, tu diets in Urbe beatum.*

*Stultus uterque, locum inmeritum causatur inique,*

*In culpa est animus, qui se non effugit unquam.*

Ser feliz el Aldeano

juzgo sin algun temor;

pero tú eres de otro humor,

y estás por el Ciudadano.

Uno, y otro es necio, y vano,

sin faltarle al respeto,

quando uno y otro sugeto

presumen que en realidad

puede haber felicidad

si su ánimo no está quieto.

Por

Por esto repito tantas veces esta lección , asegurando que lo mas provechoso para nosotros , y lo que mas nos conviene es el componer nuestro ánimo , y nuestra mente , y comenzar á estudiar esta utilísima lección por ser la mas importante de la Filosofía Moral , como que en ella se encierra la parte mas nerviosa , y jugosa de esta ciencia. Quanto mas aprovechemos en vencer nuestros apetitos , en refrescar nuestras pasiones , y rectificar nuestras falsas torcidas opiniones , tanto mas seguro camina el hombre , y se interna en la derecha senda de la verdadera sabiduría , siendo en este importantísimo negocio lo mas apreciable , y singular , que el aprovechar depende de nuestro querer , ó voluntad. Por este camino se llega al grado mas sublime de la Filosofía , que es la igualdad , ó quietud del espíritu , que se halla en pocos puramente Filósofos ; pero siempre en los Santos , que son los Filósofos del mundo christiano. Consiguese ciertamente , así en la Ciudad , como en la Aldea , tener quieto el ánimo , y alegre el rostro , tanto el pobre como el rico , tanto en la próspera como en la adversa fortuna. Pero el sabio no se altera , no se inmuta , ni lo descomponen el demasiado gozo , y alegría , aunque le salga segun su deseo la favorable expedición de un grave negocio , aun quando le den la cierta noticia de haberse provisto en su persona la dignidad mas útil , y honorífica. Da muchas gracias á Dios por aquel bien ; pero reflexiona , y considera al mismo tiempo que son poco durables los bienes de este mundo , y que pueden quitarle mañana lo que le han prestado en este dia. Llegan despues dentro de poco las desgracias , las injurias , las contrariedades , las calumnias , los falsos testimonios , y otros muchos contratiempos. Observad su semblante , y le hallaréis sin la mas minima alteracion : no por otro motivo sino porque su corazon está acostumbrado á sufrir , y padecer. Bien domado , y sujeto el amor propio , ha tomado una constante resolución de no alterarse jamas , ni perder su quietud , y sosiego , por quantas cosas su-

ce-

cedan en el mundo ; sobre todo el recibir friamente , y sin alterarse aquellos fieros golpes que llaman de fortuna , y son de la investigable Providencia , los cuales en otros sujetos suelen levantar una niebla espesa de cólera , y melancolía , y aun suelen llegar al terrible término de la desesperacion ; esto , decia , puede provenir de tener sujeta en todo , y por todo nuestra orgullosa voluntad á lo que de nosotros quiere , y dispone la voluntad sola de nuestro Dios. No puede encarecerse bastante la utilidad de este consejo tan saludable. Nos lo ha enseñado , y enseña la Divina Sabiduría , y quiere que lo repitamos devotamente en la Oracion del Pater noster : tanto nos importa el ponerlo en práctica. Ninguno se glorie de haber llegado á poseer perfectamente la Filosofía , ó Sabiduría verdadera , hasta que no sienta dentro de sí aquella igualdad , y serenidad de ánimo , que fué tan alabada , y encomendada aun por los antiguos Filósofos ; y de la que dixo el ya mencionado Horacio :

*Æquam memento rebus in arduis*

*Servare mentem , non secus ac bonis*

*Ab insolentia temperatam*

*Lætitiã , moriture Deli.*

Delió , pues eres mortal ,

vive siempre cuidadoso

de tener ánimo igual ,

preparado al bien , ó al mal ,

si deseas ser dichoso.

Peró á este envidiable estado por lo comun no suele llegar el que no está bien unido con Dios , y aprecia como un mandamiento de su Señor todo aquello que sucede en el mundo , sea próspero , ó adverso. Y si alguno respondiere que es muy dificultoso el rayar tan alto , y el mirar de una misma manera la pérdida , y la ganancia de la hacienda , la muerte , y la vida , dirá una cosa cierta ; pero al mismo tiempo deberá confesar una consecuencia necesaria , y verdadera ; esto es , que nosotros somos perezosos , imprudentes , y locos. Andamos

con-

continuamente buscando á nuestro cuerpo todas las comodidades posibles, nos afanamos, y trabajamos para libertarlo de dolores, y enfermedades, que padece algunas veces; pero no queremos dar un paso para procurar la paz de nuestro corazón, sosegar nuestro ánimo, y apartar de él las alteraciones violentas, que le inquietan, y perturban. ¿Remediamos acaso nuestros males con tanto enojarnos, y dolernos continuamente? Entre tanto perdemos la paz, y quietud interior, que es un bien inestimable, y la perdemos sin provecho alguno; y en vez de minorar nuestros males, los aumentamos notablemente. ¿Por ventura, no es un mal muy triste, y penoso el sentirse interiormente atormentado, despedazado, é inquieto? Aun nos queda que añadir otra cosa; porque la *igualdad*, y *serenidad de ánimo*, es una receta específica, y poderosa para hacer mas durable nuestra vida sobre la tierra: ella es la que nos hace imperturbables, y como insensibles para todas las desgracias, y adversidades; con ella dexamos que corran los desórdenes del mundo, quando no los podemos remediar, con tal que cumplámos nosotros con nuestra obligacion, descansando por lo que pertenece á lo demas, en la Providencia, y voluntad de Dios; siendo, pues, dos deseos del hombre, pero muy intensos, y eficaces, el vivir en paz, y el vivir mucho tiempo, y dependiendo en gran parte esta dicha del uso de esta receta, será un necio el que la ignora, y un loco el que no la usa.

## CAPITULO XXXVI.

*Del buen régimen del apetito de la libertad,  
y del mandar.*

## §. I.

**D**OS especies de libertad pueden ser el objeto de los deseos humanos: la una el desear estar libres, y  
sin

sin impedimento alguno para hacer, ó dexar de hacer todo quanto queremos, ó no queremos: la otra de no estar sujetos á otro hombre, que sea como nuestro superior, ó amo. Estos dos deseos necesitan un fuerte freno, porque de otra manera estaria siempre preparado al hombre el precipicio, y la República estaria muy desconcertada, y expuesta á su ruina. Este freno nos lo ha puesta ya la Divina Providencia con sus leyes santísimas, por lo que mira á no deber obrar sino bien, y con arreglo á la virtud. Otro freno son para los hombres las leyes humanas, por lo que mira á la quietud, y buen gobierno civil. Pero sucede muchas veces, que nuestra loca soberbia tasca, y muerde este freno con furor, y rabia al verse privada, ó impedida por leyes divinas, y humanas de poder hacer lo que ella quisiera. Quaja irracional es esta sin duda; porque ni las leyes humanas, ni las divinas nos quitan la libertad, y solo la ponen alguna limitacion. Por lo que mira á la Santa Ley de Dios, aunque nos dexa siempre sin impedimento la libertad del albedrío, con todo nos prohibe el usar de ella para hacer mal á otros, ó á nosotros mismos, y desea que únicamente la exercitemos haciendo bien á todos, proponiendo á este fin premios, y castigos, aquellos para los obedientes humildes, estos para los desobedientes pertinaces. Por tanto ¿á que fin nos quejamos tan agriamente, porque mediante la Ley Santa de Dios nos hallamos impedidos con la ya mencionada limitacion para no hacer aquello que es malo por su naturaleza, y que si lo pusiésemos por obra causaria daño á nosotros, y á la República? Hay ademas de esto las leyes humanas, que por muchos capitulos refrenan, y cortan los vuelos á nuestros deseos desordenados; y esto es tambien muy necesario á la misma República, cuya tranquilidad, y feliz quietud se hallaria turbada á cada paso, quando se dexase suelta la rienda á la voluntad, y capricho de los Ciudadanos. Mas debe importar el bien publico, que el privado. ¿Y por ventura no somos todos una parte,

continuamente buscando á nuestro cuerpo todas las comodidades posibles, nos afanamos, y trabajamos para libertarlo de dolores, y enfermedades, que padece algunas veces; pero no queremos dar un paso para procurar la paz de nuestro corazón, sosegar nuestro ánimo, y apartar de él las alteraciones violentas, que le inquietan, y perturban. ¿Remediamos acaso nuestros males con tanto enojarnos, y dolernos continuamente? Entre tanto perdemos la paz, y quietud interior, que es un bien inestimable, y la perdemos sin provecho alguno; y en vez de minorar nuestros males, los aumentamos notablemente. ¿Por ventura, no es un mal muy triste, y penoso el sentirse interiormente atormentado, despedazado, é inquieto? Aun nos queda que añadir otra cosa; porque la *igualdad*, y *serenidad de ánimo*, es una receta específica, y poderosa para hacer mas durable nuestra vida sobre la tierra: ella es la que nos hace imperturbables, y como insensibles para todas las desgracias, y adversidades; con ella dexamos que corran los desórdenes del mundo, quando no los podemos remediar, con tal que cumplámos nosotros con nuestra obligacion, descansando por lo que pertenece á lo demas, en la Providencia, y voluntad de Dios; siendo, pues, dos deseos del hombre, pero muy intensos, y eficaces, el vivir en paz, y el vivir mucho tiempo, y dependiendo en gran parte esta dicha del uso de esta receta, será un necio el que la ignora, y un loco el que no la usa.

## CAPITULO XXXVI.

*Del buen régimen del apetito de la libertad,  
y del mandar.*

## §. I.

**D**OS especies de libertad pueden ser el objeto de los deseos humanos: la una el desear estar libres, y  
sin

sin impedimento alguno para hacer, ó dexar de hacer todo quanto queremos, ó no queremos: la otra de no estar sujetos á otro hombre, que sea como nuestro superior, ó amo. Estos dos deseos necesitan un fuerte freno, porque de otra manera estaria siempre preparado al hombre el precipicio, y la República estaria muy desconcertada, y expuesta á su ruina. Este freno nos lo ha puesta ya la Divina Providencia con sus leyes santísimas, por lo que mira á no deber obrar sino bien, y con arreglo á la virtud. Otro freno son para los hombres las leyes humanas, por lo que mira á la quietud, y buen gobierno civil. Pero sucede muchas veces, que nuestra loca soberbia tasca, y muerde este freno con furor, y rabia al verse privada, ó impedida por leyes divinas, y humanas de poder hacer lo que ella quisiera. Quaja irracional es esta sin duda; porque ni las leyes humanas, ni las divinas nos quitan la libertad, y solo la ponen alguna limitacion. Por lo que mira á la Santa Ley de Dios, aunque nos dexa siempre sin impedimento la libertad del albedrío, con todo nos prohibe el usar de ella para hacer mal á otros, ó á nosotros mismos, y desea que únicamente la exercitemos haciendo bien á todos, proponiendo á este fin premios, y castigos, aquellos para los obedientes humildes, estos para los desobedientes pertinaces. Por tanto ¿á que fin nos quejamos tan agriamente, porque mediante la Ley Santa de Dios nos hallamos impedidos con la ya mencionada limitacion para no hacer aquello que es malo por su naturaleza, y que si lo pusiésemos por obra causaria daño á nosotros, y á la República? Hay ademas de esto las leyes humanas, que por muchos capitulos refrenan, y cortan los vuelos á nuestros deseos desordenados; y esto es tambien muy necesario á la misma República, cuya tranquilidad, y feliz quietud se hallaria turbada á cada paso, quando se dexase suelta la rienda á la voluntad, y capricho de los Ciudadanos. Mas debe importar el bien publico, que el privado. ¿Y por ventura no somos todos una parte,

te, aunque cada uno por sí pequeña, de esta República, á cuyo bien gobierno debemos conspirar, unos obediendo, y otros mandando? Extraña, injusta, y aun ridícula pretension sería la nuestra, si intentásemos que las leyes obligasen, y se promulgasen para los otros, sin que comprendiesen también á nosotros mismos: que se nos permitiese por exemplo el usurpar los bienes ajenos, el violar, y manchar el lecho de nuestros conciudadanos, el dañar á nuestros próximos en el cuerpo, en la honra, en la hacienda; el no pagar á los acreedores, el hacer contratos injustos, y otras acciones semejantes, segun nos pareciese, y que todo el resto de los hombres fuese privado de un privilegio como este; ó acaso si á todo fuese lícito el hacer todo aquello que para nosotros queremos que lo sea, podría resultar muy presto tal confusion, y desorden, que nos viésemos obligados á suplicar á Dios, y á los Legisladores, que nos diesen leyes, ó hiciesen guardar las que teníamos ántes. Es cosa, pues, muy puesta en razon, que ni exercitemos, ni deseemos exercitar la libertad de nuestro arbitrio, ó libre albedrío contra las Leyes Santas del Cielo, ni contra las de los Príncipes, ó Repúblicas, que son justas por lo comun, y puestas con acuerdo de la equidad, y razon. Ninguno embaraza, ó impide nuestra libertad para obrar bien, y esta es aquella de que debemos hacer alarde, y la que debemos usar, como la mas á propósito para hacernos felices verdaderamente, y la que puede influir al mismo tiempo en la felicidad del público; porque á la verdad, ¿quien reputará por un singular privilegio el poder comer, y beber hasta llenarse, y luego, ó reventar, ó no poder moverse? ¿Quien el de estar enfermo de mas cuidado, y mas veces que los demas hombres? ¿Quien el de acreditarse de bestia inmundada en una luxuria desenfrenada? ¿Quien finalmente se gloriará de ser privilegiado, porque con sus injustas, é injuriosas acciones se gana una numerosa multitud de enemigos de todos estados, y clases, y consiguientemente

te ha de vivir en este mundo abandonado, y aborrecido, y aun el mas infeliz que todos? Por evitar estos, ó semejantes desórdenes de una libertad mal entendida, se establecen leyes, que limitan nuestro albedrío, y si acaso hay entre ellas algunas que nos parecen duras, ó quizá injustas, y que por serlo vulneran algun tanto nuestra libertad, entonces el hombre sabio con paciencia, y fiema se sujeta á ellas, y las sufre con aquella misma resignacion con que aguanta, y sufre otros muchos males, que son inevitables en el mundo en que vive. Por lo demas todo hombre juicioso, y de buena intencion ama, venera, y cumple todas las leyes del Cielo, y tambien aquellas que promulgan los Príncipes Soberanos, y demas superiores, que para esto tienen legítimas facultades, en atencion á que todas ellas (de las del Cielo no hay duda) se dirigen á promover, y mantener aquel buen orden, que debemos guardar para con Dios nuestro Criador, para con nosotros mismos, y para con nuestros conciudadanos. A los que son buenos no ponen miedo los Alguaciles, y Ministros, ni para ellos se han dispuesto las leyes que intiman penas, y castigos. Solamente los malos, y perversos hombres miran de mal ojo á estas leyes, porque son contrarias á sus desarregladas pasiones. Ahora bien, ¿en qual de estos dos bandos nos conviene tomar partido, y hacer nuestra figura mientras vivamos en la tierra?

## NOMIA DE NUESTRO LEÓN

§. II.

Todo lo que se ha dicho hasta aquí debe extenderse, y entenderse de la sujecion, y obediencia que deben tener los súbditos á sus Príncipes Soberanos en la Monarquía, y á sus Magistrados en las Repúblicas. Esta respectiva subordinacion la instituyó la necesidad para el bien, así del comun, como del particular, siendo imposible que sin alguno que sea cabeza, ó Gobernador, en quien resida la potestad, y derecho de mandar, pueda subsistir un Pueblo, ó una República, sin

una infinidad de discordias, y desgracias. Por tanto el sabio no se queja de verse sujeto á que otro le mande, ó sea Magistrado, ó sea Príncipe, como ni tampoco de que no le toque el mandar por algun tiempo; solamente procura de obedecer sin repugnancia alguna, acomodando el deseo de su libertad propia con el sistema necesario de la República; Otra especie de sumision deben tener los hijos á sus padres, y á los que hacen sus veces, como son los Maestros, los Tutores, y Directores. Esta sumision, y bien debida obediencia, proviene de la misma naturaleza en todo sabia; y es digno de observarse, que esta superioridad, este mando cede todo en provecho de los mismos hijos. No advierten estos lo que son en aquellos primeros años; y á la verdad que son otras tantas bebecillas pequeñas, y aun peores que estas todavía; porque las bestias no se exponen á tantos peligros, ni se hacen daño unas á otras; pero los chicos, dexados á sus anchuras, y libertad, son capaces de hacerse notables daños mutuamente á su salud, á su vida, y á la hacienda, de entregarse á detestables vicios, y llevar tras de sí á otros. Aquel endeble uso de razon que tienen entonces, sin experiencia la mas leve, no les sirve de otra cosa por lo comun, sino para precipitarse en varias locuras, caprichos, y desórdenes, con que se arruinan, y destruyen á sí mismos, y muchas veces á otros; por lo que necesitan en aquella edad quien los gobierne, y mande como superior, regule sus vanos deseos, y acciones, los contenga, y refrene, y en caso de necesidad los riña, y castigue; porque de otro modo ellos van perdidos. Por esto sin duda la Divina Sabiduría encomienda tan encarecidamente á los jóvenes, que manifiesten amor, y docilidad á la enseñanza, y á la correccion. No entienden muchas veces esta celestial doctrina aquellas tiernas plantas, y menos quando se precian de ingeniosas, quejándose amargamente de tener sobre sí á quien no les dexa toda su libertad, y saciar todos los vanos deseos que les propone su antojo. Párecelos á muchos que la Escuela, el Seminario, el Colegio es un ca-

labozo, ó una triste prision, donde se pierde, y destruye la deseada libertad. Pero con el tiempo llegarán á conocer lo mucho que les aprovechó el no haber podido usar de toda su libertad en una estacion tan critica, y peligrosa, qual es la de la juventud lozana, en que acaso les serviria para obrar mal, aprovechándola entonces para disponerse, y adiestrarse á obrar bien. Mucho, pues, debe apreciarse en los jóvenes, y gran señal de una buena alma es la puntual obediencia á los mayores, el recibir con humildad, y docilidad las correcciones, é instrucciones, y el dexarse gobernar, y guiar de buena gana de aquellos que pueden darles aquel juicio, y asienso, que por lo comun les falta en aquella edad, y que la poca práctica del mundo tampoco puede dárselo. Para navegar bien, es necesario escuchar al Piloto: para vivir bien, al que es mas sabio. Si en todas las mugeres se encontrase aquel juicio sentido, y maduro, que es necesario para gobernarse á sí propias, y al mismo tiempo á una familia, podria acaso concedérseles, aunque limitada, una excepcion que las eximiese de toda sujecion, y obediencia; y cierto que no faltan mugeres tales, que por su juicio, sabiduria, é ingenio pudiesen ser maestras de muchos hombres. Con todo, siendo muy conveniente á este sexo la abstraccion, y retiro del gran mundo, y no siendo sus cabezas unas piezas perfectamente trabajadas en el taller de la prudencia; ántes bien, estando sujetas á muchas extravagancias, y varios delirios de su fantasia, está bien dispuesto que así como en los contratos no pueden obrar sin la asistencia de hombres sabios, de la misma manera dependan tambien de la cabeza que las gobierna, y rige para otras muchas acciones. El hombre está próximo á perderse por demasiado libre; pero muchas mas veces suele perderse la muger por tener demasiada libertad. Pero la que es cuerda, y sabe obedecer á su marido, tambien participa del mando. Publio Mimo lo advirtió quando dixo: *Casta, ad virum matrona parendo imperat.*

Obedeciendo la muger prudente,  
manda con su marido juntamente.

## §. III.

**POR** lo que toca al apetito de mandar, que se llama ambicion, ¿quien acabará de referir los desconciertos, y desórdenes que nacen de este monstruo, quando no se cuida de tenerlo siempre sujeto, y sofrenado? Es muy dulce, y sabroso el oficio de mandar á otros, y cada qual lo exercitá con gusto; y lo que debe causar admiracion, que no hay quien juzgue que no lo sabe hacer; y si acaso no se lo permite exercitar su poca suerte, y fortuna, no por eso dexa de censurar al que lo exercita. Tantos Prepotentes, que en algun tiempo despojaban de su libertad aun á sus mismos conciudadanos, se entregaron sin duda á este indómito apetito; y con tal que mandasen, nada les importaba el cargar con el titulo mas abominable, y afrentoso, qual es el de *tirano*. Al contrario se reputa entre los hombres por glorioso el titulo de *Conquistador*, atendiendo á la opinion vulgar; pero el sabio Obispo de Cambray el Señor Fenelon pretendió ántes de ahora, que el Conquistador no es otra cosa por lo comun, que un hombre, el qual movido, y espolcado fuertemente del insaciable apetito de mandar, y señorearse de los demas hombres, pareciéndole corto, y poco el dominio, que, ó por herencia, ó por eleccion tiene sobre los Pueblos, desea devorar, y destruir á todos sus vecinos; y luego que se le presenta la ocasion, se traga al mas flaco, no faltándole pretextos para hacerlo. Despues, si el indispensable empeño de proseguir la guerra destruye los Países extrangeros, costando muchos tesoros, y un gran derramamiento de sangre á sus propios súbditos, esto se reputa por nada, con tal que á sus Estados se añada un palmo de tierra. Causa espanto verdaderamente el observar quan delicada, y zelosa es en algunos esta idea del mandar; porque no pueden

sufrir la menor sombra de oposicion; en otros es tan potente, y furiosa, que por reynar, ó por continuar su mando, y señorio, ó por dilatar los confines de su Reyno, ni atienden á la razon, ni á los vinculos de la sangre, ó amistad, y á veces ni aun á la misma Religion. Por tanto, entre los males que mas furiosamente afligen, y destruyen la tierra, los mas proceden de esta pasion desenfadada, y perversa. Para las carcerias se encuentra remedio: las pestilencias por la misericordia de Dios son rarisimas en algunos Países, donde se toman todas las mas escrupulosas, y oportunas precauciones; pero los malignos efectos del desordenado apetito de mandar á los Pueblos, no hay quien no los haya experimentado. El impetu furioso, que acompaña á esta pasion desenfadada, puede nacer de un vehemente deseo de adquirir fama, y gloria; pero con este deseo va ordinariamente junto aquel otro, esto es, el figurarse que quanto mas se dilate la circunferencia de los Estados, y Reynos, tanto será mayor, y mas completa la felicidad propia del poseedor, y la conservacion de esta misma felicidad. Pero resta saber si los mismos Soberanos, y Señores, que dominan, y especialmente si son Conquistadores, están sujetos á desazones, rabias, y desgracias, y mas si se halla abierto el peligroso teatro de la guerra. Para mi es cosa cierta, que ni el esplendor de su Solio, ni el terror de sus exercitos, ni la guardia de sus soldados los libertará de sobresaltos, y cuidados gravísimos. Donde hay grandes montes, allí hay tambien grandes valles. En substancia, todos los sabios nos aseguran que puede ser mas feliz en su estado privado un hombre de bien, provisto de suficiente fortuna, y de mayor sabiduria, y prudencia, que un Rey en su augusto Trono, quando no lo acompañen, y se sienten allí con él la sabiduria, la moderacion, y la probidad.



## §. IV.

**P**ERO descendiendo ahora á otros Reynos mas abreviados, quales son las familias, así grandes como pequeñas, no es difícil el encontrar en ellas enredos, y cismas, que ocasiona el deseo de mandar unos á otros. De buena gana tomarian este empleo de mandar á sus padres los propios hijos, las heras á las suegras, y un hermano al otro hermano, &c. Por tanto en aquellas casas donde no quisiera alguno de sus moradores que hubiese orden de superioridad, y quien mandase, y sujetase á los demas, y refrenase el orgullo, y la ambicion de mandar, no faltarán desasosiegos, enconos, riñas, inquietudes, y malas voluntades. Considerad, pues, quantos mártires tiene en el mundo la ambicion, ya que no le faltan muchas perspectivas de honor, y estimacion, consistiendo esta mas principalmente en la codicia de altos empleos, que facilitan el de mandar á otros. Qué aplicacion, qué sudores, qué paciencia no cuesta, y lo que es peor, por qué caminos, y sendas tan torcidas no se anda para llegar á la posesion tan deseada de la superioridad, ó de dominar á los otros. No es necesario que repitamos esto aquí. Podrá suceder tambien que aquellos que habiendo dexado los caminos del siglo, obedecen á Dios, mandando á otros, no reparen en los secretos movimientos, y ocultos atractivos, que hacen en el corazon humano este insaciable apetito. Mientras mandan, obligados de la obediencia, todo va bien, y queda firme la virtud. Pero si acaso estos mismos hacen exquisitas, aunque ocultas diligencias para huir la sujecion, y para llegar al dulce, y sabroso privilegio de dar la ley, logrando la superioridad, nieguen, si pueden negar, que son agitados, é impelidos de este apetito feroz. En suma, á qualquiera parte que nos volvámos, hallaremos muchos exemplos de los males que produce en el hombre este iniano deseo que tenemos todos, si no de ser superiores,

y

y mandar, por lo menos de no estar baxo la voluntad, é imperio de los otros.

## §. V.

**P**OR esto el hombre sabio examina con atencion á sí propio para saber si el apetito de la independencia, y superioridad tiene los debidos limites en su corazon. Sabe que los hombres en el nacer somos iguales; pero sabe tambien que no somos iguales todos en la disposicion, y temperamento del cuerpo, como ni en la perspicacia del entendimiento, ni en los bienes de fortuna, ni en los deseos, é ideas, y otros muchos apéndices de la vida humana; y así por institucion divina, y humana es necesario que haya quien mande, y quien obedezca. El orden requiere que los muchos obedezcan á los pocos, y á veces á uno solo; y que aquellos pocos, ó este sólo, á quien tocase el regir, y mandar, obedezcan ellos á la Ley Santa de Dios, y al tiempo mismo á las de la razon, y el estado. El sabio, pues, bien sea en el público gobierno, bien en el particular, y privado, está con resignacion, y alegría en aquel sitio donde la Providencia de Dios, los varios accidentes del mundo, ó su propia eleccion lo han colocado: por tanto él, si busca, ni quiere otra cosa que el buen orden, sabiendo de cierto que no está en su mano el alterarlo, ni mudarlo; como tambien camina en la carrera de su vida con la seguridad de que obedeciendo á su superior, obedece á Dios. Sucederále alguna vez que le tiene el deseo de ser el superior, y que se prevalga de medios honestos, y licitos para conseguir alguna dignidad, ó empleo honorífico. Quando su verdadera, y sincera intencion sea de lograr la superioridad, y el mando para poder hacer bien al público, es tolerable, y algunas veces laudable este deseo. No hay otro fin que pueda cohonestar los deseos del ambicioso, que el de servir á la República, y el de emplear en provecho de los otros su buena voluntad, su

in-

iugenio, y saber. Pero á mí me parece un buen pensamiento aquel de Platon, quando observa ser una señal clara de que la República se halla en estado de decadencia, siempre que los hombres buenos apetezen, y desean gobernarla, porque este deseo, este apetito de los buenos, nace de ver que la gobiernan los malos, en cuyo lugar desean entrar los buenos. Por otra parte fué doctrina de Epicuro, y su escuela, que el sabio no debe mezclarse en las cosas de la República; esto es, no debe desear empleos, ni oficios en el gobierno público, porque ademas de costar mucho cuidado, hay tambien muchos peligros, y especialmente está muy próximo el de perder la tranquilidad del ánimo, que se debe buscar con toda solicitud; y es difícil cosa el hallarla, ó conservarla en medio de tantas fatigas, batallas, y contradicciones, de que abunda el oficio público, ó el Ministerio de la Corte. Pero esta máxima, aunque sea verdadera, atendidas las duras pensiones, y fatigas que trae consigo qualquier público empleo, ó Magistrado: con todo, por lo que dexamos insinuado arriba, no debe seguirse, por ser perjudicial al bien público; pues si los buenos rehusan el admitir Gobierno, ó Magistrado en la República, tocaria siempre á los malos, y locos el gobernarla, lo que no se puede tolerar, como cada uno lo vé. Aun diré algo mas, que la ambicion tiene un nombre, el qual está muy desacreditado entre los hombres, y muy justamente; pero tomándola nosotros en el sentido propio, y natural suyo, esto es, por un simple deseo de honores, prefecturas, y dignidades, quando esta ambicion es moderada en sí, no solamente puede permitirse, pero aun debe desearse, que muchos en la República tengan en su corazon una porcion discreta. La fatiga, y trabajo que se pasa en los estudios, que son los medios indispensables para merecer los altos puestos, los honores, y dignidades, no son pocos, ni endebles: algun honrado estímulo se necesita para sufrirlos con paciencia. Si no nace este deseo del amor á la virtud, provenga á lo me-

menos del amor propio, que aun así pueda redundar en provecho, y ventaja del público. Por tanto basta que el sabio no se fatigue, ni afane, deseando honores, y superioridades, y conozca que en su retiro, y abstraccion puede gozar una gran felicidad, y muchas veces mas segura, y permanente que la que ofrecen los Magistrados, y Gobierno de Pueblos, y Universidades. Por lo demas, si fuese llamado al gobierno público, ó porque la República le necesita para semejantes cargos, ó porque el Principe le ha nombrado, y escogido para ellos, debe mantener su empleo, acreditando su eleccion con entereza, y valor: debe sufrir con paciencia el peso, y lo espinoso del oficio, consolándose con la buena conciencia, que resulta de las buenas obras, y con los deseos de ayudar al público en su necesidad, esperando la recompensa de nuestro buen Dios. Ni jamas debe revestirse de altanería, ni dexarse llevar de la orgullosa soberbia, por verse elevado en el alto monte de su empleo; porque debe saber: *Que quando la soberbia camvalga sobre la vergüenza, el odio de los otros, va tambien á la gurupa*; antes bien, lleno de modestia, lejos de todo vil interes, abundante en caridad christiana, discrecion, y cortesanía, á todos recibe amorosamente, trata con todos hasta los mas viles, y despreciados, vistiéndose siempre de la persona de los otros, y diciéndose á sí propio: si yo fuese este pobre miserable (y acaso podré llegar á serlo) ¿como desearia yo que me tratasen? Ciertamente que deberíamos desear todos que los que mandan fuesen buenos; pero ya que esto no se puede lograr en todo tiempo, ni ocasion, será gran virtud el obedecer, y sujetarse aun á los malos que mandan, quando no manden cosas contrarias á la Ley Santa de aquel Monarca Supremo, que es Superior de buenos, y malos. Finalmente, por mas que sea una cosa hermosa, y dulce el mandar á otros; es incomparablemente mas dulce, mas bello, mas importante, y necesario el saber mandarse, y gobernarse á sí propio. A esto mas bien que

á otro qualquier negocio debe aplicarse el hombre sabio. El que así no lo practica, el que permite que le señoreen sus desarregladas pasiones, y se dexa transportar de sus apetitos bestiales, es en sí mismo mas digno de menosprecio, y compasión, que el hombre mas despreciable, y no merece mandar á otros hombres.

## CAPITULO XXXVII.

*Del buen régimen del apetito de lo verdadero, de lo hermoso, y de los placeres.*

## §. I.

Considerado en sí mismo el apetito de lo verdadero, debemos confesar ser un don de Dios, porque mediante su influxo somos, ó podemos ser llevados al conocimiento de infinitas verdades, útiles, ó necesarias para esta vida, y juntamente para la otra: con todo es necesario abrir aquí los ojos, y estar atentos, porque este noble apetito, que podemos llamarle virtuoso, y excelente, tiene sus extremos como las virtudes; esto es, el defecto, y el exceso, por los quales puede declinar en vicio. Primeramente las verdades no son igualmente todas importantes: unas miran á los cuerpos, y la materia, otras pertenecen al ánimo, y estas son de mayor precio. Entre las que pertenecen al ánimo, las preciosísimas sobre todo son aquellas que se dirigen á constituir el ánimo moralmente virtuoso, para que viva sabiamente en esta vida, y reine felizmente con Dios en la eterna. No hay duda que es muy bueno el aprender quantas verdades contienen las honestas artes, ó las ciencias que se enseñan en las escuelas christianas, porque todas pueden verdaderamente adornar, y ayudar al hombre. Pero con todo eso me atrevo á preguntar á alguno si se persuade, ó cree ser un grande hombre, ó un sabio de prime-

mera clase por solo haber aprendido la eloqüencia, y las lenguas, por poseer con la mayor perfeccion la mejor Física, por ser un excelente Matemático, un Político erudito, un laureado Poeta, &c.? Si él no se ha aplicado al estudio del hombre, esto es, de sí propio para gobernar bien, y cultivar su ánimo, agradando á Dios primeramente, y despues á los hombres, no lleve á mal si se le dice claramente, que con todo su saber es un pobre ignorante. Los mismos Teólogos, si no estudian aquellas altas verdades con otro fin que por alimentar sus entendimientos con discursos delicados, y solo se detienen en sutiles especulaciones, sin que su estudio les aproveche para ser buenos, y justos, se quedarán tambien en la clase de ignorantes, haciendo traicion á sí propios, y á la nobilísima ciencia que han estudiado. Es, pues, muy puesto en razon, que el apetito de lo verdadero se dirija á enseñar á vivir al hombre antes que todo, porque este verdadero es lo que al hombre le importa mucho, y en su práctica consiste la mayor sabiduría. Razonable, y justa excusa tiene el Pueblo toco, é ignorante, si obligado á aprender solamente aquello que es necesario para ganar su sustento, y poder vivir, se contenta con esto, y no sabe mas. Pero no por esto está libre de la obligacion estrecha de aprender la doctrina christiana, y oír la palabra divina; pues para todos, y á todos es acomodada, y patente esta escuela. ¿Pero que diremos de aquellos que se pudren en el ocio? ¿y que de los que estando siempre sobre los libros, no hacen caso de las verdades mas importantes, que hacen ser hombre al hombre, y le van acercando poco á poco á su Criador, y Dueño? Basta ya de esto, pues en el Capítulo primero hemos hablado de este mismo asunto.

## §. II.

Pero no concluye aquí nuestro argumento: preguntad á qualquiera ¿si apetece, y ama la verdad? Ninguno

no dudará en responder que sí. Pero en esta respuesta se suele callar una importante condicion, y excepción esta es, que se desea, y ama la verdad, con tal que esta sea de mi gusto, y no me sirva de alguna incomodidad. En efecto, nuestro amor propio hace muchas veces guerra á las máximas de la naturaleza, y de la sabiduría, porque amamos las verdades que congenian con nuestro humor, pero no aquellas que se oponen á nuestra soberbia, interés, y provecho: en una palabra, aborrecemos las que son contrarias á nuestros terrenos apetitos, y esta es la causa, por la qual no se arriesgan muchos á manifestarnos, y hacernos tocar como con la mano nuestros propios defectos. Ni aun se atreven á hacerlo nuestros amigos mas fieles, no obstante que ni ellos sean de los que nos lisonjean, ni nuestra confianza les coarte al parecer la libertad de reprehender nuestras faltas: tanta es nuestra ligereza, y miseria. No es verdad cierta el que amamos la verdad, y la buscamos con sinceridad, y lisura, por mas que nos parezca, y estemos persuadidos á que la buscamos, y amamos. No se atreven los amigos á decirnos con claridad lo que sienten de nosotros, porque creen, y no se engañan, que nos resentimos, y llevamos á mal el que se descubra aquella verdad, que manifiesta nuestra mala intencion. Saben muy bien de que pie cojea nuestro amor propio, y la estimacion en que nos tenemos, y lo mucho que aborrecemos el ser tenidos por menos ingeniosos, menos prudentes, y menos provistos de otras prerogativas semejantes, que se aprecian entre los hombres. Las censuras, y verdades desapacibles, y amargas no nos desagradan, como vayan á hospedarse en casa ajena, ántes bien solemos celebrarlas, y aplaudirlas; pero en nuestra propia casa rara vez son bien recibidas. Aun hay mas: amamos hasta la misma mentira, y gustamos de que nos engañen algunas veces, con tal que este engaño, esta mentira nos traiga algun placer, algun interés, ó utilidad. Por esto recogemos con ambas manos todo quan-

to es á propósito para exaltar nuestra patria, nuestra nacion, nuestra casa, ó nuestra comunidad. Todo será una pura fábula, pero no importa: no solamente no examinamos lo que se dice para ver si es, ó no subsistente; pero aun manifestamos nuestra ira contra quien intenta desengañarnos en la materia. Aquella antigüedad, aquella nobleza, aquellos héroes, aquellas acciones, &c. todos han de ser verdaderos, y no fingidos, porque así lo manda nuestro señor el amor propio. Acaso alguno no ha hecho escrupulo de mentir, ó por la gloria de otros, ó por su propio interés, y alguna vez en las cosas de nuestra Religión: por lo demas, sean bien venidos los aduladores. ¡O! estos sí que nos dicen verdades sabrosas, y amables. Por lo menos tales nos parecen aquellas melosas, y bellas palabras, que tanto bien sueñan, y se acomodan con otros apetitos nuestros, aunque no con aquel de lo verdadero, de que ahora tratamos. La raza de los aduladores es mas dilatada de lo que algunos piensan comunmente; y aunque no los hubiese con tanta abundancia en el mundo, nosotros solos bastamos para adularnos á nosotros mismos. Cada uno de por sí puede tener este defecto, y desgracia; pero se encuentra con mas frecuencia entre los grandes, y poderosos, siendo así que debian poner sus mayores intereses en conocer las verdades. Quanto mas encumbrada es su fortuna, en tanto mayor peligro se hallan de creer que su entendimiento, y juicio propio es igual en todo á su alto nacimiento, y próspero estado; y por tanto los hallareis sujetos á una especie de delirio dulce, y á una delicadeza admirable, tanto que la pobre verdad encuentra por lo comun cerradas las puertas de sus Palacios; y si alguna vez acierta á entrar, etnudece á la vista de estos grandes señores; y si rompe á manifestarse en alguna ocasion, al punto la destierran de allí. Las puertas de estas casas están abiertas de par en par á los que por lo comun les hablan á medida de su gusto, y paladar, á los que solo saben ofrecer incienso á

sus palabras, y á sus deseos. Ciertamente que qualquiera que se determine á decirles alguna verdad, como no sepa proponerla usando de palabras de seda, como lo advirtió un Filósofo antiguo, mas presto alterará, que ganará su ánimo. Las conseqüencias deplorables, que aun para los mismos grandes señores, pero mas para los que dependen de su gobierno, trae consigo este mal, que ellos no conocen bien (digámoslo ya), este odio de la verdad, no puede ponderarse, ni referirse en pocas palabras. A mí me basta haber insinuado ligeramente esta enfermedad de los mas soberbios, é interesados animales, quales somos los hombres. Cómo deba regularse aquí el que ama la sabiduría, lo dirémos en pocas palabras.

## §. III.

**P**rimera aguzar la vista quanto le es posible para entrar á registro en los escondites del amor propio. Este es aquel ladino, que se emplea en cubrir, y no dexarnos ver nuestros propios defectos. Descubiertos estos, el hombre sabio los corrige, y enmienda por sí mismo, sin tener necesidad de ojos ajenos para discernirlos. Es propiedad de los malos el notar solamente los defectos de los otros, y realzarlos, y abultarlos mas de lo justo. Al contrario es propio de los buenos, y sabios el ver sus propias faltas, y fiscalizarlas con todo cuidado, y diligencia. Mas porque este no se fia de sí mismo, pareciéndole que no tiene todo el discernimiento necesario para conocer todas las trampas, y ardidés de su amor propio, busca consejeros honrados, y juiciosos, y jamas aduladores, dándoles plena facultad para que en ningun caso le callen lo verdadero. Estos pueden ser los Ministros Sagrados, directores de las conciencias, ó bien los fieles amigos, ó quando se trate de algun Príncipe, puede, y debe aconsejarse con Ministros sabios, y temerosos de Dios. A estos confía sus intenciones, y designios, sus tratos, y negocios, tanto los que pertene-

cen

cen á sí mismo, como los que tocan á otros. Y quando por mera fragilidad humana sienta en los adentros de su corazon el ver contrastados, ó reprobados sus designios, y sus deseos, con todo se mantiene con precaucion á fin de que no conozca la tempestad interior que le agita, manteniendo siempre el rostro alegre, y la lengua inmóvil. Quando se da mal tratamiento, aunque sea una sola vez á quien trata con sinceridad, es lo mismo que mandarle que no se atreva á decir lo que siente, y que nunca diga la verdad, aun quando se le busque, y pregunte; y este mandato se observará puntualmente por los que no quieren contiendas, y disensiones, ni les gusta el ver, y experimentar, que son mal pagadas su buena intencion, y voluntad. Por lo demas, sea el ingenio el mas feliz, sea la mas aguda, y penetrante la discrecion, sea la mayor, y mas acreditada la experiencia de quien gobierna Pueblos, y los manda; quando este crey que para el oficio no necesita consejeros, ni consejo, mire bien no sea que quiera usurpar privilegios á la Divinidad. Refiere Paulo Diácono, que Ariberto, Rey de los Longobardos, se disfrazaba por las noches, y se andaba de corrillo en corrillo, donde estaban congregados hombres, y mugeres, para escuchar lo que decia el Pueblo, así de su gobierno, como de sus Ministros. Oiria sin duda este Príncipe muchos disparates, oiria charlatanerías falsas, y acaso picantes, y agudas sátiras, que como sabio celebraria, riéndose sin llegar á enojarse; pero tambien aprenderia utilísimas verdades, que jamas entraron en su gabinete. Plutarco en el Opúsculo donde trata del provecho que se puede sacar de los envidiosos, observó sabiamente, que puede servirnos de mucho el tener en ellos, y al rededor de nosotros unos rigurosos examinadores de nuestras acciones, porque de esta manera procuraremos evitar las acciones malas; ó si no, ellos mismos, bien lejos de adularnos, procurarán descubrir nuestros defectos, dándonos luz para evitarlos, ó enmendarlos. Por tanto, si tuviéramos juicio, y no estuviéramos tan

Tom. II.

O

em-

embebidos en nuestro amor propio, deberíamos siempre preferir nuestros enemigos á los amigos dulces, y lisonjeros. Aquellos nos dicen siempre la verdad, estos rara, ó ninguna vez. Cierto es que á estos retoques se resiente nuestra soberbia; pero al fin (y á esto debemos atender) no hay verdad alguna que nos sea mas provechosa, que aquella que nos facilita el ser buenos, ó mejores, sabios, ó mas advertidos. Si esto es lo que nos importa, y esto debemos apetecer, y buscar, ¿cómo podremos no amar los medios que nos llevan á este fin?

## §. IV.

Tambien puede ser excesivo el apetito de lo verdadero: esto á primera vista parecera acaso una paradoxa; porque siendo en sí lo verdadero una cosa buena, no deberia reputarse por exceso, ni por malo el desearlo, y buscarlo; con todo hay de hecho ciertas verdades, cuya noticia puede fácilmente ser muy dañosa al hombre, no por motivo, ó ocasion de lo verdadero, pero sí por las perversas, y desarregladas pasiones, y por la mala disposición del que lo aprende: en una palabra, por la corrupción de nuestra naturaleza, que sabe abusar, y abusa de otros bienes que nos da el mismo Dios. La curiosidad por sí no es vicio, ántes puede ser virtud, si solamente se dedica á buscar noticias útiles, y honestas; pero de la misma manera puede ser viciosa por el fin que nos induce á buscar estas noticias. Puede tambien pasar á vicio el demasiado cuidado de indagar vidas ajenas, sin que en esto tengamos interes alguno, ó el procurar descubrir los ocultos defectos de nuestros próximos. ¿Quien no sabe los malos efectos que produce, ó puede producir el buscar los perversos secretos de ciertos vicios bestiales, que por tanto no deben buscarse? Hasta el impúdico Ovidio se manifestaba escrupuloso en que las doncellas honestas leyesen los secretos de su arte. Hay en esto, y en otras materias de suma importancia una

ig-

ignorancia sabia, y dichosa, y una peligrosa ciencia. Pero por no ser fácil el determinar lo que es bueno, ó malo, lícito, ó ilícito en materia de saber, y no ser cosa que se puede decir en pocas palabras, ó escribir en pocas hojas, esto que es señalar los legítimos cofos de la libertad de los genios, é ingenios humanos, así por la desigualdad de sus fuerzas, como por las varias disposiciones de la voluntad, por esto no digo mas en este asunto. Solamente diré, que en el inmenso mercado de verdades que hay en el mundo, ya naturales, ya contingentes, convendrá mucho el observar quales podrán ser mas, ó menos provechosas á ciertas personas determinadas; porque unas debemos confesar que son necesarias: unas mas, otras menos útiles á la vida animal, civil, y espiritual de los mortales; otras nocivas, y peligrosas, de las que diximos arriba: otras finalmente son de ningun provecho, y de nada sirven. Ciertamente que seremos reos de un grande desengeno, é imprudencia, y alguna vez deudores á Dios, si dexando las primeras, solo procuramos adquirir las últimas. Y siendo tan precioso el tiempo de nuestra vida, ¿por que lo emplearemos en necesidades, y miserias, fatigándonos estudiando mucho para aprender poco? Finalmente se halla un grave exceso de este apetito en aquellos que no contentos con aquellas verdades, que están baxo la jurisdicción, ó dentro de la esfera de nuestros ojos, quieren, y pretenden rayar mas alto, queriendo descubrir lo que ignoran los demas, porque excede en gran manera á toda inteligencia humana. Hablo ahora de los Misterios de nuestra Religión sacrosanta, y de aquellos que quieren introducirse en el gabinete de la Providencia Divina: hablo de los que quisieran al mismo tiempo penetrar, y conocer los sucesos futuros. Lo que á estos puede fácilmente acaecer es, que en vez de ballar lo verdadero, caigan en el error, y abracen lo que es falso, creyendo que es verdadero. Para no incurrir en esta temeridad, nos advirtió el Apóstol S. Pablo, quando dixo: *Non plus sa-*

Oz

pe-

*pere quam oportet sapere*; y en el Eclesiástico encontramos escrito: *altiora te ne quaeris*. Es propio de hombre sabio el buscar, y abrazar todo aquello que mas bien puede fundar, y establecer el aprecio, y estima de la Religión, y de la virtud (de lo que tenemos abundancia), y no de aquello, que si no puede en nosotros destruirse, puede por lo menos enflaquecerla, ó debilitarla. El que se introduxese á escudriñar el corazón de aquellos que andan agitados con mil afanes para saber lo que no les conviene, descubrirá ciertamente, que no los inquieta el deseo de buscar, ó encontrar la verdad, sino el de no tener freno alguno, que contenga sus apetitos desordenados, sin considerar que es misero, y desdichado todo aquel que es perverso, y que es miserable, y necio juntamente el que no teme aquel gran Dios, baxo cuyo imperio, que quieren que no, están los malos.

## §. V.

QUIsiera añadir aquí dos palabras á lo que dixé tratando de la prudencia, pertenecientes á la sinceridad, que es hija del amor á la verdad, y llamamos á esta virtud veracidad. Noble, y digna del hombre sabio es también esta virtud, por la qual nuestra boca va concorde con nuestro corazón. Con todo eso tiene necesidad, mas que alguna otra, de que la acompañe la prudencia, para saber quando conviene hablar, y quando no. Puede contarse la veracidad por una joya de la vida civil, con tal que se use en tiempo, y lugar; y por lo regular los negocios de esta vida se logran, y salen mejor con ella, que con la simulacion, el engaño, y la mentira; porque, como ya dixé en otra parte, el pícaro, el engañoso, y el embustero, si no se descubren presto, tardan poco; y descubiertos que sean tales mercaderes, presto hacen banca rota para quien los conoce. Pero si á los buenos no les cuesta trabajo el no engañar á nadie, no les es tan fácil el no dexarse engañar de los otros,

an-

antes en esto deben poner mucha atencion, y cuidado para no caer en las redes que les preparan, y arman los bribones, los charlatanes, y los que largamente prometen. Llámase esta virtud sagacidad, de la que ya hemos hablado arriba en el Capítulo XXIX. tratando de la prudencia. No falta por cierto esta raza de gente en el mundo, óntes hay abundante cosecha de esta maligna casta, siendo necesario ¡muchas veces el tratar con ella, y siempre con el rezelo, y temor de que en su boca el sí sea sí, y el no sea no. Aun peor seria si encontrásemos alguna vez con hipócritas, gente la mas detestable que mantiene la tierra: porque se pone la mas noble capa para cubrir no menos su fealdad, que la tela de engaños que va texiendo, así á los particulares, como al público. Pero al fin estos no suelen ser tantos como aquellos (aunque se va aumentando mucho el partido de los hipócritas en nuestros dias), y debe observarse, que no hay solamente hipócritas de virtud, ó devocion: los hay tambien de amistad, de honestidad, de valentía, de humildad, de liberalidad, y otras muchas especies, siendo estos mas frecuentes que los primeros, aunque no tan abominables como aquellos.

## §. VI.

POR lo que toca al apetito de lo bello, ó hermoso, hemos dicho mas adelante, que es tambien apetito propio del hombre; y considerado en sí, no debe llamarse pecaminoso, antes es laudable, y bueno. El natural instinto, ó la misma razon nos hacen amar su presencia, y vista, y muchas veces nos mueven, no solamente á egcercerlo, y amarlo, mas tambien á desearlo. Todavía por motivo del desenfreno de otros apetitos nuestros, y de nuestras pasiones indómitas, y por la corrupcion de la naturaleza humana, puede alguna vez sernos dañoso este apetito. Nosotros por lo comun vamos perdidos tras la hermosura de los cuerpos, be-

Tom. II.

O 3

llas

llas pinturas, hermosa casa, bellos jardines, hermosos muebles, bellos vestidos, hermosos rostros, &c. Puede sin duda el hombre sabio deleytarse honestamente en todas estas bellezas; pero sabiendo que son incomparablemente mas apreciables las bellezas espirituales, á estas mira mas cuidadosa, y principalmente, y elevándose sobre todo lo que es materia, encuentra en el estudio, en el descubrimiento, y en el amor de estas últimas un alimento dulcísimo, de que no gustan los entendimientos mas pesados, y oscuros. El decir, y persuadir á algunos, que en la contemplación de los inmensos atributos de Dios, ó del admirable concierto, y Magisterio de tantas hechuras de sus manos, con las quales ha adornado este mundo, se hallan, y gustan mil indecibles bellezas, de las quales se siente arrebatado el ánimo de los buenos, y de los estudiosos, gustando de placeres, y deleytes inexplicables, seria lo mismo que hablar de la hermosura, y perfeccion de colores varios á un ciego de nacimiento. Otro emporio, ó conjunto de hermosuras se halla tambien en las ciencias, por medio de las quales se limpia, acicala, y enriquece el ánimo, ó espíritu de los hombres, limpiándolos de todo el mohó, y basura del error, y de la ignorancia. El llegar al conocimiento de lo verdadero, el conseguir nuevas noticias, y verdades, el hallar las causas, las relaciones, el orden, y razon de las cosas, el saber inferir útiles, y ciertas consecuencias, y otros muchos principios, que son efectos de la aplicacion, y reflexion de los estudiosos, que en esto emplean el tiempo, y exercitan su entendimiento, es sin duda un manantial inagotable de gustos, y delectaciones. Finalmente las verdades que al entendimiento humano adornan, y ennoblecen juntamente con las virtuosas acciones, contienen en sí tal hermosura, y belleza, que qualquier hombre de juicio se enamora de ellas; y aun el que no tiene tanto, las mira, y admira en otro. Estas sí que son bellezas inocentes, útiles, y nobles: deberíamos desear que á estas se apli-

case el hombre, y de estas se enamora; pero no teniendo muchos, ó los mas de los hombres otros ojos que los de la cabeza, que son materiales, y faltándoles los interiores de la consideracion, y reflexion, únicamente se paran en la hermosura corporea; y lo que es peor, que se dexan arrastrar tanto, y tanto se inflaman, y encienden, que caen luego en mil inquietudes, baxezas viles, y pecados abominables. Principalmente sucede esto á quien no sabe guardarse del engañoso encanto de las animadas bellezas del diverso sexo. Las inquietudes, y perturbaciones que pueden causar en el ánimo, ó parte superior del hombre un tal afecto, y mas quando incautamente suelte las riendas de la mano, acaso los ignoran los jóvenes inexpertos, y sin conducta, y yo les deseo que jamas hagan la prueba. Por lo que toca á estas, ó verdaderas, ó fingidas bellezas, vuelvo á decir, á los poco cautos, que no es propiamente la belleza material de los cuerpos animados la que conduce, ó lleva al hombre á tan diversas escenas, ya ridículas, ya funestas, como de quando en quando aparecen en el teatro del mundo: no es esta la que lo engolfia, y mantiene en el mar de aquel afecto, unas veces alegre, otras inquieto, y triste: del alma vienen disparadas las mas fuertes, y envenenadas saetas: quiero decir, que la hermosura corporal es sin duda suficiente para mover la pasion; mas para transportarla, y sacarla como fuera de sí, para hacerla que pase á una obstinacion inexorable, son necesarios otros ingredientes. El espíritu, el brio, la gracia, la buena disposicion, ó gentileza, el hacer que se asome á los ojos toda el alma, la melodía de la voz, las palabras melosas, y lisonjeras, alguna lagrimita derramada con oportunidad, y dulzura (ya que las señoras mugeres rien quando pueden, y lloran quando quieren): estas, y otras artes, de que se vale la sagacidad humana, son otras tantas ruedas maestras, que sin una gran belleza, ó hermosura corporal pueden hacer que giren al rededor las cabezas de muchos, que no saben guardarse cautelosos,



6 no conocen al enemigo. Estos, estos son los principales ladrones, que roban la quietud, y el sosiego continuamente, y tal vez enflaquecen, y disminuyen el juicio á quien tiene mucho, y saquean del todo al que tiene poco. Por mas que un cuerpo esté formado con bella simetría, tenga un colorido cambiante, vivo, y hermoso, si le falta el espíritu, la vivacidad de ingenio, la gracia, el garbo, &c. no podrá aquella estatua caminante prometerse muchos, ni muy fervorosos adoradores. Del frio no suele por lo comun provenir el calor. Ahora bien, toda persona de juicio debe abrir cien ojos para no caer en estas redes, y evitar estos peligros; y reputando por una como vileza el dexarse dominar de otros, debe mirar con horror todo aquello que pueda tener un fin ménos honesto. Conviene advertir ademas de lo dicho, que los amores que llaman Platónicos, la confianza en el conocimiento de su obligacion, y el respeto al decoro, y hombría de bien, son unos bellos nombres; pero los hechos no suelen ser tales, porque una pasion ciega, como justamente se pinta el amor entre personas de diverso sexo, pasa muchas veces los límites de la razon, y se desliza á la deshonestidad. Por lo demas no dexa de ser laudable comunmente el apetito á lo bello, y hermoso, quando es inocente, y no hay peligro. El orden, y la propiedad, como suele decirse, conviene al hombre sabio, y prudente; por esta razon le agradan los vestidos convenientes, y decentes á su estado, y que igualmente disten de la miseria, y desaliño, que de lo singular, y pomposo: quiere que su casa, y familia estén decentemente compuestas, y curiosas: que su mesa aparezca honestamente provista; esto es, sin luxo, y sin mezquindad demasiada: esto se entiende en el caso que no sea de aquellas personas, que determinadas á seguir otra virtud mas alta, hayan abrazado una estrecha voluntaria pobreza; bien que ni aun en el camino de la perfeccion se debe admitir una baxa, é indecente mezquindad. Dexemos á los antiguos alabar

á su Diógenes con su media cuba, ó tinaja, embriagado de una odiosa afectacion, y desatinada singularidad; pues si en nuestros tiempos hemos visto algun discipulo de aquel Filósofo, que ha querido imitarlo, mas ha sido burlado, y escarnecido, que alabado por esto. Por otras prendas se mereció esta persona justas alabanzas; pero no por esta insensata afectacion, y sucio modo de vivir.

## CAPITULO XXXVIII.

*Del buen régimen del apetito de la alabanza, de la estimacion, y de la amabilidad.*

## §. I.

Este apetito de alabanza, y estimacion propia, no es uno de aquellos apetitos primarios, y capitales, que digamos, los cuales quando se alteran, y desenfrenan, quieren señorear, y alborotar el mundo entero, y producen cada dia en él funestos, y horrendos espectáculos, como sucede en los apetitos de mandar, y ser superior á los demas, de adquirir riquezas, y saciar la sensualidad obscena de la luxuria. No obstante quando no está bien arreglado el apetito de que hablamos ahora, nos hace ver una serie copiosa de escenas ridiculas, que en lugar de estimacion, y alabanza cubren al hombre de irrision, desprecio, é ignominia. Por esto el hombre sabio no logra pequeños intereses en reconocer, y estar sobre aviso para contener los excesos de este apetito, que son mas comunes de lo que se cree, y dan ocasion á los cuerdos de que se burlen de nosotros frecuentemente quando incurrimos en excesos semejantes. Hay hombres de tal catadura, que parece que nada cuidan de su estimacion, y alabanza propia, ántes bien, como que la aborrecen, y desprecian: tomadles el pulso poco á poco. Si este desprecio, y poca estimacion de sí mismo

6 no conocen al enemigo. Estos, estos son los principales ladrones, que roban la quietud, y el sosiego continuamente, y tal vez enflaquecen, y disminuyen el juicio á quien tiene mucho, y saquean del todo al que tiene poco. Por mas que un cuerpo esté formado con bella simetría, tenga un colorido cambiante, vivo, y hermoso, si le falta el espíritu, la vivacidad de ingenio, la gracia, el garbo, &c. no podrá aquella estatua caminante prometerse muchos, ni muy fervorosos adoradores. Del frio no suele por lo comun provenir el calor. Ahora bien, toda persona de juicio debe abrir cien ojos para no caer en estas redes, y evitar estos peligros; y reputando por una como vileza el dexarse dominar de otros, debe mirar con horror todo aquello que pueda tener un fin ménos honesto. Conviene advertir ademas de lo dicho, que los amores que llaman Platónicos, la confianza en el conocimiento de su obligacion, y el respeto al decoro, y hombría de bien, son unos bellos nombres; pero los hechos no suelen ser tales, porque una pasión ciega, como justamente se pinta el amor entre personas de diverso sexo, pasa muchas veces los límites de la razon, y se desliza á la deshonestidad. Por lo demas no dexa de ser laudable comunmente el apetito á lo bello, y hermoso, quando es inocente, y no hay peligro. El orden, y la propiedad, como suele decirse, conviene al hombre sabio, y prudente; por esta razon le agradan los vestidos convenientes, y decentes á su estado, y que igualmente disten de la miseria, y desaliño, que de lo singular, y pomposo: quiere que su casa, y familia estén decentemente compuestas, y curiosas: que su mesa aparezca honestamente provista; esto es, sin luxo, y sin mezquindad demasiada: esto se entiende en el caso que no sea de aquellas personas, que determinadas á seguir otra virtud mas alta, hayan abrazado una estrecha voluntaria pobreza; bien que ni aun en el camino de la perfeccion se debe admitir una baxa, é indecente mezquindad. Dexemos á los antiguos alabar

á su Diógenes con su media cuba, ó tinaja, embriagado de una odiosa afectacion, y desatinada singularidad; pues si en nuestros tiempos hemos visto algun discípulo de aquel Filósofo, que ha querido imitarlo, mas ha sido burlado, y escarnecido, que alabado por esto. Por otras prendas se mereció esta persona justas alabanzas; pero no por esta insensata afectacion, y sucio modo de vivir.

## CAPITULO XXXVIII.

*Del buen régimen del apetito de la alabanza, de la estimacion, y de la amabilidad.*

## §. I.

Este apetito de alabanza, y estimacion propia, no es uno de aquellos apetitos primarios, y capitales, que digamos, los cuales quando se alteran, y desenfrenan, quieren señorear, y alborotar el mundo entero, y producen cada dia en él funestos, y horrendos espectáculos, como sucede en los apetitos de mandar, y ser superior á los demas, de adquirir riquezas, y saciar la sensualidad obscena de la luxuria. No obstante quando no está bien arreglado el apetito de que hablamos ahora, nos hace ver una serie copiosa de escenas ridiculas, que en lugar de estimacion, y alabanza cubren al hombre de irrisión, desprecio, é ignominia. Por esto el hombre sabio no logra pequeños intereses en reconocer, y estar sobre aviso para contener los excesos de este apetito, que son mas comunes de lo que se cree, y dan ocasion á los cuerdos de que se burlen de nosotros frecuentemente quando incurrimos en excesos semejantes. Hay hombres de tal catadura, que parece que nada cuidan de su estimacion, y alabanza propia, ántes bien, como que la aborrecen, y desprecian: tomadles el pulso poco á poco. Si este desprecio, y poca estimacion de sí mismo

mos nace de la virtud de la humildad, de que hablaremos después, será joro de buen mineral; pero si naciese de una desidiosa floxedad, del aborrecimiento al trabajo, de una necia, y vil insensibilidad, por la qual se juzga el hombre por inepto para todo: en estos casos, ni busca, ni merece estimacion, y alabanza. No padecemos los hombres por lo comun estas enfermedades; ántes bien solemos estimarnos en mas de lo que valemos, y somos; y el vicio de lisonjearnos á nosotros mismos, es casi comun á todos; pero esta adulacion, ó lisonja, no está manifiesta al público, porque sabe ocultarse dentro de nuestro corazón; y lo que es mas, ni aun nuestro corazón mismo sabe muchas veces si se oculta en él. Algunos hombres hay que no se recatan de manifestarla; ántes bien, como pavos reales, hacen ostentacion de ella. Lo que no tiene duda es, que quando el hombre á cara descubierta sale á caza de alabanzas propias, especialmente si no hay mérito sobre que caigan, ó los méritos son vanos, y falsos, puede acaecer entonces que encuentre elogios entre la gran tropa de lisonjeros; pero no le sucederá lo mismo entre los hombres cuerdos, y sabios. La vanidad, y vanagloria son como hechas á posta para conciliarse la mofa, y burla, por lo ménos oculta, de todos, y especialmente logran ser pagados en esta moneda todos los hinchados pregoneros de sus propias alabanzas. Al oír uno de estos, que tantas veces repite sus valentías pasadas, sospechando, y acaso estando seguro de que quien le escucha sabe muy bien que todas son vanas fanfarronadas; al oírle contar los lances de armas en que se halló, ó piensa hallarse, sin que esto le cueste el menor trabajo, se ríe el auditorio de botones adentro. Este es aquel soldado vanaglorioso de Plauto; este es aquel Capitan famoso de la comedia, que no hay trinchera que no fuerce, bandera que no quite, cañon que no barrene. Mas presto juzgarán todos que es un soleme poltron, que á fuerza de brabatas fanfarronas va buscando la gente simple, que lo tenga por un valenton de pri-

primera clase. Tambien es una enfermedad muy antigua el echar sangre por la boca, gloriándose muchos de una alta alcurnia, y nobleza muy rancia. Aun á estos no les faltan lisonjeros, y falsarios, que cooperan, y ayudan á sus vanas ideas, hasta estampar en los libros tan falsas noticias. Aun pasa más adelante este entusiasmo, haciéndolos pobladores de alguna Ciudad famosa, ó fundadores de algunos Monasterios, é Iglesias. El vulgo suele celebrar, y aplaudir estas fábulas, y engaños; pero el sabio, que aborrece toda falsedad, y mentira, ó las recibe con indignacion, ó se burla de ellas. Aun hay mas que notar sobre esto, porque el mismo gloriarse un hombre de sus prendas, y verdaderos méritos, es por lo comun el medio mas eficaz, y proporcionado para apartar de si toda alabanza, y conseguir el título de imprudente, y vano, por lo que la estimacion, y alabanza son difíciles de conseguir; pues el querer cogerialas por fuerza, ó el acometerlas abiertamente, basta para que la presa huya, y se escape: el buen modo, y la destreza pueden solamente conseguirla. Por tanto el hombre sabio jamas manifiesta deseos de ser alabado; porque como la sombra sigue al cuerpo adonde quiera que vaya, así las alabanzas siguen á las obras buenas, y virtuosas. Hablando ahora de la alabanza bien merecida, esta no debe hinchar, y llenar al hombre de vanagloria, porque en este caso mas bien le causaria daño que provecho; debe sí excitarlo, y estimularlo, para que haga todo el bien que pueda. *La alabanza aprovecha al sabio,* dice el proverbio, *pero daña al loco.* Sobre todo conviene referir, y enderezar á Dios toda la alabanza, y gloria que puedan dar, y den los hombres á otro hombre sobre la tierra; y este es el mas seguro medio, y modo de purificar, y rectificar este apetito. Conviene aqui ahora encomendar mucho á los jóvenes la virtud de la modestia, que aunque sea una prenda muy necesaria, y de obligacion para qualquiera edad, pero conviene muy especialmente á la juventud. No consiste esta precisamen-

te en abstenerse de palabras, burlas, y conversaciones deshonestas, que son un indicio claro de tener el corazón inficionado con este veneno; mas tambien en manifestar, así en sus modales, como en sus palabras, y acciones, que estimándose á sí propios en poco, hacen de los demas mucho aprecio. Deben saber que por este camino, que parece contrario á sus intentos, se llega á conseguir aquel aprecio, y estimacion, que sin buscarla se puede desear. No solamente nuestro Dios, que es el justo apreciador de las personas, ama á los humildes, y aborrece á los soberbios arrogantes, lo mismo hacen tambien los hombres. La modestia es hija de la humildad, y será aquella constante, quando la humildad se hallé bien arraigada en el corazón. Es cierto por otra parte, que acaso el hombre podrá por algun tiempo fingir, y contrahacer la modestia, y la humildad; pero observad con atencion, que presto se moverá algun muelle, que le hará parecer muy distinto de lo que parecia durante aquel fingimiento. La virtud, pues, de la modestia no está reñida con aquella otra que se llama franqueza de ánimo, que es una virtud propia del comercio civil, ni se debe confundir esta modestia con la insensatez; de otra manera muy expuesto estaria el hombre en su conversacion á la risa, mofa, y malicia ajena, y manifestaria tambien poco aprecio de la virtud, y de su honor, por tanto deben andar juntas estas dos virtudes: la franqueza modesta es la mejor de todas. Parece como superfluo el acordar aquí que la modestia, aun mas bien que á los hombres conviene á las mugeres: este es aquel hermoso color, que hace resaltar maravillosamente la perfeccion de su semblante, porque es la inocencia la que aparece entónces: quien no lo procura, ó lo desprecia, acaso podrá parecer bien á los necios perversos; pero no espere agradar á los buenos, y sabios. Débese observar ademas de lo dicho, que así como las liebres son apresadas por los perros, de la misma manera se dexan muchos coger por las alabanzas, de tal manera, que

por

por este género de encanto son transportados á creer lo que no hay, y á obrar lo que no deberian hacer. Todos los aduladores son cazadores, y de consiguiente siempre intentan coger alguna presa, ó de la gracia, ó de la hacienda, ó de la honestidad ajena.

## S. II.

**P**OR lo que toca á las afectaciones, haced cuenta que todas ellas son un mudo lenguaje, que va manifestando el deseo extraordinario que tiene el hombre de comparecer lo que no es, ó mas de aquello que es en la realidad, y con el que va mendigando aplausos, y alabanzas, aunque ordinariamente con tal mal suceso, que recoge todo lo contrario. En esta materia (¿podré decirlo yo?) el sevó frágil mas bien que el otro nos presenta, y hace ver tantas, y tan diversas escenas, que podría texerse de ellas una larga historia. Toda su atencion, y gran cuidado (exceptuadas siempre las mugeres que tienen juicio) consiste en querer persuadir á qualquiera que no lo esté, que la hermosura es una prenda que todas la tienen, y que no puede negárseles. Por esto aquella que les falta, juzgan poder encontrarla en el almacén de su toleeta, y la que tienen procuran aumentarla con tan artificiosos adornos, que su excesivo número dió motivo á los latinos para darlas el elogio de *mundo femenino*, *mundus muliebris*. Pero ignoran acaso estas bellezas *del rostro pintado*, como las llamó el Dante, que sus engaños, como tan patentes á los ojos de todos, por lo menos de los juiciosos, y advertidos, son unas claras acusaciones de que van á buscar en el arte aquella hermosura que no les concedió la naturaleza? No esperen, pues, por este medio, ni hermosura, ni alabanza, ántes bien desprecio, y mofa. Qualquiera sabrá decirles lo que se dice comunmente: *El marcb es bello, pero es muy feo el quadro*. Añadirán la otra senténcia, ó proverbio: *El que desea muger hermosa, escójala el Sábado, pero no el Domingo*. Tambien dexaron escrito los

an-

antiguos á este propósito: *Al que ha de comprar algo, siempre deben ser sospechosos los adornos. Suspecta semper ornamenta. ementibus.* Aquella hermosura, que por la noche duerme baxo el pabellon del tocador, es fingida, y engañosa. Y si por ventura, ó desgracia llegase un hombre á pedir socorro á las bolsas, y botecillos para parecer hermoso, el menor mal que puede sucederle será el que le tengan por muger los hombres de juicio, y de razon. Ademas de esta afectacion, que pertenece á la hermosura de las mugeres, suele tambien encontrarse en ellas aquella que mira al brio, y bella gracia. Repare un poco el que concurre frecuentemente á sus conversaciones, el modo con que Lesbina hace un paso de comedia, representando suspensiones, admiraciones, y reflexiones con un *quita allá* espirituoso, despreciativo, y desdenoso. Observará á Clelia como se pasea con una afectacion tan regulada, y á compas, ó con un descaecimiento tan estudiado, que parece que va pidiendo como por cortesía quien la sostenga para que no caiga. Advertirá tambien como la otra señorita, no contentándose de censurar, y juzgar las escufias, encages, y blonchas, trinchas, y raja sobre negocios políticos, y se mete tambien á decidir sobre puntos teológicos, los mas difíciles, é intrincados. Y por que no podrá meterse, quando ha leído tantas comedias, y tan bellos romances? Pero no lo practican así las que tienen mas juicio, y saben bien el arte de navegar, porque saben que el manifestar una estimacion mediana de sí mismas, un adorno conveniente á su condicion, y grado, una apreciable modestia en su rostro, acciones, y palabras, y finalmente lo natural, y no la afectacion, son los medios propios, y honestos del comercio humano, que concilian el amor de todos, ó por lo menos de los buenos, y sabios. El pretender mas de lo que nos es debido cuesta muy caro, porque no se consigue lo que se merece, quando sin dificultad lo podemos conseguir.

## §. III.

ES comun tambien al uno, y al otro sexó la opinion de tener un grande ingenio, y mucho mas juicio: no le cuesta mucho trabajo á nuestro amor propio el hacernos creer esto mismo. Y quando los otros son tan poco advertidos, y discretos, que no hablan de estas nuestras bellas prendas, hablamos nosotros, no una vez sola, para que ninguno ponga en esto la menor duda. Tantos, y tan floridos conceptos, que en algun tiempo, y aun hoy acaso se oyeron en los sagrados Púlpitos, no podian verdaderamente decirse dirigidos á convertir los pecadores: mejor dirémos, que eran unas muestras, ó señales, que presentaban los Predicadores á sus auditórios, para que conociesen su grande, y peregrino ingenio. No obstante que en nuestro tiempo ha cesado en parte este vicio, con todo, no se ha minorado la vanidad humana en otras muchas cosas, que no queremos advertirlas, ni emendarlas. Y si no, ¿por qué quando se trata de la correccion de nuestros defectos, ó de oír á quien nos manifieste los despropósitos de nuestra conducta, y engaños groseros de nuestro genio, é ingenio; por qué, digo, nos resentimos tanto, que reputamos estos avisos como tantas estocadas á nuestro corazon, y se nos altera tanto la cólera? Pues no es otra la causa de esta inquietud sino el oír la tácita reprehension, que se nos hace entonces, ó por mejor decir la evidente demonstracion de que no es tanta nuestra prudencia, ni tan delicado nuestro entendimiento, ni tan recto nuestro juicio como habíamos creído, y nos lo persuadía nuestro amor propio. Con que por este, y otros medios semejantes viene á manifestarse nuestra gran vanidad, y el insaciable deseo, que anida en nuestro corazon, de ser alabados, y estimados de los otros hombres (sin que reflexionemos sobre esto mismo, que es muy comun, y ordinario, y por tanto se advierte menos); y aun quan-

do lo advirtamos, solemos sacar poco fruto. Sobre este punto suelen ser los hombres de letras los que así en las públicas asambleas, como en las conversaciones privadas, y aun en las obras que dan á la prensa, nos hacen ver escenas extraordinarias, y ridiculas. No puede negarse, que á excepción de algunos pocos, que piensan seriamente en la mayor gloria de Dios, y en el bien común, los demás se sienten estimulados, y agitados, quien mas, quien menos, de un interno prurito, y punzante deseo de conseguir fama, gloria, elogios, y alabanzas. ¿Y que no hacen para lograrlas? No perdonan fatiga alguna, trabajan, se desvelan, y si acaso se les retardan un poco la gloria, los elogios, y las alabanzas, no dexan piedra por mover á fin de conseguirlos. Que intenten esto mismo hasta los charlatanes, lo han demostrado ya varios Autores; pero esto no es mucho. Está muy bien, que los literatos manifiesten al público su saber, y su ingenio, produciendo algunas obras de que resulte alguna ventaja á las bellas letras, y utilidad á la República; en este caso ninguno rehusa de pagar el justo tributo de elogios, y alabanzas, que se deben á sus bien empleadas fatigas; pero lo malo es, que algunos pasan tan adelante, que no sufren el que otros sus iguales pretendan semejantes honores: quieren que este sea derecho privativo suyo, ó de aquellos solos que son de su partido, ó de su patria, ó de su nacion; porque los demás se juzga que no pueden tener ingenio, ni erudicion. Y si llegan á confesar alguna vez, que el saber no tiene patria, ni determinada nacion, con todo eso ellos se apropian el *bien saber*. Qué nombre se deba dar á este modo de pensar de algunos hombres, yo dexaré á otros que lo decidan, y sentencien. Ni es necesario el prevenir aquí que el país de la gloria literaria es dilatadísimo, y que cada uno puede fabricar en él su casa, ó palacio, sin que estorbe á otro; así es, pero algunos juzgan que es un insolente atrevimiento el fabricar en este terreno desde que ellos tomaron posesion, y fabrica-

caron. Podrá rezelarse no sin fundamento, que el abominable monstruo de la envidia es el que les hace pensar de una manera tan fuera de razon. Es muy antiguo el proverbio de que *figulus figulum odit*, del que tiene su principio el nuestro castellano. ¿*Quien es tu enemigo? el de tu oficio*. Esto puede verificarse muy bien en otros oficios, y profesiones, sean altas, ó baxas, que aspiran á una gaaancia puramente terrena; pudiende muy bien el demasiado despacho de las mercancías de uno impedir la venta, y despacho del otro. Pero es ciertamente una cosa extraña, que quando se trata de cooperar, y facilitar el comercio del saber público (á que deberian concurrir y ayudar todos); ó por lo menos quando se trata de divertirlo, y deleytarlo honestamente, haya quien tenga, y reputé este beneficio por un maleficio, solamente porque no es él solo el que lo hace; ó que quando se trata de aquel honor, y gloria que pueden tener muchos á un tiempo mismo, sin que la parte que toca al uno disminuya, ó desfalque la que tiene el otro, haya quien se queje de que se le roba, y usurpa todo aquello que justamente tienen los otros.

## §. IV.

Quando suceda, pues, entre los literatos, que uno contradiga, y se oponga á la opinion, y modo de pensar del otro, entonces el hombre verdaderamente sabio, si conoce que la razon no está de su parte, cede, y se conforma honradamente; pero si le parece que tiene razon, y llega el caso de controvertirse el punto, procura sostener su opinion con igual modestia, y eficacia, por ser esto permitido á qualquiera. Pero no lo practican así otros muchos, que llenos, y aun repletos de amor propio, y estimacion de sí mismos, sienten como tantas estocadas en su corazon, quando saben, ó escuchan la menor censura de su opinion, ó que hay quien se oponga á su modo de pensar. Abreñse al punto las puertas

de la grande armería, á la qual recurren luego ciertos profesores literatos, que respiran mas furor, y venganza, que justa defensa. No se perdona entonces ni á las injurias mas atroces, ni á las sátiras mas picantes; y acaso ni á las calumnias mas insolentes, armas todas verdaderamente inútiles para dar la razon á quien no la tiene; y si acaso está la razon de su parte, son tales armas muy conducentes para hacer que el que las usase pierda el concepto de hombre justo, civil, y prudente, y causarán mayor daño si no tuviese este concepto. ¡Ah, ciego, y desordenado apetito de alabanza, que mientras procura conseguir lo que es ménos, pierde lo que es mas estimable, y precioso! Pues importa mucho mas sin comparacion á qualquier hombre de juicio, y razon el parecer, y ser persona moderada, y christiana, que el ser gran campeón de la literatura. Por tanto el hombre sabio en semejantes casos se va diciendo á sí propio: mantente fuerte, de manera que la ira no te arrebatte, y transporte. Quando busques el ser tenido, y reputado por hombre sabio, ten cuenta con no perder el concepto de hombre bueno, y virtuoso. Del mismo modo se aparta el sabio de mendigar aplausos en sus conversaciones, y familiares discursos: tambien quando escribe se guarda de la maledicencia; esto es, de indiscretas mordaces palabras, satíricas, é injuriosas, de burlas pesadas, y poco decorosas; y últimamente huye de burlarse, y disminuir el mérito de los otros con la esperanza de ensalzarse á sí propio, y adquirir el renombre de ingenioso. El genio dado á la crítica, y sátira, por lo comun no hará mucha fortuna. Ni por esto intento alabar á los aduladores, y lisonjeros; pues al fin el adular es vicio; pero la sociedad humana mas bien se acomoda con la miel de estos, que con la hiel de aquellos. Aun quando estos Aristarcos logren el criticar justamente las acciones de los demas, y descubran con el microscopio de su critica defectos aun en las mas buenas, luego que se ausentan de los que con risa los escuchan,

chan, y aplauden, deben esperar ellos ser tratados del mismo modo. Giran otros por otro camino, y van á caza de elogios, encareciendo, y ponderando lo mucho que han fatigado, y fatigan en la carrera de las artes, y ciencias, y con esto deciden á diestro, y siniestro en los razonamientos, y conversaciones con la gente sencilla, é ignorante: hablan de literatura, critican la menor friolera, citan autores, y fácilmente arman contiendas, que defienden con sofisterías. No consideran que cargan con el título de pedantes, poco apreciable, y enfadoso á quien lo exerce, y á los que los oyen, y sufren: consiste esto en pretender ser solo ellos doctos, y tener á los demas por ignorantes. Aun mas ridículos en este género se muestran aquellos que han leído mucho, pero sin buen gusto, ni discernimiento; á los quales, como les sirva bien su memoria, y les pique un poco el deseo de cobrar crédito de hombre erudito, querrán siempre montar el púlpito, y despachar á fuerza su mal dirigida erudicion, sin descansar ellos, ni permitir que respire el auditorio. Pretenderán tambien que se tenga por favor el que interrumpan ellos la conversacion de los demas, á fin de hacer alguna reflexion, que acaso apestará de puro rancia, quando no de puro necia. Ved aqui los esfuerzos de muchos, que buscando alabanzas, y elogios, se encuentran con la burla, y escarnio. Y quando esto no tenga visos de pedantismo, los tiene de otra cosa, que se le acerca. ¿Que salsa tan insulsa, y desagradable será la que á su conversacion da aquel militar, que habiendo hablado hoy de la toma por asalto de una fortaleza, repite mañana esta misma historia con las mismas palabras, y hace presente á sus oyentes aquel mismo lance, aquella misma circunstancia de abrir la brecha, forzar la trinchera, escalar la muralla, sin saber hablar de otra cosa que de piquetes, quarteles, batallas, y provisiones de guerra, sin considerar que es un mal músico el que solo sabe una cancion? ¿Pues que diremos de aquel otro, que en una conversacion se halla-

ria muy confuso, sin saber dar razon de su persona, si no hubiera hecho un viage á una gran Corte? Este es el almacén de donde hace su provision para conversar; pero tan frecuentemente, y de géneros tan idénticos, que causa fastidio al auditorio.

## S. V.

Seria un nunca acabar si alguno intentase pintar las varias escenas, que hacen comparecer en el teatro del mundo los que con ambicion sobrada buscan en el trato con otras personas sus propias alabanzas. Mejor será el juntar á este otro argumento, que si no es el mismo, es su pariente muy cercano, y se le parece mucho: este es el apetito de agradar, y complacer á otros, y de ser amado, y estimado de ellos. No me atrevo á registrar, y poner este entre los apetitos comunes del hombre; porque estudiando quanto me es posible la naturaleza humana, y el uso de los mortales en ella, no encuentro que este apetito sea tan universal, y poderoso; ántes bien parece que se halla en pocos sugetos; y aun quando fuese cierto que se halla en cada uno de nosotros, y que fuese por un fin honesto, procurando cada qual satisfacer este apetito, seria una virtud en este caso; digo que seria una virtud que se llama *amabilidad*, que es muy necesaria para la vida civil; bien que conocida, y procurada de muy pocos, ó mal practicada por defecto del fin, y de los medios que para conseguirla se deben poner. Sin duda que haria un gran servicio al público cualquiera que, conociendo bien al mundo, y al hombre, emprendiese tratar de propósito del arte de hacerse amar. No ciertamente de aquel arte vicioso, y malo, del qual dexó un escandaloso, y deshonesto modelo Ovidio con daño suyo propio; sino de aquel arte virtuoso, y bueno, que conviene á un sabio, y prudente christiano, señalando sus defectos, y sus excesos. De este diremos algo, aunque de paso. Parece una cosa extraña el que hallándose por lo comun el hombre empapado, digámos-

lo

lo así, en su amor propio, se olvide tanto, ó piense tan poco en hacerse amar, y no cuide de adquirirse una capital, que puede, y suele rendir tantas ventajas en esta vida. Vemos, y experimentamos, que el que lleva consigo el precioso requisito de la amabilidad, logra ordinariamente, y segun su grado, y clase, los votos favorables de los hombres, y aun la fortuna suele tambien favorecerle. No porque algun particular pueda, ó deba pretender jamas el ser amado de todos sin excepcion, por mas que se halle dotado de las mas bellas prerogativas, y haya hecho las acciones mas heroicas. Esta justicia universal no debe esperarse de los varios modos de pensar que tienen los hombres; pero ya que no de todos, puede por lo menos conseguirse de muchos. Con todo son muy pocos los profesores de este noble, y lucrativo exercicio, acaso por ser mas dificultoso de lo que aprendemos; porque á la verdad es necesario confesar que no hay modo, ni medio para que el hombre sea amado de los demas, sino es de la virtud, y no una virtud sola, pero sí el conjunto de todas ellas, ó por lo menos de aquellas que convienen al particular estado, y condicion de cada uno. La actividad, la vigilancia, la fidelidad, la humildad, y la paciencia, son virtudes que hacen amable á un sirviente, ó criado; y por este motivo, si pierde un amo, encontrará luego otro, ú otros ciento. La cortesía, y la afabilidad, virtudes que cuestan poco, y valen mucho, la beneficencia, la clemencia, y la justicia harán amables á los grandes Señores, y será amados, y venerados de todos igualmente en las Repúblicas, Reynos, y Ciudades. Para conciliarse la benevolencia en los discursos, y conversaciones privadas, harán un buen efecto, además de un buen ingenio, la modestia, la policía, la propiedad en las voces, la delicadeza en las relaciones, el ser alegre, y festivo, la complacencia, y el respeto que se debe á cada uno, la docilidad, la gracia, &c. En suma, la amabilidad puede llamarse una virtud hija de todas las demas; y quan-

Tom. II.

P3

do



do no quiera dársele el título de virtud, debe ciertamente contarse entre las prendas mas envidiables del hombre. El que la posee es bien recibido en todas partes: alcanza, y consigue fácilmente quanto pide; y así como un buen amo es amado, estimado, y servido de sus criados, y un buen padre de sus hijos, y domésticos, siendo esta una clara señal de que en ambos hay virtudes que amar, lo mismo debe decirse de quien es amable por el conjunto de sus virtudes.

## §. VI.

**P**OR el contrario, aquel vicioso, que en parte pierde, ó totalmente destruye las virtudes, particularmente si está dominado de la soberbia, nunca debe esperar, ni presumir que se le quite la amabilidad, porque todos los hijos de Adán conspiran naturalmente al aborrecimiento de este vicio en qualquiera persona que se encuentre, sea de la mas alta, ó de la mas baxa esfera: todos, todos aborrecen el fausto, la arrogancia, el orgullo; esto es, al que estimándose en mucho á sí propio, trata á los demas con desprecio. Lo mismo podemos decir del impio, del cruel, del avariento, del pedante, y otras semejantes pestes, á las que está destinado el odio, y universal aborrecimiento. Por el contrario, no obstante que la rusticidad, la necedad, y mentecatez sean extremos opuestos por defecto á la amabilidad; con todo, pudiéndose avenir con estos defectos otras bellas prendas, podrá suceder en alguna ocasion, que el rústico, el mentecato, el necio consigan el ser amados, no por estos defectos, sino por otras buenas prendas que se hallen en semejantes personas. El exceso de la amabilidad consiste en procurarse el amor de los otros por fines malos, y peores medios. Aquel gran cuidado con que Florindo procura agradar á aquella Señora, y entrar en su gracia, puede ser que sea efecto de su noble amabilidad, y gentileza. Pero si á caso de esta manera, ó con

esta exterioridad amable, y dulce, intentase alguna otra cosa menos decente, cierto es que en este caso será su integridad digna de odio, y aborrecimiento. Uno de los caminos mas trillados para introducirse, y conservarse en la gracia, y benevolencia de los Señores, y Grandes, suele ser el de aprobar, y alabar todas sus acciones, todas sus palabras, sus pensamientos, y discursos, aun quando aquellas sean viciosas, y malas, y sus discursos unos inexcusables despropósitos: *en una palabra, el adularlos*. Ah! si estos personages gastasen un poco mas de tiempo en conocerse á sí propios, quan fácilmente llegarían á penetrar, que los aduladores son sus enemigos mas crueles, porque el humo de su incienso solamente se dirige á no dexar abrir los ojos á los que ya están medio ciegos. Es mucha verdad (no me cansaré de repetirlo) que nosotros somos los primeros y mas dañosos aduladores de nosotros mismos, y por tanto estimamos en mucho á los que siguen nuestro exemplo. Advertirían tambien los grandes Señores, que por lo comun son ellos mismos los que causan, y aumentan esta mala, y pestifera raza de los lisonjeros; porque si ellos no saben agradecer, ni escuchar otro language que el de la adulacion; si no se manifiestan afectos al sacrosanto idioma de la verdad, parece que en cierta manera obligan á los que los tratan á no cantarles otra música que la de la lisonja, porque esta sola es la que les agrada: ni esto digo yo aquí para excusar el feo vicio de la adulacion. No debe jamas el hombre sabio envilecerse, ni olvidarse tanto de sí, que sepa lisonjear. Si los grandes Señores no quieren oír la verdad de su boca, tampoco deben oír la mentira. El alabar, y elogiar á quien lo merece, es justicia; pero el alabar á los indignos, es hacerlos arrogantes, soberbios, y locos; como tambien el emplear con las mugeres tantas, y tan dulces adulaciones, suele ser artificio para robar á las menos cautas lo mas precioso. Conviene tambien el no ofender á los otros con la verdad; aunque pueden ocurrir algunos casos en que deba usar-

se el consejo de Publio Mimo: *Malo verbis offendere, quam placere adulando. Es mucho mejor, dice este Filósofo, el desagradar á otros con las palabras, quando así lo pide la caridad, que el agradarlos con la lisonja, y adulacion.*

## §. VII.

**A** Costumbran algunos el ingeniarse, y esforzarse para agradar á los concurrentes en las conversaciones familiares, usando de graciosas agudezas, que suelen dirigir á los ausentes, y aun á los presentes tambien, burlándose de unos, y otros con motes ingeniosos, y agudos. No puede dudarse que el tener un humor alegre, y jovial es una bella salsa para la conversacion, y un medio favorable para conciliarse el amor de los concurrentes: como al contrario hace una fea figura para este efecto el humor rústico, é hipocondríaco, el qual no sabe hablar por lo comun de otra cosa que de sus desgracias, y males propios, ó de los desórdenes del público. El hacer siempre de Heráclito es un oficio fácil, pero presto se enfada quien lo escucha. Mucho mas gusta á todos el hacer de Demócrito, porque se alegra á sí propio, y á todo el concurso, convirtiendo en materia de risa lo que para otros suele ser la materia mas desagradable, y odiosa. Pero finalmente desdice demasiado á un ánimo noble la que se llama bufonería, y el remedar á otros en la voz, en las acciones, y en los gestos. Estas pueriles escenas, y cómicas imitaciones deben reservarse para el teatro, donde en otro tiempo estaban en gran crédito los mimos: éstos en buen hora la plebe, y gente baxa, esto poco importa; pero este desgraciado privilegio desdice mucho á los prudentes, y sabios, á los quales puede convenir solamente un cierto ayre de graciosidad, que manifieste el ingenio, sin ofender á los otros; porque el arte de poner en ridiculo al próximo, que nosotros llamamos bafar, y burlarse (ya lo he dicho, y lo repito) es un tráfico muy peligroso, y expuesto á mayores pérdidas que

ganancias. Se rie, y se hace reir, esto es verdad; pero el sugeto que hace la costa en esta funcion no suele llevarlo muy á bien. ¿Y que seria quando pasase tan adelante este negocio, que ademas del odio que suelen acarrear estas burlas pesadas, se siguiesen riñas, y quimeras? Mucha delicadeza es necesaria para burlarse de otros, de tal manera, que no solo no lo sientan, mas tambien que se complazcan, y quieran bien á quien los pone de buen humor. Pueden por diversion fingirse ajenos defectos, pero sin tocar los verdaderos; ó si se tocan, ha de ser con tal habilidad, que no hagan mas que tocar la piel, sin pasar de allí. ¿Pero quien es aquel que sabe dar estocadas con tanto primor, y destreza? Por tanto á los muchachos, que tan fácilmente cometen estas faltas, burlándose de los que toman entre ojos, y escarneciendo á quantos les parece, hasta disgustar á los circunstantes, se les debe avisar, y reprehender, manifestándoles las malas consecuencias de este mal vicio, y su deformidad. De consiguiente deben guardarse mucho mas de incurrir en él los adultos, acordándose que es un despropósito solemne el perder un amigo por no perder un buen concepto, ó un dicho agudo. Sobre todo deben en esta materia contenerse, y abstenerse los grandes Señores, porque es demasiada opresion el tratar de este modo á quien no puede responderles por justos respetos. No debe omitirse aqui el advertir, que ninguno debe avergonzarse de tener alguna imperfeccion, ó defecto en su cuerpo, por ser este un mal que no arguye culpa en el sugeto, ni está en su arbitrio el evitarlo, ó remediarlo: solamente la gente incivil, y la del baxo pueblo suelen reírse, y burlarse quando ven á un tuerto, á un corcobado, á uno de grandes narices, ú otros defectos semejantes, y comunes en los hombres. Será por el contrario hombre sabio, y prudente el que hallándose con alguno de estos defectos, sea el primero que con humor festivo se ria, y burlé de sí propio, y por ser este el mas eficaz remedio de evitar la burla de los otros.

## S. VIII.

EL camino mas ordinario, y comun, que toman las mugeres para hacerse amar, es el de la afectacion, de la que hemos hablado poco há. Se persuaden á que la vivacidad espirituosa, la brillantez, y buen manejo de sus ojos, el melindre de sus gestos, la artificiosa risa, el ayre brioso de sus palabras, son otros tantos tiros de artillería, que hacen caer á sus pies tropas enteras de los que idolatran su hermosura. Por tanto reparad en la señora Galantina, que unas veces habla con su papagayo, otras con su perrito faldero, con unos ojos inquietos, y baylarines, que ni aun sentada sabe estar-se quieta: oíd una intempestiva risa, pero sin perjudicar su preciosa boca, esforzándose lo posible para que no parezca grande; atended como mira á una, y otra parte, como suspira sin tener motivo de tristeza, como rie sin la menor causa de alegría. Finge estar quejosa de todos los que concurren á obsequiarla, estudiando siempre nuevos meneos, y melindres, y haciendo con su abanico nuevos juguetes, nuevas figuras, nuevas invenciones. Merece ciertamente que la llamen la diosa de las conversaciones. Ella pretende dar gusto en su porte, y lo dará sin duda; pero á quien? A quatro cabezillas vanas, ó acaso á quien quiere parecer honrado, y juicioso en su propia casa, pero no en la ajena: á estos agrada á acaso esta señora; pero no al hombre sabio, y sagaz, que sabe distinguir el oro del oropel. Leen los hombres prudentes en todo aquel libro de fingida afectacion una mal disimulada vanidad, y en aquella risa y movimientos leen alguna cosa peor. Yo dexaré que consideren los inteligentes, y sabios lo que en tiempo de Julio Cesar quiso significar Publio Mimo quando escribió: *Multis placere quae cupit, culpam cupit*. La muger que desea agradar á muchos no está lejos de desear el pecado. Por tanto no se crean ya, ni persuadan estas, que pre-

presumen de deidades, que se ocultan fácilmente sus deseos, y fines. Estas digo, las quales en alguna Ciudad de Italia (y creo que en las mas de Europa) no hacen otra cosa desde la mañana hasta la noche, ó por mejor decir, desde el medio dia, en que suelen dexar la cama, hasta volver á meterse en ella, que andar á caza de idólatras, así en el paseo, como en la tertulia, en el juego, en la toleeta, y aun en la Iglesia misma. Y si acaso con estos artificios intentasen cazar algun incauto para unirse con él en matrimonio, deben persuadirse que ningun sabio, y prudente caerá en redes semejantes. Estas cazadoras lo son solamente de cabezas vanas, y locas, que se prendan de estas indriles bazarías; ó lo son de sujetos adocenados, que nunca supieron que cosa es la verdadera amabilidad; ni saben estimar las cosas en su precio justo, y así harán penitencia á su tiempo; y acaso podrá tocar parte de esta penitencia á las mugeres mismas, las quales, si con un marido sabio, y juicioso son dichosas, en poder de otro que no tenga virtud, ni juicio son desgraciadas.

**R**eejamos ya velas, y volvamos á la amabilidad, la qual es una de las mas bellas alhajas para la vida civil. Ni puede dudarse que no sea una de las prendas mas estimables del hombre sabio el hacer quanto sea posible para que todos le amen. He dicho todos, porque no tratamos aqui del amor marital, que debe limitarse á aquellos dos sujetos que Dios ha juntado por el vinculo del santo matrimonio; hablamos de aquella universal benevolencia, que no solamente es licito á qualquiera persona el procurarla con medios honestos, y virtuosos, mas tambien será muy feliz el que la llegue á lograr. Por lo que conviene siempre repetir, que las virtudes solamente son el medio mas eficaz para lograr, y adquirir esta prenda estimable de la amabilidad, la qual huye,

y se aleja del vicio, y de la afectación. La virtud tiene este privilegio de ser amada, y venerada aun de los mismos viciosos, que carecen de ella. Al contrario sucede al vicio, y á la ficción, que son aborrecidos de todos. No hay duda que aquel color que aparece en el rostro de aquella muger, no siendo, como no lo es, natural, ha de ser ficción, y pretende con ella aparentar hermosura: haga, y finja quanto quiera, lo cierto es, que con todo este artificio no logrará el engañar al hombre sabio, ántes este se indignará contra ella, porque no sabrá distinguir quando aquel color rubicundo será un efecto virtuoso, causado por la vergonzosa modestia, pues por lo comun lo es de la engañosa salserilla. Buena es la policía, y curiosidad; pero no la afectación. Un modo de obrar inocente; una honesta, y seria alegría, acompañada siempre con la modestia, las insinuaciones dulces, sinceras, y obligantes, el manifestar estimación á todos, y procurar el no ofender á nadie: estos son los atractivos verdaderos, que deben buscar, y estimar los sabios, y los que no lo son. Y quando se trata de adquirir estimación una muger juiciosa, la procura, ó debe procurar por aquellos medios, y modos, que verdaderamente son á propósito para ganar este concepto con los hombres, y mugeres de juicio. La estimación, y el mas alto mérito, entre otros muchos, de una muger casada, es sin duda quando estima, y aprecia mas que la de otro alguno la conversacion de su marido, y sus hijos, y criados, para educar bien aquellos, y gobernar á estos: quando encuentra mayor conveniencia, y gusto en su laboratorio, y expedición económica de sus afanes domésticos, que no en perder la mitad del día, preparándose para malgastar, y emplear del mismo modo la otra mitad, ó que el divertirse horas enteras, rodeada de una caterva de aduladores forasteros, para recibir de ellos un incienso pestífero, entreteniéndose la conversacion de novelas insulsas, ó manejando aquellas cartas, que ademas de hacer perder el dinero, las mas

veces traen consigo otras consecuencias peores; pues por de contado se abandona el cuidado de la casa, y familia, se pierde la preciosa alhaja del tiempo, y quiera Dios que la pureza de la conciencia no se pierda tambien. Finalmente la buena gracia, el buen garbo, y apacible modo, son las prendas que pueden hacer amables, así á los hombres, como á las mugeres, y dar la última mano á las otras prerogativas, por las cuales el amor se consigue, ó se merece. Bienaventurado el que sabe acompañar las acciones de su vida con una recomendación tan poderosa. No basta el hacer un beneficio: es necesario el hacerlo con un garbo gracioso, sostener su razon, contradecir, y si fuese necesario reprehender; pero con dulzura, y gracia. Saben algunos negar un favor que se les pide; pero lo hacen con tan bello garbo, y tan buen modo, que el que no lo consigue le queda obligado. Aun la misma hermosura corporal, si le falta esta fineza, y gracia, que depende del ánimo, logrará pocos triunfos, porque no serán muy puntiaguados sus dardos. ¿Pero que viene á ser esta gracia tan decantada? ¿Es acaso alguna qualidad oculta, ó por ventura aquel famoso *no sé qué*, con cuyo nombre bautizaba un escritor todo lo que no sabia explicar? Podemos, pues, decir, que la tal gracia consiste en hacer que aparezca un buen corazon en el semblante, en las palabras, en las operaciones, un dulce trato, un ayre de veneración, y respeto para con todos, y al mismo tiempo una modesta estima de si propio. Cierto es, que aquellos bufones de profesion, que quieren poner en ridiculo todas las cosas, y acciones de los demas, y aun se atreven á profanar las cosas de nuestra santa Religion: cierto es, decia, que no pueden lisonjearse de tener esta gracia, ántes parece que tales sujetos tengan una especie de enemistad con todo el género humano; y si reflexionasen un poco sobre ello, hallarian que es un feo, y abominable empleo el que exercitan, y que mas que á los otros se dañan á si mismos. Tampoco debe esperar la

benevolencia, y el amor de los otros el que no tiene respeto, estimación, ni amor por alguno, é intenta ridiculizar á todos, con la esperanza de brillarlo, y lucirlo él solo, y ocultar entre los de otros muchos sus propios defectos. Siendo, pues, muy propio de un hombre prudente el hacerse amar de todos, quanto le sea posible, del mismo modo es imprudencia, y locura el hacerse odioso á todos por culpa, y capricho propio. Bien quisiera poder estampar esta máxima en el corazón de los altaneros, soberbios, y orgullosos, y de qualquier otro de aquellos que tan fácilmente se dexan transportar del impetu de la ira, y del humor despreciativo, y modador, y que con muy leve, ó ninguna causa descargan contra su próximo una tempestad de injurias, como tambien en los de aquellos, que continuamente están de un humor melancólico, y atrabiliario, impaciente, y áspero, mal contentos casi siempre con sus criados, y familia, y con los que están cerca de sus personas. Lo mismo digo respecto de aquellos, que demasíadamente zelosos, y rígidos, no aciertan á sufrir, ni perdonar á sus próximos los mas leves defectos. ¿Por ventura necesitan todos estos de ser odiosos, y mal vistos entre sus compañeros, ó de panegyristas de su vida brutal siempre que se presente la ocasion de hablar de ellos? Pues no duden que serán servidos. El que pueda huirá de ellos como de una casta de serpientes, y el que se vea precisado á vivir con ellos, llorará su desgracia; pues semejante gente debería vivir en los desiertos montes, haciendo compañía á las bestias feroces, é intratables escorpiones. Así, pues, en quanto podamos, y lo permita la honestidad, y justicia, debemos trabajar para ganar amigos, ó por lo ménos para no adquirirse enemigos. Este debe ser el empleo del hombre sabio, y balanceando el bien, que puede resultar de aquello primero, con el mal que se sigue de esto segundo, ninguno habrá que no conozca la segura utilidad de estas máximas. Faltará á los mas la voluntad, y facultad de hacernos bien; pero todos

dos podrán hacernos mal, si lo quieren hacer. No hay hombre tan pobre, y desvalido, que no sea dueño de su lengua por lo ménos; y nuestros antiguos nos dexaron el proverbio de que *un enemigo sobra, y cien amigos no bastan.*

## CAPITULO XXXIX.

## De la Humildad.

## §. 1.

NO es digno de reprehension el hombre que se estima á sí propio; pues además de tener un cuerpo admirablemente dispuesto, y fabricado, contiene una alma tambien hecha á la imagen, y semejanza de su Criador. Bástanle estas prerogativas para tributarle justamente grandes alabanzas. Mientras que los hombres, comparándose con un sinnúmero de bestias irracionales, y viéndose mas nobles, y superiores á todas ellas, se engríen, digámoslo así, y se glorian en sí mismos, puede perdonárseles este engrimiento, aunque seria mucho mejor el dar la alabanza, y gloria al Señor, que nos crió por sola su clemencia, y bondad, imitando en esto á aquel sabio Filósofo Griego, que daba gracias al Criador por haber hecho *que naciese hombre, y no bruto, Griego, y no Bárbaro.* Pero no para, ni se detiene solamente en esto el aprecio, y estimación que hacemos de nosotros mismos. Pasamos adelante, comparándonos con los demás hombres nuestros iguales, y nos parece que excedemos á la mayor parte. Además de esto tenemos una gran facilidad en amplificar, y engrandecer nuestras cosas, ó lo que de algun modo puede llamarse nuestro, como por exemplo el mérito, el ingenio, el juicio, la hermosura, la nobleza, la dignidad, el saber, y otras cosas semejantes, pareciéndonos algunas veces que se hallan en nosotros tales prendas, y con tanta abundancia, que podemos

benevolencia, y el amor de los otros el que no tiene respeto, estimación, ni amor por alguno, é intenta ridiculizar á todos, con la esperanza de brillarlo, y lucirlo él solo, y ocultar entre los de otros muchos sus propios defectos. Siendo, pues, muy propio de un hombre prudente el hacerse amar de todos, quanto le sea posible, del mismo modo es imprudencia, y locura el hacerse odioso á todos por culpa, y capricho propio. Bien quisiera poder estampar esta máxima en el corazón de los altaneros, soberbios, y orgullosos, y de qualquier otro de aquellos que tan fácilmente se dexan transportar del impetu de la ira, y del humor despreciativo, y modador, y que con muy leve, ó ninguna causa descargan contra su próximo una tempestad de injurias, como tambien en los de aquellos, que continuamente están de un humor melancólico, y atrabiliario, impaciente, y áspero, mal contentos casi siempre con sus criados, y familia, y con los que están cerca de sus personas. Lo mismo digo respecto de aquellos, que demasíadamente zelosos, y rígidos, no aciertan á sufrir, ni perdonar á sus próximos los mas leves defectos. ¿Por ventura necesitan todos estos de ser odiosos, y mal vistos entre sus compañeros, ó de panegyristas de su vida brutal siempre que se presente la ocasion de hablar de ellos? Pues no duden que serán servidos. El que pueda huirá de ellos como de una casta de serpientes, y el que se vea precisado á vivir con ellos, llorará su desgracia; pues semejante gente debería vivir en los desiertos montes, haciendo compañía á las bestias feroces, é intratables escorpiones. Así, pues, en quanto podamos, y lo permita la honestidad, y justicia, debemos trabajar para ganar amigos, ó por lo ménos para no adquirirse enemigos. Este debe ser el empleo del hombre sabio, y balanceando el bien, que puede resultar de aquello primero, con el mal que se sigue de esto segundo, ninguno habrá que no conozca la segura utilidad de estas máximas. Faltará á los mas la voluntad, y facultad de hacernos bien; pero todos

dos podrán hacernos mal, si lo quieren hacer. No hay hombre tan pobre, y desvalido, que no sea dueño de su lengua por lo ménos; y nuestros antiguos nos dexaron el proverbio de que *un enemigo sobra, y cien amigos no bastan.*

## CAPITULO XXXIX.

## De la Humildad.

## §. 1.

NO es digno de reprehension el hombre que se estima á sí propio; pues además de tener un cuerpo admirablemente dispuesto, y fabricado, contiene una alma tambien hecha á la imagen, y semejanza de su Criador. Bástanle estas prerogativas para tributarle justamente grandes alabanzas. Mientras que los hombres, comparándose con un sinnúmero de bestias irracionales, y viéndose mas nobles, y superiores á todas ellas, se engríen, digámoslo así, y se glorian en sí mismos, puede perdonárseles este engrimiento, aunque seria mucho mejor el dar la alabanza, y gloria al Señor, que nos crió por sola su clemencia, y bondad, imitando en esto á aquel sabio Filósofo Griego, que daba gracias al Criador por haber hecho que *naciese hombre, y no bruto, Griego, y no Bárbaro.* Pero no para, ni se detiene solamente en esto el aprecio, y estimación que hacemos de nosotros mismos. Pasamos adelante, comparándonos con los demás hombres nuestros iguales, y nos parece que excedemos á la mayor parte. Además de esto tenemos una gran facilidad en amplificar, y engrandecer nuestras cosas, ó lo que de algun modo puede llamarse nuestro, como por exemplo el mérito, el ingenio, el juicio, la hermosura, la nobleza, la dignidad, el saber, y otras cosas semejantes, pareciéndonos algunas veces que se hallan en nosotros tales prendas, y con tanta abundancia, que podemos

mos vender á otros lo que nos sobra. ¿Cuál será, pues, el microscopio que hace crecer, y parecer á nosotros mismos tan agigantados nuestras prerogativas, y propios méritos? El amor propio es el que hace este milagro: este infatigable adulador, que continuamente nos habla de nuestras prendas, éste es el que las hace comparecer mucho mayores de lo que son en la realidad, y este mismo es ciego, y mudo para no ver, ni avisarnos de nuestros defectos. Esta demasiada estimación que tenemos, así de nosotros mismos, como de nuestras cosas, es la que puntualmente, y con su propio nombre se llama soberbia, y es la primogénita, y como mayorazgo del desarreglado amor propio. Divídese esta en varias especies, ó distintas ramas, como son la arrogancia, la ambición, el orgullo, la vanagloria, la jactancia, la ostentación, el fausto, el descaro, la presunción, y otras muchas maneras, y modos de pensar, y hablar que tienen los soberbios. Bien que nosotros muchas veces significamos una misma cosa con varios nombres. No me detendré á ponderar la fealdad de este vicio abominable, ni quanto sea odioso á Dios, y á los hombres. Qualquiera que por su desgracia necesita tratar con semejantes cabezas llenas de viento, deslumbradas con el fingido resplandor de sus méritos propios, desabridos, despreciadores de otros, puntillosos, vanos, y altaneros; aquellos que ciegamente enamorados de sí mismos, y de sus cosas, nada aprecian, nada estiman fuera de ellas, que se alteran, y enardecen á la menor cosa que se les contradice, ó hacen poco aprecio de quanto se les propone, con otros mil desconciertos, hijos todos de aquella pasión dominante, que los tiene ciegos totalmente: qualquiera, vuelvo á decir, que tuviese la desgracia de haber de tratar con esta raza de gente, es forzoso que los sufra, y aguante quando están presentes, y procure en quanto pueda tenerlos distantes.

§. II.

§. II.

NO puedo ménos de advertir aquí que se deben distinguir con cuidado dos diversas castas de vicios, unos comunes, y patentes, cuya fealdad, y desórden se dexa conocer bien presto, por ser semejantes á las melodías que suelen hacer los que aprenden á tocar el violín, de las quales qualquier ignorante puede ser justo juez. Tales son el vicio de la deshonestidad, el robar, el blasfemar, el ser traidor, el montar en cólera sin causa, ó con motivo muy leve, el emborracharse, &c. porque el mismo que comete semejantes excesos, y aun el que los quiere, y ama, conoce que son excesos, y lo confiesa. Hay otros vicios mas sutiles, y engañosos, que saben ocultarse, y esconderse baxo varios pretextos, y no se dexan conocer aun de quien los alberga en su corazón, quando este no tiene una vista interior, aguda, y penetrante, y no se aplica á examinarlos determinadamente. De esta casta es la soberbia con toda su dilatada familia, la envidia, el engañoso, y traidor interes, ó deseo de hacienda, y riquezas, ciertos rencorcillos; y por el contrario, ciertas aficiones amorosas, con algunas otras pasioncillas secretas, las quales, porque no son ni muy grandes, ni de mucho esplendor, suelen quedarse como escondidas, y ocultas en el corazón del hombre sin que las advierta, ni eche de ver; pero bien las conocen por su modo de obrar los que entienden bien de pulso interior, ó del ánimo, y no precisamente del cuerpo. El mayor mal que se halla en la soberbia es el de ser un vicio tan grande, que en dictámen de muchos es el mayor que puede tener el hombre; y con todo es al mismo tiempo tan disimulado, artificioso, y obscuro, que dentro de nosotros manda con absoluto despotismo: nos llena la cabeza de su ayre pestilente, y con todo creemos que se halla muy distante de nosotros. ¿Como, pues, sanaremos de un mal, que ni lo conoce-

Tom. II.

Q

mos,

mos, ni lo sentimos? Se avergonzaria aquel sugeto de aconsejarse, y pedir dictámen á un igual suyo en la ocasion mas urgente, y en el negocio mas arduo. Gobiérase en todo por su cabeza, pareciéndole que no hay otra mejor entre todos los vivientes; y por tanto le parece que haria una notable injuria á sí propio, si consultase con otro sus negocios: se disminuiria su grandeza, manifestaria su insuficiencia, é incapacidad luego que consultase con otro lo que debería hacer en aquel caso. No le sale bien á un tal sugeto un negocio de importancia; pues no espereis que él eche la culpa á su corta capacidad, como ni á su soberbia, y presuncion, que no le permitió el que se prevaleiese de algun otro que pudiera aconsejarle: todo menos esto: declamará contra la malignidad de los hombres, contra su injusticia; pero jamas se quejará de su propia soberbia. Del mismo modo presume aquella tal señora de hacerse estimar mas que las otras, por estar siempre muy erguida, y espetada, pretendiendo frecuentemente la mano derecha, y el mejor asiento en la carroza, por enjuagarse cada instante la boca con la relacion de sus grandezas, por la incansante inquietud de sus gestos, y melindres, y sus cultas altisonantes expresiones. No conoce esta vaná deidad la enfermedad de que adolece. Con todo esto podreis asegurar á esta señora, que en lugar de aprecio, y estimacion logrará el aborrecimiento, y desprecio comun; y si alguno le tributase algun incienso, será contra su voluntad, y por no poder dexar de hacerlo así. Otros muchos exemplos pudiera traer, pero no quiero detenerme mas.

## §. III.

**P**ARA destruir la soberbia, así la grande, y alta, como la mediana, y refrenar, y contener toda la dilatada familia de sus hijas, deben concurrir, y juntarse varias virtudes: la cortesía, la gentileza, la afabilidad, la docilidad, la mansedumbre, la modestia; pero especial-

cialmente la maestra, y madre de todas, que es la humildad verdadera. Esta es aquella preciosísima virtud que baxó del Cielo, y que practicó, y enseñó á todo el mundo el Divino Salvador Jesu-Christo, Dios, y hombre verdadero. Esta es la virtud, que ni conocieron, ni practicaron los Filósofos antiguos del Gentilismo, de los cuales ninguno se estimó de los pestíferos influxos de la soberbia; de manera, que aun los mismos Estoicos, que parecian acercarse mas á la doctrina del Evangelio, aun eran mas soberbios que los otros. ¿Que quiere, pues, decir humildad? Queremos significar con este nombre aquel baxo concepto que debe tener el hombre de sí propio, de sus fuerzas, de su entendimiento, de su mérito, de su prudencia, y de qualquiera otra cosa que sea propiamente suya; pero todo esto sin envilecerse, ni acobardarse, no dexando por esto de hacer alguna cosa por el vano temor de que será mal hecha, y sin renunciar por el respeto á esta virtud el decoro que conviene á su estado, y dignidad; porque esto no seria humildad verdadera: seria una vil cobardía, que por fin degeneraria en una abyeccion, ó baxeza despreciable, y viciosa, y no seria ya humildad virtuosa, y verdadera. El humilde ha de ser animoso, y fuerte; pues aunque no se fie de sí mismo, ni confie en su propio poder, y saber; con todo se fia, y confia en el poderoso auxilio, y socorro de Dios, de quien conoce que le viene todo bien, el apartarse del vicio, y seguir la virtud, y todo lo refiere á Dios. Por tanto la humildad, virtud, consiste propiamente en moderar aquella ventajosa opinion, que de ordinario tenemos de nuestra habilidad, y propia excelencia, ó de nuestras cosas, y en conocer bien nuestra imperfeccion, y flaqueza; pero no es humildad verdadera el acobardarnos, y ser tímidos, como una marmota, ó un conejo, ni tampoco lo es el no sentir en nosotros mismos los dones, y gracias, que para nuestro provecho nos ha dado la Divina Misericordia.



## S. IV.

NO espere el lector que yo me alargue mucho á tratar aquí de este argumento; pues para esto sería necesario un libro entero: solamente diré ahora, que no me parece suficiente la disculpa que alguno alega en favor de los Filósofos Gentiles, que en sus escritos, y tratados morales, ó no conocieron, ó se descuidaron de tratar de la virtud de la humildad; porque siendo esta virtud propia del hombre en quanto christiano, y no en quanto civil, y político; por tanto no convenia que aquellos Filósofos tratasen de ella. Digo, pues, que no es suficiente esta disculpa; porque aun prescindiendo por ahora de aquellas buenas máximas que enseña esta virtud al que camina á la cumbre de la perfeccion christiana: ¿no es por ventura un importantísimo, y utilísimo estudio, aun para la vida civil, el saber bien disciplinar la soberbia (vicio de que casi ninguno se halla libre), reduciendo á términos razonables, y justos la estimacion, y aprecio excesivo, que por lo comun tenemos de nosotros mismos? No fué ciertamente la soberbia una enfermedad desconocida entre los antiguos Filósofos: ¿y qual fué la virtud, ó el remedio, que opusieron á este vicio? No sabré decirlo; pero sin entrar en esta disputa, y dexando á parte la perfeccion christiana, digo que el hombre sabio necesita del bálsamo de la humildad, para curar las llagas, que el demasiado amor, y aprecio de sí propio suele causar en su ánimo; porque la soberbia no es un enemigo como quiera capaz de arruinar una sola parte del imperio de la razon, puede destruirlo, y alterarlo todo entero, haciendo que aun las mismas virtudes dexen de ser tales, ó pierdan aquella gracia que siempre debe acompañarlas, por causa de la mohosa inmundicia con que puede obscurecerlas la presuncion, la soberbia, y la vanagloria. No faltan algunos, que atendiendo á los documentos de los mencionados Filósofos

Es-

Estoicos, especialmente de Séneca, y Epicteto, omitiendo otros antiguos, se pasman al considerar quanto adelantaron estos sujetos, guiados solamente de la luz de la razon, en el exercicio de la paciencia, de la continenencia, y desprecio de lo mas brillante del mundo: en una palabra, como supieron refrenar, y domar sus pasiones, y apetitos, de tal modo, que no solamente aparecian mortificados, pero aun totalmente desarraigados, y muertos. No se atrevia á presentárseles un temor, una queja, un amago de ira, &c. porque habia muchas centinelas, y dobladas guardias para no dexar que semejantes pasiones se les acercasen. En suma, habrá pensado, ó pensará alguno, que estos Filósofos eran los Capuchinos de aquellos tiempos. De hecho, algunos igualmente temerarios que ignorantes, llegaron en los pasados siglos de la ignorancia á establecer un comercio epistolar entre S. Pablo, y Séneca, persuadidos á que este Filósofo, si no lo fué, mereció por lo menos ser Christiano. ¡Bello pensamiento! pero lo cierto es, que los decantados Estoicos no fueron al fin otra cosa que una tropa de gente ciega por su demasiada soberbia, y altañeria. Para prueba de esto basta el verlos hinchados, y pomposos hacer ostentacion de sus méritos, de su ingenio, y doctrina, y haciendo alarde de sus virtudes, pretender el ser tenidos por algunos de sus dioses. Despreciaban tambien el aplauso, y estimacion de los hombres, mirando con aversion despreciable, no solamente lo que apreciaban los hombres sus compañeros, pero tambien á estos mismos. Este es el grado mas alto de la soberbia humana el creer que todos los demás hombres son necios, perversos, y viven engañados, reputándose á sí propios por los mas virtuosos, mas dignos, y mas sabios. El primer grado de locura es el que acabamos de decir, y su puesta esta verdad, y la de hallarse tocados de semejante peste aquellos antiguos Filósofos del paganismo, podremos preguntar con razon ¿en que consistia el mérito de su saber, y decantada virtud? Podrá darse el

Tom. II.

Q3

ca-

caso que se encuentre semejante orgullo en alguno, ó algunos de los Filósofos de nuestros tiempos, ó bien sea de los que se reputan por literatos, ó de los que se tienen por virtuosos. Si alguno de los individuos de aquel sexo, que está mas expuesto á engaños, y fragilidades por hallarse armado con una delicada continencia, mirase por esta sola causa á todo el resto de los vivientes como á gente indigna, y profana, y aunque no pronunciase las palabras que en otra ocasion pronunció aquel Fariseo del Evangelio, manifestase con sus obras esto mismo, creyendo, y persuadiéndose con soberbia, y altanería, que no es como las demas personas: si así lo practicase diciéndolo, ó lo juzgase sin decirlo, sería por solo este vicio de refinada soberbia mas digno de compasión, que por los demas defectos que pueda tener. Otros muchos habrá acaso, que nada encuentran en el humano comercio que merezca su atención, y cuidado. Quanto hacen los demas hombres todo es una locura: son vanas sus ocupaciones, aun las mas honestas, y serias; y por poco no llegarán á persuadirse, que quanto hay en el mundo, sino es ellos mismos, todo es iniquidad, vanidad, y engaño, oyéndoseles decir alguna vez: yo nada de esto executo por la misericordia de Dios; y casi casi parece que quieren dar á entender que todo el mundo debería seguir su exemplo. De esta manera puede tal vez pensar, y juzgar aquella persona que no conoce su propia soberbia.

## §. V.

**E**L evitar estos inconvenientes es el empleo á que seriamente debemos aplicarnos los mortales, y del que están mas distantes todos los ídólatras de sí mismos, y especialmente aquellos que colocados en los mas eminentes puestos, y dignidades mas altas, les sopla en la popa el viento de la fortuna. ¡Ah, y quan difícilmente se corrigen, y enmiendan los que se hallan nadando en el charco de la buena suerte! Estos no suelen mirar á otra par-

parte que á los lados donde pueden hacer buena figura, y ácia allí miran con frecuencia, donde hallan quien li-sonjeándolos, engrandezca sus cosas. Les parecerá sin duda, que no hay en todo el mundo sugeto alguno de mayor mérito que el suyo propio, de mas penetración, de mayor prudencia, de juicio mas bien sentado, ni de gusto mas exquisito: no hay entre los hombres corazón mas recto, mas justo, ni mas desinteresado que el suyo. Otros que son charlatanes perennes se figuran que han perdido el buen gusto, y acaso tambien el juicio los Reyes, y Príncipes, quando permitea que falte en sus Cortes un mueble de una estimacion, y valor tan grande, y tan á propósito para empresas considerables. ¿Pues que deberá decirse si estos tales han aprendido algun arte, ó ciencia? Entonces podreis buscar, pero en vano, quien los compita, no dexando ellos de mirar de alto abaxo á quien en su presencia se atreva á hablar una palabra de su profesion, sea la que sea, á no manifestar la patente de haberla estudiado en su escuela; pero vamos mas adelante. El ingenio, el valor, la riqueza, y aun hasta la sanidad, y robustez corporal ensoberbece á los hombres. Mucho mas los hace soberbios la ciencia, la nobleza de sangre, y el poder; pero por ventura ¿no se descubre en todos estos algun vicio, ó notable defecto? Sin duda pueden contarse muchos. La mayor desgracia de los soberbios viene á ser, que ocupados, y aun perdidos en considerar únicamente sus prendas, y prerogativas, no tienen tiempo para conocer sus defectos, que suelen ser muchos, y gravísimos, por los quales se dan á conocer; y si acaso reflexionan alguna vez sobre sus faltas, la misma soberbia los provee de excusas, y pretextos para justificar, ó disminuir por lo menos lo mas criminal de sus procesos. Esta es una enfermedad de que pocos se escapan, intentando todos defender, excusar, y disminuir nuestros excesos, y pecados, no solamente para con nosotros mismos, y en el gavinete de nuestras conciencias, mas aun quando de-

lante de Dios confesamos nuestras culpas. Qualquiera, pues, que aspirase á la verdadera sabiduría, y no quisiera cargar con el odio, y aborrecimiento común, mediante su soberbia, debe saber que á él, mas bien que á los otros, encarga la recta razon el estudio, y exámen de sí propio. Practicando esto, y descubriendo por medio de este exámen, que aquella dote, ó prerogativa (sea del arte, ó de la naturaleza) que fomentaba su orgullosa altanería, y soberbia, no es tan relevante, y preciosa, que sus propios defectos no puedan contrapesarla, y aun excederla; no es posible que dexé de hacerle baxar la cabeza esta prudente reflexion, y que no se sujete á las santas leyes de la sabia humildad. Finalmente se les puede prevenir, y anunciar á los soberbios, que quando por sí mismos no quieran entrar en la escuela de los desengaños, y quando no quieran confesar que es lo mismo (séame licito el hablar de este modo) el ser soberbio, que ser frenético, y loco: si Dios querrá usar con ellos de misericordia, encontrará su Magestad el modo de reducirlos, y desengañarlos, como lo hace cada dia con muchos de ellos. Suelen acaecer tantos contratiempos, y trabajos á estos odres llenos de viento: suelen cometer tantos, y tan enormes despropósitos, que se ven obligados finalmente á confesar, aunque muy contra su voluntad, que la demasiada estimacion, y aprecio de sus cosas, y de sus propias personas, efectos todos de su altanería, y soberbia, era su mayor defecto, aunque por entonces no conocido. Por tanto, casi todos los hombres tenemos necesidad de quando en quando de alguna sofrenada, que nos contenga mediante algun trabajo, ó desgracia, para no dexarnos llevar como por la mano de nuestra soberbia, y especialmente en tiempo de nuestra próspera fortuna. Sin esta receta saludable no puede explicarse el peligro que corre el hombre de engreirse, y llenarse de vanidad, quando se halla en estado feliz. Quando nada de esto suceda, aun nos queda un lance fo zoso, y de que ninguno podrá eximirse, y es

el inevitable de la muerte. Entonces sí que se dará por vencida nuestra soberbia: en aquel inexcusable escollo se estrellará, y hará pedazos qualquier castillo, ó nave, fabricada sobre la continuada, y próspera fortuna, sobre el mucho saber, sobre la hermosura, sobre la grandeza. ¿Podremos negar una verdad tan clara, y manifiesta? Por tanto será poco prudente, y muy desgraciado el que esperase á desengañarse entonces, quando el desengaño de nada puede servirle. El tiempo mas oportuno de hacerlo es el que se nos concede ántes que llegue aquel entonces.

## §. VI.

DEmos entre tanto una ojeada á lo que indebidamente suele llenar de viento el espíritu de los miseros mortales. Los Principados, las dignidades, las riquezas, los honores son las cosas que mas principalmente hacen envanecer á los hombres. Aquel mirar, y tener baxo de sí tanta multitud de compañeros, y semejantes de su misma especie: el hallarse llenos de comodidades, el verse rodeados de una numerosa comitiva de aduladores, de criados, y otras muchas personas, pendientes todas, no solamente de sus palabras, mas tambien de la mas leve seña: el oír únicamente voces de exáltacion, y alabanza, y de quien emplea todo el vocabulario de superlativos para engrandecer sus méritos, ya de palabra, ya por escrito: reverencias, y obsequios por esta parte, por la otra súplicas, y memoriales: en suma, todo se dirige, y conspira á lisonjear, y alegrar la vista, y demas sentidos de los grandes señores: de manera, que quando no están sobreaviso, les parece que el estado en que se hallan de grandeza, y fausto, los pone en mas alta esfera sobre los demas hombres; y algunos llegaron á la locura de creerse, ó á la impiedad de hacer creer á otros que eran deidades. Pero como puede caber tanta soberbia, tanto orgullo, y altanería en quien considera

la vicisitud de las cosas humanas, y las mutaciones á que están expuestos los grandes, y señores del mundo, y en quien reconoce por Señor Soberano aquel gran Dios, que es terrible sobre todos los Reyes de la tierra? Quanto mas eminente sea el asiento en que están colocados, tanto son mayores las obligaciones que traen consigo los altos empleos; y quando no correspondan desempeñándolas exactamente, les espera aquella tremenda, y exácta cuenta, que deberán dar al gran Padre de Familia, el qual les ha encargado tan ilustres empleos, no precisamente para su comodidad, y regalo; pero sí para que hagan bien á otros: fuera de que, no dexando los Reyes de ser hombres, y de consiguiente criaturas, que pueden engañarnos, y engañarse, sujetos á varios defectos, y no solo á las mas viles, pero aun á las mas fieras pasiones, no exéntos de dolores, y molestas enfermedades; y que los exércitos de soldados, y guardias que los rodean, y acompañan, no pueden impedir la entrada en la Corte, y en el gabinete de los corazones de las Personas Reales á los disgustos, á los sobresaltos, ni á las demas angustias, y penalidades, capaces de marchitarles los gustos, y alterar, y aun desterrar la paz, y alegría interior, no obstante que el estado en que se hallan haga de alguna manera disculpable la comun envidia: por esto el hombre sabio, aunque se vea colocado en los mas altos puestos, y en el mas lucido estado, sabe distinguir, y distingue con su prudencia acostumbrada dos cosas entre sí muy diversas: una es la dignidad que goza, otra la persona que la goza: por lo que toca á la dignidad, es muy puesto en razon que procure mantenerla con el decoro, y respeto debido; y si no bastasen para esto los buenos modos, la urbanidad, y cortesia, puede usar, y prevalerse de la fuerza: de manera que ni el que la posee envilezca la dignidad, ni permita que otros la desprecien, ni envilezcan; porque la dignidad no es cosa suya propia, sino de la República; es un vestido, no dado, sino prestado, porque los hombres han querido dárselo,

y

y Dios, ó lo ha querido, ó la ha permitido así. Pero por lo que mira á la persona, bien claramente conoce que en nada se diferencia de los demas hombres, á los quales su primer padre dexó por herencia tantos, y tan graves males, y sobre todos la facilidad de errar, y pecar, con el inexcusable tributo de dexar con la vida todas las grandezas, y pompas mundanas. El hombre de juicio no necesita de otra cosa para estimarse á sí propio moderadamente, y para manifestar á los demas mortales de su misma naturaleza una benevolencia cordial, y amorosa, y desterrando de sí toda altanería, y modos despreciativos, y ásperos, procurar ganarse el corazon de todos, y cada uno con la afabilidad, y cortesia, que consista mas en las obras que en las palabras. ¡Que bella cosa sería el ver poderosos Reyes tan sabios, que uniendo en sí la magestad con la humildad, supiesen descender del trono sin el menor perjuicio del trono mismo! Aun me adelantaré á decir una cosa que parecerá increíble, pero es muy verdadera. Es muy propio de los espíritus groseros, y baxos el hincharse, é ingreirse luego que la fortuna los eleva á alguna de sus altas dignidades, verificándose en ellos aquella sentencia comun de que los honores hacen mudar las costumbres; como si algun empleo, alguna dignidad tuviese una oculta virtud para dar, ó aumentar el juicio, el ingenio, el mérito, y ciencia en los hombres que las poseen; ó como si á su contacto fisico se mudase, y transformase la esencial naturaleza de los mismos hombres. Al contrario, las almas grandes, y bien reguladas, que ocupan los altos puestos, ó bien sea por su nacimiento esclarecido, ó bien por sus elevados méritos; estas siempre son las mismas, y siempre superiores á las dignidades que gozan; porque saben muy bien que el mérito no proviene de la dignidad, ni de la pompa, y aparato exterior, y que solo consiste en la virtud, siendo cierto que la verdadera virtud es enemiga declarada de la soberbia, y altanería.

## §. VII.

**E**L prudentísimo Apóstol S. Pablo nos avisó en solados palabras, que hay algunos hombres á quienes la ciencia infla, y llena deviento, quando dixo *scientia inflat*. Reparad en algunos jovencitos, hallareis algunos que apenas tomaron dos sorbos de Lógica, quando hinchados, ya se engrienen triunfando de su sabiduría. ¿Y por ventura no son ya hombres de importancia, despues que saben discernir las redes sutilísimas de los sofismas, y plantando una batería de argumentos, aterrar, y confundir con ella á sus contrarios? No se puede negar que millares de personas de mayor edad que ellos no saben otro tanto, por lo que no agravian, ni hacen injuria quando aprecian, y estiman en tanto su ciencia. Mirad al otro barbopioniente, que apenas ha pasado desde el aula de medicina, donde ayer estudiaba, al honorífico, y magestuoso titulo de Doctor en esta facultad, habiendo logrado ántes la suerte de tomar el pulso á quatro enfermos en compañía de su Maestro: miradlo, decia, que apenas toca con los pies en la tierra, pareciéndole que ya está en esfera mas alta, y mirará con desprecio al ignorante vulgo, compadeciéndose porque no sabe quantos humores, quantos sólidos, glándulas, conductos, membranas, vertebrae; en una palabra, quantos órganos, vasos, y receptáculos se contienen en la maravillosa estructura de los cuerpos animados, ni entienden como él los grandes misterios de vocablos, y nombres extraños, de que los Arabes, y Griegos han enriquecido, y al mismo tiempo hecho venerable, y misteriosa la facultad de la Medicina. Ni parará aqui su desordenada avilantez. Se atreverá, mas que si fuera Profesor muy antiguo en la facultad, á trinchar sentencias, eructar decisiones, tocante á la qualidad, y estado de los enfermos, y de sus enfermedades. Lloverán de su boca pronósticos en orden á esto mismo; pero faltaráles el brio,

brio prontamente á estos inconsiderados mozalvetes; porque no habiendo estudiado aquellos primeros mas que la Lógica, hallarán que si bien tienen en la mano una llave maestra con que abrir arcas, y escritorios atestados de dinero; pero no encontrarán estas arcas, ni escritorios para abrirlos. Al otro Médico jovencito le convendrá, y bien presto mudar de registro, despues que llegue á conocer que le salen fallidos sus pronósticos con no pequeño daño de los mismos enfermos. No me causará maravilla el encontrar con estos jóvenes facultativos, sobrecargados de alguna vanidad, y soberbia; porque al fin puede servirles de alguna la juventud inexperta, y fogosa. Pero que padezcan esta misma enfermedad personas que han encanecido en los estudios, y que por su sabiduría tengan una gran ventolera, ó bien sean Teólogos, Filósofos, Canonistas, Oradores, y Poetas; esto sí que debe causarme maravilla. Con todo se observa en muchos aquel magistral sobrecejo, que les hace hablar magistralmente, no solo en la facultad de Teología, mas tambien en la de Filosofia, Medicina, Jurisprudencia, &c. Acostumbrados por muchos años á tratar con sus discípulos, conservan por toda la vida aquel hinchado, y magistral tratamiento. ¡O si pudiesen estos tales examinar con una paz indiferente el pais de lo verdadero, y de lo falso, combinando sus opiniones con las de los otros! Acaso se hallarian no menos fluctuantes que los demas entre las tinieblas de la ignorancia. Añado á esto, que para quien tiene bien sentido, y arreglado el juicio, y sabe tomar por el lado que debe tomarse la perspectiva de la sabiduría humana, bien lejos de ocasionarle vanidad, y soberbia, deberian excitar, é imprimir en su corazón una verdadera humildad. Nunca será buen Médico sino es el que llega á conocer la incertidumbre de esta facultad, y á quan poco de concluyente, y seguro se reduce todo aquel grande aparato de medicinas, y remedios que se encuentra en todos sus libros; y como una Arte, cuyo fin deberia ser el sanar las

dolencias del cuerpo, pueda librarnos de tan pocas, que los mejores Médicos confiesan abiertamente, que las mas de las curas se deben no á sus recetas enigmáticas, pero sí á los esfuerzos de la naturaleza. Por lo que toca, pues, á la Teología, y Filosofía, quanto hay en ellas de obscuro, quanto escondido, quanto inaccesible al humano discurso! Agradece, pues, el entendimiento humano los ojos de su penetracion, jamas podrá romper las tinieblas que rodean muchos objetos, así físicos, como sobrenaturales, y teológicos. Y si despues quiere pasar adelante, alzando el vuelo á la contemplacion del altísimo ser que es Dios, y de sus incomprehensibles consejos, y de aquello que ha fabricado sumamente distante de nuestros ojos, y particularmente allí donde tiene preparados inmensos bienes, y riquezas para los buenos, é indecibles castigos para los malos: ó! aquí sí que conocerá si tiene buen valor, y animosidad su ingenio. Ciertamente que si al ver que aquí faltan las alas al entendimiento humano no se humillase hasta lo mas profundo, tenedlo por un loco desatinado. Por tanto parecerá á algunos, que el patrimonio de su saber se reduce todo á vanidad. Pero lo cierto es, que quanto mayor gusto toma alguno en el estudio literario, quanto mas se aplica á este estudio, tanto mas bien conoce que es mucho mas lo que ignora que lo que sabe; y aun de aquello que sabe halla que lo mas de ello se reduce á quatro bagatelas, y que lo que caza es por medio de telas de araña, que solo sirven para cazar moscas. Asimismo conoce que otra parte, y no la menor de su ciencia, y saber está reducida, y como acantonada entre los confines de la opinion, ó verisimilitud, y no de la certidumbre, y verdad. Acaso tambien se verá el hombre necesitado á desamparar, y abandonar mucha parte de lo que ántes habia estudiado, y aprendido, por que considerándolo, y mirándolo á mejor luz, hallará que es muy dudoso, quando no lo encuentre totalmente falso. Por lo que toca á la ciencia, y saber de los Legis-

gistas, ¿quien no advierte ser una confusion toda ellas atendidas las controversias que se mueven cada día, y en que los diversos, y aun opuestos dictámenes manifiestan, que sus principios no son del todo subsistentes? Todos estos motivos deben ya convencer de ridicula nuestra altanería, y soberbia, si acaso esta se fundase en el estudio, y manejo de libros. En suma, una gran parte de la sabiduría humana consiste en no persuadirnos que sabemos lo que realmente ignoramos: sabiduría, la qual muchos suelen conseguir tarde, y otros nunca la consiguen. Lo que últimamente debe acabar de romper nuestra soberbia, y confundir nuestra sabiduría es aquel estudio, que nos enseña á conocer el hombre interior, y sus acciones morales. No es verdad el que se halle en nosotros aquel gran capital de sabiduría que juzgamos poseer, ni aquel ingenio penetrante, y agudo de que nos lisonjea nuestro amor propio. No subsiste aquel juicio refinado, aquella sagacidad, aquella habilidad, y exquisita prudencia, que tan fácilmente suponemos en nosotros mismos. Volvamos los ojos de la consideracion hácia lo pasado: acordémonos de los despropósitos que hemos hecho, y de tantos errores en que hemos incurrido, y de las muchas ocasiones, en que si no hemos caído, por lo menos hemos deslizado, como tambien de otros muchos lances en que se ha verificado en nosotros el antiguo proverbio: *Hominem etiam frugem flectit sæpè occasio*; que la ocasion hace ladrón aun al hombre de bien. Siendo una grande misericordia de Dios el que no hayamos hecho mayores males, y mas quando aun se hallan con bastante vigor nuestras pasiones, y la rebelde concupiscencia se va ciegameente perdida tras los placeres, la riqueza, y los honores, combatiendo siempre contra el espíritu, y vencido este las mas veces en estos combates. De donde debemos inferir, que el hombre, ó bien sea docto, ó ignorante, siempre que reflexione, y considere su miseria, y fragilidad (á los sabios estrecha mas esta obligacion), no podrán menos de avergonzarse al ver

ver que alberga en su corazón una excesiva estimación de sí mismo, y tanto desprecio de las personas, y acciones de sus próximos. Ni se puede comprender fácilmente, como siga con tanto tesón, siendo idólatra de sí mismo, quando en sí observa cada día tantas miserias, engaños, baxezas, imprudencias, y defectos. Y si por ventura no ha experimentado hasta ahora alguna de estas miserias, ¿quien le asegura que no las experimentará el día de mañana? Deberian, pues, desengañarlo tantos exemplos como se ven cada día en otros infelices, y desgraciados, que le ponen á la vista el gran remedio de escarmentar en cabeza ajena, y le enseñan la ninguna confianza que debe tener en su pretendida prudencia, ni en su propia fortuna. El *non plus ultra* de la soberbia es aquel hombre inconsiderado, que despues de haber caído en tantos errores, despues de haberse alucinado tantas veces, y probado en sí mismo el cruel azote de las desgracias, y miserias, jamas aprende á humillarse, y reconocerse; esto es, no sana de tales enfermedades con aquellos remedios que sirven para curar á los locos mas desatinados.

## §. VIII.

Nada diré aquí de aquella soberbia, que se funda en la hermosura, por ser este fundamento tan insubistente, y vano, que una sola calentura, fuera de otras muchas, y muy ligeras causas, pueden dar con ella en tierra. Tampoco hablaré de la que puede traer su origen de la nobleza; porque los primeros que la fundaron, ó que fueron nobles en aquella familia, no la establecieron con el orgullo, y altanería, sino con los buenos modos, con la generosidad, y otras acciones virtuosas. Y quando los sucesores degeneren, y bastardeen, andando por el camino del orgullo, y soberbia, que todos abominan, será villana, sino en el nombre, por lo ménos en los hechos aquella sangre que corre por sus venas.

con-

concorre mas bien á probar la nobleza que las acciones honradas, y virtuosas, y nada mas feamente la ofusca, y destruye, que el engreirse, y ensoberbecerse. Tampoco hablaré de la soberbia que puede provenir de las caducas riquezas, del favor poco durable de los Principes, y Grandes Señores, y de otros principios semejantes; pues siendo todos vanos, é insubistentes, solo pueden servir de llenar de viento, é hinchar el corazón de los hombres. Mejor será concluir este Capítulo con traer á la memoria aquella grande verdad que nos enseñó nuestro Maestro, y Redentor Jesus, verdadero hombre, y Dios verdadero, quando en su Santo Evangelio nos dexó encargado, que solo aprendiésemos de su Magestad á ser humildes de corazón, si deseamos lograr la verdadera paz, y tranquilidad interior. *Discite à me quia mitis sum, & humilis corde, & inveniatis requiem animabus vestris.* (Matth. 11. v. 29.) Ved aquí quàn necesaria sea la virtud de la humildad para llegar á la tranquilidad del ánimo; esto es, á aquella envidiable felicidad que el mismo Señor, y Maestro nos avisa que debemos buscar, y esperar en este mundo. Para entender bien esta verdad, sería necesario que pudiésemos entrar en el corazón de los soberbios, y observar el tempestuoso mar que los agita, y tiene tan inquietos. Persuadidos á que todo se les debe, les inquieta, y conturba por esta parte el ardiente deseo de dominar á todos, y la insaciable codicia de adelantamientos en honores, fortuna, decoro, y comodidades. Por otra parte los trastorna, y acongoja el desprecio, é impaciencia, porque no les salen como quieren sus premeditadas ideas; siendo este el motivo de estar tan prontos á enfurecerse los soberbios, tan sujetos á la ira, á injuriar á sus próximos, á proumpir en continuadas quejas, y lamentos, porque nada saben digerir de quanto pueda disgustarlos, y alterar aquel grande concepto que tienen hecho de su propio mérito, ó se oponga á sus insaciables deseos. Añadanse á todo esto los empeños, las envidias, las enemistades, los punt-

Tom. II.

R

llos,

llos, las contiendas, que ordinariamente siguen como pensiones anexas á quien en todo, y por todo intenta encontrar, pero no encuentra siempre la sumision, el respeto, y la obediencia que quiere. En suma, el corazon de estos altaneros, y soberbios es una oficina de rencores, é indignaciones; y si á todo lo dicho sobreviniesen algunos reveses de la fortuna, que pudieran ciertamente ser las lecciones mas eficaces para que se humillasen, y desengañasen, entónces sí que á muchos de ellos les roe las entrañas el furor, y la rabia, si acaso no pasan de un extremo al otro; esto es, á un abandono indigno, y vil, ó á una detestable desesperación. Sea, pues, bendita la hermosa virtud de la humildad, que tiene, y mantiene en calma, y tranquilidad, quanto en esta vida es posible, el corazon de los mortales. Toda, ó la mayor parte de nuestra inquietud, y desasosiego proviene por lo comun de nuestros deseos terrenos, quando no podemos satisfacerlos; y quanto estos son mas ardientes, tanto es mayor la inquietud, y turbacion en que nos ponen. Por tanto, el verdadero humilde, que sabe que no tiene mérito alguno, ántes bien reconoce en sí un notorio demérito, no solamente habla, y se porta con modestia en todo, mas tambien procura ser modestísimo en sus deseos. Concibelos modestamente, y no se queja quando no los consigue; pero el soberbio, si todas las cosas no le salen como las desea á medida de su gusto, se enfurece aun contra el mismo Cielo: el humilde se dice á sí propio: yo no merecia esto, y Dios lo quiere así, y con esta humildad, y christiana reflexion siente en su alma un dulce rocío, que esparce, y llena su corazon de una hermosa paz. Finalmente, es cosa muy clara, y cierta que el verdadero humilde goza de un placer, y alegría perene, quando se mira bien estimado, y querido de los mas, ó de todos, sin que nadie le quiera mal, siendo esta una justa recompensa, y un tributo que todos hasta los mismos soberbios rinden á los humildes virtuosos, quando al contrario, los soberbios son generalmen-

mente aborrecidos. Si tenemos naturalmente una cierta soberbia, por la qual no amamos al que es, ó presume ser mas que nosotros, tambien tenemos una inclinacion natural de amor, y buen afecto al que se humilla delante de nosotros. El modo de perder nuestra estimacion entre los demas, es el manifestar, y gloriaros de nuestra propia estimacion. Por el contrario, al que se anonada, y humilla de corazon, está reservado el amor, y aprecio de los demas. ¿Nos costará, pues, ó deberá costar gran trabajo, y dificultad el dexar la soberbia, y abrazar la virtud de la humildad?

## CAPITULO XL.

## Del buen régimen del apetito de la hacienda.

## §. I.

QUE el hombre procure, y desee adquirir hacienda, ó acrecentar la que tiene adquirida, no es una cosa mala en sí, ni este apetito es contrario al dictámen de la razon; ántes bien, puede ser esto laudable, y aun virtud moral, por quanto son muchas las virtudes que se practican con el buen uso de la hacienda; y faltando esta, será menor necesariamente el ejercicio laudable de estas virtudes: fuera de que siendo, como lo es, un vicio el ser pródigo, y malgastar la hacienda, de consiguiente será por lo menos virtud civil el conservar. Siempre exceptado de esta regla á quien, deseoso de mayor perfeccion, eligió la pobreza voluntaria, haciendo á Dios un voto solemne para observarla, y vivir en ella. Este poderoso, tan natural como universal apetito, ¿ó qué consejero tan eficaz suele ser para hacer mal, y á quantos hace salir del recto camino del bien obrar! Ciertamente es primeramente, que el modo de adquirir hacienda debe conformarse con la honestidad, y la justicia, y fundarse en las leyes divinas, y humanas. El



que quiera enriquecerse, ó adquirir hacienda de otro modo, él mismo se hace su proceso; y quando no de los hombres, debe esperar de Dios el justo castigo de este pecado. Ni debe reputarse por persona honrada el que incurre en la vileza de vender por tan baxo precio la preciosa alhaja de su alma, y su conciencia. Tenemos comunmente por sujetos deshonrados á los que para ganarse el sustento exercen los oficios de Alguaciles, ó esbirros, espías, y verdugos, no obstante el poderse exercitar empleos semejantes sin ofensa de Dios, y con aprobacion de las divinas, y humanas leyes: pues con quanta mas razon deberán ser viles, y deshonrados los que injustamente toman, y retienen la hacienda de otros, sea mercader, sea ministro, sea noble, y aun algo mas, el que así lo hiciere?

## §. II.

Entre las muchas, y exécrables maneras que se hallan para juntar hacienda, nada diré de aquellas que dan en los ojos á todos por su manifiesta injusticia. Ninguno necesita de que yo le enseñe, ó acuerde, que un ladrón, un usurero, un falsario, un engañador, los cuales andan á caza de la hacienda agena, son el oprobrio del género humano, y monstruos horribles de la naturaleza; pero acaso podrá suceder que alguno necesite aprender, que este nombre ladrón, que se da solamente á cierta clase de gente, que por lo comun viene á parar, y á finalizar sus días, ó en una galera perpetua, ó en una horca, no se estrecha, y reduce á estos únicamente; se extiende tambien á otras especies de mortales altos, y baxos, y de clases diferentes; de manera, que un escritor antiguo no hizo el menor escrúpulo de dar el nombre de ladrón al Grande Alexandro, sin que lo impidiese tan pomposo titulo. Formaria sin duda un copiosísimo catálogo el que los escribiese todos; pero ni mi genio, ni la materia que trato permi-

miten que yo me meta en esto. Bastará por ahora el que brevemente haga yo memoria de la manera con que el interes (así solemos llamar al amor algo excesivo de la hacienda) se intromete furtivamente en nuestras acciones, y puede burlar de este modo aun á los hombres honrados, y sabios. El interes, decia, es una sutilísima vulpeja, que suele esconderse en el corazón de una buena parte de los hombres, y echar las uñas, insinuándose ya en este, ya en el otro negocio, con tal destreza, que muchas veces no echamos de ver su disimulada, y refinada malicia. Por tanto, necesitamos examinar atentamente todas nuestras acciones para descubrir si acaso en alguna de ellas, y donde no debe entrar, se introduce este ladino interes. He dicho todas nuestras acciones, porque es cosa laudable el ser poco indulgentes, y mas rigurosos para con nosotros mismos: al contrario debemos practicarlo con las acciones de nuestros próximos; pues en suposicion de sernos lícito el examinarlas, debemos hacerlo con mayor cautela, esto es, atendiendo á las leyes, ó á los consejos de la caridad christiana, y alguna vez á las de la justicia, debemos, quando sean dudosas, interpretarlas, y aplicarlas mas ántes á lo bueno, que á lo malo; porque no es exercicio digno de una persona sabia, y christiana el andar buscando en todo con sofística porfia, ó por mejor decir, inventar, y fabricar maliciosamente, la malicia que no tienen en sí las acciones de los otros hombres, y con especialidad las que tienen todas las señas de virtuosas, y santas. ¿Quién nos ha hecho Jueces de nuestros próximos? dice aquí el Apóstol S. Pablo. A nosotros, á nosotros mismos, digo, conviene mas bien el registrar los ocultos senos de nuestro corazón, y conocer el como, y quando nos aconseja, é influye en nuestras acciones el vil interes.

## §. III.

**P**Ocos pasos podremos dar en el comercio del mundo, y vida de los mortales, sin encontrar este deseo, esta pasión del interés en las humanas acciones. Tantas protestas, y expresiones de una tierna, y verdadera amistad hechas por algunos, el cortejar, y visitar tan frecuentemente á otros, no es otra cosa que poner á ganancia aquellos obsequios, y querer que fructifiquen estos pasos. Cesaria sin duda en algunos aquella correspondencia continua, si no la avivase alguna esperanza de sacar algun provecho de ella. ¿Y ácia donde caminan, y se dirigen aquellas bellas palabras, y exhibiciones de servicios, de patrocinio, y promesas de grandes ganancias, que hacen algunas personas? Poned la mano sobre la bolsa, que hácia ella caminan. Acaso se dirigen tambien á pedir alguna cantidad prestada, alguna fianza, ó presienten algun regalo, ó acaso son redes para cazar alguna cosa aun mas preciosa que las ya mencionadas. De modo, que algunos nunca entrarían en una piadosa Congregacion, ni tomarían la administracion de obras pias, ni se encargarian de una tutela, si por lo menos no atisbasen, aunque de lejos, algun granito de interés, y provecho propio. Conviene tambien examinar cuidadosamente los consejos, y persuasiones de otros hombres, porque aun siendo muy poco el interés del consejero, hácia aquella parte se inclinará el consejo que diere. Podría suceder tambien que aquel activo piadoso zelo que manifiestan algunos, quando proponen, y promueven algunas devociones, y toman á su cargo el cumplir algun testamento, nazcan de este mismo principio; porque el interés es tan descarado, y atrevido, que algunas veces se mete en el mismo Santuario; siendo esto tanta verdad, que aun aquellas personas mismas que han profesado la mas estrecha pobreza, si no están sobreaviso, y bien alerta, hallarán varios modos de abrazar

zar con la práctica lo mismo que abominan con la lengua. Dilatada empresa sería el indicar aquí en cuántas, y quales acciones, y determinaciones de toda gerarquía de hombres pequeños, y grandes influye, y se introduce este astuto negociante del interés, oscureciendo la pureza, y disminuyendo la hermosura de las acciones honestas, hasta conseguir que algunos jamas hagan algun buen servicio, ó algun otro bien sino por interés, á no ser liberales, ni dar un paso, á no emplear su doctrina, ni aun sus palabras, ni menos á dar limosna, y practicar otras obras de caridad, porque no se resienta su propio interés. Es necesario atender que no hay puesto, no hay empleo aun de los mas altos, y lucidos, que no se pueda convertir en una vil oficina, y tienda de interés, no menos que puede serlo, si ya no lo es, la que ocupa qualquier artesano mecánico, y plebeyo. Serán estas algo diversas por lo que mira á las ganancias; pero en los ansiosos deseos del corazon serán todas unas.

## §. IV.

**A**hora digo, que nuestros mayores reconocieron acertadamente dos virtudes pertenecientes á este objeto de la hacienda con sus dos extremos, que deben como todos los de las otras ser viciosos: una virtud es la liberalidad, puesta entre los dos extremos de avaricia, y prodigalidad; otra es la magnificencia, cuyos extremos son la mezquindad, ó miseria, y otro vicio, que algunos impropriamente llaman suntuosidad, y yo no la llamaré de otra manera que con el nombre de magnificencia excesiva. A estas virtudes agregaria yo otra distinta, que llamaria desinterés, que tiene por vicio contrario al interés, de que hemos hablado hasta aquí. Por interés entiendo un cierto apego á la hacienda, con un ansioso deseo de acrecentarla aun por medio de ganancias ilícitas. Llámeme quien quisiere primer grado de la avaricia; pero no es ella misma, porque esta envuelve en sí un exce-

sivo cuidado de conservar; esto es, de no gastar el dinero; pero el interes principalmente mira á todo lo que es hacienda; y puede darse en muchas ocasiones que uno sea interesado sin ser avariento, como tambien podrá ser uno interesado por una parte, y al mismo tiempo pródigo por otra: quiero decir, que alguno podrá llamarse interesado, quando gaste por una parte, poniendo á ganancias el fruto de sus ganancias, acrecentando su patrimonio con estas últimas; y esto no se adapta á los que son esclavos de la avaricia, que solamente miran á esconder, y guardar su dinero, y con él su corazon, donde solo él lo pueda encontrar. A mí me parece que el desinteres es una virtud, que no han acertado á distinguir aun aquellos que han inventado tantos nombres para discernir, y separar en los hombres los actos, y hábitos de las virtudes, queriendo significar con el nombre de desinteres un laudable desapego, y una honesta indiferencia ácia todo lo que es, y se llama hacienda. Discretamente escribió Horacio, que el dinero demasiado, ó ha de mandar, ó ha de servir á su dueño: *Imperat, aut servit collecta pecunia cuique*. Si la hacienda manda al hombre, inspirándole ansiosos deseos de aumentarla, aun quando no sea lleito el hacerlo, y causándole dolor el gastarla, aun quando sea necesario, bien podeis á este llamarlo interesado. Pero quando el hombre sea señor de su hacienda, procurando aumentarla en las ocasiones que lo piden la honestidad, y la justicia, y privándose de ella con bizarría, quando lo aconseja la virtud, ó lo pide la obligacion, llamada desinteresado al que obrase de este modo. Ni dexa de serlo el que por los medios que proponen, y aprueban las leyes divinas, y humanas, hace sus contratos gananciosos, y pide los frutos, salarios, y las recompensas, que legitimamente le tocan, y le son debidas, como ni tampoco dexa de serlo el sabio economo de su hacienda, y que no la desperdicia locamente. Quando la Ságrrada Escritura nos dice: *Divitie si affluent, nolite cor apponere;*

esto es, no los enameoreis de las riquezas, aun quando las tengais con abundancia: no debemos creer que esta noble sentençia vaya á herir solamente á los avarientos, idólatras del oro, tan miserables como crueles, porque de estos no hay en el mundo muchos centenares: se dirige aquel aviso á los interesados, de que hay abundante cosecha en el mundo, que tienen el corazon apegado al dinero, con deseo de aumentarlo, aun quando no es licito el hacerlo, y quando lo pide la ocasion no quieren gastarlo. Al contrario, es un elogio hermoso el que se nos intima por el Ecclesiástico, cap. 30. v. 8. 9. *Beatus dives, qui inventus est sine macula, & qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia, & thesauris, Quis est hic, & laudabimus eum?* Bienaventurado aquel, que mirado, y examinado, no se halla en él la menor mancha de vicio, que no corre ansiosamente tras del oro, ni pone su esperanza en la posesion de los tesoros de la tierra. Decidme, y señaladme quien es este tal, y le consagraremos un gran Panegirico; pues sin duda merece ser alabado. En mí dictámen aquel *qui post aurum non abiit*, es el que llamamos propiamente desinteresado, el que no es esclavo de su hacienda, y dinero; porque si lo tiene, y procura tenerlo con honestidad, y justicia, sabe tambien gastarlo con garbo, y bizarría, y hace buen uso en las ocasiones, segun lo piden la razon, y la prudencia; de modo, que el hombre sabio debe ser dueño, y no esclavo de su hacienda, y dinero.

## §. V.

**H**E dicho antes *hacer buen uso*, y esta es otra condicion necesaria para el buen regimen del apetito de la hacienda. Cierto es que la pobreza suele ser al hombre un poderoso, y molesto acicate para cometer desórdenes con el fin de socorrer sus necesidades, y minorar, ó quitar del todo sus penalidades, y trabajos; pero no es menos cierto, que la demasiada hacienda, y

riqueza suelen ser tambien un atractivo igualmente dulce, y poderoso para toda suerte de vicios. Tuvo su justarazon Horacio, quando llamó reyna á la riqueza. Y cuántos hay que dicen con jactancia lo que los buenos dicen con dolor, y pena; esto es, *que no hay cerradura tan segura, ni tan fuerte rastrillo, que no abra la llave de oro*: O como otros interpretan: *Que el oro entra franco por todas las puertas, menos por las de la Gloria*: tambien suele decirse, *que el que combate con armas de plata tiene segura la victoria*. No me detendré en manifestar alguno de los malos usos que se hacen de la hacienda, y dinero, bastará solamente asegurar, que las riquezas, quando no las acompaña la honesta virtud, no son otra cosa que fomento de vicios, y ocasion de pecados. Siendo esto así, es forzoso confesar quan inexcusable, y vituperable es la ingratitude de aquellos, que porque el Señor los trata bien, colmándolos de riquezas, se valen de estas mismas para fomentar su altanería, y soberbia, para oprimir con prepotencia á los miserables, para entregarse á todo género de disoluciones, para hacer su Dios á su propio vientre, convirtiéndolo en desprecio de la divina ley, y en daño suyo propio, la parcialidad amorosa que usa con ellos el Altísimo. Merecen, pues estos inconsiderados, que Dios los prive ántes de tiempo de los bienes, que liberalmente les habia dado, y depositado en tan ingratas manos. El sabio que aspira á la perfeccion, renuncia, y se despidе absolutamente de las riquezas, y bienes temporales para que estos no le embarracaen el conseguir lo que pretende. Bienaventurados son ciertamente aquellos Religiosos, que con ánimo generoso emprenden el hacer á Dios este gran sacrificio, y saben (lo que no es tan fácil) conservarlo puro, y sin mancha hasta la última hora de su vida. Sabio es tambien el que habiendo recibido de sus mayores un rico patrimonio, ó habiéndolo adquirido con su industria, y honesto trabajo, hace tal uso de lo que tiene, que jamas ha permitido que sus bienes sirvan, ó hayan servido para man-

mantener, ó fomentar vicios, y pecados, antes bien se han empleado en mantener la virtud. Grandes riquezas poseia Séneca, y le hubiera estado mejor el no tener tantas, porque no le habrian hecho tanta guerra, y acaso se hubiera librado de aquella muerte violenta á que le llevó mas bien su opulencia que alguna otra causa, pues á no tener tanta riqueza, no hubiera el cruel Nerón quitádole la vida. Tantas alhajas, tantos cortijos; tantas y tan bellas casas de campo como gozaba Séneca, excitaron la envidia, movieron murmuraciones, y sátiras en las conversaciones, del que siendo dueño del Imperio, queria cambiar todo esto por el estado de aquel Filósofo Estoico, el qual hablaba con tan gran desprecio de las riquezas, quando las poseia con tanta abundancia. La Apología que hace por sí mismo en el libro de la Vida Bienaventurada, se reduce á decir, que las riquezas están bien en manos de los sabios, y buenos; pero mal en poder de los malos, por el abuso que hacen estos de ellas. De hecho, reparad quan sabiamente usa el hombre prudente de las riquezas que tiene. En otros dueños suele verificarse, *que la mucha soberbia hace abrir la boca: que las riquezas son los fuelles de la altanería, que soplan el desprecio de la pobreza*. No se entiende esto con el hombre prudente, y sabio. Aunque abunde de bienes temporales, no pone su afición en ellos, porque sabe que son poco durables, sujetos á un golpe de fortuna que los trastorna. Ni por muchos bienes que posea, dexa de tener en su punto la modestia, la afabilidad, la cortesía: no dexa de manifestar en las ocasiones una magnificencia limpia de vanidad, fausto, y pompa. Su piadosa liberalidad para con los pobrecitos, la prontitud en socorrer á los necesitados, que sin culpa los puso la desgracia en estado miserable, y el buen tratamiento á sus propios sirvientes, hace que por todas partes resuene el eco de muchas bendiciones. No perdona, ni repara en gastos para dar una buena educacion á sus hijos: procura aumentarles, ó no disminuirles

su patrimonio, y á cada uno procura colocar en el estado mas conveniente á su clase, é inclinacion: fuera de esto, si puede, procura ayudar á su patria, introduciendo en ella manufacturas, abre canales para las aguas, levanta conservatorios para la crianza, y educacion de huérfanos, y pupilos, Hace librerías públicas, y dota cátedras para la enseñanza de los jóvenes, construye Casas, ó Colegios para correccion, erige hospitales, y quando á los pobres oficiales, y jornaleros les falta donde ganar el pan, él les da que trabajar, ó en su hacienda, ó en alguna obra pública, y provechosa. Quando las riquezas se hallan en semejantes personas, podemos decir con verdad, que están bien empleadas. Y así como uno de los indicios mas claros de un corazon ruin, y apocado es el tener mucho apego al dinero, de tal manera, que no se le permita girar para la utilidad pública; así tambien lo es sin duda de un corazon, y ánimo grande el gastarlo pronta, y alegremente, quando el decoro, la necesidad, ú otro justo motivo lo requiere, y pide.

## S. VI.

**A**SI como raras veces sucede que incurra un jóven en este vicio de la avaricia, es muy ordinario que adolezcan de esta enfermedad los viejos. Estos, despues de haber experimentado en sí, ó en otros los muchos, y diversos lances á que está sujeta la vida del hombre, y que en todo acontecimiento es el oro el mejor, y mas fiel amigo, se dan prisa, y se afanan para juntarlo, y guardarlo, y lo adoran despues de haberlo juntado. Este es el Dios, el Ídolo, quiero decir, que ha de socorrerlos en su mayor necesidad. Venga la desgracia que quiera, en su arca forrada de hierro, y asegurada con tres rastillos, allí tienen su remedio: allí está el que los ha de librar de todo trabajo; bien que en llegando algun ahogo, es seguro que no saldrá de sus manos un real mas de lo que pide la urgencia presente; porque siem-

pre temen que podrá venir otra necesidad mayor, y es razon el tener recurso á quien la pueda remediar. Cosa extraña por cierto, que un hombre lleno de canas, y cocido en experiencias, que ya debería haber aprendido á ser prudente, y sabio, comience tan tarde á estimar tanto al oro; y que por este amor, por esta pasion tan villana, é indigna, incurra en mil ruindades, y baxezas. Reparad en esta casta de gente, y hallareis, que vienen á ser padres crueles para sus hijos, amigos infieles, y sospechosos, insufribles maridos, fastidiosos amos, y hombres tan extraños que parece haberse apagado en ellos aquella luz hermosa tan propia de la naturaleza humana. Y siendo, como lo es, tan baxa, y bestial su inclinacion, los veréis ocupados en ocultarla aun á sus propios ojos, cubriéndola con la librea de la economía, de la prudencia, de la penitencia, y con estar pensando continuamente en desgracias, tempestades, guerras, esterilidades, ruinas, y otros accidentes melancólicos de que no hay la menor señal; pero ellos los ven á la puerta de su imaginacion. ¿Habrá necesidad acaso de reprobear, y detestar esta vileza, y locura en aquellas criaturas á quienes el Criador ha enriquecido con razon, y entendimiento? No es ciertamente tan injuriosa, y desatinada la locura de aquellos otros que dan en el extremo contrario; esto es, la de los pródigos, no dexando por esto de ser un vicio tambien la prodigalidad: á este se inclina mas presto la juventud, que por lo comun solo mira lo que tiene presente, sin pensar poco, ni mucho en lo venidero: esta es la que mas fácilmente se inclina á malgastar la hacienda, siendo lo mas doloroso el que la gaste en vicios, y pecados. Algunos de estos tambien suelen gastarla, ó malgastarla en humo, que á las veces les cuesta caro. Si estos no tienen el corazon pequeño, no es muy grande, y sesudo su cerebro. Es verdad, que despues que han desperdiciado su hacienda alegremente, y sin consideracion, vuelven luego sobre sí, y si pueden hacerlo, comienzan

zan á gastar lo que no es suyo : tambien es verdad , que no suele salirlos bien esta traza ; y finalmente llenos de miseria , y de vanos arrepentimientos , vienen á ser infelices mendigos , sin que hallen socorro por lo comun en aquellos que se aprovecharon de su prodigalidad , ni en los otros con mas razon . ¿ Tendremos tambien aqui necesidad de exhortar , y persuadir á alguna persona , á fin de que no malgaste su hacienda ? No por cierto , porque para no ser prodigo basta el no haber perdido el juicio . *El que gasta con demasía de lo que tiene , hace el cordel para aborcarse* , decian nuestros ancianos antiguamente .

## §. VII.

Debe aqui notarse , que tambien los viciosos suelen ser industriosos , y adquirir hacienda ; pero esta suele tener alas : con la misma facilidad que vino se va ; porque *lo mal adquirido se gasta mal , y presto* , es un proverbio que muchas veces vemos verificado . Otro adagio mas vulgar nos dice tambien , *que lo bien ganado se lo lleva el diablo , y lo mal ganado á él , y á su año* . Ademas de la justicia de Dios , suele tambien la de los hombres , quando es vigilante , destruir la hacienda mal adquirida ; esto es , la que entra en las casas por malos modos , y medios , con injusticias , con engaños , con latrocinios : fuera de esto , son los vicios los que ordinariamente reducen á pobreza , y miseria , disipando la hacienda aunque sea bien adquirida . Los malos efectos de la desenfrenada luxuria , de la insaciable ambicion , y vanidad . Los excesivos convites , el juego , las enemistades , y otros desoladores semejantes , no tenemos que ir á buscarlos á las Indias , quando los tenemos dentro de casa . Lo que mas debe extrañarse en este asunto es , que aquellos que tienen mayor necesidad que otros de conservar , y adquirir hacienda , quales son los pobres , estos son los que mas prieta se dan á malgastar la que tienen en las tabernas , casas de juego , loterías , &c . Solo el hombre sabio es el que le-

gitimamente , y sin cargo de conciencia adquiere hacienda , y sabe prudentemente , ó conservarla , ó gastarla ; pero nunca en cosas de que á él se le siga desdoro para con los hombres , ni arrepentimiento para con Dios . Aun diré mas : que en algun modo es muy útil el amor á la hacienda para guardarse de cometer muchas culpas , que no pueden cometerse sin afloxar la propia bolsa . Cierto es , que el amor , y temor de Dios debe ser el motivo mas noble , y principal ; pero tambien ayuda no poco á la observancia de la ley santa , el no malgastar la hacienda . Por lo demas yo no alabaré , ni persuadiré , ó propondré á otros por máxima general la retencion , y el ahorro ; porque pueden darse casos en que este sea vicioso , como hijo del vil interes , ser contrario á la santa ley de Dios ; con todo , es muy recomendable al hombre prudente en otras muchas ocasiones . Solamente el hombre de poco juicio tiene por vileza en su casa , y siente mal en la de otros la prudente economía ; esto es , el buen gobierno en la hacienda , y el orden , y buen modo de gastarla , la diligencia para mantenerla , y aumentarla , con el justo miramiento de no malgastar su patrimonio . Este arte de gobernar bien la bolsa , es necesario especialmente á los padres de familia ; y con tal que no llegue al extremo contrario , conviene tambien á los Príncipes , y mayores Monarcas del mundo , por ser parte de la prudencia , virtud tan necesaria al hombre , que por esto se llama prudencia económica . Tambien pertenece á esta prudencia el cuidado del ahorro , tanto para mantener el decoro del estado de cada uno , como para hacer bien á otros , y prevenir los accidentes contingentes , y desgraciados , que suelen ocurrir en el mundo , siendo esta economía muy necesaria á quien tiene hijos , y familia ; pues como padre cuidadoso debe procurar el adelantamiento , y bien estar de sus hijos : tambien es aun mucho mas necesaria al que no posee mucha hacienda . Se rien algunos poderosos , y acomodados , enemigos jurados del trabajo , y fatiga , que dánloes en ros-

tro el cuidado de su propia casa, descansan interiormente apoyando estos cuidados sobre sus agentes, y mayordomos: se rien, digo, quando ven algunos tan atentos á sus rentas, y al gasto diario de sus casas, tan internados en sus tráficos, y en hacer que fructifiquen sus bienes, regulándose por unas máximas que acompañan las ideas de su economía, como son aquellas de *no hacer jumás por ministerio de otro: lo que puede hacerse por sí mismo: no dexar para mañana lo que puede hacerse en el día: no hacer poco caso de las cosas menudas, ni de los gastos de poca monta.* De todo esto se burlan aquellos otros, tembriendo por cosa despreciable estos cuidados, y descubriendo en ellos algun color de avaricia, y vil interes; pero el hombre sabio no debe por esto abandonar su práctica, ni dexar las reglas de la prudente economía, establecidas constantemente, como lícitas, y útiles para la vida civil del hombre. Es comun interes del público que los Ciudadanos sean ricos, é industriosos, y lo es tambien de las familias el que se conserve el nervio de su propia subsistencia, importando mucho á cada particular el que no se piense solamente al día de hoy, sino es que se extiendan las providencias á lo por venir, exhortándonos á esto mismo el Espíritu Santo con el exemplo que de la hormiga propone al perezoso. Conviene tambien acordarse de aquellos proverbios, ó sentencias que los locos fabrican las casas, y los cuerdos las compran: que hasta uno solo para destruir todo aquello que ciento han edificado. No es impropio del hombre sabio el aplicarse á multiplicar riquezas, con tal que no lo haga con ansia notable, ó por modos, y medios poco lícitos, y no ponga mucha afición en ellas despues de conseguidas. Finalmente las riquezas no hacen estimable al hombre absolutamente. ¿Apreciáremos nosotros en mucho un caballo, porque tenga el freno de oro, bordada ricamente la silla, y los estribos de plata? Pero diremos que vale mucho mas un hombre bien exercitado en las virtudes, y que abundando en bienes temporales, los gasta en obras

obras virtuosas, y laudables, cuyo mérito durará para siempre, aun quando fenezcan las riquezas temporales. Pero si el hombre se entregase totalmente al cuidado de amontonar riquezas en esta vida, sin hacer caso de enriquecer su alma con otras riquezas espirituales, que consisten en aprender, y practicar las virtudes: en este caso será siempre para con los hombres sabios, y mucho mas para con Dios un pobre de oro macizo, ó como dice el Evangelio un sepulcro adornado, y dorado por de fuera, pero por dentro pestilencial, y asqueroso.

## CAPÍTULO XLI.

## De la policia de las costumbres.

## §. I.

DExamos ya dicho que el hombre está especialment e obligado á observar tres órdenes, ó respetos: el primero con Dios, el segundo consigo mismo, y el tercero para con los demas individuos del género humano. En el conocimiento, pero mucho mejor en la posesion, y exercicio de dichos órdenes, consiste la parte mas esencial, y sólida de la Moral Filosofia; pero aun resta otro orden, ó respeto. Despues que una estatua está delineada, y formada con todas sus medidas, y proporciones, desbastada, digámoslo así, con los cinceles, ó escoplos mas gruesos, de manera que pueda ya decirse que está hecha, con todo, para repulirla, y perfeccionarla, de modo que se pueda llamar perfectamente concluida, ó acabada; son necesarias otras diligencias: deben para este efecto manejarse cinceles, y escoplos mas delicados: debe entrar la lima, y quitar aquellas superfluidades que percibe los inteligentes en el arte, y con esto queda la estatua mas elegante, y hermosa. A este modo, para perfeccionar el hombre el tercero de los mencionados órdenes, debe estudiar la gentileza, ó po-

tro el cuidado de su propia casa, descansan interiormente apoyando estos cuidados sobre sus agentes, y mayordomos: se rien, digo, quando ven algunos tan atentos á sus rentas, y al gasto diario de sus casas, tan internados en sus tráficos, y en hacer que fructifiquen sus bienes, regulándose por unas máximas que acompañan las ideas de su economía, como son aquellas de *no hacer jumas por ministerio de otro: lo que puede hacerse por sí mismo: no dexar para mañana lo que puede hacerse en el día: no hacer poco caso de las cosas menudas, ni de los gastos de poca monta.* De todo esto se burlan aquellos otros, tembriendo por cosa despreciable estos cuidados, y descubriendo en ellos algun color de avaricia, y vil interes; pero el hombre sabio no debe por esto abandonar su práctica, ni dexar las reglas de la prudente economía, establecidas constantemente, como lícitas, y útiles para la vida civil del hombre. Es comun interes del público que los Ciudadanos sean ricos, é industriosos, y lo es tambien de las familias el que se conserve el nervio de su propia subsistencia, importando mucho á cada particular el que no se piense solamente al día de hoy, sino es que se extiendan las providencias á lo por venir, exhortándonos á esto mismo el Espíritu Santo con el exemplo que de la hormiga propone al perezoso. Conviene tambien acordarse de aquellos proverbios, ó sentencias que los locos fabrican las casas, y los cuerdos las compran: que hasta uno solo para destruir todo aquello que ciento han edificado. No es impropio del hombre sabio el aplicarse á multiplicar riquezas, con tal que no lo haga con ansia notable, ó por modos, y medios poco lícitos, y no ponga mucha afición en ellas despues de conseguidas. Finalmente las riquezas no hacen estimable al hombre absolutamente. ¿Apreciáremos nosotros en mucho un caballo, porque tenga el freno de oro, bordada ricamente la silla, y los estribos de plata? Pero diremos que vale mucho mas un hombre bien exercitado en las virtudes, y que abundando en bienes temporales, los gasta en obras

obras virtuosas, y laudables, cuyo mérito durará para siempre, aun quando fenezcan las riquezas temporales. Pero si el hombre se entregase totalmente al cuidado de amontonar riquezas en esta vida, sin hacer caso de enriquecer su alma con otras riquezas espirituales, que consisten en aprender, y practicar las virtudes: en este caso será siempre para con los hombres sabios, y mucho mas para con Dios un pobre de oro macizo, ó como dice el Evangelio un sepulcro adornado, y dorado por de fuera, pero por dentro pestilencial, y asqueroso.

## CAPÍTULO XLI.

## De la policia de las costumbres.

## §. I.

DExamos ya dicho que el hombre está especialmente obligado á observar tres órdenes, ó respetos: el primero con Dios, el segundo consigo mismo, y el tercero para con los demas individuos del género humano. En el conocimiento, pero mucho mejor en la posesion, y exercicio de dichos órdenes, consiste la parte mas esencial, y sólida de la Moral Filosofia; pero aun resta otro orden, ó respeto. Despues que una estatua está delineada, y formada con todas sus medidas, y proporciones, desbastada, digámoslo así, con los cinceles, ó escoplos mas gruesos, de manera que pueda ya decirse que está hecha, con todo, para repulirla, y perfeccionarla, de modo que se pueda llamar perfectamente concluida, ó acabada; son necesarias otras diligencias: deben para este efecto manejarse cinceles, y escoplos mas delicados: debe entrar la lima, y quitar aquellas superfluidades que percibe los inteligentes en el arte, y con esto queda la estatua mas elegante, y hermosa. A este modo, para perfeccionar el hombre el tercero de los mencionados órdenes, debe estudiar la gentileza, ó po-



licia de las costumbres, si deseando conversar, y tratar con los otros hombres, quiere hacerlo con policia, y garbo, sin aquellos pequeños defectos, que pueden desagradar á los otros hombres, ó hacerse para con ellos risible. Cuesta poco el hacerse un hombre ridiculo, aunque no falta quien gasta mucho para serio. Estos defectos (siento el decirlo) son de tantas especies, y tan abundantes, que para solo el catálogo no bastaria un libro entero. Puede, pues, el hombre incurrir en estos defectillos, en el pasear, en el reir, en el hablar, en el vestir, en el comer, y en otras muchas, ó casi todas las acciones, que puede hacer delante de otros hombres, sin que esto deba causar admiracion, pues á cada paso notamos en otros, y nos reimos acaso de lo mismo que nosotros hacemos; pero si el sabio quiere sacar provecho de estos defectos ajenos (y lo debe querer, por ser esta una prenda de estimacion), no es muy dificultoso el conseguirlo, corrigiéndose á sí propio. Acaso esta virtud es la misma que los Latinos llamaron *urbanidad*; pero yo tomo en significacion mas dilatada la virtud de que hablo ahora. Hay libros enteros que tratan de ella; y aunque es muy trivial en Italia, siempre será muy útil para los jóvenes el *Galateo de Monseñor de la Casa* (nada inferior es para nuestros Españoles el que escribió el incomparable Cervantes), porque en estos se enseña la buena crianza, que no es la menor parte de la policia que debe tener el hombre civil. Despues hay el otro libro mas voluminoso, cuyo nombre he repetido tantas veces, y es la *practica del mundo civil*; esto es, el conversar con personas discretas, hábiles, ingeniosas, y sabias: esta es la mejor escuela para quien tiene un poco de juicio, y quiera aprender lo que debe practicar, ó lo que debe omitir en el quotidiano comercio con los demas. He dicho *del mundo civil*, porque no debemos creer que en qualquier rincon de la tierra se hallan maestros de policia, y exemplos que imitar con alguna ventaja. Cier-to es que en los Países bárbaros, y Villages rústicos no

se

se dan lecciones semejantes; ántes bien, quando alguno obra descortesmente, se acostumbra el llamarlo *villano*, no por otro motivo, sino es por el mal modo, y porque le falta aquella gentileza, y manera de obrar, que suele hallarse en las Ciudades, por cuyo motivo se llaman civiles sus moradores. Pero la escuela de la buena crianza, y policia de los que allí viven, no debemos creer que sea igual en todas las Ciudades. Si hemos de estar á la decision de los Franceses sobre esta materia, basta entre ellos el ser Provençal; esto es, educado, y criado en alguna Provincia distante de París, para caracterizarlo de hombre rústico, y mal criado: solamente París goza, segun los Parisinos, el privilegio de graduarse Doctores á sus habitantes en todo lo que se llama urbanidad, cortesía, y buena crianza; pero yo no juzgo tan baxamente de todas las otras Ciudades de la Francia, aunque me persuado, que serán mas seguros, y frequentes los exemplos de compostura, buenas modales, y policia en París que en alguna otra Ciudad; y porque derivándose este nombre *cortesía* del Lugar, ó Ciudad donde está la Corte, allí es donde por lo comun se halla el gusto mas refinado, y donde mas cuidadosamente se cultiva el espirito. Ultimamente, el hombre de juicio puede adelantar mucho viajando, y considerando atentamente los estilos de las Ciudades, y de las Cortes mas cultas de la Europa, observando las costumbres de Naciones diversas, para elegir, y practicar lo mejor de cada una. La delicadeza del gusto consiste puntualmente en saber distinguir los defectos mas ocultos, y los primeros mas escondidos, así en las obras del ingenio, é industria, como en las costumbres humanas.

## S. II.

PERO aquí es necesario hacer alto para insinuar, y señalar una condicion esencialísima, sin la qual jamas se aprovechará mucho, ni poco, viajando, ó no via-

S2

jan-

jando por el mundo. Dexo dicho en otra parte, y repetiré continuamente, que es necesario que el hombre se acostumbre á juzgar bien de las cosas, y de las acciones, las quales en esta gran feria del mundo son innumerables. Dichoso el que sabe dar á las cosas su justo peso, y medida, distinguiendo las buenas de las malas, las feas de las hermosas, las mas, ó menos laudables de las vituperables, y todo con el fin recto, y honesto de abrazar lo bueno, y huir de lo malo. Dichoso el que no se dexa guiar de máximas, ni preocupaciones adoptadas en aquellos primeros años de su edad, ni de las que adopta el comun de los hombres; ántes bien, examinando con diligencia las acciones, y los usos, y costumbres, juzga rectamente, y con atención si es, ó no prudente, y sabio el fin, y si los medios son proporcionados para conseguirlo. Siempre que el juicio no esté bien formado, sentido, y acostumbrado á examinar con atención, y juzgar con rectitud de las costumbres de las gentes, aun viajando, y practicando las grandes Cortes, podrá suceder, y sucederá fácilmente, que se abraze, y siga lo defectuoso, y malo, dexando lo virtuoso, y bueno. ¿Faltan por ventura dentro, y fuera de Italia, faltan, dirémos, en nuestra España buenas costumbres, y virtudes que imitar? No señor: falta solamente el discernimiento en los que se crían allí mismo, ó giran, y viajan por ella, para elegir lo bueno que imitar, y dexar lo vicioso, y defectuoso de que deben huir.

## §. III.

**E**Ntrando, pues, en el catálogo de estas cosas de que hablamos, y comenzando por el vestido, no podemos dispensarnos de hablar una palabrita sobre el tirano imperio de la moda. Ninguno ignora, que el fin de andar el hombre vestido, es el de cubrir decentemente su cuerpo, y preservarlo proporcionadamente del calor, y el frio, y esto de un modo conveniente á la clase, y gra-

grado de cada uno, y de tal forma, que se cumpla la intencion honesta de aquella necesidad, que obligó al hombre á que se cubriese, y vistiese. Supuesta esta verdad, no aparece razon alguna de andar mudando vestidos cada dia, sino en el caso de hallar algun otro que se adapte mejor á la necesidad del cuerpo. Por tanto, los antiguos Griegos, y Romanos mantuvieron siempre una misma forma en sus vestidos. Del mismo modo se mantienen despues de muchos siglos los Orientales; pero no lo practica de esta manera un Reyno que confia con nuestra Italia: ó bien sea esto un influxo del genio de sus moradores, que siempre aman, y buscan novedades, ó bien que los sastres, los zapateros, los joyistas, los texedores de telas, y estofas, las escuñeteras, los peluqueros, y otros artifices, estudian á porfia, y diariamente nuevas invenciones para aumentar sus ganancias: lo cierto es, que la moda tiene gran dominio en aquel Pais, viéndose continuamente en él mutaciones en el corte, y adorno de los vestidos, y demas atavíos del cuerpo, estimándose hoy en poco lo que ayer se apreciaba mucho; porque la invencion de otra nueva moda de hoy, quitó todo su valor á la de ayer, y la de mañana hará lo mismo con la de hoy. Y nosotros Italianos (mejor diremos malos Españoles), como ridículos monos, corremos exhalados á imitar puntualísimamente estos metamorfosis, ó transformaciones extravagantes, estas modas frívolas, é inútiles, como si baxáran de la Corte de Júpiter. Y no obstante que estas bizarras galanterías, estas escenas del luxo, y fruslerías de la moda den tan fieros asaltos á las bolsas, con todo se aman sin medida, se buscan con anhelo, y ansia: teniéndose por infeliz, y mal contento con su suerte, y fortuna el que no puede seguir todos los pasos de la moda. Hubo con todo alguna nacion en la Europa, y no faltó alguna Ciudad en la Italia, que por orden de sus Mayores, y Príncipes, fixó la forma de su adorno, y vestido exterior; pero los moradores de es-

tos Países sabrán decirnos si han bastado estas disposiciones tan acertadas, para resistir los encantadores esfuerzos, y baterías de la moda. Notoria es á toda la Europa la determinación, que con toda solemnidad ha tomado en estos días el Reyno de Suecia, señalando exactamente la forma de vestidos, y trages, que por lo sucesivo deben usar sus moradores, y súbditos, Senadores, y Militares, Plebeyos, y Nobles, determinando las telas, los colores, y demas adornos, de que deben componerse los vestidos de los Succos. Los que vivieren despues de nosotros verán si á esta al parecer incontrastable muralla arruinarán algun día los tiros de la moda. Usábase en alguno de nuestros Países en algun tiempo cierta especie de vestido honesto, noble, grave, y decoroso; ¿pero que importa todo esto? Vino la moda, y desterró este vestido; y si ha quedado algun indicio, solamente se manifiesta en las máscaras, ó mogigangas: ni puede arriesparse un hombre de juicio á llamar ridícula alguna de las muchas modas, que aparecen cada día; porque intentarán sacarle los ojos con los dedos aquellas señoras, que toman por su cuenta el proteger, y defender las extravagantes novedades de la moda: solamente podremos esperar que se manifieste, y confiese esta ridiculidad, quando se acabe el curso poco durable de su felicidad: despues de algunos pocos años se hallarán aquellos vestidos en los retratos burilados, y estampados en papel, ó pintados en tela.

## S. IV.

**A** Hora, pues, ¿que dirá sobre esto, ó cómo se contendrá un jóven Filósofo? Con estos hablo ahora, no con los ancianos, á los quales les son permitidos algunos privilegios mas graves, y decorosos. Despues de varias, y profundas meditaciones sobre la veledad del genio de los mortales, sobre las excesivas locuras del luxo corriente; y despues de desear eficazmente que las

Prag-

Pragmáticas de los Príncipes sabios contengan el impetuoso torrente de tan dispendiosas, como inútiles invenciones, que en los vestidos vemos cada día, que sin duda conspiran contra las bolsas: mi consejo en este punto es, que el sabio en muchos casos, y ocasiones puede dexarse llevar de la corriente. No dexa de estar bien fundado aquel antiguo Proverbio: *comer á gusto, y vestir al uso*; pues aunque ciertas modas parezcan cosa de risa á las personas sabias, y prudentes, con todo, seria mas reparable el singularizarse, y todos señalarian con el dedo al que hoy quisiese usar aquellos trages, y vestidos antiguos de los siglos pasados. Y aquel que en ciertos lances quisiese sacudir el yugo tirano de lo que se usa, se desacreditaria por lo menos para con los ignorantes, y necios, que son muchos mas que los prudentes, y sabios. Toda suerte de singularidad, no solamente en el vestir, pero aun en otras muchas acciones de la vida civil, puede fácilmente parecer una especie de locura á los demas, y darles motivo para que se rian, y burlen de nosotros: no porque se deba seguir sin faltar un ápice, ó discrepar un minuto qualquiera invencion, que cada día presenten en el campo los aragones caprichosos, ni tampoco haya obligacion de seguir aquellas modas, que ademas de ser incómodas, y dañosas no se avienen bien con la decencia, y la moderación; ni menos aquellas detestables, que hacen que los hombres parezcan mugeres. Tal seria ciertamente el espejo, que suele ser el consejero de las damas, quando llegase á serlo tambien del sexó viril. De esta indecente transmutacion nos dexaron á posta los antiguos un exemplar abominable en el retrato de Hércules, perdido por los amores de Jole, y otro nos dexó el buen Taso en los delirios de su Raynaldo. Seria tambien inexcusable culpa el ponerse un vestido que desdixese de la honestidad, y modestia; tambien seria locura el calzarse una forma de zapatos, que lastimasen, ó estropeasen los pies, solo porque la moda los pide así. Hablo, pues, de seguir el uso comun

S.4

del

del pueblo noble, quando este sea cómodo, y decente. En todas nuestras acciones, y discursos jamas debemos olvidar el decoro, aunque no es cosa fácil el conocer, y señalar á este sus limites, por la variedad de personas, y circunstancias, que ocurren cada día, ó cada hora; pero si alguna vez es necesario enloquecer con los locos por no dar que decir á muchos, inclinándose ácia el luxo, que ya se tiene por policía, y mudando segun los tiempos la forma, el color, y la tela de los vestidos, esta locura, y necedad no debe venirle al pensamiento al que está dedicado, y alistado en la Milicia de Jesu-Christo. La Santa Iglesia les ha señalado á estos la forma, y color que deben observar en sus vestidos, con intencion de que el hábito, ó vestido exterior sea indicio nada equivoco de la humildad, gravedad, y compostura interior, que la Santa Iglesia desea en los Ministros de su casa. Por tanto, no debe reputarse policía en algunos Sacerdotes el demasiado cuidado, y pomposo adorno, ya en las pelucas postizas, y delicados rizos con que se adornan las cabezas, despidiendo varios olores, como pudieran los mas acicalados seglares; ya en el corte, y ayre de sus vestidos á la última moda, con todos sus cabos, y demas primores, á que nada tendria que añadir el mismo Ganimedes: no, no es esto policía en los Sacerdotes, sino es corrupcion de costumbres. He oido decir que estos tales deberian llevar un cartel pendiente del cuello en que con letras grandes se viese escrito: *¿Dudais acaso que yo sea Clérigo? Pues reparad en los dos dedos de tela azulada, ó blanca que traigo en el cuello.* Finalmente por lo que toca á la policía en el vestir de qualquiera persona, lo será siempre el guardarse de toda extravagancia, y suciedad andrajosa, el procurar aquella curiosidad, que no degenera en vanidad, ni afectacion, y que el vestido sea proporcionado al grado, y condicion de cada uno, con la diferencia que debe haber entre el noble, y el plebeyo, el mercader, el artífice, y el Togado. Si esta propor-

cion

cion se observa con exactitud en estos tiempos, no lo tengo yo para averiguarlo, y decidirlo. Ademas de esto, qualquiera que tiene ánimo de observar esta policía, tambien la demuestra en los muebles, y buena disposicion de su casa. Quizá no se hallarán en ella alhajas muy preciosas, pero se verá el buen órden, y concierto, de tal modo, que se avengan bien lo poco con lo gracioso, y bien dispuesto.

## §. V.

DEL mismo modo se observará policía en el conversar, y tratar con los otros hombres, quando la conversacion sea gustosa, y deleytable, quando no cause tedio, ni sea molesta, quando á todos guarde el debido respeto, y no ofenda á ninguno. Los grandes charlatanes, y habladores de profesion suelen dar gusto al auditorio por algun breve tiempo; pero á carrera larga dan fastidio, y suelen quedarse solos. Aquello de hacerse dueños de la conversacion, sin dexar hablar á los demas, viene á ser una especie de tiranía, de que Aristóteles, y Platon no se acordaron en sus Repúblicas; pero no por esto dexa de ser una cosa desagradable, y aun insufrible, particularmente para el que quisiera decir dos palabras, y no le dexan decirlas. Tampoco tiene gracia en las conversaciones el interrumpir la narrativa, las respuestas, ó las reflexiones de los otros á cada instante; ni el saltar de quando en quando con preguntas fuera de propósito. Cada uno quiere hacer su papel en la comedia de la conversacion, ni está prohibido; ántes bien suele ser la salsa de los discursos familiares entre los amigos el burlarse, y jugar un poco, con tal que esto se haga con palabras agudas, y graciosas, pero no con sátiras picantes, é ironías insolentes; y con tal que la burla no recaiga sobre defectos del cuerpo, ó del ánimo; porque esta libertad solamente puede permitirse entre amigos confidentiales, á quienes la experiencia en el trato les permite burlarse

aun

aun de sus propios defectos: con otras personas siempre será peligroso el tocar estas teclas. La Estrapelia fué contada por nuestros mayores por una de las virtudes civiles, las quales tienen por oficio el saber portarse con alegría, y gracia en las conversaciones, y discursos familiares. Parte de esta virtud es el hablar con gracejo; pero no, como ya hemos dicho, en estilo vil, y bufonesco. Es permitido el hablar aun con los grandes Señores de este modo, con tal que se haga con graciosa delicadeza; pues estos por lo comun son la delicadeza misma. El que aun en los negocios mas arduos sabe jugar esta carta con destreza; esto es, sabe alegrar, y contentar al sugeto con quien trata, tiene mucho andado para ganar al juego; ni yo creo que los jóvenes sabios tengan necesidad de que yo les avise quan conforme sea, no menos á la Ley Santa de Dios, que á las de la policía, decencia, y honestidad, el abstenerse de graciosidades impuras, y equívocos deshonestos, y de mala crianza. Tales lenguas hacen ver á todos, que su corazón está dañado, y se conciliará el desprecio de todos los buenos. Tambien es insufrible el conservar con algunos, que muchas veces se obstinan en defender sus opiniones, y se alteran, y voccean, y aun riñen con quien se les opone, y hace frente: propiedad de cabezas duras, é inflexibles, que manifiestan claramente que están rellenas de su propia estimacion, y que es un milagro que alguna vez no revienten. Una de las señales clarísimas de la soberbia, es el no poder sufrir quien los contradiga, y el aborrecer á quien intenta enmendarles la plana. El hombre político mantiene su partido, y defendiendo su opinion con modestia, y sin acaloramiento: sufre con paciencia, y disimulo las necesidades, y despropósito de los otros, á no ser de sus intimos antiguos amigos, y alguna vez contradice, pero con gracia, las historias fabulosas, que algunos refieren, sin dar á entender á los Autores, que serán locos en intentar persuadirle las novelas que refieren; pero si encuentra con aque-

aquella raza de hombres, que presumen tener razon en quanto habian, y si se les contradice, montan al punto en cólera, ó en aquellos tan resentidos, y delicados, que á la menor burla se dan por ofendidos, en estos casos, usando de su prudencia, recoge velas, se retira, y calla; reflexionando despues, si para lo successivo le tendrá mas cuenta el apartarse de tales personas, que parecen hechas de filigrana, ó de aquellas otras, que al menor golpecito disparan chispas. Tambien convendrá en las conversaciones guardarse de alargar el discurso sobre la facultad que cada uno profesa, y del repetir muchas veces una misma cosa, lo que suele acontecer, ó por falta de memoria en el que habla, ó por defecto de términos acerca de la materia de que se trata. Las personas discretas, y de buena crianza disimulan, y reciben como moneda nueva lo que de puro sabido tienen ya olvidado, quejándose solamente de la pérdida del tiempo. Pero ya que he mencionado las personas discretas, no puedo menos de decir, que la indiscrecion es un defecto en que se puede incurrir en varias maneras, tratado con diferentes personas. Sucede esto primeramente, quando alguno rehusa, ó no quiere hacer por otro lo que podria hacer con poco, ó ningun trabajo suyo, y causaria gusto, y comodidad al otro, ó quando hace lo que sin servirle á él de algun provecho, es á otra persona desagradable, y dañoso. Puede un hombre ser indiscreto con su muger, con sus hijos, con sus criados, y con otros muchos, quando no guarda con ellos en obras, y palabras aquella regla, y medida, que piden la caridad, y justicia. Aun en la conversacion ordinaria pueden cometerse estos defectos, hablando contra lo que conviene á los que escuchan. El alabar las conveniencias, y placeres del mundo en presencia de Religiosos solitarios: de la nobleza delante de los plebeyos: de la hermosura oyéndolo las viejas: desacreditar el justo empeño de la fidelidad conyugal delante de mugeres casadas: desaprobar el quejarse al que se halla maltratado de la fortuna: ensal-

salzar su felicidad propia delante de quien ha perdido la suya: exaltar el mérito de su ciencia en una asamblea de ignorantes: todas estas son indiscreciones, que á ninguno deben perdonarse; pero el gran deseo que algunos tienen de hablar de sí mismos, no repara en ofender á otros. Basten por ahora estas pocas líneas para una materia de grandísima extension, qual es la presente, la qual contiene muchos defectos, que se deben evitar, y muchas mas advertencias á que se debe atender.

## S. VI.

O Mito asimismo otros muchos aspectos, ó perspectivas de la virtud de la policía, y solamente me ceñiré á traer á la memoria, que así como la aspereza, la rusticidad, la deformidad, la incivilidad, el humor despreciativo, hipocondríaco, y quejicoso, y otras muchas maneras de vivir, y presentarse al público, tratando con otros, &c. que ó son desordenadas, ó desagradables, é irrisibles, vienen á ser cada una por su término, y respeto, defectos, y extremos viciosos de la gentileza, y policía de las costumbres, pero que son evitables; así tambien la afectacion, de que ya hemos hablado en otra ocasion, puede ser el otro extremo, por lo que mira al exceso de esta virtud, y ahora es necesario volver á tratar de esta misma afectacion, aunque con brevedad. Es forzoso que cada uno siga su natural talento, perfeccionándole, y mejorándole quanto pueda, sin violentarlo á que tome el carácter opuesto. De aquí, esto es, de afectar, y fingir algunos habilidades que no son suyas propias, y no les puede facilitar el arte, ni les ha franqueado la naturaleza, nace la mayor parte de las ridiculeces, que tocamos cada dia entre los hombres. Tarde, ó temprano quita esta máscara la misma naturaleza, desplumando á todos aquellos, que contra el natural suyo propio toman prestado el carácter de otro. ¿Quieres ser Poeta, Abogado, cortejante, violi-

nis-

nista, ó cosa semejante? Pues es necesario consultar primero con la naturaleza, y ver las disposiciones con que te hallas para ello; porque de otra manera vendrás á hacer en esta comedia el papel que no te toca: la naturaleza quiso, que mediante su disposicion fueses tal, ó tal determinado sugeto, pero no otro distinto: Ciceron en el Tratado del Orador observó, y dexó notado, que el caracter, ó papel de gracioso es una de las cosas que no puede enseñar el arte, siendo solamente la naturaleza la que á esto concurre. Por lo que qualquiera que intente meterse á gracioso sin que la naturaleza concorra haciendo la costa, y en vez de graciosidades, prorrumpirá en frivolas insulseces; y lo que en boca de otros hace reir, en la suya hará bostezar. Vale mas una honrada simplicidad, que un gran capital de afectacion. En ninguna parte abunda tanto este vicio, como en las casas de los Grandes Señores. La primera vez que compareces en sus antecámaras, vienen á recibirte ciertos cortesanos magros, y enxutos; pero rebosan por todas sus coyunturas ceremonias, y cumplimientos, tan obsequiosos, tan rendidos, y con tanta urbanidad, que te arrebatan el corazon. ¿Qué gentileza, qué modales tan graciosos, qué galanteria! Légame despues al trono de los Señores principales, y aquí tambien se abren de par en par las puertas del almacén de las gracias. Si las esperanzas, y las promesas fuesen capaces de saciar el hambre, aquí se hallaria provision bastante; pero el hombre sabio no se dexa engañar de estas vanas apariencias, conociendo que aquellas palabras suaves, y melosas mas proceden del formulario cortesano, que de un corazon sincero: sabe muy bien que las bellas palabras solo son hojarasca, y que los frutos son las obras. Hoy tantas señales de estimacion, tantas, y tan liberales ofertas, y acaso mañana no os conocerán, ni sabrán quien sois, á no ser que de las palabras quieran texer redes á los intereses de los que se pagan de estas exterioridades. ¿Quien que no sea un cabecilla trabajará en aprender el arte de

en-

ensartar mentiras? La mentira, además de ser mala en sí misma, y nada conveniente á una persona honesta, si se le añade el ser mentira clara, es señal nada equívoca de un ánimo poco culto, y limpio, y manifiesta su principio vil, y bajo. Por la misma razon todo hombre sabio está como necesitado á detestar toda especie de adulacion, por ser esta un tejido de mentiras, las quales se dirigen á depravar el corazon de quien las escucha, y mucho mas de quien las desea, manifestando al mismo tiempo la baxeza de ánimo de entrambos; esto es, del que las profiere, y del que con gusto las oye. Por tanto, el hombre civil, aborreciendo estos medios indignos, y viles, y con mucha mas razon, si quando se halla constituido en dignidad, y grandeza usa para con todos de cortesía, muestra buen corazon á todos, sin exceptuar aun á sus propios criados, bien que sean los mas ínfimos; porque la cortesía, y afabilidad es moneda que cuesta poco, pero que con ellas se adquiere mucho. Debe tener presente el hombre sabio, que las buenas palabras nunca rescaldan, ni hieren la lengua; con todo, tambien en esto debe haber su medida, y coto, sin cargar la mano mas de lo que es debido á la graduacion, y mérito de cada uno: de otra manera no haria distincion alguna entre los que deben distinguirse por la dignidad, y mérito de sus personas: de modo, que la reverencia, y obsequio así en las palabras, como en las obras, ha de guardar su debida proporcion para con los superiores, y su dignidad; y bien que en estos no se encuentre algun mérito personal, que excite el obsequio, y veneracion, bastará para dársela la misma dignidad en que ha puesto á aquella persona la liberal, y bizarra fortuna. Quando hablo de proporcion, no quiero dar á entender con esto que se haya de tener en la mano el pesillo con que se pesa el oro. Siempre será lo mas acertado el que de parte de la cortesía haya algun exceso. Mi intencion es el desaprobar los inmoderados excesos, las patentes ficciones, y aquellos otros mo-

modos, que manifiestan, ó poco discernimiento, ó vileza de espíritu. No ignoro entre tanto, que la vanidad, y la moda han llegado en nuestros tiempos á grande altura, y que acaso no pararán aquí, habiéndose ya agotado el almacén de títulos, y superlativos, así en escrito, como verbalmente, que se dan á los grandes, y aun á los iguales muchas veces, inventándose cada dia nuevas recetas, y dosis de incienso, y perfumes, que algunos no se sacian de darlos, y otros de recibirlos. Por tanto digo ser parte de la policía el seguir aquello que aprueba el uso comun; y principalmente quando se sabe, que ciertas expresiones familiares, usadas en las secretarías, y conversaciones, son adornos, y cumplimientos vistosos, que nada significan en el comun concepto. Por lo demas el hombre sabio siempre aprecia, y estima la franqueza, así en la conversacion familiar, y seria, como en la substancia de las cosas, con tal que nunca se falte á la modestia, y respeto debido: siempre que se ha de hablar, y responder, conviene hacerlo con el mejor garbo; pero nunca mintiendo, y siempre con la verdad, conforme al dictámen de la razon. Tambien será policía el callar, segun las circunstancias previstas por la prudencia; y se hará con destreza, quando el que habla, ó pregunta no busca, ni desea oír lo justo, y lo verdadero, y solamente busca la aprobacion de sus hechos, ó deseos desordenados, y puede interpretar siniestramente lo que se habla, ó se le responde. El callar, y disimular puede ser útil, lícito, y honesto en muchos casos, pero no el simular, ó fingir; porque en esto puede ir, ó va envuelta la mentira, y lo falso. Cuesta muy poco á algunos el engañar á otros, y darles á entender, y aun el aplaudir sus necedades, y despropósitos, y hasta aquellas acciones que en los hombres son menos excusables. Quando estos no llegan á sentir el estímulo de su conciencia, por estar ya acostumbrados al ejercicio de vender lo falso por verdadero, lo qual para ellos es una friolera, si acaso no lo estiman como una

una apreciable prenda, lo conocerá bien el que está criado en la escuela de la verdad, y en todo, y por todo sigue las leyes de la razón. Por lo demás, el hombre sabio, quando es conveniente, y necesario, sabe vivir, conversar, y tratar sus negocios con todos, bien sean bestias en dos pies, ó bien sean animadas ásperas encinas, ó calabazas con alma, llenas de viento, de vanidad, y soberbia, ó almacenes de la hipocondría, y de otras muchas cosas semejantes á estas. Cierito es que en estos casos tiene necesidad el hombre de discernimiento, y destreza para encontrar la buena coyuntura á semejantes cabezas, y no desagradarlas. Tambien trata con los malos, y perversos; pero del mismo modo que tratan los Médicos con sus enfermos, esto es, sin especificarles determinadamente la gravedad de sus males.

## CAPÍTULO XLII.

## De la educación, y del exemplo.

## S. I.

Tienen los jóvenes necesidad de un buen maestro, que quando van creciendo en la edad, y son capaces de una enseñanza seria, y magistral, les enseñe el vivir bien; esto es, les explique con claridad, y distincion los preceptos de la Filosofía Moral. Añado ahora, que necesitan de otro maestro, el qual aun ántes que lleguen á la edad juvenil los ponga en el camino del bien obrar, y enseñe la doctrina de las buenas costumbres, sin que ellos adviertan que están en esta escuela. Este secreto, y primer maestro, no es otro que la educación, y el exemplo, que por lo comun pueden tener los niños, así en su propia casa, como fuera de ella. De aquí depende en gran parte la buena, ó mala inclinacion de los niños, y sus buenos, y malos progresos. Mucha, y muy poderosa es la fuerza de la educación: puede sin duda

lla-

llamarse una segunda naturaleza. Los arbolitos tierno si se crian, y crecen torcidos, ó nunca, ó muy diffcultosamente suelen enderezarse. Al contrario, quando es sabiamente dirigida su infancia, esto es, asistida de saludables advertencias, y oportunamente imbuida de saludables máximas, enseñándoles á aborrecer las perversas acciones, y haciendo que tomen amor á las buenas, y laudables, refrenándolos para que no caigan en aquellas, y estimulándolos á la práctica de estas representándoles la hermosura de la virtud, y quan apacible, y útil es el camino que á ella conduce; de esta manera crecerán estas tiernas plantas, y á su tiempo darán copioso fruto de buenas obras. Asimismo quando los niños tengan solamente delante de sus ojos exemplos buenos, y sabios, insensiblemente se inclinan á seguir estas pisadas. Casi es superfluo el que yo lo diga, porque cada uno facilissimamente conoce ser esto una verdad incontrastable: todo hombre naturalmente, y aun con algunos principios mecánicos, tiene inclinacion á imitar lo que ve; pero sin comparacion se verifica esto mucho mas bien en los mas verdes años de su edad. La primera prueba de este instinto natural suele hacerse comenzando á imitar á sus propios padres, si son buenos, en el bien, y si son malos, en el mal. A un mismo tiempo se aprenden el idioma, y las costumbres, y no es menor la fuerza con que se retienen estas que aquel. Por eso, si lo que un niño ve, y oye llega una vez á herirle la fantasia, se le imprime, y estampá en ella con bastante fuerza, y tenacidad; y por lo comun, si es cosa agradable, y buena, se esfuerza, y quiere practicarla, y si es desagradable, y mala, huye de ella. Estas impresiones, é imitaciones recibidas entonces, se radican tal vez, y con tanta fuerza en su corazon, que creciendo en la edad, no pierden su vigor, y sigue imitando lo que comenzó á gustarle, y aborreciendo lo que le desagradó entonces. Quando un muchacho observa que los circunstantes se rien, y celebran con aplauso á quien pone en ridiculo

CONSERVADO EN LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID  
 1000000000  
 1000000000  
 1000000000



los defectos de sus próximos, falsos, ó verdaderos, y que hace burla de todo, y de todos: vedlo que tambien el chico quiere imitarle en esto, y procura conseguir aplauso á costa del que primero se le pone delante, sea quien quisiere, y aunque sean sus mismos padres, ó superiores; y en fin, comienzan á no tener respeto á los que están presentes. ¿Quando perderá él esta mala costumbre? Si ya pasó á ser hábito, jamás lo perderá, sino acaso quando alguna persona justamente irritada le enseñe con quatro moxicones á contener la lengua, enseñándole, que es un gran defecto el manifestar, y burlarse de los defectos ajenos, y que no faltará quien saque á plaza, y se burle de los suyos. Sin duda es un oficio muy peligroso el burlarse de los otros, no porque siempre, y por siempre se ha de reprobar el burlarse, sino es porque son pocos los que saben hacerlo con gracia, y garbo, y en tiempo oportuno, de manera, que los burlados no lo sientan, y se complazcan en la burla. Muy dificultoso es sin duda el saber discernir quales son las materias sobre que puede caer la burla, y quales no las admiten: es necesaria una particular prudencia para semejante discernimiento, la qual aun en los hombres ya maduros se halla muy pocas veces, y muchas menos en los jóvenes. Por otra parte sucede que un muchacho tiene aversion, ó contragenio al estudio, ó por ser de dura cabeza, ó porque aborrece el trabajo, y fatiga, ó por la indiscrecion, y poca prudencia del Maestro, ó finalmente por algun otro motivo, ó que comience á aborrecer esta, ó la otra vianda, ó á esta, ó la otra persona: fácilmente conservará esta aversion por toda su vida. De la misma manera, quando ha tomado afición á ciertas máximas de una falsa honra, ó de venganza, á ciertas malicias de palabras, y burlas inmodestas, será muy difícil el desarraygar de su corazon estas malas yerbas.

## §. II.

**A**quellos vicios, y aquellas virtudes con que se crían los tiernos infantes, suelen ordinariamente acompañarlos por toda su vida; ó si alguna vez se interrumpen aun por algunos años, retoñan no obstante con el tiempo: de manera, que son felices aquellos jóvenes, que desde los primeros años de su infancia fueron educados, y se acostumbraron á obrar bien; y al contrario, demasiado infelices los que acostumbrados, ó educados con malos exemplos, no dexan de practicarlos, é imitarlos. No es ponderable la gran diferencia que hay entre las impresiones que causan en los jóvenes las obras buenas, y las malas, de que tienen ya exemplares. Deberian ciertamente estamparse en el corazon de los tiernos infantes mas presto, y mas profundamente las acciones virtuosas, por ser la virtud amable por sí misma, y mas alabada de todos, y de consiguiente causar en sus corazones un amor mas fuerte, y un vehemente deseo de imitar los exemplos virtuosos: así debería ser, ¿pero qué sucede? Que no se excita este amor, ó si se excita alguna vez, no se pega al alma con estrecha union. Por tanto se pasa fácilmente de este amor imperfecto al otro opuesto de los vicios; de manera, que un solo exemplo, un solo consejo malo (ademas de otros muchos accidentes, y tentaciones) basta para sacar fuera del buen camino aquellos ánimos que se entregaron á la virtud en sus primeros años. Al contrario, el barniz con que se pegan los vicios es fuerte, y tenaz, y tanto, que para disolverlo, y lograr que un alma sumergida, digamoslo así, y habituada á obrar mal, vuelva al camino recto de la virtud, suele ser necesario el fuego, y el hierro, como remedios extremados: ¿y por qué tanta notable diferencia? No es otra la causa, sino el tener dentro de nosotros la concupiscencia, que nos inclina á lo malo, y resiste á todo lo bueno. Puede mas pa-

ra con nosotros, y para mover nuestra fantasía un gusto presente, que ciento ausentes. Y aunque la virtud produzca también gustos, y placeres mayores, y mas excelentes; pero por lo comun no los produce prontamente; pero el vicio, esto es, la acción viciosa, casi siempre ofrece un placer presente, fuera de que los gustos, y placeres sensibles suelen ser mas poderosos para los hombres, que los intelectuales. Aquellos se sienten sin fatiga del entendimiento, y causan deleite luego; pero estos, para conocerlos, y gustarlos, son necesarias reflexiones, y otras fatigas intelectuales.

## §. III.

Siendo, pues, tan fácil el tránsito de la virtud al vicio, y el de este á la virtud tan dificultoso, será bueno sin duda el saber criar los niños en la escuela de la virtud, aplicándolos á esta desde su tierna edad, y tenerlos distantes, y apartados de la de los vicios; y esto se podrá conseguir con los buenos exemplos, y la educación. Es cierto, que si los padres no faltasen á esta obligacion, y si todos supieran dar la leche de las buenas costumbres á sus hijos, como les dan la leche corporal para alimentarlos, no seria en el mundo tan abundante la cosecha de los locos desarreglados, y malvivientes. Al ver entre la plebe particularmente de las Ciudades tanta multitud de muchachuelos mal criados, que exceden en perversidad, y malicia á los mas diestros en ella, embusteros, jugadores, deslenguados, ladrones, quimeristas, sucios por el cenagoso vicio de la luxuria, y nada menos por la gula desenfrenada, en quienes viven como de asiento otros muchos vicios: al ver, decia, semejantes monstruos, he llegado á pensar si todo esto puede provenir de otro principio que de la falta de educación, y si este defecto influye, como causa única, en que se crien tantos que pueblen las tabernas, visiten tan frecuentemente los burdeles, llenen las

cár-

cárceles, y hospitales, surtan las minas, y galeras, si es que ántes no los libra la horca de estas fatigas. No, no me atrevo á imputar á este solo defecto el que una tan copiosa multitud comience desde sus primeros años á cursar esta escuela de los vicios. Tengo por probable, que la inclinacion natural, el cerebro, y el temperamento influyen no poco en la infelicidad de tales monstruos. No obstante, diré, que el fiero desórden que advertimos en los hijos de los plebeyos, que habitan Villas, y Ciudades, puede muchas veces provenir de la mala educación, ó de no haberla tenido buena, ni mala. No es tan grande por lo comun este desórden en los pobres aldeanos, porque separados de los malvados, carecen de sus malos exemplos; pero en las Ciudades, y Pueblos grandes, donde estos abundan, es mayor la depravacion, porque siendo mayor el peligro, es menor el cuidado de la buena educación, ó bien porque los pobres padres no quieren tener el trabajo, y cuidado de criar á sus hijos de tal modo, que se aparten de los viciosos, y sus vicios, ó porque no pueden hacerlo así, ocupados todos en ganarse el sustento; ó finalmente porque no saben, pues criados, y educados ellos del mismo modo, les falta el arte, y la discrecion para criar bien á sus hijos: fuera de que es un arte bien dificultoso, y sabido de pocos el de criar bien aquel animal soberbio que se llama *hombre*, que no admite freno que le sujete, y especialmente en aquellos primeros años en que apenas se descubren la razon, y el juicio. Puestos los chicos en este estado de libertad, dueños de sí mismos, acompañados de otros semejantes, y que con facilidad se comunican unos á otros el pestilencial contagio de picardias, y defectos que advierten en otros sus iguales, ó mayores, ó acaso en el exemplo de sus propios padres, estoy para decir que seria una especie de milagro el que no sean tan malos, ó peores que aquellos. Procúrese, pues, tener á los chicos bien apartados de los malos exemplos: conténgaseles para que no hagan en todo sus gustos:

Tom. II.

T 3

ins-

inspíreseles buenas máximas con habilidad, y dulzura; infúndaseles aversion, y horror á los vicios: sean alabadas, y premiadas sus buenas obras; vituperadas, y castigadas (pero con discrecion) las malas: de este modo, aunque no todos saldrán, y serán buenos, pero lo serán muchos.

## §. IV.

HE dicho no todos, porque hay cosas muy extrañas en esto, sucediendo con los hombres lo mismo que con los pequeños, y tiernos árboles, que no todos suelen salir derechos, ni todos fructíferos. Alguna vez no obstante el cuidadoso desvelo de los padres, y sus buenos exemplos, les tocará un hijo muy desemejante en las costumbres; el qual sin poderlo contener va fabricando con sus malos procedimientos, no solamente su ruina propia, mas tambien la de su casa, y familia. Al contrario, se encuentran (aunque mas raras veces) algunos hijos, que siéndolo de padres viciosos, y de consiguiente consejeros de iniquidades, con todo aciertan sus hijos á ser cándidas palomas entre los cuervos; y repugnándolo una escuela tan peligrosa como perversa, quanto mas advierten los delirios, y extravagancias de sus padres, tanto mas procuran ellos ser sabios, y prudentes. Conviene traer aquí á la memoria quanto dexamos dicho en el Capítulo IV. Un natural malo, esto es, demasiado inquieto, y fogoso, pertinaz, y duro, y especialmente quando le acompaña una cabeza vana, ó un cerebro débil, y mal dispuesto, todo esto concurre muchas veces al descamino de los jóvenes, sin que les sirva de freno el buen exemplo de sus padres, y la educacion de sus mayores. Entonces se verifica en ellos aquella sentencia de Horacio: *Naturam expelles Turca, tamen usque recurrit*: quiere decir, que el mal natural podrá tal qual vez contenerse como por fuerza en el obrar mal; pero lo hará quando tenga ocasion. Confirma esto nuestro vulgar adagio: *La zorra muda el pelo, pero no el vicio*. Ni dexa por esto de ser cierto que

que el natural del hombre, sea el que fuere, puede mudarse, y cada uno debe trabajar para corregirla, y hacerlo bueno. Por el contrario es un precioso regalo que Dios hace á otro joven, dándole un buen natural con igual temperamento, y un cerebro bien dispuesto, de tal modo, que desde luego entiende el idioma de la razon, y sabe juzgar bien de las cosas, concibiendo sin mucho trabajo aquel horror que causa el vicio, y el daño que puede causar por sí en el alma racional; esto es, lo que por lo comun mantiene á un joven sin la menor lesion entre los exemplares de la iniquidad, y le inclina, y aun determina á obrar bien. Conviene tambien considerar, que no obstante la buena educacion de los padres, y maestros, puede tener principios diversos la perdicion, y precipicio de los hijos. Un pariente, una criada, un criado, un compañero del chico, y mucho mas quando son muchos los compañeros, con otras diversas ocasiones, bastan para maldar el corazon de un pequeño infante. Al mal se camina cuesta abaxo, y con facilidad: á la virtud es forzoso el caminar cuesta arriba, y con trabajo. Los jóvenes de poca edad son mas expuestos que otro alguno; porque se regulan ordinariamente por el consejo de los sentidos, y no de la razon, haciendo lo que ven hacer á otros; porque siendo mas delicadas las fibras de sus cerebros, se hallan por esto mas capaces de recibir las impresiones de los objetos sensibles. Bueno será para los hijos el que sus padres se recaten de hacer en su presencia alguna accion viciosa, ó darles algun mal exemplo con sus perniciosos discursos: el alabar siempre la virtud, y á los virtuosos, y vituperar á los viciosos, y sus vicios. Debe tambien procurarse, y descarse que los jóvenes aprendan con tiempo á resistir aquella inclinacion natural que los conduce, y lleva á imitar las obras malas. Un buen hábito adquirido en la juventud, es una compañía buena para todo el resto de la vida. Sabios, y dichosos serán tambien los jóvenes que elijan tales amigos, y compañe-

ros, que les sirvan de escolta para el bien, y los aparten de todo mal. No puede explicarse adecuadamente quanto influye la compañía buena, ó mala en la rectitud, ó extravío del camino que guia á la juventud al término de obrar bien, ó de obrar mal. No es vano aquel proverbio, que dice: *dime con quien andas, y te diré quien eres*. Asimismo deben proponerse á los jóvenes grandes exemplos para que los imiten, ó por lo menos deben ser exemplos dignos de ser imitados. Como podremos decir que los jóvenes son juiciosos, si solamente toman por modelo de sus operaciones las de los locos, vanos, y perversos? *El agua turbia jamás puede servir de espejo* es un proverbio de nuestros antiguos.

## §. V.

ES regla general en este punto, que el poder, y saber educar bien los hijos, viene á ser al mismo tiempo enseñarles una gran parte de la Filosofía Moral, de que tratamos, y de ella se cogen en su estacion bellos, y buenos frutos. Reparad (conviene repetirlo), reparad en los pobrecitos aldeanos, y simples pastorcillos, que aun quando carecen de maestros, y preceptores para formar sus costumbres, sin mas direccion que la de sus pobres, é inexpertos padres, con todo se crian toscos, y tardos á la verdad; pero inocentes, dóciles, y obedientes, faltándoles del todo aquella ciencia falsa, y perversa con que en el mundo se aprende todo género de malicia. Toda su educacion no consistirá en otra cosa que en estar apartados de aquellas compañías perniciosas, que son las que en el comercio del mundo trafican en todo lo que es malo. Hay ciertamente una santa ignorancia, que deben apétecer, y buscar los jóvenes, la qual basta para preservarlos de muchos males. Por esta causa, fuera de otras muchas, son laudables, y utilísimos los Colegios de Nobles, y los Seminarios que hay en la Italia, y en otras partes de la Europa, en que se encuentran sabios, y virtuosos Directores, y Maestros

tros para la enseñanza de los mancebos. Es quèstion muy antigua, y la trata Quintiliano, si sea mejor el enviar los jóvenes á las escuelas públicas, donde la emulacion los anima, ó alienta, ó mas bien darles Maestro en sus propias casas, para librarlos así de las malas compañías. Estos dos beneficios pueden lograrse en los citados Colegios. Pueden ciertamente las casas paternas, especialmente las de los nobles ricos, convertirse en escuelas de buenas costumbres, quando los padres por sí mismos, ó quando no puedan, por medio de Maestros bien acreditados, provean todo lo necesario para que se dé á sus hijos aquella segunda vida de la buena educacion, que es la mas importante en la realidad. Pero al ajustar las cuentas sobre este punto, son muy pocos los padres que pueden, y saben dar á sus hijos en sus propias casas aquel provechoso alimento de buena doctrina (no hablo aquí ahora del de la erudicion, y ciencias), que puede esperarse en los Seminarios, y Colegios bien regulados, y de una sabia disciplina; pues sin esta seria acaso mas peligroso el vivir con tantos de genios, y naturales tan diferentes, que el estar en las casas de sus padres. Pueden llamarse, y suelen ser estos Colegios un asilo contra los vicios; pues en ellos todo está bien dispuesto, y todo se dirige á imprimir en la blanda cera de la juventud el horror al mal, y el amor á las bellas letras, y á la virtud, que es lo que necesita aquella edad. Aquella es la estacion mas bella, y florida del hombre; pero tambien la mas peligrosa, y combatida de tempestades, porque la experiencia aun no ha dado al juicio la provision oportuna, y las pasiones tienen entonces mas brio, y fuerza. Dichoso el que acierta á pasar su juventud sin que tenga de que arrepentirse en su edad viril, ni en su ancianidad. Dichoso el que tiene entónces, y quiere tener cerca de sí Médicos sabios, que sepan conservar la sanidad del ánimo mas bien que la del cuerpo, y restituírsela, si acaso la han perdido. No entienden por lo comun esta doctrina los jo-

jovencitos, que solamente desean verse libres de estos grillos; pero la entenderán á su tiempo. Baste esto por ahora, porque yo no trato de dar leyes, y preceptos para la educacion de los hijos, sobre cuyo punto podrán consultarse otros muchos libros, así Italianos, como extrangeros. Solamente volveré á repetir, que es muy provechoso el conocer por defecto propio lo que nos parece serlo en otros, y para esto convendria mucho que quando estos jóvenes van á entrar en el comercio del mundo, tuviesen sabios, y prudentes directores, que les advirtiesen las faltas, y defectos manifestos de varias personas, y se las hiciesen juzgar á ellos mismos; porque en efecto una gran parte de la sabiduría consiste en saber juzgar rectamente las cosas, y las acciones humanas, y conocer si merecen ser alabadas, ó vituperadas. La prenda mas recomendable de un hombre docto no es el tener la cabeza llena de varias noticias, sino el tener un justo discernimiento para conocer, y distinguir lo verdadero de lo falso, lo malo de lo bueno, lo serio de lo ridiculo en todas aquellas cosas que pertenecen al hombre, y son proporcionadas á su capacidad, y prudencia. Otra parte no menos principal de esta sabiduría es el saber contenernos para no hacer lo que reprehendemos en los otros. ¿Que excusa podra alegar el hombre, exclama aquí el Apóstol, quando incurra en aquellas mismas acciones que él desaprueba, y condena en sus iguales?

## CAPITULO XLIII.

## Del Honor.

## §. I.

Aunque en otra parte se hayan insinuado los motivos, y estímulos que deben practicarse para incitar á los jóvenes al aborrecimiento de los vicios, y al amor de las

las virtudes; con todo, conviene el repetir esta misma leccion con otro nombre. Es necesario primeramente ponerles delante de los ojos esto que es, y se llama honor, supuesto que es una cosa tan acreditada entre las personas civiles, y especialmente entre los nobles; pues no habrá sugeto, que preguntado si desea ser hombre de honor, y que el público lo reconozca por tal, no responda al punto que sí. Tambien se ha introducido ya el jurar como hombre de honor. Al oír este lenguaje jurarais vos de la misma manera, que el honor debe ser la prenda mas preciosa de la virtud, y la virtud mas estimada de los que tanto la aprecian. Muchas veces observamos, que sube á un punto de estimacion tan alto este glorioso título, que la sospecha sola, la menor duda de que alguno falte al honor, ó el honor le falte á él, suele reputarse por una injuria insufrible; y algunas veces (bien que las mas loca, y vanamente) por semejante injuria suelen desenvaynarse las espadas, y oxalá fuese verdad, que en los corazones de la gente jóven se imprimiese este cuidadoso zelo del honor, pero del honor verdadero, no del vano, y falso. Hay en esto muchas, y perniciosas equivocaciones; y acaso muchos que siempre hablan, y respiran este nombre de honor, y se muestran tan delicados en él, aun no han aprendido que cosa es el honor. Por lo que digo que el honor es de dos maneras, uno interno, y otro externo: con el primero queremos significar el amor á las virtudes, y principalmente (segun el uso bien extraño de estos tiempos) de la justicia, y la fortaleza por lo que toca á los hombres, y de la pureza, y castidad por lo que mira á las mugeres; de manera, que quando alguno nos dice que es hombre de honor, quiere darnos á entender, que no es capaz de hacer cosa alguna contra justicia, y que desdiga del decoro que se debe á su condicion, y grado. Con el nombre de honor externo queremos significar aquella estimacion, y buena opinion que tienen, ó deben tener los otros de nosotros mismos, por causa de aquel

aquel honor interno que tenemos, ó se presume que tengamos. El primer honor es un bien esencial; y estando en nuestra mano el conseguirlo, somos culpables sin excusa si lo despreciamos, ó lo perdemos. El segundo es un bien accidental, porque depende de la voluntad ajena nuestra buena, ó mala opinion; con todo debemos hacer de nuestra parte quanto podamos para conseguirlo, y conservarlo; porque el buen nombre, crédito, y buena fama para con las gentes que nos tratan, es una perla preciosísima; esto es, un bien que aunque dependa de la voluntad ajena, debe reputarse, y valorarse como un bien substancial, y de gran precio entre los mayores de este mundo.

## §. II.

Sabiendo, pues, lo que significa este nombre de honor, deben los padres, y maestros de la juventud avivar los deseos de sus hijos, y discípulos, para que se enamoren, y busquen estos dos honores; pero con mucho mayor conato el primero que el segundo, advirtiéndolos cuidadosamente, que el honor externo, que consiste en el buen nombre, y reputacion, no puede subsistir sin el fundamento del honor interno, ó de la práctica, y amor á las demas virtudes. ¡O que buena resolucion la de un mancebo, que propone, y fixa en su corazon el ser persona de honor, segun la razon dicta que lo debe ser! Pero especialmente sienta mejor al que ha nacido noble, ó aspira á serlo por este medio, pues debe intimarse á sí propio la eleccion de esta prenda esencial al hombre de honor, aprehendiendo al mismo tiempo, que este tan decantado titulo de noble es una pura vanidad, quando no se junta al obrar de noble, que es obrar virtuosamente. ¡A que fin gloriarse tanto de tener sangre illustre, como lo hacen muchos continuamente? Aquella sangre, quando salió de las venas, si preguntamos al Cirujano, no es mas bermeja, ni mas

pre-

preciosa que la sangre de otro qualquiera, ni la distinguirá el mas diestro Anatómico de la sangre de un plebeyo. Si el noble tiene abundantes riquezas, ¿le faltan acaso á otros muchos, que poco ha se levantaron del polvo de la tierra, ó por su industria, ó por su fortuna? Con que sacamos en limpio, que las virtudes que se heredan de los mayores, ó que se practican por los que existen, son las que solamente tienen la fuerza de hacer la verdadera nobleza, y despues de conservarla. En una palabra, aquello hace recomendable al noble, y puede distinguirlo del plebeyo, que lo hace mas virtuoso, mas cortés, mas esforzado, mas generoso, y mas benéfico: aquello que no le permite hacer con los demas, aunque inferiores, lo que no quiere que hagan con él los superiores, ó sus iguales: aquello de elevar su ánimo sobre la hacienda, y el oro: aquello de guardar, y cumplir la palabra justamente ofrecida: aquello de aborrecer toda superchería, y prepotencia: el huir todo engaño, y mentira: y finalmente aquello de ejercitarse constantemente en los actos de las virtudes: el que así obrase, bien puede con razon llamarse noble. Por el contrario deberá llamarse bastardo á nuestro modo de entender, aunque no lo sea en la realidad, el que naciendo noble obscurece su nobleza con acciones viciosas. Por tanto el jóven sabio, y mas sí es noble, quando está bien impuesto en las máximas del honor verdadero, y hallándolas conformes á las que con tanta reputacion, y gloria practicaron sus ascendientes, y que aun el dia de hoy tanto agradan á Dios, y á los hombres, hace valerosamente un pacto con su corazon de seguir siempre, y por siempre estas máximas tan saludables, despreciando las otras desgraciadas, que sigue la gente viciosa. Puede ser que se le proponga como exemplar alguno de los muchos que se llaman nobles, mas injusto, y orgulloso que los otros, por ser mas hacendado, y rico, el qual oprime los vecinos, maltrata los pobres, y con semejantes acciones se deshona á sí propio, y á su linage,

ge,

ge, no faltarán acaso semejantes modelos; pero en este caso el mancebo sabio reflexiona, y se dice á sí propio, ¿que juicio será el mío, si yo siguiese á este sus pasos? Libreme Dios de aumentar el número de los locos.

## §. III.

**V**olvamos ahora la hoja, y después de haber examinado lo que se debe hacer, veamos lo que se hace por lo comun. Se hallan muchos que en nada aprecian el honor externo; y conociendo que hacen cosas indignas, y que aun el público no puede menos de desaprobarlas, con todo no dexan de hacerlas. Con tal que ellos logren lo que intentan, ó bien sea llenar su bolsa desocupando la agena, ó entrar en posesión de una alhaja que tanto deseaban, ó satisfacer su depravado corazón con una injusta venganza, ó finalmente logren el satisfacer otros muchos apetitos bestiales: ¿que les importa el buen nombre, ni que el público los condene? Hay tambien otros, que haciendo poco caso del honor interno, sacrifican al externo todo el incienso. Puntillosos, y delicados, piden como por justicia que no se les perjudique su honor en la menor cosa, siendo cosa digna de risa el verlos tan zelosos de su honor, que el mas leve movimiento que aprehenden contra su estimacion los saca fuera de sí, y con espada, y daga piden satisfaccion: pero reparad en estos mismos idólatras de su honor externo, que sin el menor escrúpulo no quieren pagar á sus acreedores, aunque los vean pobres miserables: con la misma serenidad de conciencia solicitan con importunos ruegos á las mugeres casadas para que falten á la fé, y á la justicia debida: son jugadores continuos: procuran arrollar á los que pueden menos que ellos: se valen de fraudes, y engaños para suplantar aun á sus mismos amigos; y hacen otras muchas cosas, que aun ellos no pueden menos de conocer que son detestables, é indignas. Cierto es, que aun el honor externo es para el hombre un

ca-

capital muy apreciable, y que cada uno tiene derecho á poseerle: así es; pero con tal que no se hagan cosas que priven al hombre de este derecho, y de aquel honor mismo que él quiere que le tributen todos. Luego ¿que aquel tal sugeto desprecia, y pisa el honor interior, y mediante un hábito vicioso, suelta la rienda, entregándose á toda suerte de iniquidades; ¿cómo puede pretender, ni esperar el ser tenido por hombre de honor? ¿Cómo se podrá persuadir á que el público le conserve, y tribute aquel buen nombre, y estimacion, que únicamente se debe á las obras de virtud? Si acaso él por su prepotencia lograse que le respeten los que se hallan presentes, y que le tengan por lo que no es en la realidad; ¿logrará por ventura el trastornar el cerebro de los demas hombres, y contener sus juicios, y lenguas, para que ninguno juzgue, ni hable mal de él, quando él mismo se desacredita con su modo de obrar, y hace que le desprecien, y aborrezcan todos los hombres de bien? El mismo Dios, que es Todopoderoso, no puede hacer que las acciones malas, y pecaminosas sean laudables, y buenas; ¿y se lisonjeará de poderlo hacer un hombrecillo, que niágun dominio tiene sobre los juicios de los otros hombres? La experiencia nos enseña frecuentemente, que muchos hombres, parte por ignorancia, parte por una arrogante soberbia, y parte tambien por el demasiado amor propio, se forman, y proponen un fantasma ridículo del honor, y corriendo tras la pura sombra, hacen poco, ó ningun aprecio de su realidad, y substancia, persuadiéndose neciamente, que el honor externo, que tanto aman, se puede conseguir, y durar sin el interno, que es el verdadero honor.

## §. IV.

**P**OR tanto he dicho mas de una vez, y ahora vuelvo á repetirlo, que es necesario acostumbrar con tiempo á los mancebos á que sepan juzgar rectamente lo qu

es

es bueno, y malo, laudable, y vituperable en las acciones morales, y quotidianas de los hombres. Quitarles de la cabeza en quanto sea posible las falsas opiniones enseñarlos á discernir, y observar atentamente las violencias, y burlas pesadas, que suelen hacernos nuestras pasiones, y las acciones, y objetos que pueden sernos deleytables, y provechosos: hacerlos conocer en el mejor modo posible quales son los medios mas eficaces para conseguir, y defender la verdadera reputacion, y el buen nombre, y como debe sobresalir en nuestras acciones la christiana prudencia, quando nos hallamos acometidos de baldones, é injurias: cómo han de huir, y evitar aquellos puntillos ridiculos, con que se sustentan no pocas veces aquellos, que á fuerza de baladronadas quieren sostener lo que ellos tienen por honor. Estos quimeristas, y espadachines, que por la menor palabra arman una quimera, que no saben sufrir la mas leve chanza, é hinchados, y empapados en esta palabra *honor*, no saben decirnos en qué consiste el honor verdadero: yo les diré algo sobre esto. Entiendan, pues, que si ellos buscan el titulo de valentones, y evitar el de cobardes, acaso lo conseguirán con estas acciones; pero si no tienen otro mérito que el de su bravura, que es también comun á las bestias fieras, si sus obras están publicando á todo el mundo, que les faltan las virtudes propias del ánimo: de nada les servirá su valentía, y esfuerzo para lograr ni aun el honor externo, porque este consiste mas principal, ó únicamente en el conocimiento de que el hombre que lo desea sea amante de la justicia, y practique las demas virtudes. Aun hay mas que decir sobre esto: el valor, y fortaleza empleada únicamente en sostener puntillos, que llaman de honor, contra las leyes del Cielo, y de la patria, no es otra cosa que una bestial fiera, la qual en vez de honrar al sugeto que la tiene, lo envilece, y hace despreciable. En este punto viven muchos hombres engañados, y preocupados, porque solamente miran á las usanzas de los siglos bárbaros, que

aun

aun no están suficientemente olvidadas en el nuestro, porque realmente no entienden los libros que tratan del verdadero honor, que tanto manejan, y estudian. Una de las mas comunes preocupaciones viene á ser si bien se advierte, la de juzgar que el honor de un hombre consiste únicamente en lograr la opinion de valiente, y esforzado, y nada cobarde, ó tímido; y que el honor de una muger consiste solamente en su honestidad, y en aborrecer totalmente los ilícitos placeres sensuales. Como aquellos, y estas consigian mantenerse en este solo concepto, cuidan poco de adquirir otras virtudes, ni de enmendarse de otros vicios bien patentes. Mas por ventura se reducen las obligaciones de la criatura racional, y el buen nombre del uno, y el otro sexó al esfuerzo, y valor, al pudor, y honestidad? Sea en buen hora esforzado, y valeroso un hombre quanto quiera serlo: no se acobarde, ni tema jamas á uno, ó á muchos hombres; con todo, no dexará de ser tenido por infame, y deshonrado para con los hombres de juicio, y en el tribunal de los sabios siempre, y quando faltase, ó bien á la justicia, usando de su poder, ó á la fé pública, usurpando la hacienda ajena, ó si en fin se hallase tiznado con otros defectos substanciales, indignos sin duda de una persona civil, y christiana: Sea en buen hora aquella señora una Penélope, y heroína de continencia; pero si por otra parte no respira otra cosa que soberbia, y altanería, si continuamente tiene disensiones con su marido, y con sus iguales, si es indiscreta con los que la sirven, si está entregada totalmente al juego, y juego fuerte, ó de envite, si nunca dexa de murmurar de estas, y aquellas personas: en tal caso debe saber, que con toda su honestidad dará que decir, siendo objeto ridiculo de las conversaciones de todos los que la conocen. No es una virtud sola la que la Ley Santa de Dios, y la razon manda que observen todos los mortales, sino el conjunto de todas las virtudes proporcionadamente, segun el estado de cada uno: por eso una sola virtud

Tom. II.

V

no



no constituye un verdadero virtuoso; pero el vicio es de una naturaleza tan maligna, que uno solo basta para impedir el goce del verdadero honor.

## §. V.

NO debe aquí callarse que estos últimos siglos, al acudir la barbarie (creída á lo menos, y tenida por tal) de los antepasados, han hecho crecer de tal manera los derechos, y gabelas del honor externo, que se ha hecho insoportable el comercio civil. Casi se las apusentan á las de la China las ceremonias, y rituales de algunos Países de Europa. Se ha formado el arancel, y la tasa de las demostraciones de estimacion, y cortesía, que los inferiores deben usar con los superiores; estos para con aquellos, y los iguales con sus iguales. Y porque acaso se conocerá evidentemente que el sexó femenino, bien que mas endeble, tiene no obstante mayores prerrogativas, y mayor mérito que el masculino, por tanto le acordarémus una mayor dosis de preeminencias, y privilegios. De aquí proviene que la mayor parte del comercio civil se hace hoy consistir en el uso, y estudio de este ritual, ya sea en las visitas, en el juego, en la mesa, en el paseo, en la diversidad de asientos, en los títulos, en las expresiones, y otras cosas semejantes. No es mi intencion por ahora de reprobear todo el cuerpo entero de estas leyes, aunque sean incómodas muchas veces, porque al fin aunque algunas hayan sido inventadas, por la adulacion, y ambicion, otras tengan un no sé qué de ridículas, y otras sean poco acomodadas, con todo, muchas de ellas están bien fundadas. Mucho menos me atreveré á hablar palabras sobre las etiquetas de los Príncipes, y grandes Señores, con los quales es muy debido que en las acciones externas se dexé ver la notable diferencia que hay entre dichos Señores, y los que no son tales. Solamente diré, que tratándose de personas iguales, á excepcion de ciertas usanzas, y cortesías de que no es lícito dispensarse la gente civil, y política,

ca, todo lo demas debería cortarse, y omitirse, sin que por esto resultase algun daño, y antes bien alguna ventaja á la sociedad humana. Vale mas una honesta franqueza, y un tratamiento libre, sin faltar el respeto á nadie, que toda la fastidiosa observancia de aquellos puntillos en que ponen todo su cuidado los idólatras del honor externo. Por lo menos es forzoso el guardarse de dos extremos opuestos, que pueden, y suelen intervenir en el comercio de esta mercadería superficial. El ceremoniático, que siempre tiene presentes todas las reglas del arte, y la quinta esencia de todos sus ápices, os dará, y causará fastidio con tantas reverencias, y estudiadas ceremonias. Al contrario, el formalista que con todo rigor quiere que se observen todas aquellas leyes, que él tiene por inviolables, formará una queja si faltase, ó se quebrantase alguna: insistirá en la observancia del ceremonial de las visitas; y por causa de estas fruslerías se levantará una quimera, y grande disgusto entre los parientes, y amigos, y acaso acaso brotará fuera un terrible desahío; ¿y cuál viene á ser la causa de todo esto? Qual ha de ser sino la insufrible delicadeza de los formalistas. Es necesario confesar, que su honor tan decantado tiene poco, ó ningun fundamento, pues qualquiera costumbre es capaz de llevarse. Cierto es, que el que ama al verdadero honor, que es el que nace del amor, y práctica de la virtud, no repara en estas cosuelas, y no pide á otros estas formalidades fastidiosas al comercio, y conversacion humana. Solamente puede apetecerlas el que coloca en ellas todo el mérito de su honor externo, sin hacer caso del que importa mas, y es mas estimable, y que consiste en el ejercicio, y práctica de las virtudes. Conviene repetir, que es propio del hombre sabio, y prudente el acomodarse á la tiranía de los usos, y costumbres de los países en varias ocasiones; porque no haciéndolo así, se expone á la censura de los demas, y por huir la ridiculez de la moda, que aprueba el uso comun, incurrirá en el defecto de ser singular.

## CAPITULO XLIV.

Propónense á los jóvenes otros motivos para seguir el camino de la virtud: quan necesaria es la de la fortaleza, y medios para perseverar en ella.

## §. I.

**A** Demas de los estímulos del honor, de que ya hemos hablado, se han de dar á los jóvenes otras lecciones muy importantes, y especialmente quando han llegado ya á aquella edad en que van dexando las puerilidades, y diversiones de la niñez, y va adelantándose la luz de la razon: lecciones que ciertamente conviene el repetírselas, y estampárselas en el ánimo, como que deben conspirar todas á su mayor aprovechamiento, infundiéndole amor á la virtud, y horror al vicio. Séame, pues, lícito el recapitular aquí, y repetir de nuevo quanto arriba dexamos dicho: esto es, al corazon de los mancebos se ha de dar el principal salto con las armas del amor propio, que es el resorte primero por quien se mueve el corazon humano. Este que es el que hace incurrir á los hombres en los defectos mas lamentables, este mismo es el que debe servir para contenerlos en su deber, y conducirlos por el camino recto del bien obrar. Conviene, pues, representar al entendimiento de los jóvenes, que es para ellos el interes mas ventajoso al abrazar la virtud, y alejarse del vicio, y del pecado. Preguntad á un mancebo si dentro de sí mismo siente un deseo de ser en esta vida feliz, y dichoso quanto sea posible, y despues eternamente en la otra: sin dudar, ni detenerse responderá que sí. Preguntadle (y lo mismo á todos) si desean evitar quanto les sea posible las infelicitades, y males de esta presente vida, y mucho mas

mas los de la otra: todos á una voz responderán que sí. Proseguid preguntádoles qual de estas dos cosas les parece mejor, ó qual de las dos se debe escoger; esto es, el obrar sabia, y prudentemente, ó como necios ignorantes: si ellos no son locos, responderán, que debe elegirse lo primero, y despreciarse lo segundo. Por conclusion, pues, se les debe persuadir, que si desean, y quieren que el Señor, que es el Dueño de todo, los ame, y ayude, y les haga bien, y que los demas hombres, por lo menos los sabios, y prudentes, los amen, y estimen, no hay otro medio mas seguro para lograr todo esto, que el de amar, y practicar la virtud, y aborrecer el vicio. Aquí conviene primeramente acordar los grandes privilegios que goza en la tierra, y los inexplicables que gozará en el Cielo el que con todo su esfuerzo, y poder corre por el camino derecho de la virtud, y tiene constante aversion á las sendas del vicio, é iniquidad. El amar, servir, y alabar á Dios, el inquirir qual sea su santísima voluntad, el tener por objeto de su meditacion aquel purísimo, y beatísimo ser, todo es ciertamente un manantial copiosísimo de alegría, una fuente perenne de paz interior, haciendo despues lo que agrada al Señor, y huyendo de quanto le puede desagradar: ¿Qué gozo, que consuelo mayor puede haber que el saber que de este modo se agrada á un Dios, que tanto bien puede hacernos en la tierra, y que tan inexplicables eternas delicias tiene preparadas para los buenos en la gloria? Esta sola reflexion, aun quando las desgracias, y adversidades de este mundo se conjurasen contra los buenos, debería bastar para tranquilizar, y sosegar su corazon. No puede explicarse la suavidad de aquel hermoso rocío que se esparce en el ánimo de los buenos, quando ponen toda su esperanza en aquel Señor, que los anima, y sustenta en esta vida, y les franqueará mayores bienes en la eterna. Tienen siempre delante de los ojos del alma aquel delicioso Paraíso, Patria, y centro de todos los gozos, que la magnificencia del Omnipotente

## CAPITULO XLIV.

Propónense á los jóvenes otros motivos para seguir el camino de la virtud: quan necesaria es la de la fortaleza, y medios para perseverar en ella.

## §. I.

**A** Demas de los estímulos del honor, de que ya hemos hablado, se han de dar á los jóvenes otras lecciones muy importantes, y especialmente quando han llegado ya á aquella edad en que van dexando las puerilidades, y diversiones de la niñez, y va adelantándose la luz de la razon: lecciones que ciertamente conviene el repetírselas, y estampárselas en el ánimo, como que deben conspirar todas á su mayor aprovechamiento, infundiéndole amor á la virtud, y horror al vicio. Séame, pues, lícito el recapitular aquí, y repetir de nuevo quanto arriba dexamos dicho: esto es, al corazon de los mancebos se ha de dar el principal salto con las armas del amor propio, que es el resorte primero por quien se mueve el corazon humano. Este que es el que hace incurrir á los hombres en los defectos mas lamentables, este mismo es el que debe servir para contenerlos en su deber, y conducirlos por el camino recto del bien obrar. Conviene, pues, representar al entendimiento de los jóvenes, que es para ellos el interes mas ventajoso al abrazar la virtud, y alejarse del vicio, y del pecado. Preguntad á un mancebo si dentro de sí mismo siente un deseo de ser en esta vida feliz, y dichoso quanto sea posible, y despues eternamente en la otra: sin dudar, ni detenerse responderá que sí. Preguntadle (y lo mismo á todos) si desean evitar quanto les sea posible las infelicitades, y males de esta presente vida, y mucho mas

mas los de la otra: todos á una voz responderán que sí. Proseguid preguntádoles qual de estas dos cosas les parece mejor, ó qual de las dos se debe escoger; esto es, el obrar sabia, y prudentemente, ó como necios ignorantes: si ellos no son locos, responderán, que debe elegirse lo primero, y despreciarse lo segundo. Por conclusion, pues, se les debe persuadir, que si desean, y quieren que el Señor, que es el Dueño de todo, los ame, y ayude, y les haga bien, y que los demas hombres, por lo menos los sabios, y prudentes, los amen, y estimen, no hay otro medio mas seguro para lograr todo esto, que el de amar, y practicar la virtud, y aborrecer el vicio. Aquí conviene primeramente acordar los grandes privilegios que goza en la tierra, y los inexplicables que gozará en el Cielo el que con todo su esfuerzo, y poder corre por el camino derecho de la virtud, y tiene constante aversion á las sendas del vicio, é iniquidad. El amar, servir, y alabar á Dios, el inquirir qual sea su santísima voluntad, el tener por objeto de su meditacion aquel purísimo, y beatísimo ser, todo es ciertamente un manantial copiosísimo de alegría, una fuente perenne de paz interior, haciendo despues lo que agrada al Señor, y huyendo de quanto le puede desagradar: ¿Qué gozo, que consuelo mayor puede haber que el saber que de este modo se agrada á un Dios, que tanto bien puede hacernos en la tierra, y que tan inexplicables eternas delicias tiene preparadas para los buenos en la gloria? Esta sola reflexion, aun quando las desgracias, y adversidades de este mundo se conjurasen contra los buenos, debería bastar para tranquilizar, y sosegar su corazon. No puede explicarse la suavidad de aquel hermoso rocío que se esparce en el ánimo de los buenos, quando ponen toda su esperanza en aquel Señor, que los anima, y sustenta en esta vida, y les franqueará mayores bienes en la eterna. Tienen siempre delante de los ojos del alma aquel delicioso Paraíso, Patria, y centro de todos los gozos, que la magnificencia del Omnipotente

te Rey de los Reyes ha fabricado para sus amigos. A este dichoso Reyno se dirigen las ansias, y suspiros de los buenos, y fieles siervos de Dios, sabiendo estos por la Fe, que el Todopoderoso lo tiene destinado para ellos, no para los infieles, y perversos: Si se llega á conseguir esta felicidad, serán bien empleados quantos trabajos, y fatigas se hayan tolerado para alcanzarla. Al contrario, será no solamente temeridad, mas tambien una extravagante locura la del hombre, criatura vil, y miserable, si queriendo contravenir á las Leyes del Criador, no temiese los castigos con que amenaza á los que menosprecian, y quebrantan su Santa Ley, y que sabe ponerlos en execucion. Los buenos, que tan cordialmente aman, y reverencian á su buen Padre, que está en los Cielos, temen como hijos el disgustarlo: ¿pues quanto más deberá temerlo el que se rebela contra sus santos preceptos? Es verdad que el temor de los buenos no les causa terror, ni inquietud, ántes le acompaña una inexplicable alegría, sabiendo bien que aquellos castigos tan terribles no están decretados para los hijos, y siervos fieles, que aman de corazón á su buen Padre, y están firmemente resueltos á perderlo todo en este mundo ántes que ofenderle, y dexar de amarle. Por tanto el temor de estos se termina solamente en sí mismos; esto es, mira á su propia flaqueza, y miseria; pero no se rezalan, ni temen que les falten los auxilios de parte de aquel Señor, que es infinitamente bueno, y está pronto para cuidar, y sostener á sus fieles siervos en esta vida, y premiarlos, como puede, y lo hace en la otra. Por lo que si nos preciamos de ser verdaderos Christianos, y deseamos de corazón el llegar al término, y posesion de aquellos inmensos eternos bienes, conviene necesariamente el que andemos por el camino derecho de las virtudes. No hay, pues, que detenernos, porque el que duda en resolverse, ó lo difiere de hoy á mañana, se pone á peligro de perderlo todo, pues no es Señor de su vida, ni del tiempo.

§. II.

§. II.

Conviene lo segundo á todo el que desea obrar como sabio, y prudente en esta vida el que se proponga como por muestra, y modelo la belleza de la virtud, y la fealdad del vicio, para hacérsela conocer á los jóvenes quanto le sea posible. Bien se yo que este argumento es sutil, y delicado, y que las personas que no están acostumbradas á estas sutilezas difícilmente llegan á gustarlas. Aun con mayor dificultad las entienden aquellos celebros rústicos, sumergidos, y ocupados en todo lo que es material, sin poderlos sacar de aquí, á los quales bien se les puede decir una, y muchas veces, y aun probarles, que las virtudes son capaces de enamorar con su belleza á quien las ama, y practica, y al contrario que son feos, y abominables los vicios: podrá muy bien repetirseles esta leccion á estos, pero se perderá el tiempo, y el trabajo; porque esta hermosura, y esta fealdad, como nociones, ó predicados metafísicos, que no se sujetan á la jurisdiccion de los sentidos, no causarán efecto alguno en aquellos entendimientos, que quando mas saben distinguir la hermosura, y fealdad material. Por lo que siempre que se les quiera instruir sobre el buen orden en que consiste la virtud; esto es, que las cosas virtuosas van siempre bien ordenadas, y por el contrario, que el desorden sigue, ó es el vicio mismo, todas estas instrucciones, decia, llegarán á sus oídos, pero no pasarán á su entendimiento, ni percibirán el verdadero sentido. No obstante esto, es tan hermosa la virtud, que aun viéndola en otros parece bien; pero la conoce mejor, y la estima el que con mayor reflexion la considera. Preguntado Aristóteles en cierta ocasion, qué utilidad, qué ganancia le acarrearía la Filosofía, respondió: *La de obrar bien con gusto, y buena voluntad, y no forzado, y como obligado por las leyes, como lo hacen los malos, y perversos.* Dichosos pues, aquellos mancebos, que desde lue-

V4

go

go comienzan á obrar bien por amor á la virtud, y porque así se lo dicta su conciencia, y no quieren ser del número de aquellos, de quienes escribió Publio Mimo: *Plerique famam, pauci conscientiam verentur*. Muchos, dice, se abstienen de obrar mal, mas por miedo de perder su fama, que por conformarse con su propia conciencia. El que supiese valerse bien del método de Sócrates, que con tanto acierto manifestó á la posteridad el gran Platon, podrá llevar como por la mano el genial cerebro de los mancebos para que sepan distinguir, y conocer la hermosura de la virtud, y la fealdad del vicio. Además de esto se debe descender á los particulares, presentándoles una por una las acciones de otros hombres, ya las buenas, ya las malas, haciendo que las consideren atentamente, y se verá como los mismos jóvenes las declararán, ó buenas, y dignas de imitarse, ó malas, é impropias de criaturas racionales, y solamente propias de bestias. De hecho, dos castas de hombres suelen hallarse en el mundo: la una á quienes podemos llamar bestias, y la otra á quienes es lícito llamar mas que bestias. Grande infelicidad por cierto la de aquellos de quienes los Poetas nos han dexado graciosos retratos, representándonos hombres que por sus vicios se equivocaron con los osos, con las serpientes, con los lobos, con las zorras, con los perros, con los puercos, y otras especies de animales inmundos, crueles, astutos, y libidinosos. De estos hombres inhumanos, ó transformados hay abundante cosecha en nuestros tiempos, y nosotros tratamos con ellos familiarmente muchas veces, porque no podemos excusar su trato. Es verdad que no tienen el beccio, la piel, ni los pies de bestias; pero que importa quando tienen las demas qualidades, inclinaciones, y acciones? Lo peor de todo es, que estas bestias vestidas de hombres, estas bestias de dos pies, ordinariamente no se conocen á sí propios; esto es, no perciben su miserable transformacion, y por tanto, ó se enoian, ó se rien quando alguno intenta manifestarles el de-

plo-

plorable estado, en que se hallan, complaciéndose ellos en él, y no juzgándolo por tan impropio, y ageno de la nobleza de la naturaleza humana. Pero ya que estos infelices no quieren conocerse, conendrá mucho el mostrárselos con el dedo á los jovencitos, para que aprendan á conocerlos, aborrecerlos, y evitarlos. Hágaseles ver por exemplo la embriaguez con todos aquellos efectos que ordinariamente suelen verse en un hombre borracho, el qual, ó hace reir á los otros, ó habla muchos desatinos, ó queda como tonto, y sin sentidos, ó juega malamente de las manos. Aun sin haber visto este monstruo, causará horror á un mancebo juicioso, y sin fatigar mucho su discurso, inferirá de sus obras que aquel no es hombre, sino peor que una bestia. Pregúntesele tambien á un joven, que juicio haria de un amo, que por faltas muy leves da indiscretamente muchos palos á sus criados: de una madre, que castiga á un niño de teta solamente porque llora: de un padre, que por amontonar hacienda, ó por no menguar su bolsa mata de hambre á su muger, sus hijos, y demas familia. Al punto exclamará que todo lo referido es una crueldad, y una accion indigna; y aunque no sepa dar la razon esencial, su propio juicio le dictará, que semejantes acciones no pueden ser buenas, sino malas, y perversas. El mismo juicio hará sobre lo substancial, digamoslo así, de otros muchos excesos en que incurre la humana soberbia, la ira, la lascivia, la intemperancia, el demasiado apetito de hacienda, de honra, y de otras muchas desarregladas pasiones, que freqüentemente arrastran á los hombres. He dicho lo substancial, porque para juzgar de la numerosa caterva de los pecados, y vicios mas comunes, y de las circunstancias que pueden hacer á una accion lícita, ó ilícita, no se halla por lo común suficiente capacidad en los ingenios tiernos, y todavia ignorantes. Pero tomando los vicios, y pecados en comun, es muy cierto, que así los jóvenes, como los ya hombres ignorantes, y rudos, pueden conocer su deformidad, porque todos re-

ci-

ciben de Dios un conocimiento interior, con el qual pueden sin dificultad reconocerlos como excesos desordenados, abominables, y contrarios á la ley, y á la recta razon. He dicho ya que para inclinar á los jóvenes al amor de la virtud, y al aborrecimiento del vicio, es un medio muy oportuno el acostumarlos con tiempo á juzgar, y discernir lo que es bueno, ó malo, lo que es vituperable, ó laudable en las acciones de los hombres. Bueno es el enseñarlos el latín, y el griego; pero al mismo tiempo se les debe preguntar de quando en quando qué juicio hacen ellos de tales, y tales acciones, de tales, y tales máximas, y hacerles que den la razon por que condenan estas, y aprueban aquellas. Tambien es necesario informar su juicio, enseñándoles á distinguir, aun en los hombres grandes, lo que es vicio, y defecto, para que aprendan á no confundir el vicio con la virtud, y á no admirar con juicio errado lo que en la realidad merece desprecio. Gran ventaja, y ganancia es para un joven el saber juzgar bien de las cosas, sin esperar á que la vejez le enseñe esta ciencia. Y siendo cierto que á todos conviene el tener, y conservar su propia salud, que entre los bienes temporales, es uno de los mayores, y mas apreciables, debe tambien ser este estímulo uno de los que se propongan á los mancebos, haciéndoles ver, que así como la intemperancia, la impudicia, y otras poderosas pasiones pueden, y suelen por lo comun menoscabar, ó destruir la salud, así la vida quieta, y virtuosa contribuye mucho á mantenerla. Supuesto que un joven desee sinceramente obrar con prudencia, y tener una vida arreglada los pocos dias que ha de ser morador de esta tierra, cosa cierta es que con tiempo debe acostumbrarse á huir todo quanto sea ilícito, y á estar lejos de los peligros, y ocasiones que le pueden inducir á obrar mal. Qualquiera que tenga un poco de juicio no puede menos de conocer, que así como no conviene á una criatura á quien el Señor ha ensalzado á la clase de racional, el

dexarse transportar fuera del camino de la razon, así tambien seria una especie de locura el querer extravariarse, y enloquecer un joven desde sus primeros años, con la intencion de retirarse á bien vivir en los años de su ancianidad. No hay tiempo alguno en que nuestro Dios no quiera ser obedecido, y servido; y de consiguiente en que nosotros no debamos vivir como criaturas racionales, capaces de obedecerle, y dispuestos á servirle, y amarle. Si fueres sabio (dice el Espíritu Santo en los Proverbios) lo serás para tu provecho; pero si te engañas, tú solo pagarás la pena. *Si sapiens fueris, tibi metipsi eris; si autem illusor, solus portabis malum.* Repitiendo á los jóvenes oportunamente estas verdades, y especialmente quando no han comenzado á viciarse, se debe esperar que produzcan buenos efectos para lo sucesivo.

## §. III.

Conviene en tercer lugar acordarse, que *teneros animos aliena opprobria saepe absterrunt vitia*; esto es, que para lograr que los jóvenes se aparten de los vicios, muchas veces bastará el hacerles ver el opprobrio que causan en otros. Por tanto, quando algun mancebo confiesa, y manifiesta deseos de ser estimado, y alabado de los hombres, se necesita poco para hacerle ver, y tocar como con la mano, que el único camino por donde puede conseguir esta felicidad es el de la virtud. Al contrario, si quiere cargar con el descrédito, con el odio, y desprecio universal, bastará que se dexee conocer por persona viciosa, y de una vida estragada. Si los Grandes Señores, y los nobles, que por andar por lo comun rodeados de lisonjeros, son tenidos entre estos por buenos, y virtuosos, aun quando hacen lo que no deben, tengan por cierto, que les está preparada una repulsa, y desaprobacion del público, que no dexa de ser justa, aun quando sea oculta, y secreta. Pero amando qualquiera, y especialmente los Grandes Señores la gloria,

y alabanza, ¿como se avendrá un deseo tan bueno, justo, y laudable con obrar despues lo que solamente es iniquo, y vituperable? Y si deseamos tambien conservar nuestra fortuna en la tierra, y guiar bien nuestros negocios, ¿quien no ve que aun para esto sirven mejor las virtudes que los vicios? El hallarse un hombre bien conceptuado, y tenido por justo, fiel, y sincero en el trato comun de los otros hombres, es una gran recomendacion para que todos sus tráfico, y negocios le salgan bien, para adquirir buenos amigos, y abrirse camino á los empleos honoríficos, lo que no sucede tan fácilmente á los malos.

## §. IV.

**F**inalmente, si los jóvenes manifestasen verdaderos deseos de pasarlo bien en este mundo, esto es, de vivir alegres, cómodos, y tranquilos, en una palabra, de ser felices sobre la tierra, vean el único camino para llegar á este término: este es el practicar los documentos de la mejor Filosofía, obrando siempre el bien, y huyendo constantemente del mal. Ha dispuesto, y formado nuestro Dios de tal manera sus Santas Leyes, que qualquiera que las sigue, y no quiera otra cosa que aquello que la razon quiere, sea querido, y favorecido de los demas hombres. El aquietar los apetitos desordenados, y refrenar las propias pasiones, este es el gran secreto para conseguir la quietud del ánimo. No puede dudarse que los buenos experimentan sus contratiempos, y tempestades en este mundo; pero no experimentan aquel gusano de la conciencia de haber ellos sido la causa. Las sienten, pero mucho menos que los malos, porque el hombre interior está siempre conforme con la voluntad de Dios, considerando que los trabajos, y tribulaciones vienen de la mano de aquel buen Padre, que se las envía para su mayor bien por convenirles así. Por lo qual, aunque por defuera se vean agitados, y atribulados, no dexan por eso de probar en su interior una in-

inexplicable tranquilidad, como premio de su humildad, y resignación: pero á los malos no sucede así. Por lo que comunmente puede decirse con verdad: *Que el hombre bueno, y virtuoso se halla mas quieto, y tranquilo en sus trabajos, y tribulaciones, que el vicioso en sus deliciosas prosperidades.* Obsérvese con atencion la vida de los buenos, y sabios, y cotéjese con la de los malos, y se verá como por regla general, que los buenos son únicamente los que en el mundo suelen gozar una alegría interior, libre de todas aquellas tempestuosas agitaciones que acompañan de ordinario la desarreglada vida de los perversos: solamente los buenos son participantes de aquella felicidad que puede esperarse en un país que no es la patria de la felicidad. El mundo es por lo comun injusto en sus juicios; pero con todo no puede dexar de pagar un justo tributo: á los buenos, y virtuosos todos los aman, todos los aprecian. Aun los mismos viciosos, que no tienen, ó no quieren tener la virtud en sí mismos, la estiman, y la veneran comunmente en los otros. Querrán que sus hijos sean obedientes, y que sigan el camino de las virtudes, y que sean diversos de sus mismos padres. Querrán una muger que sea muy delicada, y escrupulosa en materia de honestidad. Querrán criados sufridos, y humildes, mayordomos fieles, artífices que no sean ladrones, Eclesiásticos, y Religiosos santos, y así de las demas clases. Aparecen los malos verdaderamente felices en el mundo; pero por justo juicio de Dios no es verdadera, firme, ni durable muchas veces su felicidad. Por lo menos si no hay otra cosa, es por lo comun atormentada, y despedazada por aquellos continuos temores, y remordimiento de conciencia; y de aquel molesto tumulto de sus villanas pasiones, que son la causa de sus iniquidades; y si no antes, por lo menos al fin de su vida. ¡O quanto se argustiarán estos infelices por haber vivido como irracionales! Fuera de que las acciones de los malos simbolizan con las del fuego, que no puede estar oculto con el tiempo; y inego que

que se descubren son castigadas, ó por la justicia, ó por el Principe, ó por el descrédito común de los hombres. A ningún hombre juicioso le vienen deseos de probar en sí mismo si son, ó no útiles, y gustosos los vicios: bastará que observe en otros sus malos efectos. En casa ajena se podrá observar la Intemperancia de la gula, y si esta con la desarreglada luxuria, y otras pasiones de esta casta son mas convenientes para conservar la salud perfecta, que una vida sobria, y casta: si la picardía, la injusticia, el engaño, la mentira, el lujo, la venganza, son mas á propósito para aumentar la hacienda que la sinceridad, la honradez, la moderación, y la buena fé en los contratos: si se ganan mas amigos, y mayor reputacion con la Ingratitud, con la soberbia, con la incivilidad, con la crueldad, é impaciencia, con todos los demas vicios, para decirlo en una palabra, que con la practica de la humildad, de la mansedumbre, de la cortesia, de la caridad, y qualquiera otra virtud. Es tambien una verdad constante, que la mayor parte de las incomodidades que trae consigo la vejez, tiene su origen del desarreglo de la juventud. Por tanto uno de los mayores intereses que en este mundo podemos lograr, consiste en seguir el camino de la virtud.

## S. V.

**F**ormado, y establecido en el entendimiento de los jóvenes este conocimiento discreto de lo bueno, y lo mejor, y esta feliz resolucion de alistarse en la milicia de las virtudes, y de huir de todo vicio que les sea contrario, es necesario hacerlos saber, que para conservar la virtud se necesita del socorro de otra particular, que viene á ser de la misma especie de aquella que se llama fortaleza, y constancia. Si falta esta en todas las empresas arduas, y difíciles, aun aquel edificio bien zanjado presto dará en el suelo. No puede negarse que la navegacion por el inconstante mar de este mundo está ex-

puesta á mil naufragios: son tantos, y tan fuertes los vientos de las tentaciones, tantos los escollos de errores, que la pobre alma, caminando hácia la eternidad, á cada paso se le presenta un peligro. Pero así como el Mercader, y el Piloto con la esperanza de lograr riquezas, y al mismo tiempo resuelto á procurárselas, suelta animosamente las velas, entregándose al inconstante elemento, sin que le aterren las fieras tempestades, que son allí tan frecuentes; así el hombre sabio se arma de valor, y constancia para resistir á la concupiscencia, y no apartarse un punto del camino de la virtud, que se ha propuesto seguir, esforzándose mas, y mas, quando sabe de cierto, que el mas diestro Piloto puede padecer naufragio contra su voluntad por el impetu furioso de los vientos, que no puede evitar, y á que no puede resistir; pero el hombre sabio con los auxilios de Dios no será vencido de la tentacion, si no concurre con su libre voluntad. Venga, pues, la tentacion á representarle un bien, ó un deleyte ilícito, lisonjándole con que no se descubrirá, y podrá gozarlo á su salvo, porque no hay testigo alguno: entonces el bueno, y virtuoso dice en su corazón: *No te atrevas á hacer una cosa, que te avergonzarías si los hombres te viesen hacerla; y si los hombres no te ven, ¿por ventura no te está mirando Dios?* Así obra el sabio con fortaleza, y magnanimidad. Esta fortaleza tiene su origen de aquella máxima irrefragable, que se ha propuesto, y fijado el bueno en su corazón, de que todo quanto se opone á la razon, y á las leyes del Criador no es honesto, y se opone á nuestra felicidad, y á nuestro último fin.

**F**inalmente no debemos callar aquí una desgracia fatal. Es la voluntad del hombre tan voluble, é inconstante, está el entendimiento humano tan expuesto á los errores, y engaños, que no es tan fácil el prome-



terse aquella constancia, y firmeza perpetua, y heroica de nunca consentir á tentaciones perversas. Conoce hoy el sabio evidentemente quan apreciable, y laudable es la virtud, y al contrario quan feo, y aborrecible el vicio, y por tanto se enamora de aquella, y aborrece, y huye de este con toda presteza. Conoce tambien con evidencia, que el medio mas seguro, el camino mas cierto para gozar la tranquilidad del ánimo en este mundo, y para esperar una eterna felicidad en el otro, es únicamente el bien obrar segun la Ley santa de Dios, y con esta consideracion se determina valerosamente á no dexarse llevar por su voluntad á obrar contra su conciencia, y la santa Ley. Venga sobre mí, dice con resolucion, qualquier trabajo, la pobreza, la prision, y aun hasta la muerte misma, todo lo sufriré con resignacion ántes que cometer un pecado mortal. ¡Mas ay! que andando un poco mas adelante se levanta una fuerte passion, y ved aquí que los amigos, el mal exemplo de otros, una máxma bien ponderada, y exórnada con falsa eloquencia, un placer, una crecida ganancia, dan en tierra con toda la constancia; porque, como hemos dicho muchas veces, la fantasía, ó la mente humana tiene por mas seguro, y apreciable un bien presente, sea el que fuere, que ciento que estén lejos, ó los considere futuros, lisonjeándose tal vez el ánimo de poder gozar unos, y otros, impeliendo fuertemente la fantasía, las pasiones, y el mismo cuerpo; de manera, que aquella torre de constancia, y fortaleza, que parecia tan firme, cae por tierra miserablemente. ¿Donde, pues, está ahora la hermosura de la virtud, y aquellas poderosas razones por las quales se habia movido el alma para tomar aquella noble resolucion de no apartarse jamas del camino de la virtud? ¿Son por ventura ahora las razones mismas que fueron entónces? Lo son ciertamente; pero conviene considerar, que no basta oirlas una sola vez: no basta una sola leccion de los consejos, razones, y buenas máximas de la sabiduria, ni bas-

basta el hacer una sola determinacion por bien fundada, y sabia que ella sea. Es necesario reforzar de quando en quando estos propósitos, meditar del mismo modo las máximas, y las razones, y confirmar aquellas primeras determinaciones. Aun los clavos bien fixados en la madera, ó en el hierro, si con el tiempo, ó con alguna violencia se afloxan, es preciso apretarlos, ó clavarlos de nuevo. Si alguno desde su tierna edad se hallase encerrado en un obscuro calabozo, sin haber jamas visto la luz del sol, quedaria pasmado, y atónito, quando siendo ya grande, y hallándose libre, viese los resplandores de ese hermoso Planeta, por cuya luz se hacen visibles todos los objetos, siendo por esto como el alma de este baxo mundo. Acostumbrado despues este hombre á ver todos los dias á este lucido Planeta, se iria disminuyendo poco á poco aquella admiracion que le causó la primera vista, hasta que con el tiempo hiciese poco caso, y ni aun le pasaria por la mente el reflexionar quan apreciable, y maravilloso es aquel inmenso globo de luz: otro tanto puede suceder con la idea bien concebida de la hermosura de la virtud, y deformidad del vicio, y de la importante necesidad de aborrecer este, y seguir aquella, quando esta idea no se renueva, y reimprime de quando en quando en el interno gabinete del alma, porque sin esta importantissima diligencia viene á enflaquecerse, y á borrarse finalmente aquella idea, y no tiene aquel vigor que tuvo quando movió á la voluntad para que tomase la buena resolucion de seguir únicamente el camino de la virtud. Conviene, pues, renovarla, y fortificarla de tiempo en tiempo, haciéndola revivir en la mente, y en el corazón. Para lograr este fin será utilissima la frecuente consideracion de lo mejor que ya se ha escogido: será utilissimo tambien el oír los que predicán la palabra de Dios, aun quando repitan lo que ya se sabe. De esta manera se renueva el espíritu, proponiéndose al entendimiento aquellas razones que le movieron para elegir lo bueno, y huir lo

Tom. II. X

malo. Debemos congratularnos los Christianos de estos tiempos, porque á ninguno, especialmente en las grandes poblaciones, faltan maestros que enseñen á bien vivir, para morir bien. Será tambien útil, y conveniente á este propósito el leer buenos libros, que sepan enseñar, y persuadir la direccion prudente, y christiana de las acciones humanas, huyendo como de un pestilencial contagio la leccion de los malos libros. Pero sobre todo es utilissima, y necesaria la oracion á Dios para que su Magestad por su bondad, y clemencia nos haga buenos si somos malos, y mejores si somos buenos. Nosotros, que de nuestra propia cosecha no tenemos mas que miseria, y corrupcion, que estamos en un continuo peligro de caer, y que no tenemos fuerzas para levantarnos, si con viva fe, y buenos deseos recurrimos á la fuente de todo el bien, no dexáremos de ser consolados, y acompañados de la verdadera sabiduria: en la peligrosa, aunque corta navegacion de esta vida, llegaremos mediante los socorros, y auxilios divinos á la tranquilidad de un seguro puerto. Con estos socorros se formará en nosotros aquella constancia que es necesaria para permanecer en el amor, y práctica de la virtud, ya que siempre debemos temer el deslizarnos hácia el mal por mas que estemos habituados á obrar el bien. No puede explicarse suficientemente la inconstancia, y volubilidad de los mortales. Lo que hoy tanto nos agrada, nos desagrada mañana. Por un año se entregará alguno á las obras de piedad, al estudio de las bellas letras, ó á otro mas provechoso, y en el año siguiente se dedicará todo á la holgazanería, y á los vicios. En fin cada dia se halla en nuestra voluntad una irrefragable prueba de su inconstancia, por lo que tuvo razon Job en decir que el hombre no permanece en un estado firme, y constante: *Numquam in eodem statu permanes*. Muda el hombre por lo comun de ideas, deseos, y máximas al pasar de una edad á otra, siendo ordinariamente muy diversas las que tienea en la primavera de su juventud de las que

tiene en su avanzada edad. Muda he dicho; pero el mal está en que por lo comun se muda de mal en peor: si convalece de una enfermedad, cae en otra mayor: nunca se experimentan calmas en el borrascoso mar de esta vida: siempre lo agitan tempestades furiosas, por lo que dixo el Sabio, que no puede engañarse, que el hombre es muy semejante á la vanidad: *Homo vanitati similis factus est*; y por ser esto poco, todavia se añade la otra sentencia: *Universa vanitas omnis homo vivens*. Por tanto cada dia experimentamos mas, y mas la necesidad que tenemos de recurrir continuamente al Señor, y de acordarnos á nosotros mismos, ó hacer que nos los acuerden otros los primeros principios, que son la hermosura, amabilidad, y utilidad de la virtud, como tambien tenemos necesidad de reparar muchas veces dentro de nosotros esta gran verdad, que la sabiduria, y felicidad del hombre consiste únicamente en tener por amigo á Dios; y el modo mas seguro para lograr tan grande bien es el amar la virtud por amor de Dios, y por agradar á su Divina Magestad.

COLECCION

DE ALGUNAS ADVERTENCIAS MORALES,  
QUE DEXÓ ESCRITAS,

Y NO HAN SALIDO A LUZ HASTA AHORA,  
MONSEÑOR CESAR SPEZIANO,

OBISPO QUE FUE DE CREMONA,

Al que leyese.

Entre otras insignes prerogativas que se admiraron en el Santo Cardenal, y Arzobispo S. Carlos Borromeo, no fué la menor la de saber conocer las personas mas prudentes, y juiciosas, y procurar alistarlas en su familia, por lo que llegó á ser la Casa de este Santo Prelado un Seminario de Obispos. Uno de estos fué Monseñor César Speziano, Ministro del dicho Santo, Obispo despues de Novara, y últimamente de Cremona su Patria. Tan grande crédito de bondad, y sabiduría supo adquirirse Monseñor Speziano, que la Santa Sede se valió de su persona para Nuncio á la Corte de España, y despues para la de Viena, en cuyos empleos hizo muy singulares servicios, no solo á la Religion Católica, mas tambien á los Sumos Pontífices. Sin duda (dirá alguno que esto lea) sería Cardenal de la Santa Iglesia una persona tan digna. Cierto es que no lo fué, ó porque no hizo muchas diligencias para lograr el Capelo, ó porque otros no pensaron en dárselo. ¿Pero de quando aca premian siempre los hombres los méritos de los hombres grandes? Ahora, pues, Monseñor Speziano, Prelado de gran juicio, y experiencia, y de consiguiente de una prudente

dencia rara, dexó escritos algunos centenares de advertencias morales, las que habiendo visto yo, siendo aun muy jóven, en casa del Eminentísimo Cardenal Obispo de Novara Gilberto Borromeo, con la permission de su Eminencia, escogí para mi uso las mas útiles, é importantes. De estas hago yo ahora de muy buena gana un regalo al público, conociendo por experiencia que las pinteladas de un observador tan diestro, serán incomparablemente mas provechosas que el borron que yo he formado en lo que aqui queda escrito. Para formar la estatua de un prudente se necesitan muchos golpes de martillo, y muchos cincelos. Los mejores, por mas perfectas, deben esperarse de aquel Artífice, que es mas juicioso, y mas práctico en los negocios que ocurren en el tráfico de este mundo: tal fué ciertamente Monseñor Speziano, de quien son las advertencias siguientes.

ADVERTENCIAS MORALES

DE MONSEÑOR CESAR SPEZIANO.

1 Para conservar la gracia de un Príncipe sabio el que ha llegado á lograrla, es un medio muy oportuno el no hacer cosa alguna, por la qual venga el Príncipe en conocimiento de que para con él puede mucho su criado, ó Ministro, por lo que procurará este estar advertido en no hacer cosa importante por sí propio; pues ademas de exponerse á érrar, por los varios accidentes á que estan expuestas todas las acciones, y deliberaciones humanas, logrará mayor gracia para con el Príncipe con manifestarle que aprecia mucho su modo de pensar, aun en las cosas de menos substancia; pero debe al mismo tiempo guardarse muy bien de molestarlo, y de que le diga fuera de propósito: *Me babeis enfadado.*

2 Ninguna cosa te ayudará mas bien á conseguir la gracia de un Príncipe, sea el que fuere, que el darle á

entender que quieres lo que él quiere, ó que los dos tenéis un mismo fin; y por tanto, quando hables con él, muéstrate muy aficionado á sus cosas; pero acompaña siempre la verdad á tus palabras. No puede haber yerro en esto, aun quando alguna vez se excedan los límites de la modestia hablando con el amo, como seá en cosas de su mayor provecho. Así lo practicó el gran Canciller Catinara, que no quiso firmar la liberacion del Rey de Francia, no obstante que lo mandaba el Emperador, alegando que no conveenia al servicio de Su Magestad el libertar al Rey del modo que el Emperador habia resuelto. Este gran Canciller fué siempre muy estimado del Emperador, y por su mediacion fué hecho Cardenal. Pero se debe advertir, que es forzoso huir toda simulacion, porque si esta llega á manifestarse, se perdió la gracia del Príncipe: debe tenerse tambien delante de los ojos la honra de Dios, y la del amo.

3 Un Príncipe severo, y terrible quiere mas á los criados pacíficos, y modestos, que á los ásperos, y altaneros: la causa de esto es, porque los humildes, y suaves le parece que son propiamente sus servidores, y que dependen de él absolutamente; pero los erguidos, y orgullosos; juzga que quieren ser compañeros suyos en el gobierno; y aunque es cierto que estos últimos parece que á los principios se hacen mas lugar para con el amo; pero la experiencia me ha enseñado, que al fin solamente los criados humildes, y virtuosos vienen á ser los premiados, sin contar con los otros; porque la virtud que no tiene aquel Príncipe es venerada, y reconocida en quien la tiene.

4 Donde no hay justicia no puede haber paz, porque estas dos virtudes se abrazan con estrecha union: *Justitia, & pax oculatae sunt*; y aunque es cierto que no siempre se ve la guerra quando falta la justicia; con todo se halla por lo comun entre los Ciudadanos alguna guerra, y discordia donde no hay justicia; porque se ven muertes violentas, latrocinios, y otros muchos ma-

males muy semejantes á los que la guerra trae consigo; por tanto, todo hombre de bien debe huir del pais donde no hay justicia. No hay cosa que mas presto cause esta injusticia, que la indolencia, y poco cuidado del Príncipe en órden á las buenas costumbres públicas, ó del público, como por exemplo los excesivos gastos de los Ciudadanos en banquetes, vestidos, demasiado número de criados, juegos, y otras cosas semejantes, de que se originan las violencias, odios, rencores, y enemistades particulares; y finalmente el poco respeto al Príncipe, y sus leyes, y en su consecuencia la opresion de la justicia, y alguna vez se sigue tambien de todo esto el deseo de que se mude el estado, y especialmente quando á los relaxados gatastadores faltase la comodidad de hacer gastos exórbitanes. Por tanto el que gobierna debe atender con vigilancia á todas estas cosas, y cortarlas oportunamente, para que no lleguen á ser irremediabiles, como he visto suceder en algunos paises; siendo cosa natural, que las malas costumbres quando no se corrigen, sean cada dia peores.

5 Si un Príncipe en su juventud fuese hombre de poca resolucion, será del todo inútil en su avanzada edad, ni hay que esperar de él acciones varoniles, sino es en el caso que la necesidad le obligue, y estreche.

6 El que quiera conocer el natural de alguna persona á quien no tenga ya conocida, poco se engañará quando la juzgue tal, quales son los amigos con quienes trata. Pero quando un Príncipe fuese tan sabio que supiese tratar con todos, y valerse de los sujetos segun el talento, y virtud que descubre en cada uno, á este Príncipe se debe servir ántes que á otro, porque con este puede poco, ó nada la malignidad de los Cortesanos aduladores, y malsines, y no está tan expuesto á mutaciones: por lo que si el que le sirve es sabio, y prudente, puede estar casi seguro de sus adelantamientos. Al contrario le sucederá si el Príncipe es po-

co prudente; pues este, dice Salomon, se muda como la Luna en cada instante: *Stultus ut Luna mutatur.*

7 Tengo por verdad muy cierta lo que parece una paradoxa, que es menos malo para un Ministro de un Príncipe el que este se enoje, y riña con él muchas veces con razon, que el que se enoje, y riña sin ella alguna vez; porque enojándose el amo con razon, si tú sirviéndole te enmiendas, logras despues su gracia: pero quando se enojase contigo sin motivo justo, cuéntate entre los desgraciados, pues es clara señal de que no te quiere, ni estas en su gracia; quando injustamente reprueba, y da por mal hecho lo que has hecho bien; y así despídete, y vete con Dios.

8 Conviene siempre al súbdito tener gran paciencia para sufrir las cosas de su Príncipe, y especialmente quando este se manifiesta con alguna inclinacion á la tiranía; porque si te persigue, y mortifica justamente, no tendrás razon en murmurar, y quejarte; y si tú tienes de tu parte la razon, entónces debes tener mayor paciencia, y callar; pues si el Príncipe te ofende sin que tú le hayas dado justa causa, ni aun con una razon aparente para que así te trate, sin duda proseguirá persigüendote quando sepa que tú le murmuras. Por tanto, con tu Príncipe debes siempre ser humilde, y darle muchas gracias quando te hace algun bien, disimulando el sentimiento quando te haga mal, si acaso no quieres alabarle tambien en este caso, lo qual seria mas conveniente, y de mayor provecho, si haces el ánimo de vivir en sus Estados.

9 Los que gobiernan, mas bien deben ser terribles en las obras que en las palabras, pues de este modo serán mas queridos, y estimados que los que obran con dulzura, y hablan con aspereza, porque el que habla áspera, y terriblemente, suele ofender á muchos, y á veces á los que no merecen ser reprehendidos; pero los otros, que son terribles en las obras, solamente ofenden á los culpados, que por lo comun suelen ser pocos,

cos, los cuales no tienen razon para quejarse, y aborrecerle quando ha obrado como justo Juez.

10 Parecerá una cosa extraña, no obstante que la comprueba la experiencia, que el que sirve á un Príncipe avariento, es necesario que se manifieste mas liberal, mas espléndido, y menos interesado que aquel que sirve á un Príncipe magnánimo, liberal, y dadivoso, porque este se precia de tener esta virtud, y como que le desagrada en cierta manera que otros quieran apostársela, digamoslo así, ó excederles en su ejercicio; pero el avariento al contrario, quiere que sea liberal su Ministro, porque de esta manera no es molestado con las pagas, ni agravado con los gastos, y porque en cierto modo cubre el Ministro con su liberalidad la avaricia de su Señor: fuera de que al avariento siempre desagrada otro de su mismo genio.

11 No puede dudarse, que todas las cosas se alteran, y descomponen quando los súbditos pierden el respeto á su Príncipe; pero yo digo, que no es acaso menor el mal quando el Príncipe por el contrario pierde el respeto á sus súbditos, porque entónces sin duda pasa á ser tirano, sin hacer caso, ni reparar en lo que todos podrán decir de él, y ofendiendo él á quien quiere sin distincion. Esto me parece mayor mal, porque ofende á todos con su modo de proceder; pero quando el Príncipe no logra la total estimacion de sus súbditos, solamente ofenden su persona aquellos que no lo estiman; y son peores los efectos quando el Príncipe es tirano, que quando no lo estiman, ó lo desprecian sus Pueblos.

12 No debe desagradar al Príncipe sabio el que sus criados (siendo en lo demas buenos) sean algo resentidos quando oyen que se habla mal de ellos, por ser esta una clara señal de que estiman su crédito, y reputacion; y de esto se sigue que procuran servir bien por no ver, ni oír ultrajado su honor. Mas presto dirémos que aquel Ministro que no se resiente quando su amo le riñe, no le

servirá como debe, ni tratará las cosas de su señor tan bien como corresponde; porque perdiendo el respeto á su Señor, y no haciendo caso de lo que riñendo le corrige, tampoco será estimado, y apreciado él de los demas, y no se hará bien el servicio de su Señor.

13 El que desea gobernar bien, huya quanto pueda la novedad, y procure mantener las usanzas antiguas, con tal que sean buenas, sin hacer leyes nuevas, que por lo comun perturban al Pueblo.

14 Felipe II. Rey de España, tenia todas las virtudes: una sola cosa me desagrada en este Principe, que fué su retiro, y dificultad en dar audiencia á sus vasallos; porque quando estos no pueden lograr el ver su Principe, y Señor, no le aman con aquel tierno afecto con que deben amarlo, pues este amor es necesario que entre por los ojos; y entre las virtudes principales que deben adornar á un Principe Soberano, una es el que sea accesible, y comunicativo, y que escuchen benignamente á sus súbditos. En esto fueron muy singulares, y altamente alabados los Emperadores Trajano, y Marco Aurelio.

15 El Principe tirano hace á los hombres mas sabios, prudentes, y advertidos, y florece mas bien la prudencia en su Reynado, que en el del Principe justo, y bueno; porque reynando aquel, todos piensan y discurren el modo de poder vivir bien arreglados.

16 El Principe que desea gobernar con acierto, y ser adorado de sus súbditos, figúrese que es una persona con autoridad sobre el Rey, y sobre el Reyno; y que vengan á él sus vasallos á quejarse del mismo Rey, esto es, de sus Ministros que tratan los negocios mas importantes del Reyno, como son la Justicia, la Real Hacienda, &c. escúchelos, y hágalos justicia, cometiendo la causa á otros Jueces, como á sujetos que tienen autoridad sobre el mismo Rey. De esta manera advertí yo que lo practicaba Felipe II. Rey de España, el qual era muy estimado, porque jamas manifestó afecto particular, ni menos interes en hacer

cer justicia; y de tal manera escuchaba las diferencias que habia entre sus Ministros, fuesen de jurisdiccion, competencia, ú otras, como si fuesen pleytos entre gentes extrañas.

17 Paulo II. decia que la Retórica fué inventada para persuadir, y convencer á los idiotas ignorantes, no para los sabios, y prudentes. Lo mismo digo yo en orden á la hermosura del que habla, el qual no puede creerse, ni imaginarse quanto mueva el ánimo de los que le escuchan: esto proviene de la ignorancia de los oyentes, que son mas en número que los prudentes, y sabios. Por tanto digo, que así como por lo comun es buena, y apreciable la Retórica, así tambien será bueno, que el Orador, ó Embaxador sea hermoso, ó de un rostro amable: esto se entiende quando haya de tratar con una numerosa multitud. Para tratar con sabios, y doctos, poco importa la hermosura, &c.

18 Aunque entre los Príncipes haya tambien sus emulaciones, se deben alegrar todos mutuamente, quando á los otros nacen hijos; porque los hijos de los Príncipes, sean hembras, ó varones, son muchas veces mas útiles, y de mayor consuelo á otros Príncipes, que á sus propios padres, porque con ellos se establecen las paces, se sosiegan los ánimos de unos, y otros, enlazándose por medio de los matrimonios, dando los unos, y adquiriendo los otros, &c.

19 Quando veas un gran Señor en quien la prudencia compita con su poder, nunca creas, por mas que muchos lo digan, que este se dexé gobernar por sus Ministros, ni les dé mayor crédito que el que debe darles, aunque parezca lo contrario en el exterior, y se vean tales cosas, que aquel Ministro parece que las hace con propia autoridad, y especialmente quando todo cede en mayor servicio, aumento de hacienda, autoridad, ó reputacion del Principe; porque los Señores que son prudentes, y sabios, se valen muchas veces de sus Confidentes, ó Ministros, para decir, ó hacer lo que no quieren ha-

hacer, ni aun parecer que inmediatamente lo hacen por sí: bien que el vulgo siempre culpa al Ministro, como mas expuesto á recibir los tiros de la murmuracion. Pero quando el Ministro hiciere cosas contrarias al honor, ó á la hacienda de su amo, ó llegase á entriquecerse demasiado, entónces se puede creer que abusa de la autoridad de su Señor, el qual por este hecho no se manifiesta sabio; porque si lo es, poco podrá hacer el Ministro por sí mismo, sin que el Príncipe lo conozca, y ponga remedio.

20 Los Príncipes grandes, y sabios, mas estiman por lo comun á los Ministros que les sirven bien en la administracion de su hacienda, aumentándosela, que á los que les ayudan en el gobierno del Estado, porque para esto les parece tener tanta ciencia, y prudencia, que no necesitan de quien les ayude á llevar esta carga.

21 Para tratar con Príncipes, que en la realidad son sabios, y prudentes, ó por lo menos presumen serlo, es necesaria mucha destreza; porque como son por lo comun los primeros en todas las cosas, se persuaden serlo tambien en la prudencia, y de consiguiente quieren aun por esto ser mas atendidos, y estimados que los demas. *Coram Magnate noli videri sapiens*, dixo Salomon.

22 Es muy comun entre los hombres el apreciar, y estimar mas á los sujetos que solamente se conocen por su fama, que á los que tratan, y de quienes tienen experiencia. Esto procede de una falsa imaginacion, que nos hace creer que aquellos son mas dignos que estos otros; porque de aquellos se sabe solamente lo bueno, de estos sabemos tambien algunas imperfecciones comunes á todos los hombres. Por esto es grande imprudencia el gobernarse por este error en las deliberaciones importantes, y de alguna entidad. He visto á muchos que han cometido este yerro, por lo que tengo por mas acertado el valerse de personas conocidas, y hábiles en las determinaciones de importancia, que el

bus-

buscar otras no conocidas. Es muy importante este aviso.

23 He probado con la experiencia, que aun no siendo verdaderas, ántes bien siendo falsas muchas veces las quejas de muchos contra algun Superior, ó Prelado, he hallado, no obstante esto, que el acusado es naturalmente inquieto, imprudente, y no muy á propósito para el gobierno, porque con su mal proceder, aunque nada tenga de injusto, ha irritado el ánimo de sus súbditos de tal manera, que por quitárselo de delante del modo posible, le han levantado feas calumnias. Por tanto se debe por lo comun hacer un juicio no muy bueno del que es muchas veces acusado de cosas feas, y graves, aunque sean falsas las acusaciones. Es verdad, que este recuerdo puede muchas veces ser limitado.

24 Suele decirse que no hay cosa mas difícil en el mundo que conocer al hombre: yo digo que no lo es para un sabio, y prudente; porque este, á pocas veces que trate con otro hombre, no solamente conocerá su natural, mas tambien penetrará sus conceptos, los quales, quando sean diferentes, y diversos de los comunes, ó vea que no le agradan, ó que defiende las cosas que no son buenas, puede inferir de esto, que aquel hombre no es de fiar en cosas razonables, y que no se puede tratar con él de cosas honestas, buenas, y justas, aunque por otra parte él sea persona ilustre. Muchos se han engañado con semejantes hombres en negocios muy importantes, pero no los sabios, y prudentes.

25 Dos vicios opuestos suelen tener los servidores, la adulacion, y la contradiccion: el efecto de esta última es peor que el de la primera.

26 Los hombres ociosos, que son capaces, y medianamente inteligentes, son mas á propósito para tratar un negocio particular, que los que estan reputados por mas hábiles, pero tienen muchas ocupaciones. Esto sucede porque los ociosos son hombres de un solo negocio:

cio: en este caso, y por tanto ponen mas cuidado en su expedicion, que los que tienen muchos negocios á que atender,

27 El hombre veraz, y sincero, que habla lo que siente sin el menor rebozo, es alabado de todos, y con mucha razon; porque esto es en la realidad una gran virtud: con todo se habla mas mal de semejantes sujetos, que de otros, quando se hallan en el manejo del gobierno. No debe esto causar maravilla á quien considera la razon, y causa de semejantes cosas; porque todos alaban, y ensalzan la Justicia; pero ninguno la quiere en su propia casa. Así sucede con aquellos hombres, que con claridad, y sinceridad dicen lo que sienten, los quales agradan, y son alabados de todos en comun; pero quando llega el caso práctico con algun particular, el qual no sea mas que medianamente virtuoso, presto se resiente, y ofende de que le hablen tan claro, y se da por ofendido, hablando mal de quien le descubre sus defectos, ó le manifiesta que no van bien dirigidos sus negocios; porque esta libertad de hablar, y reprehender nos gusta quando se emplea en otros, no quando se dirige á nosotros mismos.

28 Procure cada uno guardarse con toda cautela de alojar dentro de sí la envidia, porque esta hace prevaticar de tal modo aun á los hombres sabios, que todo quanto hace el envidiado, aunque evidentemente sea bueno, le parece mal al envidioso, y lo publica como malo. De esto han llegado á inferir los prudentes alguna vez, que el envidioso, ó es loco, ó muy calumnioso, y perverso.

29 El que pretende dar alguna satisfaccion honesta á los demas hombres, debe huir quanto le sea posible el abrazar muchos negocios; porque no podrá lograr esta satisfaccion de darla á los demas, quando tiene muchas cosas á que atender; antes bien será preciso que cometa muchos errores el que embarazado en muchas cosas intente por modos, y caminos extraordinarios dar la

la insinuada satisfaccion á todos. Esto no lo sabe sino es el que lo ha experimentado.

30 En la eleccion de señores, ó amos á quienes servir, se deben evitar, y huir mas que de todos los otros de los que son volubles, ó veleteros; porque para dar gusto á semejantes amos, ni alcanza la industria, ni basta la paciencia, lo que no sucede con los amos impacientes, y coléricos, á quienes se sirve, y para quienes sirve el sufrimiento, y la paciencia, ganándose mucho con ellos; porque todos los coléricos son naturalmente amorosos. No hablo aqui de los amos avarientos, porque estos, ni merecen que se les sirva, ni aun vivir sobre la tierra.

31 El que se hallase culpado, y con causa pendiente ante Jueces criminales, haga las posibles diligencias para prolongar estas causas; porque no se puede imaginar quanto aproveche esta dilacion, así para suavizar el ánimo de los Jueces, como el de los mismos contrarios. He visto por experiencia, que muchas gravísimas causas se han desvanecido por haberse prolongado.

32 El que manifiesta gran zelo de la Justicia en castigar los delitos de los facinorosos, y al mismo tiempo no manifiesta ardientes deseos de ayudar, y favorecer á los buenos, tened por seguro que no es él uno de estos, aunque lo parezca; porque de una misma raiz de bondad, como de su principal causa, y principio, nacen ambos efectos, y se manifiestan así en el premiar los buenos, como en el castigar los malos.

33 Juzgan los hombres las mas veces que pueden, y saben mas de lo que realmente saben, y pueden en las cosas que pertenecen á oficios honoríficos, y grandes dignidades; y por esta causa son muy pocos los que rehusan tomar á su cargo dignidades, aun las mas altas, por trabajosas que sean. Pero en aquellas cosas que pertenecen al trabajo, y fatiga corporal, como son caminar, ayunar, velar, y otras semejantes, siempre juzgan que pueden menos de lo que realmente pudieran si quisieran. Esto proviene del amor propio, aquello prime-



mero proviene de la ambicion, y soberbia que no nos dexa medirnos, ni conocer lo que somos.

34 Yo creo no errar quando creo que ningun hombre puede conseguir el nombre de prudente, sin que padezca primero una contradiccion tenaz, y temosa, por no decir una persecucion manifesta; porque en la contradiccion se afina, y acrisola el hombre; y considerando bien las cosas, y discuriendo atentamente lo que ántes no se consideraba, y se miraba solo como de paso, viene á ser prudente con el tiempo. No sucede así á quien siempre se halla en prosperidad, porque no tiene esta ocasion de castrarse la cabeza, pensando, y meditando las circunstancias de las cosas para salir bien con ellas. Por tanto, entre los muchos bienes que trae á los hombres la persecucion, creo que sea este el mas principal.

35 Soy de opinion, que ninguno que por su naturaleza se altere fácilmente, y no sepa refrenar los primeros movimientos naturales, puede hacer cosa alguna de importancia, ni aun será bueno para la milicia.

36 Jamas esperes que el hombre soberbio sea agradecido; porque el soberbio siempre le parece que recibe menos de lo que se le debe. Por tanto, haz bien siempre á los humildes, los quales serán siempre muy agradecidos, apreciando las cosas en mucho mas de lo que ellas realmente son.

37 Los hombres sabios no deben procurar, ántes bien deben huir el ser árbitros, y Jueces entre dos amigos suyos; porque aun siendo justa la sentencia, perderá uno de ellos. Mas bien debe consentir el ser árbitro entre dos que no sean conocidos suyos; porque con la sentencia adquiere un amigo, y no pierde el otro, que antes no era su amigo.

38 No debes maravillarte si alguno te hace preguntas importunas, y necias, porque la pregunta nace de la ignorancia; ademas que el que pregunta de esta manera, habla por lo comun de repente, y sin reflexion;

y

y por tanto el preguntado debe pensarlo bien para responder; pues así como la pregunta es hija de la ignorancia, la respuesta debe serlo de la prudencia.

39 El que habla de su muerte sin alteracion, ni enfado, manifesta que no tiene amor propio, y que en él es mas poderosa la verdadera prudencia christiana, que la pasion de la naturaleza.

40 Enseña la experiencia, que los hombres defectuosos en alguna de las partes de su rostro, ó de su cuerpo, tienen por lo comun la cabeza tambien enferma, ó defectuosa, como que el alma, que da movimiento al cuerpo, y á todos sus miembros, se lo da tambien á dichos miembros defectuosos de la manera que es el alma, esto es, movimiento ordenado, y desordenado. Padece sus excepciones esta regla, pero es bueno el saberla.

41 Los amos que frecuentemente mudan criados son por lo comun poco constantes, poco buenos, y de mala cabeza; pero tambien puede esto provenir por demasiada bondad suya, aunque siempre se tendrán por hombres de poco juicio, y que no pueden sufrir algunas imperfecciones, y defectos, de que está lleno el mundo, y por esto despiden, y echan fuera de sí á los que cometen estas faltas, por pequeñas que sean.

42 Los Jueces ignorantes ponen al reo luego al punto á questão de tormento para averiguar el delito de que es acusado, sin saber usar de otros medios, como son el exámen mas atento, y cuidadoso, &c. Del mismo modo el Médico ignorante llena al enfermo de medicinas, y muchas veces lo despacha con ellas á la otra vida.

43 Ninguno se fie para cosas graves de personas sensuales, aunque parezcan ser hombres grandes; y especialmente no se fie de aquellos hombres que jamas se aplacan, ni se avienen á perdonar sus enemigos por medio de satisfacciones convenientes que les proponen personas honradas, y prudentes; porque semejantes sujetos serán siempre tímidos, y los primeros que procuren huir en los peligros, y serán infieles en otros lances.

Tom. II.

Y

Por

44 Por lo comun los hombres poltrones, y de ánimo apocado, si son de complexion fuerte, y robusta, tened por cierto que se darán facilmente á vicios carnales, porque su poltroneria no les permite hacer gran resistencia á los impetuosos asaltos de la carne, quando estos son muy fuertes. Esta es tambien la causa de ser las mugeres mas fáciles á rendirse á los deleytes de la carne: esta regla tiene tambien sus excepciones.

45 A juicio mio, no debes fiarte de hombres de grande ingenio para graves, y arduos negocios; pero sí de hombres experimentados, y maduros; porque los de agudo ingenio son por lo comun inquietos, y fogosos; y por tanto no pueden dar un sano consejo, como pueden darlo los hombres graves, y modestos. Debes saber que las cosas grandes, y especialmente los Estados, y Reynos mas bien se gobiernan con la reputacion, y vigilancia de no introducir en ellos alguna cosa nueva, si antes no se piensa bien, que con otros medios; pero la vivacidad de un grande ingenio suele producir efectos contrarios, y muchas veces perturba los buenos, por ser inquieto en sí mismo, como ya hemos insinuado. Y tened por cierto, que donde no hay solidez, y firmeza, no puede haber prudencia. Por esto son mas estimados los Venecianos que los Florentinos, aunque estos son de mas vivo ingenio que aquellos.

46 La usura es un pecado gravissimo, y por él son infames los usureros. No son menores los homicidios, y latrocinios, y otros gravissimos pecados; con todo está el mundo tan enfermo, que ha perdido el conocimiento de la propia significacion de los nombres, ó vocablos, y de las cosas que significan; y así no aborrece igualmente á los homicidas, y ladrones, que á los usureros; antes bien los estima, y tiene por honrados.

47 Los hombres muy sabios, que son reputados por tales comunmente, son tambien tenidos por sujetos malignos, socarrones, y de doble trato; y comunmente son por esto mal queridos. Por lo que deberian estos emplear

plear gran parte de su sabiduría, y prudencia en manifestar á todos su sinceridad, y buena intencion, huyendo quanto les sea posible toda ficcion, y doblez para hacerse amar: bien que una vez adquirido este mal concepto, trabajarán en vano para borrarlo de los que juzgan que entonces redoblan su mala intencion, quando añazan su sinceridad.

48 El hombre prudente, que quiere vivir en la Corte, guárdese muy bien de quejarse de las cosas que hagan otros Cortesanos, que juzgue que son en daño suyo, quando ellas no sean malas abiertamente, y por tanto inaguantables; porque muchas veces ganará mas enemigos con mostrarse ofendido de los otros, que si en la realidad fuesen ellos los ofendidos. No se debe, pues, reputar por ofensa el descuido, ó ignorancia de los otros, &c.

49 Quando á los hombres animosos, y de gran valor se les aumenta la hacienda, se debe creer que serán otro tanto mas esforzados, y emprenderán cosas mayores; pero si se aumenta la hacienda á los avarientos, tened por cierto que caerán de ánimo, y se les minorará el valor, siendo mas tímidos cada dia por el miedo de no perder la hacienda.

50 Los hombres embusteros son tambien por lo comun tímidos, y perezosos; porque es muy propio del temor el hacer al hombre embustero, y pocas veces lo sería si fuese valeroso, diciendo la verdad, quando ocurre el decirla, y no temiendo que le venga algun mal por haberla dicho. Con que ademas de ser la mentira cosa propia de muchachos, y servidores, ó criados, es tambien muy propia de hombres tímidos, y lo que es peor, de malos christianos.

51 No se ha perdido la raza de los hombres sabios, y muy á propósito para el gobierno. La culpa de que estos no exerzan semejantes cargos está de parte de quien debe elegirlos, por ser estos, ó ignorantes, ó maliciosos.

52 Quando hayas de tratar cosas algo intrincadas, y enfadosas con algun hombre irresoluto, rico, y tímido, como por lo comun lo suelen ser los ricos, háblale con la mayor resolucion que puedas; porque con semejantes sujetos se negocia mas bien por el medio del temor que por qualquier otro medio, principalmente si tú eres capaz de poder perturbar su quietud, ó su comodidad.

53 Las razones frívolas que se alegan para no hacer un favor, son sin duda una negativa manifiesta.

54 Es cierto que un criado, ó Ministro jamas servirá bien á su amo (especialmente en cosas arduas, y dificultosas), si verdaderamente no le ama; porque el amor grande, y verdadero hace que los peligros propios aparezcan pequeños, y muy leves las propias dificultades, y las de su amo le parecen muy graves; de donde á impulsos de aquel amor se determina á exponerse á grandes peligros en servicio de su amo.

55 El que tiene la comision de poner en paz algunos Príncipes, mas fácilmente conseguirá esta empresa, si los Príncipes han llegado ya á valerse de las armas, que si solamente hiciesen preparativos para la guerra, porque quando ya han experimentado los daños, y trabajos que trae consigo la guerra, oyen mas facilmente los tratados de concordia, que quando estan frescas las que juzgan injurias, y se preparan á vengarlas.

56 Los hombres vanos quando oyen que los alaban los Grandes, se dexan transportar, y conciben esperanzas alegres; pero los hombres de juicio lo consideran mejor; y quando las alabanzas que oyen hácia sí propios nacen de otros sus iguales, ó inferiores, que no pueden ayudarles, ni servirles, las estiman; y tienen por un ayre vano, que solamente deleyta el oido, sin servir á otra cosa; pero si la alabanza proviene de alguna persona, que puede ayudarlos, y engrandecerlos, y no se sigue alguna cosa de estas, tened por cierto, que

que fué una pura burla; y sabed que la carne de la codorniz es buena, y sabrosa; pero si da codornices el que puede dar faisanes, y no los ofrece, esto no cria buena sangre, y mas bien puede llamarse cumplimiento, y burla que otra cosa.

57 Los hombres grandes que aspiran á los puestos mas eminentes en la gracia, y favor de los Príncipes, y que quieren ser estimados, y comparecer poderosos para con ellos, buyan, ante todas las cosas de la infame avaricia, y no pretendan aumentar, ó amontonar hacienda, porque estas dos pasiones no se avienen bien, y se embarazan una á otra. La ambicion tiene necesidad de la beneficencia, y esta es la que gana amigos, y los conserva.

58 La mayor parte de los hombres son de corazon apocado, y de poco valor, y por tanto aprenden las cosas mas difíciles, y peligrosas que lo que ellas verdaderamente son en sí: por lo que el que ha de formar, y fundar la resolucion de emprender algun asunto dificultoso sobre la relacion que hagan algunos, se halla muchas veces engañado. Por tanto, quiero decir, que á estos se les dé poco crédito, y no dexé de hacerse lo que se pretende, ó por lo menos se pruebe la execucion de lo que se intenta. no obstante que segun la relacion de otros sea imposible hacerla. El que reflexione, y considere este aviso, lo hallará muy provechoso en la práctica, si es hombre animoso, y tiene fortaleza.

59 Nunca me han agradado aquellos hombres que agradan á otros generalmente, solo porque ni dicen, ni hacen cosa que disguste á los demás, y por esto nunca han ofendido á alguno, porque ni acostumbran, ni quieren ofenderlo: por esto los tengo yo, y reputo por inútiles absolutamente, y en mi concepto, ni aun merecen el nombre de hombres honrados (aunque por otra parte conozco, y he conocido muchos que lo son); antes bien deben reputarse por mugeruelas

los hombres de esta catadura, porque rara, ó ninguna vez hacen cosas que puedan ceder en provecho, ó beneficio de otros: por tanto el hombre que ni hace bien, ni hace mal, poco sirve, ni para el mundo, ni para con Dios, el qual nos amonesta que hagamos bien, y nos apartemos del mal: *Declina à malo, & fac bonum*; lo que no hacen estos de quien hablamos, cuya naturaleza, si alguno quiere considerarla con atencion, hallará que el mal que estos dexan de hacer no es por eleccion, ni proviene de otra causa que de su floxedad, y desidia, la qual los detiene del mismo modo para que no hagan bien á otros. Aquella modestia, y buena crianza que algunas veces manifiestan, mas es efecto de su naturaleza, que virtud adquirida. Y el que los haya tratado mucho, habrá encontrado muchos hombres de este género, que son estimados, y tenidos por buenos; pero en la realidad son apocados, inútiles, y no se debe contar con ellos para cosas graves.

60 Me parece que en muchas cosas se ha perdido el nombre, y vocablo propio para explicarlas; porque oigo frecuentemente alabar á un hombre por hombre de bien, sin que en él se encuentre otra cosa que una gran floxedad, y tibieza. Por lo que es necesario saber distinguir un hombre de bien, y virtuoso de otro que nada tiene de oficioso, y activo, porque aquel obra bien, y este no hace mal por su desidia, y pereza, y no obra bien porque le falta la actividad, y virtud, siendo cosa muy cierta, y verdadera que la virtud para obrar bien no se halla sin la fortaleza, y paciencia; y quando estas dos virtudes faltan al hombre, tiene este el ánimo lánguido, y apocado; y esto es lo que los necios gradúan por hombría de bien, porque no hace alguna mal visible.

61 Los Príncipes merecen ser estimados, y estas son sus ansias, y deseos. Por esto, no solamente deben estimarlos aquellos que los sirven en sus propias personas, y se hallan próximos á ellos, mas tambien deben estimar

mar sus cosas por pequeñas que sean, ó lo parezcan, porque las cosas que parecen grandes al Príncipe, deben apreciarse como tales; y el que obrase de otra manera, presto caerá en falta, y hallará su ruina; pues las cosas no deben considerarse simplemente, y por sí solas, ántes bien deben mirarse con el conjunto de sus circunstancias; y las cosas por pequeñas que sean, quando se les junta la opinion, ó estimacion de los Grandes Señores, dexan de ser pequeñas, y pobres, y pasan á ser cosas grandes.

62 Encuéntranse en el mundo dos castas de hombres igualmente fastidiosos, é incontentables. Los unos son de dictámen de que nunca se haga cosa alguna, y por esto lo contradicen todo. Los otros quisieran hacer muchas cosas. Los primeros manifiestan un ingenio floxo, y necio: los segundos lo manifiestan demasiado vivo. Ambos son defectuosos, pero los segundos son menos malos.

63 El que puede, y quiere castigar al que yerra, nunca debería reñirle de palabra, porque las palabras deberían usarse solamente quando con los hechos no pudiera conseguirse lo que se quiere. Pero el que, ó no puede, ó no quiere castigar, obra prudentemente con solo reñir, con tal que no pierda su paz, y quietud; porque de este modo se remedia muchas veces el desorden, como si fuese castigado verdaderamente.

64 Los hombres de poco espíritu, por no decir, ó llamarlos poltrones, suelen tener las cosas dificultosas por imposibles, y por esto dicen luego con facilidad, que no se pueden executar. Los animosos dicen lo contrario, teniendo las cosas imposibles por fáciles solamente, metiéndose á executarlas con todo su valor, é industria, y muchas veces suelen salir con ellas, y quando no, manifiestan su valor. Y por esto los que hallan imposibilidad, ó mucha dificultad en todo, nunca deberían ser escogidos, ni llamados para grandes empresas, porque les falta valor para executarlas.

65. Habiendo ya dicho arriba que el hombre sabio es tenido comunmente por hombre picaron, y doblado, y que por esto debe esforzarse en sus operaciones para no parecerlo, ni menos serlo: ahora digo, que es tanta verdad esto mismo, que casi no admite prueba lo contrario, y especialmente si á esto se le junta el ser hombre de pocas palabras. Hable, pues, con toda libertad, y manifieste con lisura su buena intencion.

66. Las diversiones de los hombres sabios deben ser de cosas que no sean malas, y no cedan en descrédito de su autoridad, como el pasear, el oír música, y otras diversiones indiferentes, que pueden ser meritorias para con Dios, como tambien las fábricas, y los convites, con tal que el fin sea muy honesto, que este es el modo mas proporcionado para divertirse honestamente.

67. Muchas se maravillan de ver hombres de gran saber, y que estos nada sirvan despues para obrar; y cierto que ninguno se maravilla de que un zapatero diestro en su oficio no sepa pintar bien, ó hacer un buen quadro, habiendo igual razon para lo uno que para lo otro; porque el saber, y el obrar son cosas muy distintas. La primera se llama ciencia, que se aprende en las escuelas estudiando, y queda en el entendimiento. La segunda proviene de la prudencia, que es la que enseña el obrar bien, y esta queda en la voluntad, y Salomon nos dexó dicho, que es prudencia la ciencia de los Santos; quiere decir, que los Santos obran bien, y que los hombres doctos que no son Santos, solamente saben obrar.

68. Siempre se debería hacer bien á todos, sin hacer mal á ninguno; porque es mayor el mal que se hace adquiriendo enemigos, que el bien ganando amigos. Esto que es verdad, hablando de todos en comun, se verifica, y tiene mayor fuerza, quando se trata de republicistas, porque en este caso se adquiere un enemigo muy poderoso qual es el público.

69. El que sirve á algún Príncipe, que por su natu-  
ral

ral es pusilánime, y trata con hombres de este mismo genio, sea muy mirado, y circunspecto en despreciar las cosas de semejantes hombres, pues por pequeñas que sean les parecen á ellos muy grandes; siendo este un efecto muy comun de la pusilanimidad, que proviene de pequeñez de corazon; al contrario, á los magnánimos, y de gran corazon, las cosas mas grandes les parecen pequeñas. El que tratando con semejante gente no se gobernase de esta manera, cometerá muchos yerros, y será poco estimado, cayendo de la gracia de estos sujetos.

70. Dice muchas veces el rico, que el pobre puede salvarse fácilmente, porque está libre de obrar mal en muchas ocasiones. El pobre dice, que el rico puede salvarse con mayor facilidad, porque tiene con que hacer mucho bien. Yo digo, que pueden salvarse unos, y otros siendo buenos; pero si son malos, así los ricos como los pobres, ni unos, ni otros se salvarán, pues el rico se condenará por el luxo, y la avaricia, y el pobre por su poca conformidad, y paciencia.

71. Con los hombres indigestos, y fastidiosos, si al mismo tiempo fuesen tímidos (como he conocido muchos, y especialmente de los que son poco prudentes, y menos juiciosos), es mejor tratar con rigor, y entereza, que con suavidad, y dulzura; pero si por otra parte fuesen prudentes, no deben tratarse del modo dicho; antes bien soy de dictámen, que se les trate como se trata ordinariamente á los otros hombres; pero es necesario no manifestar que se les tiene miedo, porque si llegan á conocer que se les teme, te tratarán indignamente, como lo acostumbran. Y si se procede con ellos como si fuesen hombres tratables, manifestando que no se hace caso de su genio duro, y fastidioso, se conseguirá de ellos lo que se quiera, siendo asequible, y razonable lo que se les pida.

72. En cada Ciudad debería haber un Tribunal en el qual se juzgase, y declarase cuántos, y cuáles son los  
lo-

locos, y fantásticos, para que los que no lo son los reputasen, y tuviesen por tales, y nunca se resintiesen, ni ofendiesen los cuerdos por cosa alguna que les hiciesen los locos. Mas no encontrándose estos Tribunales en parte alguna del mundo, debería qualquier hombre sabio, y prudente suplir por sí mismo esta falta; y quando se tropezca con semejantes hombres, tratarlos como á tales, y no darse por ofendido por cosa alguna que hagan, ó digan, aunque no agrade, ó desagrade la tal cosa.

73. Malos son los hombres que quieren parecer mugeres, tanto en el hablar, como en el tratar, y manifiestan solamente ánimos mugeriles; porque estos tales, ó son pícaros, ó son apocados, ó alguna cosa mas mala. Peores son acaso las mugeres que quieren parecer hombres, y se precian de tener espíritu varonil; porque estas destruyen el mundo quando mandan, no teniendo jamas tanto de hombres, que no les queden muchos defectos de mugeres, &c.

74. Los que se hallan tocados de un mismo vicio, se tratan, y comercian juntos por lo comun sin alguna dificultad; pero esta regla falla en los tocados del vicio de la soberbia, por ser este vicio tan perverso, que un soberbio no se acomoda á tratar, ni practicar con otro: de mejor gana tratan estos con los humildes, no porque esta virtud les agrade, sino porque el humilde no atiende á la soberbia del que le trata, y la sabe sufrir con paciencia. Ni el verdadero humilde conoce la soberbia de los otros, y por tanto trata fácilmente con el soberbio, porque no puede hacerle tal con su trato.

75. A la prudencia, y sabiduría debe acompañar la bondad; porque no siendo así, aquellas dos bellas prendas solo sirven para acrecentar la hacienda, y cebar la soberbia, y hacer mas sensible el inevitable trance de la muerte. Por tanto no merecen estos el renombre de sabios, porque el prudente ordena los medios al fin, que es la muerte, y la vida perdurable.

76. Nunca quisiera ver á la frente, y manejo de los gran-

grandes negocios de estado hombres de vivo ingenio, porque estos los tratan mas presto con astucia que de alguna otra manera; siendo por otra parte en semejantes negocios la verdadera, y segura regla el guardarse de toda astucia, que solo debe servir para negocios de poca importancia, y echar mano de la firme, y bien fundada prudencia. Haciéndose así, saldrán las cosas mucho mejor que por el medio de la astucia, la qual por lo comun echa á perder los negocios, é indisponde su conclusion; porque estas cosas se tratan con hombres sabios, quales corresponden á la importancia de tales negocios, y la astucia no mueve á los hombres sabios.

77. Hablando por lo comun, aquel es hombre prudente, y virtuoso, que tiene una vida arreglada con determinadas horas. Esto me parece, y lo creo así, que sea verdad mas bien en los hombres particulares, y privados, que en los que manejan muchos, y graves negocios; porque estos no pueden arreglar su modo de vivir á horas determinadas, á causa de los varios negocios que ocurren en cada hora. Esto es cierto tambien, respecto de los Príncipes, que deben ser hombres de todas horas.

78. ¿Qué origen, y principio te parece que tiene aquel proverbio, *quien tiene pocos sesos vive mucho tiempo*? Dicese, pues, por haber mostrado la experiencia, que los que ni piensan, ni discurren, viven mas que otros hombres, porque no se alambican los sesos de tal manera que les haga daño el discurrir mucho. Hallareis tambien, y experimentaréis que los que tienen cabeza pequeña tienen poco meollo, ó sesos, y viven mucho mas que los que tienen cabeza grande, y muchos sesos; porque estos últimos discurren, y piensan mas que aquellos primeros. Ademas que aquel meollo, ó substancia material, que llamamos sesos, produce en nuestros cuerpos varias enfermedades, y por este motivo puede tambien ser verdadero aquel adagio.

79 La dilatada experiencia me ha hecho conocer que algunos grandes hombres, que manejan los negocios de estado, escriben de buena gana, y de propio puño semejantes negocios; no por guardar secreto (pues para esto suelen usar de la cifra), sino por poder decir quanto quieren, y se les antoja, aunque sea falso, y de propia invencion, ó por hacer que hacemos, como suele decirse, y grangearse el concepto de hombres grandes, no valiéndose de sus secretarios, y amanuenses, aunque sean muy fieles, por no descubrir aun á estos sus embustes, y embrollos. Por tanto, quando se vean estos Ministros, que tienen Secretarios, y con todo escriben muchas veces de propio puño, tenedlos por sospechosos en su fe, y en su integridad, &c.

80 Repútese por hombre virtuoso el que es modesto; pero yo digo que no lo es mientras no manifieste valor, y esfuerzo en las cosas que lo piden; porque no haciéndolo así, no puede graduarse aquella modestia por virtud, sino es por cosa natural, y frialdad de corazon, y la virtud de que hablamos presentemente no nace con el hombre, antes bien con los auxilios de Dios se adquiere por medio de repetidas fatigas, y trabajos, que son los padres de los hábitos virtuosos.

81 Los ignorantes, de que hay abundante cosecha en el mundo, no saben distinguir, engañándose miserablemente, entre los hombres prudentes, y los que tienen un ingenio grande, siendo cierto, que se distinguen entre sí, como se distinguen el bien, y el mal, porque los prudentes son buenos para todo, y los otros arruinan quantos negocios emprenden, y principalmente aquellos que necesitan tiempo para madurarse, y concluirse, cuya dilacion no pueden sufrir estos segundos, por la vivacidad que acompaña siempre á los bellos ingenios: por tanto, enseñado yo de una larga experiencia, suelo decir muchas veces, que los prudentes son *omni exceptione majores*; esto es, que no admiten excepcion alguna. Los ingeniosos se deben evitar quanto

se

se pueda, y tenerlos apartados de los negocios de alguna importancia, sin darles libertad para que por sí solos los traten. Con todo es bueno admitirlos en los congresos, ó juntas donde se hallen hombres prudentes, porque sirven como los podencos para levantar la caza, siendo luego los perros grandes los que la siguen hasta darla muerte. Asimismo debe observarse que por lo comun los hombres de un grande ingenio suelen ser algo vanos, y donde hay vanidad no hay prudencia.

82 El hombre, que verdaderamente es prudente, con ningun género de hombres exercita mas esta virtud que con los pícaros, solapados, y embusteros, porque con estos se manifiesta mas la prudencia, sabiendo conocerlos, guardándose de ellos, y descubriendo sus maliciosos engaños: junto á estos contrarios manifiesta, y descubre mas la prudencia sus hermosos brillos.

83 Entre los hombres que yo tengo por menos hábiles para tratar cosas de mucha importancia, y negocios de estado, son los que manifiestan una viveza extraordinaria, y gustan de discurrir mucho en todas materias; porque es casi necesario, que semejantes hombres tan discursivos sean de poco peso, y ligeros, pues el mismo nombre de *discursivo*, ó *discurso*, significa correr, y para correr es necesaria ligereza. Por tanto deben huirse para tales asuntos semejantes hombres, porque de lo contrario se seguirán gravísimos errores. Si acaso conoceis algunos de esta casta, consideradlos bien, y reflexionad sobre su conducta, y los hallareis por lo comun imprudentes, embusteros, y finalmente precipitosos.

84 Para un Obispado antiguo viene bien un Obispo mozo, mas para un nuevo Obispado es necesario un Obispo anciano. Para las cosas ya establecidas, y bien encaminadas es mejor un jóven: para las que se han de establecer, y encaminar es mas á propósito un viejo.

85 En los empleos que he tenido he tratado con todos los Príncipes Christianos, y con sus Embaxadores.

y Ministros, y he hecho todo quanto he podido por no ofender á ninguno de ellos, antes he procurado servirles en las cosas razonables, y convenientes, y jamas he negado cosa que haya podido hacer, quando no mediaba otra cosa que mi propio interes: todos se me han mostrado amigos, y me han ayudado. Esto conviene, y es muy propio de los Sacerdotes: *Omnibus prodesse velle, nemini autem nocere velle*: el querer ser de algun provecho á todos, y no querer dañar á ninguno. He guardado siempre aquel decoro, y fidelidad que debia á mis amos; y quando para satisfacer, y cumplir con mis amos, y mi empleo me ha sido forzoso el hacer algun mal tercio á alguno, ó algun mal oficio, aunque haya sido contra algun Príncipe, lo he practicado animosa, y vigorosamente, si el negocio pedia que obrase de esta manera, y especialmente en aquellos primeros lances, repitiendo las diligencias despues con alguna moderacion hasta concluir. Concluido el negocio, siempre he hablado bien de aquellos con quienes lo he tratado, para que no juzgasen que la contradicción nacia de malevolencia, y no del oficio, y empleo que entonces exercia. Esta memoria dexo yo á los míos para que siempre sirvan bien á sus amos, y sepan tambien quando la necesidad lo pide resistir, y aun hacer daño á quien ofende, ó intenta hacérselo á su amo, reputando yo por hombres para poco los que no saben sino es hacer cosas que agraden á otros, y tienen miedo de disgustarlos, quando cumplen con las obligaciones de su empleo en servicio de su amo. Tengo tambien por mentecatos á los que por no desagradar á otros no cuidan de servir bien á sus amos, y no obedecerlos en aquellas cosas honestas, que se puedan hacer sin ofensa de Dios.

86 Los Embaxadores que tratan algun importante negocio, y quieren dar satisfaccion en todas las cosas á los sugetos con quienes contratan, ó intentan el remediarlo todo, ó responder á todo, y reparar en los átomos que vuelan, jamas llegarán á concluir lo que tratan,

tan, y conseguir lo que desean, quedando siempre llenos de confusiones, como el que á un tiempo sigue muchas liebres. Por tanto el hombre prudente siempre debe mirar al fin que desea conseguir; y debe tener por descamino, ó por camino errado el que no le guie al fin que se ha propuesto, pues de otra manera se hallará en un laberinto. Esta es tambien una de las causas de no ser á propósito para semejantes negocios los hombres muy vivos, y de agudo ingenio, quando al contrario son mejores los de menos ingenio, y mas cachaza, y sosiego, y harán mas que los otros, aunque parezca que hacen menos, porque quanto hacen va dirigido al fin que se han propuesto.

87 Los hombres que se manifiestan buenos compañeros, alegres, y festivos, y que sin repugnancia hacen lo que ven hacer á los otros, estos son por lo comun amados, y estimados: al contrario, los hombres graves, serios, y sosegados, suelen ser aborrecidos. Pero diga el vulgo, y el mundo lo que quiera, pues para mí los primeros son hombres que valen poco: los segundos por mas prudentes son muy dignos de que todos los estimen. La razon de esto se dexa ver al punto, porque aquellos primeros siguen los impulsos de la juventud, y de la naturaleza sin la menor resistencia; y los segundos, como mas sosegados, y virtuosos, vencen la naturaleza, y á sí mismos, y por esto se abstienen de muchas cosas, por ser hombres de mas peso, virtud, y experiencia.

88 El que tiene necesidad de otros hombres, y es soberbio, debe estar libre de pretensiones, ó por lo menos no debe manifestar deseos de conseguir lo que pretende, pues tratando con otros se burlarán de él, harán poco caso, y será reputado por necio.

89 Los hombres buenos, y de mediano juicio, tienen lo que les basta para salir bien en qualquiera empresa; pero los malos, y perversos, por mucho juicio que tengan, siempre les falta. Este defecto no debe atribuir-



búrsese á falta de juicio , porque no les faltaria jamas, si usasen bien de él , sino es á su malicia , que es tan grande , que no dexa obrar al juicio como deberia hacerlo ; y por esto el defecto es nuestro todo, porque no usamos bien del juicio que Dios nos ha dado.

90 El que quiera tratar asuntos con hombres eloquentes , y de agudo ingenio , necesaria , y le seria muy conveniente el valerse de otros hombres de un genio contrario ; esto es , de aquellos que hacen del ignorante , y que manifiestan no entender las sutilezas , y eloquentes discursos de aquellos primeros , con tal que estos últimos se sienten en el canto , como solemos decir , y solamente atiendan , y entiendan lo que les hace al caso para conseguir el fin que desean.

91 Los hombres de bien , y que verdaderamente son timoratos de Dios , hacen mejor las cosas que se les encomiendan que las suyas propias , porque estas las consideran como de poco momento , como son todas las cosas del mundo ; pero las cosas que mandan los superiores se deben estimar , y apreciar en mucho , siendo virtud el hacer estas , y el despreciar , ó no hacer tanto caso de aquellas. Es muy grande el mérito de la obediencia , y le corresponde igual premio , &c.

92 No puede dudarse que los sospechosos son tardos en sus resoluciones , porque ordinariamente nacen de la sospecha sus resoluciones , aunque tambien proceden muchas veces de la tibieza , y pusilanimidad de estos tales. La regla en esto mas segura es que la sospecha es por si irresoluta.

93 El hombre sabio , que maneja , y trata negocios públicos , y de alguna importancia , no hallo como pueda librarse muchas veces de ser tenido por hombre socarron , y de trato doble , y especialmente tiene este concepto entre los hombres que tambien son reputados por sabios , y de agudo ingenio ; porque estos intentan averiguar alguna cosa de las que el otro trata , y pien-

sa,

sa , tocándole á este fin en las conversaciones diferentes materias , y como solemos decir , buscándole la boca. Pero el prudente sabio , que sabe que no le conviene el que los demas entiendan el negocio , ó negocios que trae entre manos , y no tiene obligacion á contestarlas , ni descubrirse , padece la nota de socarron , y hombre doble , aunque injustamente.

94 La mucha experiencia me ha enseñado una verdad , que acaso es conocida de pocos , y es esta : que los hombres muy graves , sabios , y prudentes , suelen dar menos gusto , y satisfaccion en los principios de sus empleos , y oficios , que otros que no son tan prudentes , ni sabios ; pero la dan mucho mayor quanto mas se trata con ellos. La razon creo que sea , porque aquellos primeros no manifiestan al principio todo lo que intentan executar en su gobierno ; pero los segundos se esfuerzan á parecer mas de lo que son en la realidad , y por esto no aciertan en el modo.

95 Los hombres de bien están mas sujetos á padecer algun daño , causado de la maledicencia , que el que sufren los taimados , y perversos , aun quando efectivamente obran mal ; porque aquellos , fiados en su propia conciencia , no previenen excusas , ni buscan quien para con el Príncipe , ó Superior haga por ellos los buenos oficios , porque saben que á nadie injustamente han ofendido. Pero los que son malos , y perversos , previenen al Príncipe , y á los Superiores para que no crean á quien justamente diga mal de ellos , y de sus acciones.

96 La envidia es un mal que casi todos los hombres , y aun aquellos que por lo demas son buenos , lo padecen , aunque muy pocos , ó casi ninguno juzgan que lo padecen , y esto sucede por lo comun por falta de consideracion. El remedio , y medio único para conocer este mal , será el ver si en tí hay algo de ambicion , porque en hallándose algo de esta peste en algun sugeto , debe tener por cierto que es envidioso , porque la envidia

tiene por padres el no poder sufrir sobre sí el envidioso, ni á otro mayor que él, ni á otro igual, y mucho menos á otro menor.

97 Quando has determinado el hacer bien á alguno, reflexiona si este tal tiene buena cabeza, porque si no es así se perdió todo el bien; pues el bien no es estimado quando no es conocido, y el hombre de poco juicio, ó no conoce, ó conoce muy poco, y de consiguiente será perdido el bien que se le hace. Con todo yo alabaré siempre al que hace bien á todos, conformándome con la christiana máxima de nuestro adagio antiguo, que nos dice: *Haz bien, y no cates á quien*; sin que por esto dexen de ser preferidos quando hay eleccion los que lo merecen mas bien.

98 Fácilmente se dexa conocer el hombre de mucho, ó poco valor, quando se le manda alguna cosa que hacer; porque el de pocos ánimos al punto que le mandan hacer algo, en vez de facilitar la execucion de lo mandado, pone, y discurre todas las dificultades para no hacerlo; pero el hombre de valor, que sirve de buena gana, y tiene deseos de trabajar, se alegra de que le manden, y al punto piensa en la execucion, sin acordarse de las dificultades que por sí mismas suelen ocurrir, y presentarse. De esto inferirás ciertamente, que aquel es frío, y de poco ánimo, que pone dificultades en el principio quando le mandan algo.

99 El mundo está lleno de locos, los quales son de dos suertes, ó especies; unos públicos, otros secretos: unos de plaza, otros de casa; unos enjaulados, y atados, otros sueltos, &c.

100 Es cosa muy clara, y muy cierta, que donde no hay confianza no puede haber amistad verdadera, aunque se hallen de la una, y la otra parte algunas exterioridades de amor, y benevolencia. Asimismo tambien es cierto, que donde hay soberbia no puede haber confianza; porque el soberbio no se buxará jamas á manifestar sus cosas ocultas, particularmente aquellas que

que manifestadas, y sabidas que pueden dañar á la reputacion, y opinion que cree tener, ó que quisiera que tuvieran todos de su persona. Por esto nunca te fies de la amistad de los que no son fieles, ni de la confianza del soberbio, porque te expones á quedar engañado, y burlado.

101 He observado, y visto muchas veces que algunos negocios de grande importancia, ó se han arenado, ó se han deshecho por una gran friolera, y aunque esto haya sucedido, y suceda cada dia, no puedo dexar de maravillarme de ver tanta imprudencia en sugetos que hacen profesion de gobernar Estados, y son Consejeros de Príncipes Soberanos, por ser una cosa muy fea, y poco justa, que un negocio gravísimo no se concluya por cosas de poca importancia. Por tanto, quando veas que algun Consejero de un gran Príncipe, ó el Príncipe mismo por cosas de poca substancia, como son títulos, cortesías, ó cosas semejantes, intentan suspender la execucion, ó arenar, y encallar asuntos, y negocios graves, puedes decir seguramente, que estos son imprudentes á lo menos en lo extrínseco, aunque en lo interior parezcan prudentes, y sabios, y que no cuidan de este buen nombre; ó si no, podrás decir que son de mala intencion, y calidad, y esto acaso es mas propio de tales personas, que el vicio de la imprudencia.

102 Algunos hombres por demasiadamente circunspectos, detenidos, y prudentes, no suelen concluir las buenas acciones. Comparo yo á estos con los que son delicados de complexion, los quales temen que qualquiera cosa les ha de hacer daño si la comen, y así no se atreven á comer cosa alguna sin que el Médico les dé la licencia, llegando por esto á tal término, que no pueden comer sino es lo que les hace daño, y de este modo se mueren mas presto, ó por lo menos no tan contentos como si hubieran vivido como los otros hombres, comiendo de todo lo comestible indiferentemente, &c.

103 Se quejan algunos Príncipes de haber sido en-

ganados en la elección de algunos de sus Ministros, y Oficiales, y de haberse valido de personas que creyeron eran muy hábiles, por haberlas oido blasfemar de las cosas malas, para cuyo remedio fueron estos escogidos, y destinados, experimentando despues que estos tales lo hacen peor que sus antecesores. Estos Príncipes, y Señores manifiestan claramente su simplicidad, quando se mueven á tener por hombres de bien á los que dicen mal de las cosas malas, si por otra parte no ven que estos maldicientes son ellos buenos en todas sus operaciones; porque el hablar mal suele ser comun á todos, y especialmente quando se intenta morder, ó desacreditar á alguno; pero el obrar siempre bien es de muy pocos. Por lo qual no solamente se debe mirar á la lengua del que habla mal, sino á las manos (á las obras) tambien; y quando estos dos instrumentos no concuerdan con buena armonia, no esperéis cosa buena; y tened á semejantes hombres por fingidos, y embusteros, y nada mejores que los otros.

104 Siempre he sido de dictámen, que para persuadir las cosas grandes, no es necesaria mucha retórica, porque ellas se manifiestan por sí mismas. Un sabio antiguo nos dice, que *veritas conantem non sequitur*: que la verdad no suele seguir al que se esfuerza mucho para persuadirla. Por lo que siempre que veas que algun Embaxador, ú otros, se afanan, y esfuerzan para hacerle creer alguna cosa, amontonando para esto mas razones de las que pide el asunto, tenedlo por sospechoso, &c.

105 Los que de intento se ponen á burlarse de otros, son por lo comun de ingenio delicado, y sutil, y por tanto hacen esto con primor, y suele salirles bien, porque para las cosas que importan poco sirve, y es muy á propósito la sutileza del ingenio; pero las cosas graves, y de alguna importancia no tienen necesidad de tanta vivacidad, y agudeza, sino es de seriedad, prudencia, y constancia. El que quiera tratar un negocio gra-

grave, sutil, y delicadamente, ó echará á perder el negocio, ó no hará cosa de provecho. Vuelvo, pues, á decir, que no os fiéis mucho de los hombres de agudo ingenio; porque con su inconstancia, y sutileza echan á perder todas las cosas. Les bullen mucho los sesos, y nunca están quietos, y sosegados; pero á los hombres prudentes, y de cachaza no se les perturba la cabeza. Finalmente los hombres ligeros, é inconstantes, aunque parezcan buenos, y de loables costumbres, vienen á ser por lo comun atronados, y extravagantes.

106 Con el hombre soberbio, y poltron, que no gusta de trabajar, no hay mejor modo de negociar que el de tratarlo bien de palabra, y despues hacer uno por sí mismo quanto le sea posible en lo que pretende, quando se pretende justamente; porque el soberbio, poltron, y floxo, viéndose aplaudido, y honrado, da el cebo que busca, y apetece su soberbia, que es la cosa que él mas estima; y por huir del trabajo, no cuidará, ó disimulará quanto se haya hecho en el negocio, aunque sea contra él mismo; y no se resentirá, ni tomará venganza, por no trabajar, ni tomarse pena alguna, bien que el trabajo sea solo de cabeza: por tanto, vuelvo á decir, que con semejante casta de gente es lo mas acertado el ayudarse cada uno como mejor pueda, sin esperar de ellos cosa alguna.

107 Es propio del hombre soberbio el idolatrar, y estimar en mucho sus perfecciones, y virtudes, si acaso las tiene, y avizorar los defectos de los otros, sin reparar en lo que tienen de bueno, y por esto es soberbio; pero si lo hiciere al contrario, seria humilde, y virtuoso; porque el mirar, y considerar sus propios defectos, y las cosas buenas de los otros, causa en sí mismo la verdadera humildad, y hace tener al próximo en mucha estimacion.

108 Asi como á los hombres de gran gobierno les trae mucha utilidad el ser hombres de resolucion, del mismo modo les acarrea muchos daños el ser escrupulosos, é ir-

resolutos; porque este defecto impide siempre las acertadas resoluciones, que tomadas en tiempo oportuno, ayudarían mucho á la feliz conclusion de los negocios. Por tanto, quando veais un Príncipe irresoluto, y escrupuloso, creed tambien que no tendrá aquellas utilidades que traen consigo las prontas, y oportunas resoluciones. He leído, y visto muchos exemplos de importancia en esta materia.

109 Las enemistades que se contraen por el motivo de no haber dado vanos títulos, ó por haber faltado á otros cumplimientos, no deben alterar, ni dar cuidado á los hombres prudentes, y sabios, quando les hace al caso el no dar tales títulos, ó hacer tales cumplimientos; porque siempre están en tiempo de evitar estos disgustos, dando los títulos, ó haciendo los cumplimientos. Por esto los Ministros, y Embaxadores de los Príncipes no deben hacer caso de las diferencias, y enemistades que se susciten por causas semejantes.

110 He visto muchos Príncipes, y Señores, que mientras vivían corrían con grandes créditos de hombres excelentes, y sabios; pero luego que murieron, perdieron este concepto para con todo el mundo por hombres de poco juicio. Ello en la realidad era así; pero el miedo que causaban viviendo, no daba quartel á la verdad.

111 Entre la vida de un gran Príncipe, y la de un Señor particular hay una diferencia notable: porque aquel primero, estando retirado en su palacio, aun quando no viva muy arreglado, y esté todo el día ocioso, juzga el Pueblo que está ocupado en el gobierno, y administración de su Reyno, y de esta manera se le aumenta el respeto, y veneracion de sus vasallos; pero un Señor particular, que está retirado, es tenido por loco, ó por lo menos por de poco juicio, y de ningun precio, &c. Los Príncipes ignorantes, ó que saben poco, es bueno el que estén retirados, porque si tratan con muchos, se descubrirá presto su insuficiencia, y sus vasallos

llos no los apreciarán; pero si el Príncipe es como debe ser, será muy conveniente el que se dexé ver, y tratar con frecuencia, porque adelantará mucho en su propio aprovechamiento, y se conciliará mayor crédito, y afecto de sus vasallos.

112 Quando para concluir un negocio, ó hacer alguna cosa se dá mucho tiempo, ó se señalan términos muy dilatados, tened por cierto, que no se concluye en los términos señalados, porque una dilacion produce naturalmente otra semejante, &c. Así sucede por lo comun en los términos judiciales.

113 He dicho alguna vez, como por regla general, que si los hombres huyesen tanto, y fuesen tan enemigos de engañar á otros, como lo son de ser engañados, no habria engaños, ni engañadores en el mundo. Pero ahora digo, que tiene su excepcion esta regla general; porque he conocido hombres advertidos, y nada necios, que gustaban de ser engañados en ciertos negocios, en los cuales, ó sea por interes, por envidia, ó por soberbia, no querian saber la verdad para continuar en su falsa opinion. Estos son efectos del demasiado amor propio: por fin semejantes hombres, ni son sabios, ni prudentes, porque no se acierta á saber quando desean saber la verdad.

114 Quanto es mayor el Príncipe, tanto mas fácilmente puede engañar á sus inferiores; porque con estos Grandes Señores no se puede usar de ciertas cautelas, ni obligarles á que mantengan su palabra.

115 Suele decirse comunmente, que el amo bueno hace al criado malo; esto es, que la modestia, y reporte del amo es causa de que el criado viva como quiera, sin hacer caso de lo que el amo le manda. Però la verdad en este caso es, que semejantes amos no son buenos, sino es apocados; y por tanto los criados que los conocen, hacen lo que quierén. Debemos distinguir la bondad de una cierta pusilanimidad, que parece bondad, pero no lo es.

116 Grande es el error de servirse los Príncipes, y Superiores de aquellos Ministros, y Oficiales, que con malas artes, y medios procuran obtener los empleos, ó ministerios, ó de aquellas personas que no tienen voluntad de servir, no por virtud, ni mortificación que les mueva á huir los empleos, y dignidades, sino por sus caprichos, y propios intereses; porque semejantes sujetos hacen lo que se les antoja, sin que para corregirlos baste el buen modo, y la dulzura, convirtiéndose el modo de obrar del Ministro en oprobrio de quien lo puso en el empleo, &c.

117 No hay que fiarse de la afabilidad, y trato familiar de los Príncipes, y no se debe contar, ni hacer capital de los beneficios que se les hayan hecho, olvidándose de ellos fácilmente; porque juzgan que se los han hecho por la cuenta que tenía á los que le han servido; y por tanto son muchos los que se engañan en esto.

118 El Príncipe que no premia los méritos, ni paga las deudas á sus vasallos, no será muy liberal, ni dadivoso; porque no es verosímil que haga muchas gracias liberalmente el que ni quiere premiar al que lo merece, ni pagar al que se le debe.

119 Quando seas convidado de un gran Personage á algun banquete, ó alguna otra cosa que dure poco tiempo, y no te tiene cuenta el asistir, nunca digas de propósito que no quieres ir, ni te excuses absolutamente, porque darás motivo á que te importunen para aceptarlo; pero dile que harás quanto pudieres para disfrutar sus favores; y quando llegue la hora del convite, envía un recado de excusa en la mejor forma que puedas, porque de este modo obligarás á quien te convidó á aceptar la excusa, y te libras de aquella molestia.

120 La prudencia se exercita ordinariamente en las cosas particulares: *circa particularia*; por esto son muy raros, y singulares los Príncipes prudentes; porque comunmente estan retirados, gozando sus placeres, y gustos, dexando obrar á su modo á sus Consejeros: serian, pues,

pues, ó podrian ser sabios los Príncipes, si por su mano pasasen los negocios particulares. Los Emperadores antiguos giraban, veían, y oían muchas cosas; de cuyos exercicios nace la prudencia. El que no practica, jamas será sabio, y lo llevarán donde quieran sus Consejeros. Por lo que debemos persuadirnos, que si alguno de estos Señores, que no saben las cosas por la práctica, parece sabio, y prudente, en breve se manifestará ignorante.

121 El mundo está lleno de cierta casta de hombres, que en la realidad son nobles por su sangre, pero al mismo tiempo son tan vanos, que siempre se andan quejando de que sus iguales, ó mayores no los tratan como deben. Estos son necios sin duda alguna, porque sus costumbres, y su vida, nada convenientes á su nobleza, los dan á conocer por indignos de todo honor, y estimacion: por tanto deben quejarse de sí mismos antes que de los otros, pues sus acciones propias les quitan el crédito, y los demas no tienen culpa en imitarlos.

122 Sé prudente en juzgar, y nunca hagas juicio temerario, ni desprecies á ninguno, quando no le veas hacer cosas tan malas, que no puedan excusarse de manera alguna; y debes creer que en qualquier hombre hay dos hombres, para explicarme así, uno interior, y otro exterior; y el uno de estos puede ser de tal modo, que supla muy bien al otro. Quando veas, pues, un hombre virtuoso exterior, debes juzgar bien de él, aunque puede suceder que no sea virtuoso el interior. De la misma manera, quando veas un hombre, que en lo exterior no es virtuoso, no lo debes despreciar, ni tener en poco por esto (quando su exterioridad no cause algun escándalo), porque puede tener virtudes interiores que valen mucho mas que las exteriores.

123 Con la gente baxá, y plebeya es siempre mejor el usar de la justicia que la misericordia. Con los nobles hace mas fruto la clemencia, porque estos se rinden á la virtud, y para los plebeyos es mas poderoso el temor. Debe, pues, el Príncipe no usar de tanto ri-

gor que no perdone alguna vez; porque el que castiga á todos los que lo merecen es reprehensible, como el Médico que dexa morir á quantos enfermos caen en sus manos; pero debe saber el Príncipe, que no será menor crueldad el perdonar á todos, que el no perdonar á ninguno.

124 En ninguna parte suele haber mayores vicios, ni mas bellas virtudes, que en las grandes Cortes, porque en ellas concurren gentes de todos los países. Mas porque el arte de aprender la virtud es muy dificultoso, y facilísimo el de aprender los vicios; por eso en tales pueblos son mas los viciosos que los virtuosos.

125 Los Grandes Príncipes, y Reyes suelen tener Alabarderos, Guardias del Cuerpo, y otros Soldados, que puedan defender sus personas del mal que pueda venirles de la parte de afuera; pero no hay Guardias, ni Soldados que los defiendan de los enemigos domésticos, quales son los aduladores, y malos Consejeros, que hacen mas daño á la República, y al Príncipe mismo, que todos sus enemigos declarados; porque á estos se les resiste con las armas en la mano, y á los otros se les acaricia, y manifiesta mayor cariño en el tiempo mismo en que hacen el mayor daño. El amor propio hace á los Príncipes querer bien á estos traidores. Nos dexaron escrito los antiguos, que el adulador del Príncipe es mas fiero que los mismos leones, y mas perverso que el monedero falso; porque aquel falsifica la verdad, que es mas preciosa que el oro. Para probar el Príncipe esta mala raza de gente, debe dar á entender, que ahora lo gusta lo que antes le desagradaba, ó al contrario; y entonces se descubrirá el adulador lisonjero alabando, y aprobando esto mismo, &c. Ademas de esto tenga el Príncipe por adulacion lo que suceda en todas aquellas cosas, que pareciéndole mal á él mismo, con todo eso son alabadas por los aduladores, ó porque las propone el Príncipe, ó porque este las hace.

126 Quisiera que abundase la vergüenza en todos los  
hom-

hombres, pero mas particularmente en los Príncipes. Quien posea esta virtud nunca obrará mal, porque está siempre en su trono la razon. Donde falta la vergüenza no esperéis cosa buena, y especialmente si le faltase al Príncipe, como quien puede hacer mal mas fácilmente, y acaso alabándolo sus aduladores.

127 El Ministro que es pobre está sujeto á prevaricar por el interes, el rico por la ambicion, y el honor. Por tanto debe atenderse con todo cuidado quales cosas se encargan al uno, y al otro. A los jóvenes será siempre mas acertado el encargarles cosas de valor, y esfuerzo, y á los ancianos cosas de prudencia, y consejo. Importa mucho el conocer la variedad de las personas para prevalerse de ellas, consiéndolo en esto el punto mas esencial de la prudencia.

128 Ninguna cosa perturba, y cansa mas los Pueblos, que las frecuentes leyes nuevas, y nuevos mandatos, las quales son dañosas igualmente á la reputacion de los Príncipes que las hacen; siendo cosa casi necesaria, que de muchas leyes se observen pocas. El verdadero, y sabio Príncipe hace pocas leyes, y estas útiles, y bien observadas del mismo Príncipe que las hace, el qual con su exemplo, mas bien que con amenazas, y penas, hace mas fácil á los demas su observancia.

129 Por muy bueno, y fiel que sea un Ministro no debe el Príncipe poner todas sus cosas absolutamente en su mano; porque es increíble lo mucho que nuestra fragilidad está expuesta á engaños, y errores, y especialmente en el punto de mandar en los Gobiernos grandes. Se vé que muchos hombres de bien han hecho mucho mal, cooperando á esto la buena opinion que sabian ellos que tenia el Príncipe de su modo de proceder; en virtud de la qual no se escuchaban las quejas, y lamentos de los que representaban, y gritaban contra tales Ministros: este es un gravísimo error muy perjudicial á los Pueblos, y aun á los mismos Ministros, que suelen hacerse peores con esto.

Quan-

130 Quando un Señor no quiere ser aconsejado, tenedlo por el peor que pueda darse, aunque él juzgue que es el mas sabio, y prudente: esto procede de una de dos causas, ó de gran soberbia que le hace juzgar que es superior á todos aun en el saber, ó de grande malicia, é inclinacion que tiene al mal; porque esta le hace no apreciar á quien le aconseja para no hacer cosa alguna buena, ó puede tambien proceder esto de pura estolidez, é ignorancia, que no les permita conocer sus yerros, y esta á mi entender es la causa mas comun.

131 El hombre bueno, y al mismo tiempo sabio, si tiene gran manejo, puede hacer lo que quiera, con tal que sea bueno quanto haga; y obrando de este modo, será querido, y estimado de todos, tanto de los grandes, como de los inferiores; pues aunque ocasione algunos disgustos (como es necesario hacerlos á muchos), ó que él los reciba de otros (lo que es muy comun, aunque contra razon), no le perturba nada de esto; pues no hablará mal del sugeto á quien con justicia haya ofendido, y uno, y otro se olvidarán de todo, especialmente si á este olvido se siguen algunos favores, y beneficios, que mutuamente puedan hacerse entrambos. No se sabe lo que se gana, y aventaja en manifestar, por lo menos en lo exterior, que se hace poco caso de las injurias, y ofensas; pero son pocos los que hacen estas heroycidades, porque son raros los que saben dominar sus pasiones, y particularmente los jóvenes.

132 Un Juez, ó un Príncipe jamas se enojará seriamente, aunque fuja el enfadarse con quien quiere regalarle, aun quando por su integridad no quiera aceptar lo que le ofrecen, con tal que el regalo no se haga manifestamente con el fin de corromperlo, y doblarlo. Por esto soy de sentir, que el usar la cortesía de regalar con moderacion, y honor aun á los mismos amos, y señores, será bueno siempre, aunque alguna vez parezca que produce mala voluntad, ó algún otro mal efecto en quica recibe el regalo; porque es increíble el

buen

buen efecto que causa en un ánimo noble el verse honrado con regalos, aun quando no son admitidos.

133 He conocido hombres de todas clases, que como otros á caza de liebres, ellos andan á caza de disgustos, y sinsabores; procurando con industriosa sutileza sacarlos de todas las cosas que tratan, imaginándose que otros han hecho, dicho, y pensado cosas que jamas han sucedido. Estos tales deberian sequéstrarse, y que se les negase el trato, y comunicacion con los otros hombres; porque el hombre por medianamente instruido, y sabio que sea, hace quanto puede de su parte, ó por lo menos tiene intencion de huir, y evitar todo mal, apartándose de qualquier disgusto, y sinsabor. Suelo decir que semejantes hombres á quienes al parecer agradan los disgustos para poder contarlos, les gusta tambien el darlos á otros: lo he visto practicar á muchos de ellos, bien que no á todos.

134 Hay algunos que parecen hombres de muchos negocios, porque atienden á todo, sin dexar cosa de que no se encarguen, y tomen por su cuenta; pero despues tardan mucho en despacharlas. Suelo yo comparar á estos con los que comen mucho, y con gusto, pero al tiempo de la digestion se resiente el estómago. El demasiado gusto en comer es causa de nuestra poca atencion, y de no pensar en el tiempo en que se ha de digerir lo que se come: no hay otro remedio que el no comer tanto, &c.

135 El criado á quien su amo hace muchos favores, casi casi es necesario que sea mas insolente, y atrevido, porque este tiene lo que no debería tener; y por tanto teme, y aborrece á los buenos como á sus contrarios, pues estos se juzgan, y reputan como ofendidos del amo, que ha puesto al otro en el grado que no merece, y le hace mas favores de los que conviene.

136 Quando oigas que alguno se queja de los humos, altanerías, y soberbia de otro, ten por cierto que él se halla tiznado del mismo vicio, y que el humo del otro no ofende sino al que quiere estar mas alto; porque el hu-

mo

mo por su naturaleza camina hácia arriba; por esto suelo decir, que al que está en lo baxo no le hará mal el humo del vecino que está en el quarto mas alto. De aquí se infiere ser verdad constante, que es ciertamente soberbio el que se ofende de la soberbia de otro, la qual casi no conoce el humilde, y por esto está bien con todos, sin que le ofenda la vanidad ajená; ni la gravedad puede ser ofendida de la ligereza, que son communmente los dos polos sobre que giran las acciones de los vanos, y soberbios.

137 Nunca podrá decirse con verdad, que tenga una buena salud, si por poco que coma de frutas, ó cosas semejantes le hace mal, y mucho menos quando los buenos manjares se le convierten en malos humores. Lo mismo que de la salud del cuerpo se debe decir, y con mas razon de la sanidad del entendimiento, y del espíritu, el qual no está sano quando se conturba con facilidad, viendo, ú oyendo alguna cosa leve, y ligera que no le agrada. Esta es una señal muy clara de un ánimo flaco, y nada robusto, y será tanto mayor este mal, quanto sean mejores las cosas que lo conturban, ó inquietan; esto es, si tiene por malas aquellas cosas, que siendo buenas, debería él mismo apetecerlas, y buscarlas, como hacen aquellos que sin razon lo interpretan todo mal, y esto les causa inquietud.

138 El ser un hombre de vidrio (como solemos decir), esto es, el ser tan delicado, y quebradizo, que al menor golpe se hace pedazos, no es muy bueno; pero es aun mucho peor si tuviese otra propiedad que tiene el vidrio tambien; esto es, de no poderse unir, y juntar tan fácilmente los pedazos, despues que se ha roto. Semejantes sugestos no merecen ciertamente el ser alistados entre los hombres, aunque por otro lado sean grandes; pero deberían ser tratados como locos, y huir de su comercio, y conversacion, como de bestias feroces, é intratables.

139 Es muy apreciable el ánimo, y valor del hombre, con el qual emprende asuntos dificultosos, y empresas muy arduas; pero aun debe ser mas apreciable la pacien-

cia; porque el valor esfuerza tambien á las mismas cosas; y muchas veces no sale con ellas; pero la paciencia las enflaquece, y debilita, y por esto le es mas fácil la victoria.

140 Digo muchas veces, que para derribar torres, y arruinar fortalezas es preciso el estar cerca de ellas; mas para arruinar á un hombre, se hace desde léjos mas fácilmente, porque el hombre ausente no puede defenderse bien, quando ni aun sabe si le hacen mal. Muchos ausentes caen en las grandes Cortes, que no caerian si se hallaran presentes. Entiéndese esto de las personas de alto grado, y mucho mérito. Concluyo, pues, con decir, que no es bueno el combatir desde léjos con nuestro enemigo.

141 Muchos hombres de mérito, y virtuosos no suelen ser premiados de los Principes, y Señores, que pudieran hacerlo: lo primero, porque estos sirven sin ambicion, y no se sujetan, ni humillan á hacer la corte á los que pudieran hacerlos pasar mas adelante: lo segundo, porque no es tan dulce al Príncipe el pagar dendas, como el hacer gracias. Al que es promovido en virtud de su mérito, se le paga una deuda: al que sin mérito se le adelanta, se le hace una gracia: lo tercero, porque el hombre de mérito, y virtuoso hasta de su mismo Príncipe es envidiado.

142 La simplicidad es una virtud amable, y apetecible; pero si no está bien acompañada poco vale, pues así como la simplicidad junta con la estolidez, y floxedad es una locura, así unida con la prudencia es una verdadera sabiduria.

143 Quando alguno practicando por mucho tiempo con los buenos no se hace uno de ellos imitando sus buenos exemplos, tenedlo por un tonto mentecato, y sin juicio, ó por un incorregible desesperado.

144 El Señor Dios por las altas, é impenetrables disposiciones de su Providencia, no ha querido juntar todas las habilidades en un hombre solo; ántes bien las ha repartido entre muchos para facilitar el comercio, y comunicacion de unos con otros: así como no ha querido que en



en un solo país abundasen todos los frutos por lo mismo que llevamos insinuado; por esto no dexo de maravillarme, y al mismo tiempo reirme de ciertos Príncipes, y Señores, que dan á un hombre solo todos los cargos, y empleos, no siendo su capacidad para regir dos á un tiempo, y especialmente quando se trata de la guerra, en la que solamente los soldados, y no otros deben dar consejo.

145 Dicese comunmente que los Poetas son locos, y por lo comun suele ser verdad, porque para ser buen Poeta se necesita un grande ingenio, y los ingenios grandes siempre tienen algo de locos, dice Aristóteles: *Magnum ingenium non sine mixtura dementiæ est.* La causa de esto es, porque los ingenios sublimes se salen fuera de sí para llegar á las cosas grandes, y no piensan en sí mismos, y por esto son locos, ó por lo menos tienen mucha parte de locura.

146 Suele tambien decirse, que el hombre colérico es amoroso, y cierto que se verifica en muchos de ellos: como tambien es verdad que los que se encolerizan por qualquier friolera (de cuya raza hay muchos), deben evitarse quanto sea posible por no ser buena gente; porque la cólera tan fácil no tiene otro principio que el demasiado amor propio, y el que demasiadamente peca en este vicio no puede ser muy virtuoso: por tanto, los sabios, y prudentes deben huir, y aborrecer semejantes hombres.

147 Me ha enseñado la experiencia que los melancólicos, aunque muchos son buenos, y de un ingenio vivo, con todo no son á propósito para el gobierno, porque no hay personas que estén mas próximas á enloquecer, que las que padecen esta enfermedad. No son aptos para el gobierno, porque para este se necesita de un ingenio dócil, y que se avenga bien con todos, lo que no puede encontrarse en un melancólico, que siempre está fixo en una cosa, ó quando mas en pocas, de que jamas se aparta. De aquí nace, que muchos de estos melancólicos suelen salir mal en los empeños difíciles, y vienen á ser insoportables.

La

148 La mucha experiencia de las Cortes me ha hecho conocer una verdad: esta es, que entre los hombres que son verdaderamente sabios, y los que no son tales, pero juzgan que lo son, jamas habrá buena armonia, ni verdadera concordia, y especialmente quando estos últimos son mas prepotentes, y poderosos que aquellos primeros.

149 Los hombres, que quando eran jóvenes se preciaban de ser galanes, y hermosos, y eran vanos, y soberbio, no perderán jamas este vano capricho, y ordinariamente no harán cosa buena, ni tendrán habilidad para cosa de importancia, porque los hábitos adquiridos, y radicados desde la juventud, difícilmente se pierden en la madura edad.

150 Me he reido muchas veces de algunos sugetos á quienes los hombres simples tienen por varones zelosos del honor de Dios, y de la disciplina, y Santa Ley, y no lo son de otra manera que las espías de la justicia, las cuales hablando con los Jueces no dexan de acusar á este, y al otro, manifestando un ardiente zelo de la justicia, sabiéndose de cierto, que no es otra la causa que su interes, y propia conveniencia, siendo por lo comun perversos, y ruines, como los que no siéndolo quieren parecer zelosos.

151 Es comun sentencia de sabios, el que cada uno se vaya con tiento, y circunspeccion en esto de creer, diciéndonos Salomon, que el que cree de pronto, es de corazon ligero: *Qui cito credit, levis est corde.* Por tanto la experiencia me ha hecho ver que son pocos los que hablan verdad, á lo menos con las circunstancias que la acompañan, y encuentro que cada uno es interesado, ó por sí, ó por otro; y quando refiere algun hecho, ó propio, ó ageno, aunque sea verdad la substancia, no lo son las circunstancias. Por lo que no debes alterarte, ni turbarte quando te refieran cosas desagradables, ó de algun pesar, que otros han dicho contra ti; porque el hecho de la verdad será muy diverso de lo que indican las palabras de quien lo cuenta. Yo por mí hace mucho tiem-

Tom. II.

Aa

po

po que tengo determinado (y lo hallo muy útil) el no creer cosas desagradables, ni aunque sean amigos los que me las refieren, despues que he hallado falsas, ó en todo, ó en parte las relaciones. Sucede á muchos esto, porque refieren las cosas, no como son en la realidad, sino como las aprehenden en su imaginacion, ó como quisieran ellos que hubiesen sucedido; bien que esto pueda proceder de un ánimo bueno. Véase á Séneca en el lib. 2. cap. 29. de la ira.

152 No te debes maravillar del mal proceder de algunos, que ensalzados á puestos muy elevados, y sublimes, se descubren, y manifiestan deliciosos, y carnales, quando antes parecian muy agenos de semejante vicio, porque las comodidades, lisonjas, y regalos, causan estos, y semejantes efectos.

153 Entre todos los hombres, cuya conversacion, y trato debemos huir, ningunos me parecen mas malos que los cabezudos, y obstinados, y especialmente si son melancólicos; porque estos son muy sospechosos, y siempre tienen miedo de ser engañados. Débense tambien huir los quejicosos, y que en cierta manera tienen gusto en quejarse, buscando para esto las ocasiones, como tambien suelen tener gusto en hablar mal de los otros, porque todos estos impiden la paz, y tranquilidad de ánimo de los que tratan con ellos.

154 Pocas veces se hallará que los hombres que ordinariamente comen, y beben mas que los otros, sean de buen juicio, porque no tienen tiempo de poder meditar, y rumiar las cosas como se requiere en los asuntos de mucha importancia. Esto sucede por causa de los vapores que suben del estómago al cerebro: por tanto cada uno debe procurar el ser templado, y especialmente aquellos que trabajan mas con la cabeza que con el cuerpo.

155 Si alguna vez los mortales considerasen las cosas de este mundo con los ojos limpios, y claros, hallarian, y verian grandísimas extravagancias, las cuales se juzgan, y estiman muy diversamente de lo que son en sí mismas, con respecto á los sujetos donde se hallan. Vemos por exem-

ejemplo que hombres grandes, y de algun valor, ó virtud son mas apreciados, y estimados por lo que tienen de otros, que por lo que, ayudados de la gracia de Dios, tienen en sí, y por sí. Vemos, digo, una persona, que, ó bien sea porque el amor, y benevolencia del Príncipe lo ha elevado á una grande dignidad, ó porque lo ha hecho su Ministro, ó Embaxador, es mucho mas estimada, ó estimada absolutamente, quando no lo era tanto ántes. Vemos otras personas, que tienen virtud, y valor en sí mismas, y digámoslo así, como de cosecha propia, sin que otros la hayan dado ni valor, ni virtud, y con todo no logran la estimacion debida; de manera, que en una persona mas se estiman las prendas que dependen de voluntad agena, la qual puede perderse aun en esta vida, que lo que tiene el sugeto por sí mismo, y que solamente la muerte puede quitarles: de tan extraña manera se mudan los vocablos de las cosas.

156 Nunca trates, ni de burlas, ni de veras con los ambiciosos, y avarientos sobre cosas que puedan perjudicar, ó á su hacienda, ó á su honor; porque al punto se da por ofendida su delicada ambicion, y avaricia por la mas mínima cosa. Si quieres tenerlos por amigos trata con ellos sobre estas dos pasiones que tanto estiman, y creerán que les haces en esto un grande obsequio, porque creen fácilmente todo aquello que desean, aunque se les hable de burlas: de modo, que puedes con seguridad inferir esta conclusion: que el avariento, y ambicioso creen quanto se les dice, y propone, lisonjeándoles el gusto, aunque lo que se les propone carezca de todo fundamento, y no quieren oír cosa alguna, aunque fundada en razon, para persuadirles que no deben pretender, ni esperar lo que tanto desea su ambicion.

157 Quando en la Corte tropezáseis con un hombre tético, melancólico, y quejoso, no hareis, segun mi dictámen, juicio temerario, si lo tenéis por envidioso, y no esperéis de él algun favor, aunque pueda hacerlo, ántes bien debéis recelar algun daño. Los que son de humor alegre, y fes-

tivo, suelen causar efectos contrarios á los ya dichos. La práctica os hara ver esta verdad, que debo á mi observacion.

158 La razon de verse en la Lombardia tantos latrocinios, y muertes (cosa que no se ve en Francia, España, ni Alemania) puede acaso ser esta; porque en otros países giran los hombres, y muchos se aplican á la milicia, y otras artes, y pueden ganar su vida honradamente, purgándose, y limpiándose al mismo tiempo el país de malhechores; pero la Lombardia es país abundante, y todos viven en él de buena gana, por lo que permaneciendo en el cuerpo del País los malos humores, y las heces, perturban la buena armonía, y todo lo corrompen, &c.

159 El hombre melancólico, que no es bueno en lo exterior, corre gran peligro de que en lo interior no sea bueno, porque los hombres que piensan mucho, como de ordinario lo hacen los melancólicos, si no se ven los buenos efectos de tanto pensar, se puede sospechar que no piensan en hacer bien, y mas ocultando ellos por lo común quanto les es posible sus operaciones: al contrario, las obras buenas, hechas en utilidad, y provecho del próximo, es forzoso que se manifiesten al público. Por esto, si el melancólico no es virtuoso públicamente, podreis dudar de sus acciones, porque la causa debe producir sus efectos, y los efectos del mucho pensar son sin duda las obras que se ven.

160 La falsa razon de Estado lo perturba todo, y quando se trata de aumentar los Estados propios á costa, y con daño del vecino, hace que parezcan justas, y razonables las injusticias mas enormes. Por esto si algun Señor ha sido desposeido de sus Estados, no espere por la via de la justicia el ser restituído en ellos; porque jamas faltan á los Príncipes razones, y títulos rancios, ó imaginados, ó sacados de entre el polvo, y polilla de los archivos con que manifestar la justicia que les asiste para ocupar, y agregar á los suyos los Estados de otros Señores.

161 No saben los Príncipes lo ventajoso que es para sus súbditos el apreciar, y estimar á los virtuosos. Con es-

to

to solo se saca mas fruto, que con todas las reformas, y proyectos, porque cada uno procura industriarse para seguir, y practicar lo que agrada á su Señor: por tanto, es un lamentable error de los Príncipes, y Señores el no acariciar, y premiar á los hombres de bien, que lo merecen, siguiéndose de lo contrario gravísimos males.

162 Para conocer si un gran Señor ha de ser bueno, ó malo para con sus súbditos, considerad, y reparad en su modo de proceder, porque quando veais que no hace caso de los hombres de bien, ó de aquellas personas mas señaladas en valor, y virtud, ántes procura apartarlas de sí, y que oprime, y avasalla á los hombres honrados, y prudentes, todas estas son malas señales; como tambien lo son el no hacer caso de los hombres de letras, y que los estudios, y ciencias no se adelanten; ántes nada le importa el que se minore, y acaben, ó si por desgracia aborrece los Religiosos, y sus Congregaciones, prohibiéndolas quanto le sea posible, ó si se paga, y estima los espías, ó gusta de que entre sus súbditos haya discordias, riñas, y pleytos, ó que sea muy diligente en imponer, y cobrar nuevos tributos; ó finalmente, que haga poca caso de sus amigos antiguos, apreciando los nuevos, y forasteros: si así lo practicase, creed que hay mucho mal en él, y que tiene mas de tirano que de Señor. Y quando al presente no tenga todas estas malas qualidades, sino algunas de ellas, tened por cierto que no le faltarán las otras, y (si Dios no lo remedia) lo arruinará todo, y finalmente á sí propio.

163 En los ojos del mundo ignorante los hombres virtuosos comparecen alguna vez imprudentes, y malos, y los viciosos, y perversos son reputados por sabios, y virtuosos; porque estos saben soportar, y disimular, no desazonándose con quien los ofende, ni rompiendo su mal fundada amistad, por no malograr los fines de su ambicion. Al contrario los hombres sinceros, que nada les importa, ni se cuidan de adquirir honra, ni hacienda, reprehenden los vicios con libertad santa, y esto tiene el mundo por imprudencia, siendo al contrario la verdad manifestada.

Tom. II.

Aa 3

Nir-

164 Ninguna suerte de personas padece en las Cortes desgracias mayores que los hombre virtuosos, sabios, y prudentes; porque con estos suele decirse que la fortuna hace alarde de sus mayores fuerzas, y extraordinarios ardidés, no contra los endebles, y flacos, que están como olvidados, y abandonados de todos, ni contra estos necesita combatir para tenerlos humildes, y baxos, estándolo ellos suficientemente por sí mismos. Consideradlo con reflexion, y hallaréis que las desgracias, é infortunios van á encontrar, y probar los hombres de gran mérito, y virtud, no porque haya, ni se encuentre en el mundo aquella deidad vana, que creyeron, y fingieron los antiguos idólatras, y Poetas, á la que llamaron fortuna, sino porque estos hombres de gran mérito son mas envidiados, y de consiguiente mas perseguidos, que es el efecto de este maldito vicio.

165 Vuelvo á decir, que el mundo está apestado de murmuradores, y embusteros; por lo que conviene no dar crédito á ninguno que diga mal de otro; si no lo prueba, ó puede probarlo. Yo vivo mas quieto, y con menos escrupulo de ofender á Dios practicándolo así.

166 He dicho muchas veces que la paciencia es una gran virtud, y manifiesta valor. Quando se hace buen uso de ella es muy provechosa, y excusa muchas incomodidades, y desazones, especialmente en el trato con presonas grandes: Usadla, pues, de tal modo, que ninguno advierta jamas que estais ofendido, porque de nada sirve si lo hacéis de otro modo. Digo como por un recuerdo muy útil que así como la paciencia es muy provechosa para tratar con Grandes, y Superiores, tambien dañará mucho el tenerla con quien tiene obligacion á obedecer, porque usando con estos de una paciencia extraordinaria, padecerian notable daño, así la obediencia que deben tener los súbditos, como el gobierno: por tanto, así como alabo, y me parece bien el dexar pasar, y disimular alguna cosuela que sea digna de importancia, del modo mismo juzgo que es señal de un ánimo endeble, y apocado el tolerar desobediencias, ú otras cosas manifestamente malas.

Sue-

167 Suele decirse, y parece ser verdad, que los bienes de este mundo no son bienes, quando otros no los conocen, como son honras, poder, grandeza, riquezas, y el favor de los Principes, y Grandes Señores. La razón ocurre prontamente, porque estos no son bienes verdaderos, y en realidad lo son solamente en la opinion, que si ellos fueran bienes, como lo es la virtud, poco le importaria á quien los goza que los otros lo supieran, ó ignoraran, y se los gozaria todos, siendo verdaderos, y seguros, lo que no puede decirse de aquellos primeros, que enteramente consisten en la opinion de otros.

168 Las dignidades, los empleos, y grandes honores, mas bien se ven, y se estiman mas quando se hallan en otros, que en nosotros mismos: esto sucede porque por la parte de afuera se registra todo lo externo, y nada se vé de lo interno; no de otra manera que sucede con los vestidos, que se ven mejor, y parecen mas bellos quando los tienen otros, que quando nosotros nos los ponemos; porque brillan mas á los ojos de quien los mira por la parte de afuera, pero no se sabe donde aprietan, ó hacen mal: esto lo sabe, y siente el que lo viste, y aun esto no puede verlo por todas partes por lo de fuera si no se lo quita, y registra.

169 El hombre que por su naturaleza es tímido, y pusilánime, se contrista, y aflige mas de lo que debiera en sus enfermedades, contratiempos, y oposiciones que suelen hacerle sus enemigos. Al contrario el hombre valeroso, y esforzado, mas presto se acalora, y enciende en ira quando siente alguna pena, ó le sucede alguna desgracia: por esto quando en la Corte, ú otra parte vieres hombres tristes, y melancólicos por algo que les haya sucedido, tenedlos por hombres de poco valor, y menos prudencia, y siempre harán una triste figura.

170 He visto Principes que por qualquiera cosa se alteran, y perturbán: á otros no les altera cosa alguna por grande que sea. Estos son mejores sin comparacion, mas sabios, mas prudentes, y magnánimos, porque ninguna cosa manifiesta mas bien la grandeza del ánimo, que el estar

siem-

siempre sosegado, imperturbable, plácido, y tranquilo. Tales eran Filipo II, y el Santo Cardenal Carlos Borromeo.

171 Una de las virtudes que yo juzgo por menos conocida, y acaso tambien menos practicada, es la humildad: con todo que muchos hombres parecen humildes, son muy pocos los que lo son en efecto (no hablo ahora con los Ordenes Religiosos) porque el verdadero humilde tiene otras virtudes muy preciosas, y particularmente la de la fortaleza; pues no hay duda que para ser un hombre perfectamente humilde, es necesario que sea muy fuerte, debiendo superar á las cosas que ama el mundo, y lo que es mas, vencerse á sí propio. Por esto los que parecen humildes, si no están adornados de otras virtudes muy arduas, y dificultosas, no los tengais por verdaderos humildes, llamadlos mas bien hombres de poco valor, y pusilánimes. Esto se verificará mas bien quando en ellos se descubran otros defectos, como son el responder ásperamente, ser impacientes, y murmuradores, y otras faltas muy propias de la flaca corrompida naturaleza.

172 Aunque la mentira parezca mal en toda suerte de gentes, parece mucho peor en los Embaxadores, y estos mintiendo son ciertamente locos, porque pierden el crédito. Que sean locos se prueba claramente, porque quando un tal Ministro habla mentira, es porque quiere encubrir algun despropósito, ó negligencia, pretendiendo el ocultarla con dar por hecho lo que en la realidad no se ha executado, debiendo haberlo hecho, por habérselo mandado su amo. Y no conoce que es mayor yerro el perder el crédito con su Señor, que el parecer negligente, ó un poco descuidado alguna vez, ó con algun otro defectillo mucho menor que el de ser embustero. Muchos incurren en esta falta por ignorancia, y poca experiencia.

173 Quiero deciros una Paradoxa, pero muy verdadera, por quanto á mí, y á otros muchos la ha enseñado la experiencia, siendo digna de observarse, y tenerse en la memoria, la qual pudiera confirmarse con el exemplo de muchos Principes, y Señores, de los quales intento hablar aqui

mas

mas individualmente. Digo, pues, que entre los Principes, y Señores son los menos amables aquellos que son mas amables, y corteses, y especialmente quando su afabilidad, y cortesia es demasiada, y esto suele causar engaño á los simples, y menos advertidos. La razon de esto es, porque hablando por lo comun estos Señores, que son tenidos por muy corteses, placenteros, y amorosos, son los que hacen menos gracias, y beneficios; y si acaso dispensan alguna gracia, y favor, será muy rara vez, muy escaso, y con mucha dificultad. Lo contrario sucede con aquellos Principes, y Señores, que parecen mas ceñudos, mas austeros, y de consiguiente menos placenteros, y amables: estos, decia yo, son mas amables que los otros; pues así como aquellos primeros deben aquella amabilidad, y dulzura á su complexion, y naturaleza endeble, fria, y poco activa, así á los segundos hace mas austeros la fortaleza; y esta misma virtud los hace mas benéficos, porque vencen la resistencia que hace la naturaleza, y no se dexan vencer de ella como los primeros, no siendo estos liberales, ni benéficos por este motivo, pues no saben en cierto modo otra cosa que dar buenas palabras, y mostrar á todos un rostro alegre, y placentero. Use cada uno de toda su prudencia, fiándose poco de los primeros, y procurando servir bien, y fielmente á estos segundos; porque de otro modo se expone á quedar burlado, y morir con aquellas esperanzas vanas que concibieron de tanta afabilidad, y cortesia, y mucho mas se deberá huir de tales Señores, y Principes si lo hacen maliciosamente.

174 Los hombres viles, y de juicio endeble son insolentes en las prosperidades, porque piensan que han de durar estas para siempre. Los hombres de un ánimo verdaderamente noble, y que son al mismo tiempo prudentes, en sus prosperidades son humildes, y en sus adversidades son fuertes, porque juzgan, y juzgan bien, que las cosas se mudan fácilmente, y porque hablan siempre como verdaderos humildes, y jamas se quejan, ni están descontentos con su suerte. Del modo de hablar se conoce luego el mérito,

to, el valor, la naturaleza, y otras partidas del que habla.

175 La experiencia me ha hecho conocer por verdad muy cierta, que el que no estima á otros, tampoco él es estimado, el que no honra no es honrado, y como dice Séneca, el que tiene en menos, ó menosprecia á los otros, es mas menospreciado que todos: *Nemo magis contemnitur quam qui contemnit*: he observado tambien, que el que hace bien á otros, lo recibe del mismo modo, y el que á otros engaña, tambien es engañado.

176 Doy de buena gana este aviso, porque veo que es poco practicado, y acaso menos entendido de los hombres mas sabios. Quando alguno ha recibido de tí un disgusto, ó por justicia, ó bien por enojo, y cólera, ó por alguna otra causa, y despues se oye, ó se sabe que este tal se ha resentido mucho, y con todo en tu presencia, ó delante de tus amigos se desata en tus alabanzas, y elogios (particularmente si es sugeto engañoso, y afectado). en mi dictámen no te engañarás si creyeres que aquello es efecto de una refinada simulacion, y debes andar con tiento para creerle, y fiarte de él.

177 Se hallará una persona, que abiertamente estará enemistada, ó tendrá emulacion con alguna otra persona noble, cree aquella que tú tienes amistad con esta otra, y deseando hacerle el mal posible, comienza la conversacion, y de allí á poco, para desbancarlo de tu benevolencia, y que pierda el buen concepto que tenias hecho de aquel amigo, dice de él tantas, y tales cosas, aunque sean falsas, que cree con ellas apartarlo de tu amistad, y que decauya de tu estimacion. Para conocer, pues, si lo que ha dicho es verdadero, ó falso, dadle á entender que no le dais crédito alguno, ó que haceis poco caso de esto, y viendo entonces que no ha logrado su intento, presto hablará bien de aquel mismo sugeto de quien ántes habia hablado mal, procurando de este modo encubrir su primer yerro, recelo-so de que no manifesteis á su enemigo, y vuestro amigo todo el mal que ha publicado contra él.

178 La paciencia es una virtud de la qual muchas ve-

ces

ces hemos hecho memoria; pero se vé poco practicado. Hállanse muchos hombres de bien, y de una loable simplicidad, que teniendo buena inclinacion, y estando bien acreditados por su mucha bondad, son muchas veces fastidiosos por importunos, y pretenden cosas, que en la realidad ni convienen, ni se pueden hacer. Con sugetos de esta calaña es necesario tener paciencia, por el respeto que les es debido por ser ellos buenos en el común concepto de todos, y no es razon el desazonarlos, ni causarles molestia alguna quando se nos presentan. Por lo que os aviso que quando os busquen los recibais cortés, y benignamente; pero haced lo posible para que sus visitas no sean frecuentes, dando poca materia á sus conversaciones, y hu-yéndoles el cuerpo quanto buenamente se pueda, si verdaderamente os enfadan. Esto me ha servido muchas veces con semejantes sugetos, y en varios negocios.

179 Los hombres doctos entienden fácilmente qualquier Autor, y su doctrina por intrincada que sea; y los prudentes no solamente entienden lo que los Autores han escrito, mas tambien entienden, y penetran la mente de los hombres vivos con quienes tratan, y conversan. Yo creo que esta ciencia (llamémosla así ahora) sea mas apreciable que la primera, por tratarse en ella materias mas dificultosas; pues siendo cierto que se hallan muchos que entienden á Tácito, y otros Autores, que han escrito materias mas difíciles, con todo son muy pocos los que entienden los conceptos, y mente de los Autores vivientes con quienes cada dia tratan, y conversan, sucediendo muchas veces que quanto es mas clara la letra, y la palabra, tanto es mas difícil el penetrar, y conocer la intencion de quien la escribe, ó pronuncia. Por esto dexo ya dicho en otra parte, que la verdadera prudencia consiste en conocer la naturaleza del hombre; y ahora repito que no hay Autor mas dificultoso de entender que el hombre vivo.

180 Los que sienten, y se ofenden mucho quando saben que se habla mal de ellos, no son ciertamente magnánimos; porque no hay indicio mas cierto de la grandeza de

áni-

Advertencias

100  
como, que el no inquietarse, ni darse por ofendido por nada de esto. Lo mejor de todo es el no resentirse, porque si el mal que se dice de ti se dice con verdad, lo mejor será no volverlo a hacer: si es falso, tambien es acertado el desimularlo, siendo cierto al mismo tiempo, que para sufrir las cosas que desagradan, ó causan algun sinsabor, no hay lenitivo, aun para los Principes, mas eficaz, y seguro que el desimularlo.

101  
DEL  
Para constituir un hombre verdaderamente prudente se necesitan tres cosas: la naturaleza, la experiencia, y la doctrina. La naturaleza vale mas que las otras dos, y especialmente quando á esta acompaña la experiencia; y estas dos solas valen tanto, que sin el tercer auxilio de la doctrina, han dado muchos hombres grandes pruebas de muy prudentes. El Argenton fué un idiota tosco, y con todo fué hombre sabio. Tambien lo fué el Guicciardino, y aunque fué Doctor no se sabe que fuese muy docto.

182  
Nunca se debe hacer cosa mala, ni por el amigo, ni por el amo, ni por qualquier hombre del mundo, pues se debe apreciar mucho mas la honra, y gloria de Dios, y la salud propia que qualquiera otra cosa. Digo tambien que salvar estas dos cosas, es muy conveniente el no hacer del valiente, ni el bravo con el amo propio, ántes bien se les debe ceder en todo; y estar persuadidos á que si es cosa buena el mostrarse siempre firme, y constante en el servicio de los amos, del mismo modo no lo es el mostrarse tal con ellos mismos, para con los cuales logrará siempre, y con razon mayor estimacion, y aprecio el que se mostrase humilde, que el que quiera ser tieso, y soberbio. Por tanto la fortaleza será bien el manifestarla con otras personas; pero con los amos es mas provechosa la humildad, y la modestia, salvando siempre el primer principio del honor de Dios, y de la propia salud. Muchos que quieren mostrarse fuertes, y arrogantes, incurren en estos errores; y así como dixo Salomon que para con los Grandes no es necesario parecer sabios, así digo yo ahora lo mismo respecto á los amos.

F I N.

171  
M 972f

31251

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

NO. ADD.  
37251

NO. CLAS.  
171  
M972f

AUTOR 1672-1750  
Muratori, Luis Antonio

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

37251

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

171  
M972f

Muratori, Luis Antonio, 1672-1750  
Filosofía moral declarada y propuesta a  
la juventud.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

SERIE DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA